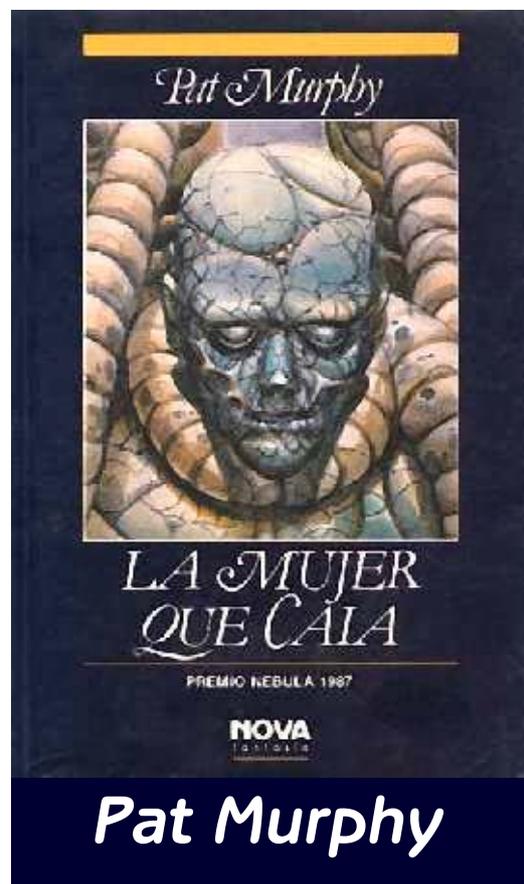


# LA MUJER QUE CAÍA





**Pat Murphy**

Título original: TheFalling Woman

Traducción: Paola Tizano

© 1986 by Pat Murphy

© 1990 Ediciones B S.A.

Rocafort 104 - Barcelona

ISBN: 84-406-0754-7

Edición digital: Anelfer

Corrección: Leticia Quagliaro

R6 10/02

## PRESENTACIÓN

En el seno de la literatura fantástica el género que llamamos simplemente fantasía tiene su propia historia, pero en los últimos años está experimentando un éxito sin precedentes en el que aparece principalmente como derivación de otra vertiente, también muy conocida aunque de historia más continuada, como es la literatura de ciencia ficción.

Sin ninguna duda, la fantasía engloba a la ciencia ficción y es en cierta forma «anterior» a ésta, pero el auge actual de la literatura fantástica (casi un «boom») viene de la mano de autores ya conocidos en el mundo de la ciencia ficción, y se difunde a través de los mismos canales editoriales ya especializados en la ciencia ficción. Se trata de lo que a finales de los años ochenta ha empezado a llamarse Nueva Fantasía, y Pat Murphy es, indudablemente, una de sus mejores practicantes.

Puede sorprender a algunos que un libro de fantasía obtenga el premio Nébulas, generalmente asociado a la ciencia ficción. En realidad es poco conocido el hecho de que en las nominaciones y votaciones de los premios mayores de la ciencia ficción (los Nébulas y Hugo) son candidatos posibles todos los títulos «de ciencia ficción y fantasía» publicados en un determinado año. Pero un repaso a la historia de los premios nos dice que es francamente difícil que un libro de fantasía se alce con el Hugo o el Nébulas, que suelen recaer en obras más directamente entroncadas con la ciencia ficción.

La primera excepción se produjo tal vez en 1981, cuando *THE CLAW OF THE CONCILIATOR* de Gene Wolfe obtuvo el premio Nébulas para los libros publicados en 1980. Se trataba del segundo volumen de la famosa tetralogía del «Nuevo Sol» todavía inédita en castellano cuando ya ha aparecido en Norteamérica el quinto volumen. Se trataba también de un autor ya respetado en el seno de la ciencia ficción, donde se le reconoce esencialmente por la elevada calidad literaria de su obra. No es ocioso dejar constancia aquí de que el hecho de adscribir la pentalogía del «Nuevo Sol» a la fantasía es una opinión personal no compartida por muchos especialistas que prefieren considerar esa obra como estrictamente perteneciente a la ciencia ficción.

La segunda excepción la constituye el libro que el lector tiene entre las manos: *LA MUJER QUE CAÍA* (*The Falling Woman*), de Pat Murphy, que ha obtenido el premio Nébulas de 1988 para libros editados en 1987. Y esta vez es aún más sorprendente: se trata claramente de fantasía sin ningún atisbo de lo que conocemos como ciencia ficción. Y además no es la obra de un autor ya reconocido y famoso, sino que se trata de la segunda novela de su autora (aunque en realidad merece la consideración de primera obra dada la escasa difusión alcanzada por *THE SHADOW HUNTER*, que había sido realmente su primera narración). Por todo ello es evidente que la razón de la excepción ha de ser no tanto el tema como la gran calidad literaria y el interés de la obra.

Los premios Nébulas son los Osears de la ciencia ficción y la fantasía. Los otorga anualmente la Sociedad Norteamericana de Escritores de Ciencia Ficción (*SFWA Science Fiction Writers of America*) desde su fundación en 1965. Son precisamente sus miembros, los mismos escritores, quienes seleccionan y votan las mejores novelas y relatos de cada año. Por ello el Nébulas supone siempre un alto nivel de calidad avalado por aquellos que experimentan realmente las dificultades propias de su oficio y saben reconocer un trabajo bien hecho.

Por ello no es de extrañar que la selección y la votación realizadas por los profesionales en el Nébulas destaque precisamente aquellos relatos en los que el elemento fundamental reside en la calidad literaria de la escritura incluso en el caso de que las ideas no sean las habituales en la ciencia ficción.

En la selección de los títulos galardonados en 1988, la misma Pat Murphy ha visto reconocida por dos veces la calidad de su trabajo al lograr un infrecuente doblete consiguiendo el premio Nébulas por la mejor novela con *LA MUJER QUE CAÍA* y también

por el mejor relato, Rachel in Love. Se trata de un doble reconocimiento de su habilidad como narradora. Y esta habilidad está claramente patente en LA MUJER QUE CAÍA, que inevitablemente debía obtener el reconocimiento de los escritores de ciencia ficción y fantasía aun cuando su temática sea difícilmente encasillable.

La fantasía más al uso suele mostrar mundos con una estructura social parecida a la del feudalismo medieval con caballeros y dragones, reyes y princesas, magos y brujos, batallas y hechizos como elementos entre los que se desarrolla la interminable lucha entre el bien y el mal. Así ocurre en lo esencial con la Tierra Media de EL SEÑOR DE LOS ANILLOS de J. R. R. Tolkien y el mundo de TERRAMAR ideado por Úrsula K. Le Guin que suelen considerarse paradigmas de este tipo de literatura, o cuando menos sus precedentes más inmediatos.

El caso de LA MUJER QUE CAÍA es más complejo. En realidad nos hallamos ante una novela de temática contemporánea, que transcurre en nuestra propia época, tan escasamente dotada para los elementos fantásticos. Pero el poder de la narrativa de Murphy nos introduce en una rica fantasía de tipo psicológico en la que nuestra cultura y la de la antigua civilización maya se dan cita en el personaje de la arqueóloga Elizabeth Butler. Son las resonancias psicológicas entre la protagonista y una antigua sacerdotisa maya las que dan el tono misterioso y mágico a los hechos narrados. Y a ello colabora también la riqueza del trasfondo de la vida en un campamento arqueológico y la revelación de la sorprendente civilización maya.

Destaca como elemento desencadenante de la trama la particular interpretación maya del tiempo y el sentido último de su calendario. Éste augura para nuestros días el final de un ciclo cósmico en el que un sacrificio de sangre podría devolver el poder de los dioses mayas y hacer renacer una cultura desaparecida misteriosamente por el sorprendente abandono de sus ciudades en el primer milenio de nuestra era.

La misma Pat Murphy ha comentado en una entrevista al fanzine Locus que el tema se le ocurrió tras dos meses de estancia en el Yucatán, donde se interesó por la civilización perdida de los mayas. Realizó un primer relato corto sobre el tema que le pareció insuficiente. Volvió al Yucatán y trabajó durante el verano en una excavación arqueológica y un mes como ayudante de un antropólogo para completar su formación sobre la civilización de los mayas. Tras constatar que lo que escribía entonces tenía un aspecto más parecido al ensayo científico que a la novela, dejó sedimentar sus ideas durante varios meses, tras los cuales surgió finalmente a la luz LA MUJER QUE CAÍA.

Tal vez ese cariño empleado en la preparación previa del libro se refleja inevitablemente en el resultado final que ha motivado comentarios laudatorios como los de la escritora Kate Wilhelm:

«Me gustó la novela de Pat Murphy LA MUJER QUE CAÍA. Es una buena historia con un trasfondo maravillosamente realizado y personajes interesantes. ¿Qué más se puede pedir?»

Como muy bien indica Wilhelm, lo que subyuga de la novela es, junto al interés por el mundo de los mayas, tan ajeno al nuestro, la completa exploración psicológica sobre un personaje atormentado y complejo, el interés por el reencuentro de la protagonista con su hija bajo la amenaza de las sombras del pasado lejano y los misterios mayas. Todo ello servido con una prosa precisa e inmejorable.

No es de extrañar que obtuviera el premio Nébulas. No abundan novelas de la intensidad y calidad de LA MUJER QUE CAÍA.

Y para finalizar, una confesión: cuando leí por primera vez LA MUJER QUE CAÍA todavía no habíamos previsto lanzar una colección dedicada exclusivamente a la fantasía. Posiblemente sea esta novela la que despertó en mí por primera vez la idea de la necesidad de una nueva colección especializada. Realmente la línea editorial de NOVA Ciencia Ficción no podía acoger un libro como LA MUJER QUE CAÍA y tener que

rechazar esta novela era una renuncia demasiado fuerte para la intensa satisfacción que me había producido su lectura. La solución se encontró en la nueva colección NOVA fantasía que hoy alberga, con orgullo, esta entrañable obra de Pat Murphy.

Pero se hace necesaria otra aclaración. Posiblemente LA MUJER QUE CAÍA sea también una excepción en esta nueva colección NOVA fantasía por lo menos en lo que hace referencia a su temática. Va a ser difícil encontrar libros en los que una trama contemporánea se engarce con tal fuerza y riqueza en la fantasía, sin perder por ello los elementos característicos de lo que ha dado en llamarse «literatura general» (mainstream).

Y con toda seguridad no va a ser necesario buscarlos. La fantasía tiene sus propias coordenadas y parámetros que pueden ser más que suficientes sin que necesariamente deban ambientarse en el mundo contemporáneo.

En otros volúmenes de NOVA fantasía el lector podrá encontrar los temas más clásicos de la literatura fantástica: mundos medievales; magos, caballeros y princesas; historias alternativas; reconstrucciones de culturas misteriosas o de mitos clásicos, etc. Todo ello es material más que suficiente para configurar la moderna literatura fantástica que albergará la colección NOVA fantasía, en la que LA MUJER QUE CAÍA es, tal vez, una maravillosa excepción que aúna lo contemporáneo con la fantasía con una sensibilidad y maestría difícilmente repetibles.

MIQUEL BARCELÓ

*A mi madre,  
una mujer notable que me enseñó muchas cosas,  
y a Richard,  
que nadó conmigo en el cenote sagrado de Dzibikhaltún.*

«He aquí el relato de cómo todo estaba en suspenso, todo tranquilo, todo inmóvil, todo apacible, todo silencioso, todo vacío, en el cielo, en la tierra. He aquí la primera historia, la primera descripción. No había un solo hombre, un solo animal, pájaro, pez, cangrejo, madera, piedra, caverna, barranca, hierba, selva. Sólo el cielo existía.»

Popol Vuh, el libro de la civilización quiché

Notas para Ciudad de las Piedras,  
de Elizabeth Butler

En la península mexicana del Yucatán no hay ríos. La tierra es plana, árida, polvorienta. El suelo, apenas profundo, no es más que un delgado manto de tierra arable tendido sobre una terraza de piedra, caliza. La vegetación que cubre el terreno se compone de árboles de hojas finas y arbustos espinosos que durante el largo estío se vuelven amarillentos.

No hay ríos, pero sí agua, oculta bajo la piedra caliza. Por todas partes, la tierra se resquebraja y cede paso a las aguas frescas del interior de la tierra que forman estanques en la superficie.

Los mayas llamaban ts'not a estos estanques. Vaya palabra abrupta y angular... Los conquistadores españoles que llegaron al Yucatán suavizaron el sonido y denominaron cenotes a estas antiguas vertientes. Sea cual fuere su nombre, sus aguas son frías y profundas.

Sumergidos bajo el agua hay fragmentos de la antigua civilización maya: vasijas rotas, figurillas, ornamentos de jade y restos de huesos... a veces huesos humanos. Dentro de la mitología maya, los cenotes eran centros de poder que pertenecían a los Chaacob, deidades provenientes de los cuatro rincones de la Tierra que provocaban las lluvias.

Dzibilchaltún, la ciudad más antigua de la península del Yucatán, fue construida alrededor de un cenote conocido como Xlakah. Según los cálculos mayas, la gente se asentó allí en el noveno katun. De acuerdo con el calendario cristiano, la fecha se sitúa unos mil años antes de la muerte de Cristo. Pero los cálculos cristianos parecen fuera de lugar aquí. Pese a los esfuerzos de los frailes españoles, el cristianismo apenas ha echado raíces sobre esta tierra.

Las ruinas de Dzibilchaltún se extienden sobre unos cincuenta kilómetros cuadrados. Sólo hay mapas de la zona central. Se ha reconstruido una sola estructura: un edificio con forma de caja erigido sobre una elevada plataforma. Los arqueólogos han dado en llamarlo el Templo de las Siete Muñecas, ya que en el suelo se encontraron enterradas siete figuras de cerámica con apariencia de muñecas. Los arqueólogos no saben cómo denominaron los mayas el edificio, ni con qué fines utilizaban el templo.

El Templo de las Siete Muñecas brinda la mejor vista del área circundante: una monótona expansión de árboles sedientos y matorrales. Cerca del Templo de las Siete Muñecas ha desaparecido la vegetación, y de la tierra plana emergen montículos de roca. A través del terreno y del pastizal apenas se vislumbran los restos de muros y las secciones de las galerías de blanca piedra caliza. El paisaje sería sombrío de no ser por la vastedad imperturbada y azul del cielo interminable.

No esperen hallar revelaciones en las antiguas ruinas. Sólo encontrarán aquí lo que traigan: recuerdos incompletos, vestigios del pasado tenues como nubes de verano y fragmentos de roca tallados con símbolos que, a veces, casi tienen sentido.

—Yo revuelvo trastos viejos —le dije a la elegante joven enviada por un popular semanario femenino para que escribiera una breve nota sobre mi trabajo—. Ando entre la suciedad, eso es lo que hago. Desentierro indios muertos. En realidad, los arqueólogos no somos mucho mejor que los basureros: curioseamos los restos que deja la gente cuando muere, se muda, construye una nueva casa, una nueva aldea, un nuevo templo. En realidad somos recolectores de basura. ¿Ha quedado claro?

La sonrisa de la esbelta jovencita vaciló trémula, pero prosiguió la entrevista, haciendo gala de su entereza.

Eso fue en Berkeley, poco antes de la publicación de mi último libro, pero el recuerdo del reportaje ha permanecido en mi memoria. Sentí lástima por la periodista y por el fotógrafo que la acompañaba. Era tan obvio que no sabían qué hacer conmigo...

Soy una mujer mayor. Tengo el cabello gris y castaño. Del color de los monumentos de piedra caliza que los mayas erigieron un milenio atrás. Los años me han curtido el rostro; el sol ha hendido surcos alrededor de mis ojos, el viento ha tallado arrugas. A mis cincuenta y un años, ya soy una anciana problemática.

Mi nombre es Elizabeth Butler; mis amigos y alumnos me llaman Liz. La Universidad de Berkeley, en California, me cuenta entre sus conferenciantes y arqueólogos, pero en realidad soy un topo, un recolector de residuos. Me sorprende y a la vez me complace haber sido capaz de abrirme paso en la vida con semejante ocupación.

Suelo discutir con la gente que se dedica a hurgar en la basura. Tengo fama de hacer demasiadas preguntas embarazosas en las conferencias cuando los demás revelan sus hallazgos. Siempre me ha gustado hacer preguntas embarazosas.

A veces, para desesperación de mis colegas académicos, escribo libros acerca de mis actividades y de las suyas. En general, creo que mis compañeros recolectores de residuos ven mi trabajo con ojos suspicaces porque se ha hecho bastante popular. La popularidad no es garantía de una labor académica debidamente rigurosa. Desconfían de mi obra, y en ello intuyo la desconfianza que sienten por mí. Mi trabajo tiene cierto deje especulativo. Narro historias sobre la gente que habitó las ruinas y a mis colegas no les interesan estos cuentos. En los círculos académicos me quedo al margen, donde nunca llega el calor del fuego; soy una extraña irreverente, una solitaria que prefiere el trabajo activo a la universidad, y la lectura general a las publicaciones académicas.

Pero tampoco gozo del favor de la prensa. Sé que inquieté a esa periodista. Hablé de la suciedad y de cerámicas cuando ella quería escuchar romances y aventuras. El fotógrafo —un joven más acostumbrado a retratar beldades platinadas que arqueólogos vetustas— no sabía qué hacer con mis arrugas y fisuras. Me hacía colocar en una posición, y luego en otra. Finalmente, tomó fotografías de mis manos señalando el dibujo de una vasija, sosteniendo un pendiente de jade y mostrando cómo utilizar la mano y el metate —mortero donde los mayas trituraban el maíz.

Mis manos dicen más de mi historia que mi rostro. Están curtidas y arrugadas, y en el dorso puede rastrearse el derrotero de las venas. Las uñas son cortas y duras, como las pezuñas de algún animal excavador. En las muñecas se ven las blancas cicatrices verticales que testimonian el intento de huir de mi ex esposo y del mundo de la manera más drástica posible. El fotógrafo de la revista procuró que las cicatrices no se vieran.

Creo que la reportera que me entrevistó esperaba relatos sobre tumbas, oro y glorias. Le hablé del calor, de las enfermedades y de las picaduras de insectos. Describí la ocasión en que se me rompió un eje de la camioneta a ochenta kilómetros del sitio más cercano, esa otra vez que todos mis alumnos enfermaron simultáneamente de diarrea y cuando las autoridades locales me retiraron la mitad de los obreros para reparar una carretera.

—Las postales jamás muestran los insectos —le dije—. Hormigas ponzoñosas, avispas, mosquitos, cucarachas del tamaño de una mano. Las postales nunca muestran el calor.

A pesar de no haberle dicho lo que ella deseaba escuchar, me divertí. Supongo que no creyó todas mis historias. Todavía piensa que los arqueólogos andan ataviados con cascos y que descubren tesoros todas las mañanas antes de desayunar. Me preguntó por qué me pasaba la vida entre excavaciones, si las condiciones eran tan desagradables como las pintaba. Recuerdo que al preguntármelo dejó escapar una sonrisa, esperando que hablara de la excitación de los hallazgos y del placer de desenterrar civilizaciones perdidas.

—Lo hago porque estoy loca —confesé, pero sospecho que no me creyó.

Hacia tres semanas que había comenzado la temporada de excavación en Dzibilchaltún cuando Tony, Salvador y yo nos reunimos en consejo de guerra. Nos sentamos alrededor de una mesa plegable en un extremo de la plaza central, un área de tierra apisonada rodeada por chozas de adobe. La plaza servía de comedor, aula, punto de encuentro y, en ese momento, de sala de conferencias. La cena había concluido y bebíamos con morosidad un café acompañado de un fuerte aguardiente autóctono.

La situación era la siguiente: contábamos con treinta hombres para realizar un trabajo que sería difícil lograr con el doble de obreros. Nuestro presupuesto era escaso, y nuestro tiempo, limitado. Ya llevábamos tres semanas de trabajo de las ocho que teníamos asignadas. Hasta entonces no habíamos tenido suerte. Las autoridades acababan de disponer de diez de nuestros hombres para reparar el camino que iba de Mérida a Progreso. En el Yucatán, la temporada de obras viales coincide con la de excavación, y se extiende durante un breve periodo antes de que comiencen las lluvias primaverales. En cinco semanas —o antes, si la suerte nos era adversa— vendrían las precipitaciones y tendríamos que concluir nuestro trabajo.

—¿Les parece que vaya a ver al comisario de la Dirección de Carreteras? —pregunté—. Le diré que necesitamos estos hombres. Estoy segura de poder convencerlo.

Salvador dio una calada a su cigarrillo, se reclinó en la silla y cruzó los brazos. Trabajaba en las excavaciones desde que, de adolescente en Piste, colaboró en la restauración de Chichén Itzá. Era un buen capataz, un hombre inteligente que respetaba a sus empleados y a quien no le agradaba contradecirme. Su mirada se posó en algún punto a mis espaldas.

—Supongo que eso quiere decir que no —dije, mirando a Tony.

Éste sonrió. Anthony Baker, quien dirigía conmigo la excavación, me llevaba pocos años de edad. Nos habíamos conocido treinta años antes en las ruinas Hopi, en Arizona. De joven había sido afable y despreocupado. Seguía siendo despreocupado. Sus ojos eran de un deslumbrante tono azul. Su cabello rizado —hoy blanco, antaño rubio— era ralo allí donde antes fuera espeso. Tenía el rostro delgado por el paso de los años, y bronceado como siempre. Cada temporada se bronceaba, se despellejaba y se volvía a broncear, pese a todos sus esfuerzos por eludir el sol. Tenía la voz grave y ronca de tanto whisky; era un profundo alud que provenía de la garganta, como la voz de los osos en los cuentos de hadas.

—Diría que tienes razón —convino.

—Qué pena —me lamenté—. Me hubiera gustado irrumpir en el despacho del comisario. Sé cómo intimidar a los hombres jóvenes. —Bebí un sorbo de café—. Es una de las pocas ventajas de ser vieja.

Salvador dio otra larga calada a su cigarrillo.

—Hablaré con mi primo —dijo por fin—. Mi primo hablará con el comisario y le hará entrar en razón —me miró pero no desplegó los brazos—. Costará algo de dinero...

—Está previsto en el presupuesto —asentí.

—Bien.

—Si no resulta, siempre cabe la posibilidad de ir a negociar con el hombre —persistí.

Salvador tiró la colilla al suelo y la aplastó con el pie. Llevaba sandalias. No hizo comentarios. Tony echó otra pizca de aguardiente en cada taza.

El sol se ocultaba. El hueco tronar de las trompetas de caracol que tocaban los sacerdotes mayas sobrepasó el trino de los grillos y retumbó en la plaza. Sólo yo escuchaba el son plañidero y dulce. Ni Tony ni Salvador podían oír los ecos del pasado.

En torno a una mesa plegable, al otro lado de la plaza, tres de los cinco estudiantes de posgrado que trabajaban este verano en la excavación jugaban a las cartas. Cada tanto se oían sus risas.

—Este año los estudiantes forman un buen grupo —comentó Tony.

Me encogí de hombros.

—Es igual que cualquier otro. Cada año me parecen más jóvenes; o quieren encontrar una máscara de jade y un brazalete de oro debajo de cada roca, o desean vivir una experiencia mística en las ruinas bajo la luz de la luna llena.

—O las dos cosas —agregó Tony.

—Cierto. Algunos lo ocultan mejor que otros, pero en el fondo todos son cazadores de tesoros.

—Nosotros lo disimulamos mejor que ellos —reflexionó—. Llevamos más tiempo en esto.

Observé su rostro y no pude seguir siendo cínica al ver cómo me sonreía.

—Supongo que tienes razón. ¿Crees que este año encontraremos por fin una tumba más grande que la de Tutankamón y que lograremos interpretar los jeroglíficos?

—¿Por qué no? —respondió—. Me parece una buena idea.

Nos sentamos en la creciente oscuridad y conversamos acerca de las posibilidades que ofrecía el lugar. Tony, como siempre, era optimista a pesar del escaso éxito que habíamos alcanzado hasta el momento.

Entre 1960 y 1966 un grupo de investigadores de la Universidad de Tulane había rastreado la mitad del centro ceremonial de Dzibilchaltún, realizando extensas excavaciones en diversas estructuras y cavando orificios para tomar muestras de otras seiscientas estructuras. A diferencia del grupo de Tulane, nosotros nos dedicábamos a áreas periféricas y no al centro ceremonial. Estábamos aumentando el área recorrida y sondeada.

Cuando la Luna escalaba el cielo y la oscuridad era absoluta, Tony y yo ya estábamos planeando el tercer año de excavaciones. Salvador se había retirado, impaciente. No comprendía que nos interesaran más los planes del año siguiente que la tarea inmediata. Terminamos con el tercer año y Tony se marchó hacia donde estaban los alumnos para unirse a ellos durante un rato.

Siempre se entendía con los estudiantes: bebía con ellos, compartía sus dificultades y se reía de sus bromas. Al final del verano le llamaban Tony y le trataban con afecto y yo seguía siendo una desconocida para ellos. Prefería las cosas de ese modo.

Bajo la luz de la luna, fui a dar un paseo hasta el cenote sagrado, la antigua fuente que antaño surtiera de agua a la ciudad. Por el camino me crucé con una mujer que regresaba del pozo. Caminaba donosa y con una mano enderezaba el cántaro que llevaba en la cabeza. A juzgar por el dibujo blanco y negro que decoraba el borde de la vasija, supe que había vivido durante el periodo clásico, unos 800 años después de Cristo.

No vivo enteramente en el presente. Unas, veces me asaltan los fantasmas del pasado. Otras pienso que yo los asalto a ellos. Nos encontramos en las inciertas horas del alba y del crepúsculo cuando el día y la noche se confunden.

Cuando vago por la Universidad de Berkeley al amanecer, huelo el humo tenue de los fogones que se encendieron y se extinguieron unos mil años atrás. Una sombra revolotea por el camino ante mí. No... dos sombras: son niñitas enfrascadas en un juego donde interviene una pelota, una vara, un aro y mucha risa. Durante un momento las oigo reír, estridentes como aves, y luego la risa se desvanece.

Me saluda uno de los alumnos de mi seminario para graduados, un joven alto y desgarbado vestido con un chaquetón de color verde oscuro. Nos detenemos a conversar, me pregunta algo acerca del siguiente examen y sobre la fecha de vencimiento de la entrega de un trabajo. Me distraigo al ver pasar a una vieja mujer india, que acarrea una cesta de hierbas. El diseño de la canasta no me es familiar y lo estudio mientras ella avanza con dificultad.

—¿Cree que podría resultar?—pregunta ansioso el joven. Me hablaba del tema que había escogido para su trabajo final, pero yo no le escuchaba.

—Hablemos de esto hoy por la tarde, en mis horas de trabajo —le propuse.

A veces los estudiantes me encuentran brusca y maleducada. Intento mostrar interés por sus inquietudes pero las apariciones del pasado desvían mi atención.

He crecido acostumbrada a mis fantasmas. No es peor, supongo, que otras incapacidades. Algunos son cortos de vista, otros oyen poco. Yo veo y oigo demasiado, y eso me distrae de los asuntos que tengo entre manos.

Normalmente los fantasmas me ignoran, atareados en sus propios asuntos. Estas sombras y mis estudiantes viven en tiempos distintos. La aldea india que veo ha desaparecido: pasado. El campus por el que paseo es el ahora: presente. Para los demás no hay superposición entre ambos. Yo vivo en el límite y veo los dos lados.

El agua del cenote era clara y fría. El aire que bordeaba el estanque olía a nenúfares y a fango húmedo. Me detuve en la orilla, me senté y recliné la espalda contra una piedra cortada que años atrás había formado parte de alguna construcción.

Por todas partes asomaban piedras de templos. Hace tres mil años los mayas habían construido uno ahí. Mil años atrás lo habían abandonado para retirarse a los bosques. Ningún arqueólogo sabía por qué y los antiguos mayas aún no lo habían dicho. Aún no.

Las pesadas lluvias de miles de primaveras habían socavado las rocas y los vientos las habían cubierto de polvo. La hierba había crecido cubriendo las piedras y ocultando sus secretos. En la cresta de los montículos se habían levantado árboles, cuyas retorcidas raíces habían volteado y hendido la roca. La vegetación había transformado las tierras.

Me gustaba ese lugar. De día observaba las sombras de las mujeres que iban al estanque en busca de agua y de los esclavos y labriegos que se inclinaban para llenar los cántaros de agua cristalina. Luego cargaban las tinajas sobre la cabeza y se alejaban con esa gracia estática que se requiere para no verter los cántaros colmados. Hablaban, reían y bromeaban. Me gustaba escucharlos.

El viento agitaba las aguas y la luz de la luna trazaba una línea de plata sobre la brillante superficie. Los murciélagos se arrojaban al estanque para atrapar insectos. Percibí un movimiento en el sendero que conducía al cenote y esperé. Tal vez fuera un esclavo enviado a buscar agua. Quizás una joven al encuentro de su amante.

Oí el suave golpeteo de unas sandalias contra la roca y vi que una sombra cruzaba entre el estanque y yo. La figura cojeaba ligeramente. En su cabeza se adivinaba un tocado de trenzas. Se inclinó con gracia femenina para tocar el agua. Dio media vuelta para proseguir el camino, luego se detuvo, y dirigió la mirada hacia mí.

Esperé. Los grillos chirriaban a mi alrededor. Se oyó el croar de una rana, pero ninguna le respondió. Por un momento pensé que había confundido a una mujer de mi época con una sombra del pasado. La saludé en maya, idioma que hablo medianamente bien después de diez largos años de vacilaciones y balbuceos. Mi acento no es bueno. Lucho con las sutilezas de entonación y se me escapan los retruécanos y chanzas pero suelo comprender y hacerme entender.

La persona que me observaba, de pie a la orilla del estanque, permaneció en silencio un instante. Luego dijo:

—Veo una sombra viviente. ¿Por qué está aquí?

Por el tono de su voz, calculé que sería una mujer de mi edad. Hablaba maya con acento antiguo.

Las sombras no hablan conmigo. Quedé muda un momento. Las sombras vienen y se van, y yo las observo, pero no hablan ni me contemplan.

—Háblame, sombra —dijo la mujer—. Hace tanto tiempo que estoy sola... ¿Por qué estás aquí?

Los grillos llenaron el silencio con su estridencia. No sabía qué decir. Las sombras no hablan conmigo.

—Me detuve a descansar —repliqué con cautela—. Es un sitio muy tranquilo.

No era más que una afilada sombra en la penumbra y yo no podía distinguir detalles. Se echó a reír, con un sonido grave y tenue como el agua que brota de un cántaro.

—La paz no es tan fácil de conseguir. Si crees que éste es un sitio pacífico, no conoces este lugar.

—Lo conozco —me defendí con aspereza. Me disgustaba que aquella sombra pusiera en duda mi conocimiento de un lugar que yo consideraba mío—. Para mí es pacífico.

Permaneció inmóvil un momento e inclinó la cabeza a un lado.

—¿Así que crees que éste es tu sitio, sombra? ¿Quién eres?

—Me llaman Ix Zacbeliz.

Cuando supervisaba una excavación en Ikil, los obreros me habían dado ese nombre, que significa «mujer que transita el sendero blanco». El apodo era lo más parecido que podía tener a un nombre maya.

—Hablas en maya —concedió la sombra suavemente—. ¿Pero hablas el lenguaje de los zuyúa? —Su voz era un desafío.

El lenguaje de los zuyúa es un antiguo enigma verbal. Había leído las preguntas y respuestas en los Libros de Chilam Balam, escritura sagrada maya que había sido transcrita en caracteres europeos y preservada cuando se destruyeron los libros originales que contenían los jeroglíficos. El texto que rodeaba las preguntas daba a entender que los acertijos habían sido utilizados para distinguir a los auténticos mayas de los invasores, a la nobleza de los campesinos. Si hablaba el lenguaje de los zuyúa, yo era del lugar. Si no, era una extraña.

La mujer del estanque volvió a hablar, sin esperar mi respuesta.

—¿Por qué agujeros canta la caña de azúcar?

Ése era sencillo.

—Por los de la flauta.

—¿Quién es la niña con muchos dientes? Tiene el cabello retorcido en un penacho y su aroma es dulce.

Me recliné contra la piedra, pensando en el texto del libro sagrado. Según recordaba, muchos acertijos se referían a los alimentos.

—La niña es una mazorca de maíz, asada en un hornillo.

—Si te digo que me traigas la flor de la noche, ¿qué harás?

Ese no lo recordaba. Miré sobre su cabeza y observé las primeras estrellas de la noche.

—Allí está la flor de la noche: una estrella en el cielo.

—¿Y si te pido la luciérnaga de la noche? Tráemela con la lengua del jaguar.

Este no estaba en el libro. Consideré la pregunta mientras sacaba un cigarrillo del paquete y lo encendía con un fósforo. La mujer se echó a reír.

—Ah, ya veo. Hablas el lenguaje de los zuyúa. La luciérnaga es la vara de humo y la lengua del jaguar es la llama. Seremos amigas. Hace mucho tiempo que estoy sola —inclinó la cabeza a un lado pero en la oscuridad no logré ver su expresión—. Tú buscas secretos y yo te ayudaré a encontrarlos. Sí. Ha llegado el momento.

Se volvió y avanzó hacia el camino que conducía al sudeste, lejos del cenote.

—Espera —la detuve—. ¿Cómo te llamas? ¿Quién eres?

—Me. Ilaman Zuhuy-kak —respondió.

Había oído antes ese nombre, si bien tardé un momento en recordarlo. Zuhuy-kak significaba «virgen de fuego». Algunos libros se referían a ella. Según se decía, era la deificación de la hija de un noble maya. Pero he comprobado que a la hora de identificar a las sombras que encontraba en las ruinas, los libros eran muy poco fiables.

Con los ojos entrecerrados recliné la cabeza en la roca y la observé partir.

Un psiquiatra moderno —uno de esos hechiceros sin ritual— diría que Zuhuy-kak fue una alucinación y un deseo de realización, producidos por el cansancio, la comida picante y el aguardiente. Si se le insistiera, diría con un ademán que Zuhuy-kak —y otras sombras menos elocuentes que me asaltan— son aspectos de mí misma. Mi inconsciente me habla por medio de las visiones de los indios.

O tal vez diría que estoy loca.

De todas formas, jamás he hecho la prueba. Nunca hablé a nadie de mis sombras. Yo me quedo con mis hechiceros estrafalarios. Denles incienso y cascabeles, y huesos que arrojar; quítenles los libros. Que los hechiceros del mundo actual, con sus guardapolvos blancos, persigan sombras en la oscuridad. Conozco mis fantasmas. Pero ellos no hablan ni me consideran su amiga. Mis fantasmas mantienen la distancia y, cuando los observo, siguen con sus asuntos. Esta mujer maya llamada Zuhuy-kak no seguía las reglas que yo conocía. En medio de la noche perfumada de nenúfares me pregunté si las reglas estarían cambiando.

De regreso a la choza que durante la temporada me servía de morada, me recosté en la hamaca y escuché el lento latido de mi corazón. El techo de hojas de palmera murmuraba bajo la brisa nocturna.

La hamaca se meció hasta dormirme. Los sonidos cambiaron. El latido era ahora el de un tunkul, un platillo hueco de madera que se golpeaba con una vara. El canto del grillo se tornó más áspero e intenso, como el rumor de los guijarros sacudidos dentro de un sonajero de calabaza. El susurro del techo de palmera se convirtió en un murmullo de voces: una multitud me rodeaba y me oprimía por todas partes. Sentía el peso de las trenzas sobre la cabeza y un incómodo manto en torno a mi cuerpo. Una mano me empujó hacia delante y abrí los ojos.

Ante mí había un precipicio. En el fondo, el agua verde jade. El golpeteo apresurado de un tambor aceleraba el pulso de mi corazón y de pronto yo era una mujer que caía.

Desperté sobresaltada, con los dedos aferrados a la red de la hamaca. El viento estremecía el techo de palmera y arrastraba algunas hojas delgadas por el suelo de tierra apisonada de mi choza.

Desde el abismo, había reconocido los escarpados muros de piedra caliza y las verdes aguas del cenote sagrado de Chichén Itzá. El aroma, pensé, procedía del incienso copal. La música de tambores y sonajas era la de una procesión religiosa.

Cerré los ojos y volví a dormir, pero mis sueños fueron de un pasado más reciente. Soñé con la antigua época en que había sido esposa y madre. No me gustaban esos sueños y desperté al amanecer.

Las mejores horas para explorar las ruinas son el alba y el ocaso. Cuando el sol está bajo, las sombras revelan en las piedras de los templos débiles imágenes de grabados antiguos. Delatan irregularidades que pueden ocultar restos de escalinatas, plazas, muros y caminos. Las sombras arrojan un aire de misterio al tumulto de rocas que alguna vez fue una ciudad y desvelan tantos secretos como los que esconden.

Me marché de la choza para caminar por las ruinas. Era sábado y el desayuno se serviría tarde. Paseé sola por el silencioso campamento. Los pollos buscaban insectos entre los pastos. Una lagartija que tomaba el primer sol de la mañana sobre una roca me observó y corrió a refugiarse en la hendidura de un muro. En el monte, un pájaro cantaba en

dos tonos: grave, agudo, grave, agudo, reiterativo como un niño que acabara de aprender a silbar. El sol apenas se había asomado y el aire era relativamente fresco.

Mientras caminaba, palpé el amuleto de la suerte que llevaba en el bolsillo: una moneda de plata que Tony me había regalado cuando ambos éramos estudiantes de posgrado. El dibujo era una antigua moneda romana. El mismo Tony había fundido la plata en un taller de orfebrería y me la regaló el día del aniversario de mi divorcio. Siempre la llevaba conmigo, y al deslizar el dedo sobre el borde acordonado advertí que me sentía nerviosa.

Estaba alterada, inquieta y perturbada por mis sueños y por el recuerdo de la vieja llamada Zuhuy-kak. Me sobresalté cuando cuatro avejillas echaron a volar desde un arbusto cercano, y tropecé cuando una lagartija se cruzó en mi camino. Mi encuentro con Zuhuy-kak me había dejado más turbada de lo que estaba dispuesta a admitir, aun para mis adentros.

Seguí el sendero polvoriento rumbo al cenote. Sobre el horizonte, alcancé a ver los restos de la vieja iglesia española. En 1568, los españoles habían extraído piedras de los antiguos templos mayas y las habían empleado en una nueva iglesia, erigida para los nuevos dioses sobre los huesos de los viejos. Su iglesia no había prosperado más que los templos mayas. Lo único que quedaba de ella era un amplio arco y los restos de una pared.

Cada vez que partía de California y regresaba a las ruinas las encontraba más desconcertantes. En Berkeley, los edificios estaban apoyados ligeramente sobre la tierra. Era una adición temporal: nada más. Aquí, era historia erigida sobre historia. Los conquistadores españoles habían usurpado la tierra a los toltecas, que habían invadido la tierra de los mayas. Con cada conquista, los rostros de los viejos dioses se transformaban en rostros de dioses más aceptables para el nuevo régimen. Las palabras de la misa española se mezclaban con vocablos del antiguo ritual: en una misma oración, los aldeanos invocaban a la virgen María y a los Chaacob. Aquí, era común reconstruir ruinas sobre ruinas, pirámides sobre pirámides. Estratos sobre estratos, secretos que ocultaban secretos.

Me detuve un rato al final del campamento. Un tallador de roca, trabajando solo en la madrugada, grababa una serie de jeroglíficos sobre una laja de piedra caliza. El repiqueteo del cincel sobre la piedra contrastaba con la monótona llamada del pájaro distante. Me incliné para identificar los símbolos que tallaba, pero en ese momento un pollo deambuló sobre el espacio ocupado por la piedra caliza. El tallador y sus herramientas se desvanecieron en el polvo y la luz del sol, y yo proseguí mi camino.

Pasé el cenote, siguiendo la senda que había tomado la sombra llamada Zuhuy-kak y sorteé los matorrales hasta la plaza del sudeste, donde habíamos comenzado a excavar un montículo que llamamos Estructura 701 o Templo de la Luna, como Tony la bautizó. Avancé lentamente por la ladera del montículo en busca de irregularidades que pudieran delatar lo que había bajo los escombros.

Unos mil años atrás —cien años más, cien menos— el área abierta al lado del montículo había sido una plaza llana, cubierta por una capa de argamasa de piedra caliza. Aquí y allá subsistían restos del yeso original, aunque las lluvias de los siglos pasados habían arrastrado casi todo.

Los obreros habían limpiado la zona de matorrales y árboles, y dejado visibles las láminas de piedra caliza que sostenían la argamasa. A la sombra de un árbol inmenso, en el extremo del montículo, se habían apilado los matorrales arrancados de raíz. Llegué hasta ellos. Me disponía a irme pero volví a echar un vistazo.

Una piedra medio cubierta por las malezas se asomaba en ángulo —difería del resto— como si estuviera hundida en un hueco bajo la plaza. Me acerqué. Era muy parecida a las demás piedras: un cuadrado de caliza sin tallar, cuya única peculiaridad era su renuncia a quedar plana. Pero en este tipo de cuestiones he aprendido a seguir mi intuición.

Los sedientos árboles que echan raíces en el magro suelo del Yucatán son enjutos y resistentes, acostumbrados a la adversidad y a la sequía. Pese a haber caído y a quedar expuestos a la muerte, los árboles luchan y extienden espinos y ramas partidas hacia todo aquel que levante el machete contra ellos. Traté de apartar una rama para contemplar mejor la piedra ladeada, pero el árbol se aferraba con fiereza a la pila de matorrales. Insistí, se retorció en mi mano y cedió tan deprisa que perdí el equilibrio. Mientras caía, otra rama rasguñó con espinas de un centímetro la delgada piel de mis muñecas, provocando un sangriento zarpazo.

El monte se resistía. Apenas había movido la rama y la piedra seguía resultando prometedora. Envolví la muñeca con un pañuelo para detener la sangre y decidí aguardar hasta que los obreros pudieran quitar las malezas. Me dirigí al campamento.

Una mujer mayor que no pertenecía a mi época estaba de pie a la sombra de un árbol. El aire que me rodeaba era cálido y silencioso. Un pájaro lanzó un trino chillón, como si hiciera una pregunta inquietante.

El cabello oscuro de la mujer estaba recogido en trenzas a modo de espiral sobre su cabeza. Entre las trenzas asomaban unas cintas de brillante tela azul decoradas con pequeñas conchas blancas. Alrededor del cuello lucía un collar de abalorios de jade, cada uno pulido y redondeado, como si los hubiera erosionado el mar. De sus orejas colgaban unos pendientes redondos, tallados de conchas de ostras. El manto, más azul que las cintas del cabello, llegaba hasta las sandalias de cuero. Del cinturón de cuero entrelazado pendía una trompeta de caracol y un bolsillo incrustado con escamas de serpiente.

No era una mujer atractiva. La frente seguía un sesgo antinatural hacia atrás, como si en la infancia la hubieran aplastado con la tabla de alguna cuna. En una mejilla tenía una espiral de puntos tatuada en azul oscuro, lo cual indicaba su noble estirpe maya. Sus dientes estaban apilados como los ladrillos de piedra de un antiguo muro. En los palatales lucía incrustaciones de jade, otra señal de nobleza.

Me miró con ojos entrecerrados, como si el sol la cegara.

—Otra vez la sombra —dijo suavemente en maya. Me observó durante un momento—. Háblame, Ix Zacbeliz..

—¿Me ves? —le pregunté en maya—. ¿Qué ves?

—Veo una sombra que habla. Hacía mucho que no hablaba con nadie, ni con una sombra. Cuando alejé al pueblo de aquí no sabía que estaría tan sola —sonrió, mostrando sus dientes incrustados.

—¿A qué te refieres?

—Ya lo sabrás. Seremos amigas y te enseñaré secretos —sus manos se entrelazaban por delante, y noté que desde el codo hasta las muñecas tenía los brazos vendados con tela blanca.

El sol fulminaba mi espalda y mis hombros. El corazón parecía latirme demasiado deprisa.

—Tú y yo tenemos mucho en común. Tú buscas secretos, y yo una vez también lo hice. —Habla lentamente, como para sus adentros—. Pero los h'menob de la nueva religión dijeron que estaba loca. A menudo la sabiduría se confunde con la sinrazón. ¿No es cierto?

No dije palabra.

—Levanta esta piedra y encontrarás secretos —anunció—. Yo los oculté aquí, tras alejar al pueblo. Puedes encontrarlos. Es hora de que salgan a la luz. El ciclo termina.

—¿Cómo alejaste a la gente? —quise saber.

La plaza brilló tenuamente bajo la luz del sol y me vi sola. Zuhuykak se había ido. El pájaro del monte volvió a trinar, formulando una pregunta que ninguna persona con vida podría responder. Marché hacia el campamento, y sólo una vez volví la vista atrás.

Notas para Ciudad de las Piedras,

de Elizabeth Butler

Hace un millar de años, siglos antes de que llegaran los conquistadores españoles, los mayas abandonaron sus centros ceremoniales. A partir del año 900 d. de C. dejaron de erigir templos, y ya no tallaron estelas, esos monumentos de piedra con jeroglíficos grabados que conmemoraban importantes eventos. Huyeron de los centros ceremoniales y se internaron en el bosque.

¿Por qué? Nadie lo sabe, pero todos están dispuestos a especular. Cada arqueólogo tiene su teoría. Algunos mencionan el hambre causada por la superpoblación y por años de agricultura intensiva. Otros sostienen que hubo una catástrofe: un terremoto, una sequía o alguna plaga. Algunos lo atribuyen a la invasión de los toltecas, grupo militarista proveniente del valle de México, y aun otros sugieren que la clase campesina se rebeló y se alzó para derrocar a la elite gobernante.

Me gusta señalar los vacíos de las demás teorías pero admito, con toda libertad y sinceridad, que no tengo la menor idea de por qué los mayas abandonaron sus ciudades y se dispersaron a lo ancho y a lo largo del monte. Mi teoría favorita es la que una vez me contó un macilento maya medio santo que vivía cerca de Chichén Itzá, sobre una botella de aguardiente: «Los dioses dijeron que la gente tenía que irse. Y la gente se marchó.»

A veces sueño con una ciudad abandonada. Sueño que cada día el sol brilla sobre las paredes, destiñe las pinturas estucadas y resquebraja el yeso que cubre la piedra. El viento del crepúsculo, al soplar deshilacha el lienzo que alguna vez separó las habitaciones del mundo exterior e introduce hojas y polvo por las rendijas de las puertas. Cuando llegan las lluvias, socavan los peldaños de piedra, arrastran restos de argamasa y ahogan las pequeñas plantas que habían logrado asomar por las hendiduras. Los ciervos pacen en la nueva hierba que crece sobre los patios. Los roedores devoran el maíz olvidado en las cámaras subterráneas y desparramado por los labriegos en la premura de la partida. Los ratones, roedores de corta memoria, no temen el regreso de los habitantes. En la habitación de un templo, una hembra de jaguar ha hecho su hogar, y amamanta a sus crías debajo de una estatua del Chaac y entre un revoltijo de hojas traídas por el viento.

A veces sueño con temblores: la tierra se estremece como si tiritara de frío. Las vigas de madera que sostienen los techos se parten y las paredes de ladrillos se tuercen de tal forma que no hay piedra que pueda seguir descansando sobre la otra. El muro se derrumba.

En mis sueños, brilla sobre los templos mayas el sol junto al rostro de Ah Kinchil, la suprema deidad. Desde las grietas de las piedras, pequeños árboles se elevan hacia el astro. La lluvia cae y corre sin orden ni concierto entre las piedras que se inclinan a un lado y a otro. Los pájaros cantan sobre las ramas y las lechuzas acuden por la noche a cazar, haciendo presa de los ratones petulantes que tenían el lugar por suyo.

Con escasa frecuencia, sueño con un hombre delgado vestido con los pantalones blancos del habitante de Yucatán o con una mujer ataviada en un pulcro huípil blanco, el vestido bordado que lucían las campesinas. El hombre, o la mujer, llega en silencio a las ruinas, cauteloso por miedo a que los dioses de los ancestros desapruében su visita. Los que regresan temen más que los ratones. Recuerdan el pasado y conocen su poder. La luz de las velas persigue las sombras un instante. El visitante quema incienso, musita plegarias y oraciones, y sacrifica un pavo para los dioses. Luego desaparece en la noche. El jaguar y sus cachorros acaban el pavo y las sombras retornan a las ruinas.

La ciudad con la que sueño no es siempre la misma. A veces es Uxmal, y veo cómo las golondrinas construyen sus nidos en las fachadas elaboradamente talladas. Otras es Tulúm, y escucho el romper de las olas bajo la Casa del Cenote, y el zumbido de las abejas que levantan su colmena en la torreta del vigía, al norte de la muralla que rodea la ciudad. A veces es Coba, y veo los árboles echar raíces entre las piedras del campo de

pelota, ladeando las piedras talladas. El musgo se apodera de las ramas y a su alrededor revolotean los pajaritos, esas aves que ríen. La ciudad con la que sueño no es la misma, pero la lenta decadencia siempre está allí. Las sombras persisten.

No sé por qué se fueron los mayas. Sólo sé que las sombras quedaron en su lugar.

## 2 - DIANE BUTLER

Apoyé la frente contra la ventanilla del avión y contemplé la sombra de la nave agitarse sobre la tierra parda que se extendía debajo. El avión se sacudió, como un coche circulando por un camino pedregoso. Volábamos por una zona de turbulencias y sentí un vahído de náuseas. Las manos me temblaban.

Aun así, no me sentía peor que las dos últimas semanas. Tampoco mejor. Al menos me movía. Alejé la mirada de la ventanilla y me restregué los ojos. Ardían de tanto llorar y no dormir. ¿Cuándo fue la última vez que dormí? Hace tres días, tal vez. Algo así. Había intentado dormir, pero cuando me iba a la cama permanecía despierta, con los ojos abiertos y la mirada perdida. Volví a frotármelos y los cubrí con las manos durante un instante, tapando la luz. Tal vez ahora pudiera dormir. Tal vez.

—Disculpe —dijo una voz masculina—. ¿Se siente bien? —alguien me tocó el hombro, me sobresalté, aparté el brazo.

En realidad no había visto al hombre cuando ocupó su asiento a mi lado. Era mexicano, unos años más joven que yo, acaso rondara los veinticinco. Cabello oscuro, pómulos altos.

—Sí —respondí. Mi voz sonó áspera. Me aclaré la garganta—. Algo cansada. —Traté de sonreír para tranquilizarlo, pero mi rostro tenso se resistía a cooperar.

—Pensé que estaba enferma —me observaba con preocupación. Me sentía pálida y medio muerta.

—Estoy bien —repetí.

No se me ocurría ninguna otra cosa que decir. Mi padre había fallecido, podría señalar. Acabo de terminar una mala relación sentimental o he renunciado a mi empleo como artista gráfica. Podría contarle eso. Me dirijo a ver a mi madre, a quien hace quince años que no veo y creo que me voy a volver loca. Entonces me echaría a llorar y escondería el rostro en el hombro de su chaqueta deportiva y dejaría una enorme mancha húmeda. Parecía muy serio y muy preocupado por mí.

—Estoy bien —dije, y volví el rostro hacia la ventanilla.

—¿Pasará mucho tiempo en Mérida? —preguntó—. Si es así, puedo sugerirle buenos restaurantes.

Sonreí con cortesía: era una sonrisa de plástico, de muñequita Barbie, una mera curva de labios sin ningún propósito que la sostuviera.

—Gracias, pero estaré en las excavaciones arqueológicas de las afueras de Mérida. No pienso pasar mucho tiempo en la ciudad.

—Seguramente debe de ir a Dzibilchaltún —aventuró, y sonrió cuando asentí.

—¿Cómo lo sabe?

Se encogió de hombros.

—Mérida no es tan grande. Es la única excavación arqueológica del lugar. He oído hablar de la doctora Elizabeth Butler, la mujer que dirige el grupo.

—¿Qué ha oído?

—Que escribe libros.

—Lo sé. —Sonreí muy a mi pesar. Había leído todos los libros de mi madre, cuyos ejemplares de tapa dura compraba apenas salían a la venta.

—¿Cuánto tiempo se quedará?

—No lo sé.

Me recliné contra el respaldo del asiento y cerré los ojos para desalentar toda conversación. Por una vez, el mundo de mi mente quedó en silencio y a oscuras. El avión me llevaba al sur, y no había nada que yo pudiera hacer para acelerarlo ni retrasarlo. Ahora no se requería nada de mí. No podía detenerme aunque quisiera.

Mis recuerdos de las dos semanas pasadas eran difusos, pero algunas escenas permanecían claras. Recordé la noche anterior al funeral de mi padre. No podía dormir, y en cierto momento, creo que a medianoche, tomé la botella de whisky del estante de licores de mi padre y comencé a beber. El alcohol no detuvo el ruido que latía en mi cabeza, pero su efecto me ayudó a ahogar las voces rezongonas que me decían lo mal que me estaba comportando, y lo avergonzado que estaría mi padre si pudiera verme. Encendí el televisor y cambié ociosamente de canal, sin detenerme tras el primer anuncio, hasta que sólo quedó un canal en el aire, que transmitía viejas películas hasta el amanecer.

Me senté en el sillón de mi padre y observé a una hermosa actriz platinada discutir con un hombre de rostro escabroso. No necesité ver el resto de la película para saber que la disputa terminaría en nada. Tarde o temprano el hombre de rostro escabroso estrecharía a la rubia entre sus brazos y ella se dejaría estrechar, olvidando todas las desavenencias del pasado. Supe que al final se besarían y se reconciliarían. En las películas siempre se besaban y se reconciliaban.

Mi madre y mi padre solían pelearse, pero por alguna razón nunca llegaban a besarse ni reconciliarse. Cuando discutían jamás gritaban, pero aun cuando mi madre mantenía la voz baja, sus palabras tenían una intensidad aguda y brillante, como el efecto del alcohol sobre una herida abierta. Mi padre también era obcecado, no daba el brazo a torcer. Recuerdo la vez en que me dijo que mi madre estaba loca. En su tono había un duro deje de reproche, como si de algún modo esa demencia hubiese sido culpa de ella.

Pasaron un anuncio publicitario, y bebí el resto del whisky. Dejé el televisor encendido y deambulé hacia el balcón. La casa de mi padre estaba encaramada en la ladera de una colina, y desde la terraza se obtenía una vista panorámica de Los Angeles: un manto de luces rutilantes, calles resplandecientes como mándalas distantes, luces de neón, y luces hogareñas. Permanecí contra la baranda, observando la ciudad y pensando en mi madre. En un momento de súbito adormecimiento, cerré los ojos.

Los abrí ante la oscuridad y el silencio. No había luces, excepto la de la pálida luna creciente que pendía baja sobre el valle sombrío. Se habían apagado las luces de neón, de calles y de autos. La brisa fresca que abanicaba mi rostro traía el distante aroma de fogón de los campamentos. Oí a una lechuza ulular a lo lejos y el rápido latir de mi corazón.

Aferré la baranda con ambas manos, luchando contra una oleada de vértigo. El pánico se apoderó de mí: temí caer sobre la cerca dentro del negro hueco que se abría bajo la terraza y hundirme eternamente en la oscuridad. Cerré los ojos ante la visión y al abrirlos vi las luces de Los Ángeles, lejanas y frías, pero infinitamente tranquilizadoras.

No volví a beber. No dormí, pero dejé de beber. Y en las horas que preceden al amanecer decidí ir en busca de mi madre. La necesidad de verla parecía ligada a mi ebria visión de la caída y a la inquietud que me invadía incluso antes de la muerte de mi padre.

Me revolví intranquila en el asiento, escuchando el zumbido sereno de los motores del avión. Traté de imaginar el rostro de mi madre, dibujándolo en la oscuridad. Un rostro delgado, dominado por vivaces ojos azules. Cabello corto y desordenado, castaño con mechones grises, del color de un perro pastor inglés. Una mujer delgada, cuya ropa era demasiado grande para ella, cuyas manos siempre estaban en movimiento y cuyos ojos miraban curiosos y brillantes. Aunque la imagen mental que me había formado de mi madre era estática y congelada, la recordaba en constante movimiento: caminando, limpiando, cocinando.

Cuando era niña, tenía un ensueño diurno permanente acerca de mi madre: que regresaba a casa. Por qué venía y cómo era algo que cambiaba en cada ocasión. Unas veces llegaba en una camioneta y nos íbamos a una excavación arqueológica. Otras, rugiendo en una motocicleta y me llevaba a vivir con ella en Berkeley. Irrumpía en la ciudad montada en un caballo negro y nos alejábamos galopando hacia la puesta del sol. Los detalles cambiaban: vestía pantalones vaqueros, atuendos mexicanos, ropa de safari, vestidos comunes... Pero los sueños siempre eran nítidos y brillantes, y el final, feliz. Quince años atrás había dejado de soñar.

Era la época de Navidad. El aire olía a pinos; el vino de mi madre burbujeaba en su copa. Yo tenía quince años, y estaba sentada sobre la alfombra al lado del fuego. Robert, mi padre, descansaba cerca en un sillón.

Mi madre se sentó sola, en un sillón antiguo de horrendos brazos tallados y tapizado de brocado. Apoyaba el brazo izquierdo por encima del respaldo del sillón, y la manga de la camisa, muy holgada para ella, quedó replegada dejando al descubierto las cicatrices blancas que surcaban sus muñecas. Alrededor de las marcas, la piel estaba bronceada.

Robert y mi madre hablaban con toda cortesía.

—¿Te quedarás en la ciudad? —preguntó Robert.

—En el Biltmore —respondió—. Mañana regreso a Berkeley. He estado en Guatemala dos meses, y tengo mucho que hacer.

En ese momento, me preguntaba qué tendría que hacer mi madre. Parecía fuera de lugar en casa de mi padre, pero no lograba imaginar ningún sitio donde ella no estuviera fuera de lugar. Estaba un tanto nerviosa y a menudo miraba el reloj que había sobre la chimenea.

—¿En qué lugar de Guatemala estuviste? —le pregunté.

—Cerca del lago Izabal —replicó mi madre—. Excavando una zona muy pequeña. Un centro comercial. Hallamos vasijas de Teotihuacán, cerca de Ciudad de México, hacia el norte. —Se encogió de hombros—. Discutiremos durante meses acerca de cómo interpretar los hallazgos. —Esbozó una sonrisa brillante y sincera, muy distinta a aquella con la que había saludado a Robert—. Después de todo, los arqueólogos necesitamos ocupaciones en invierno.

—¿Deseas más vino? —preguntó Robert, interrumpiendo mi siguiente pregunta. Se apresuró a llenarle la copa.

Luego él cambió de tema y habló de la casa, de sus negocios y de mis estudios. Cuando mi madre terminó el vino, intercambiamos regalos. El mío estaba envuelto en papel marrón, y ella se disculpó por el envoltorio.

—El mercado guatemalteco no ofrece gran cosa en cuanto a papel de envolver se refiere —dijo en un tono seco que parecía implicar que yo ya había estado en Guatemala y conocía muy bien el mercado.

Era una camisa de una pesada tela tejida en hilos negros y burdeos. En los bolsillos y en la espalda se veía bordado y ribeteado un estilizado pájaro.

—En el mercado se ve a las mujeres tejer estas túnicas —aclaró mi madre—. Es un pájaro quetzal, el símbolo de Guatemala. Se les llama camisas quetzal.

Me puse la prenda sobre la camiseta. Me venía algo grande, pero la estreché con los brazos.

—Es preciosa —dije—. Preciosa.

—Es un poco grande —acotó Robert desde su silla cerca del fuego.

—Ya creceré para llenarla —respondí, sin mirarlo—. Estoy segura de que me irá bien.

Hubo más conversación de cortesía pero no la recordaba toda. Robert la felicitaba por su segundo libro, que acababa de publicarse y recibía buenas críticas. Mi padre la despidió en la puerta. Acompañé a mi madre hasta el coche. Ese día había llovido y las calles estaban algo húmedas. Pasó un automóvil y los neumáticos chirriaron sobre el

pavimento. Las luces navideñas que mi padre había colocado en el porche frontal se encendían y se apagaban intermitentemente: rojas, azules, verdes, amarillas...

Me detuve al lado del coche de mi madre. Cuando abrió la puerta delantera se encendió la luz del interior y vi un tumulto de cosas en el asiento de atrás: dos paquetes envueltos también en papel marrón y atados con cintas, un sucio talego de loneta adornado con hebillas de equipaje y un sombrero de paja con una banda de cuero de serpiente que sostenía tres plumas azules. Mi madre se sentó en el asiento y cerró la puerta.

—¿Dónde pasarás la Navidad? —le pregunté.

—Con algún amigo —respondió—. Al día siguiente me marcharé a Berkeley. —Oí el sonido metálico de la llave al hundirse en el contacto del vehículo.

—¿Puedo ir? —le pregunté de prisa—. No molestaré. Pensé que tal vez... —Me detuve, atrapada en un enredo de palabras.

Las luces de colores se reflejaban en su rostro: rojas, azules, verdes, amarillas, rojas, azules. Lo recuerdo con claridad, congelado como en una foto instantánea. El aire era muy frío.

—¿Venir conmigo? Pero tu padre... —se interrumpió—. Debes pasar la Navidad con él.

—Quiero pasarla contigo —dije en voz baja—. Lo necesito.

Observé su rostro bajo la luz intermitente. Ya no estaba congelado: sus ojos se habían entrecerrado y la boca estaba tensa. Cansada, infeliz, tal vez atemorizada. Su mano aferraba el volante y las luces insistían: rojas, azules, verdes...

—Pronto me marcharé —comenzó—. Otra excavación. No puedo... Algo no había funcionado como en mis sueños. Me aparté del coche.

—No importa —respondí—. Olvídalo. Olvídalo.

—Toma —me dijo. Extendió la mano hacia el asiento trasero y sacó una pluma azul de la cinta que rodeaba el sombrero—. Es una pluma de quetzal. Trae buena suerte.

Permanecí de pie en la calzada, sosteniendo la pluma azul mientras ella daba marcha atrás para partir. Las luces de colores se reflejaban en el pavimento húmedo, y mientras se alejaba, las llantas se despidieron con un susurro. Arrojé la pluma a la acera. Cuando la busqué por la mañana, se la había llevado el viento.

Me despertó el sonido rasposo de la voz de la azafata por el altavoz. «Atención, por favor, ajústense los cinturones y coloquen sus asientos en posición vertical. Vamos a aterrizar en el aeropuerto de Mérida. Deseamos que disfruten de su estancia en Mérida y agradecemos su confianza en la compañía Mexicana.» La voz repitió rápidamente el mensaje en español. Capté unas pocas palabras, aprendidas en las clases de castellano de la escuela secundaria largo tiempo atrás.

El hombre que viajaba a mi lado me sonrió y dijo:

—¿Se encuentra mejor?

Asentí, le obsequié con mi sonrisa mecánica y miré hacia la ventana para eludir la conversación. A través de ella vislumbré una alfombra verde polvorienta, moteada de quemaduras de cigarrillo, y unas manchas de un gris blancuzco. A medida que el avión se acercaba para aterrizar en Mérida, la alfombra se convirtió en arbustos espinosos; las manchas, en caminos y pequeños campos. Divisé finas líneas negras que dividían la superficie: rutas que se dirigían al golfo de México o a la costa del Caribe. Luego el avión tomó tierra y sólo vi la pista y la terminal.

Me sentía desorientada y extraña. El mundo fuera del avión parecía plano e irreal, como una imagen sobre la pantalla de un televisor. El sol deslumbrada; parpadeé, pero aun así hería la vista. El avión se internó en la sombra del aeropuerto y las personas a bordo empezaban a desperezarse, a conversar y a abrirse paso entre los pasillos, ansiosas de ir a alguna parte. El hombre que había viajado a mi lado ya estaba de pie. Me miró un instante.

—¿La puedo ayudar en algo? —preguntó.

—No —le dije—. No, gracias.

No quería ayuda. Quería estar sola. No se movió, y comencé a hurgar debajo de mi asiento para dar con mi bolso. Cuando lo encontré, ya se había dado por vencido y avanzaba por el pasillo. Mientras los pasajeros descendían, extraje un espejito de mi neceser y me observé. Estaba pálida. Al levantar las gafas de sol reparé en las ojeras que enmarcaban mi mirada. Me senté un rato, esperando que saliera otro grupo de pasajeros, y me encaminé hacia la puerta tras el último.

Mientras descendía las escaleras en Mérida, advertí que nadie me detendría. Viajaba huyendo de mi casa, de mi trabajo, de mi antiguo amante. Nadie me había detenido. Vacilé, parpadeando ante el sol estridente. La escalera de embarque me parecía demasiado alta; el aeropuerto, muy lejano. Recordé mi visión de la caída y me aferré al pasamanos, incapaz de dar un paso más.

—¿Tiene algún problema, señorita? —me preguntó la azafata a mi lado.

—No —me apresuré a decir—. Ningún problema.

Las escaleras producían un ruido metálico bajo mis pies. Mientras me dirigía a la terminal sentía el calor que despedía el asfalto.

Avancé hacia la sombra del edificio, con la cabeza erguida y la sonrisa compuesta. Esperé a que la cinta transportadora me devolviera la maleta y dejé que la multitud se apiñara a mi alrededor. Intenté captar alguna expresión coloquial en español, pero no lo conseguí. Atrapé la maleta y salí del edificio.

—¿Taxi? —ofreció un viejo de pie ante un Chevrolet azul, viejo y sucio. Asentí y le dije en mi mejor español académico que quería ir a las ruinas, pero se negó a comprender.

—Sí —dijo—. A Mérida.

Llevaba un sombrero de paja ladeado en la cabeza, y al sonreír mostraba unos dientes partidos y oscurecidos por la nicotina.

—Al pueblo —se empecinó.

—No —repliqué—. A Dzibilchaltún. —El nombre se me atascó en la garganta y el taxista frunció el ceño.

El joven del avión apareció a mi lado y apoyó la mano muy suavemente sobre mi hombro.

—¿Quiere ir a Dzibilchaltún? —me preguntó.

Luego habló con el taxista en rápido español. Los dos discutieron un instante, y el hombre del avión me dijo:

—La llevará hasta allí por setecientos pesos. ¿Le parece bien? Y si está en la ciudad, prométame que vendrá a verme. Me llamo Marcos Ortega. Me encontrará en el Parque Hidalgo. Busque a un vendedor de hamacas llamado Emilio. Es mi amigo y sabrá si estoy por allí. —La mano seguía posada sobre mi hombro—. ¿Prometido?

Asentí y le ofrecí una sonrisa casi real. Mientras partía en el taxi me volví para mirarlo. De pie en la curva, me observaba con una curiosa expresión.

Las calles de Mérida son estrechas y onduladas, apenas mejores que callejuelas. Las casas y las tiendas se apiñan unas con otras, formando un muro ininterrumpido de fachadas descascarilladas pintadas de colores que alguna vez debieron de haber sido brillantes: turquesa, naranja, amarillo, rojo. El sol destiñe la pintura y les añade un suave tono pastel.

Vi la ciudad fragmentada desde la ventanilla del taxi: una hilera de escaparates, cada uno de sus marcos pintados en distintos tonos de azul, y todos descascarillados. A través de una puerta abierta vislumbré un interior en penumbra y una hamaca meciéndose. Un grupo de hombres holgazaneaba en una esquina, fumando. Un pequeño parque con una estatua en el centro. Una gruesa mujer paseando a un niño por la vereda. Una hilera de edificios de piedra enmarcando el extremo del parque. Árboles coronados de capullos

carmesí. El taxi apenas esquivó una motocicleta que llevaba a un hombre, una mujer, un bebé y una niña, y sorteó un carro tirado por un caballo de aspecto cansino. Finalmente, nos alejamos de la ciudad por una ancha carretera.

La autopista se extendía recta a través de un paisaje de árboles amarillentos y de malezas, interrumpido cada tanto por un puñado de chozas. Pasamos a un grupo de hombres que estaba reparando el camino. El taxista tocó la bocina y siguió avanzando sin detener la velocidad.

Pensé decirle al hombre que había cambiado de opinión; que diera la vuelta y regresara a Mérida. Pero no podía decirle todo eso en español, y él ya se desviaba por un camino lateral. Mantuve los puños cerrados, e hice un esfuerzo para relajarme. Intenté respirar hondo para tranquilizarme.

Había cometido una locura esta vez, y lo sabía. Iba a aparecer sin avisar en un sitio donde nadie me quería. Había sido estúpido pensar que podía hacerlo. Me sentí mareada.

A un lado del camino, crecían en hileras ininterrumpidas arbustos espinosos. Al otro lado, los árboles y matorrales sobrepasaban el vehículo. El taxista no reducía la velocidad ante los pozos, el coche se sacudía y tambaleaba contra las rocas y levantaba nubes de polvo. Pasamos un puñado de casas de estuco algo derruidas. El conductor aminoró la marcha para que unos pollos se alejaran de nuestro paso. Cruzó un arco y se internó por un camino polvoriento hacia un grupo de cabañas con techo de palmera que se veían aún más devastadas que las casas de estuco.

El polvo se asentó lentamente. El lugar parecía desierto. De una choza colgaba una soga con ropa tendida: tres camisetas y un par de pantalones vaqueros. El toldo que daba sombra a un grupo de mesas plegables ondeaba al compás de la ligera brisa.

El taxista abrió la puerta y dijo algo en español. Vacilé, y luego salí del vehículo.

—¿Dónde están las ruinas? —pregunté.

—¿Las ruinas? —contestó en español. Frunció el ceño y señaló las chozas con la mano.

Ví que un hombre de cabello blanco se asomaba por la cortina de una de las chozas, echaba un vistazo al taxi y se acercaba hacia nosotros. El sol quemaba la piel. Traté de sonreír al hombre de cabello blanco. Afortunadamente las gafas de sol escondían mis ojos.

—Usted querrá que el taxista espere —aventuró el hombre. Se detuvo, con las manos en los bolsillos, bajo la sombra dispersa de un árbol—. No hay mucho que ver aquí y tendrá que caminar un largo trecho hasta llegar a la parada de autobús o a la autopista más cercana.

—¿No hay una excavación aquí? —titubeé.

El hombre no apartó las manos de los bolsillos.

—Es cierto —dijo—. Pero no hay mucho que ver.

—Estoy buscando a Elizabeth Butler —anuncié—. Soy su hija, Diane Butler. ¿Está aquí?

Sacó del bolsillo una de las manos para echarse atrás el sombrero de paja. Sus ojos eran azules y acechantes.

—Ya entiendo —dijo—. Bueno... —hizo una pausa—. En ese caso debería dejar que el taxi regrese. —Otra pausa—. Liz no me dijo que vendría.

—No lo sabe.

—Ah —asintió.

—¿Está aquí?

—Está nadando. Enviaré a alguien a buscarla. —Dio la vuelta y miró hacia las chozas. Un hombre avanzaba por la plaza en nuestra dirección—. Hey, John, ¿podrías ir a buscar a Liz? Tiene visita.

Detrás de mí, el taxista sacaba mi maleta del portaequipajes. La apoyó en el suelo a mi lado y dijo algo en español. Revolví en mi bolso buscando dinero, agradecida por poder desviar la mirada del hombre aun por un instante. El taxi se alejó en una nube polvorienta y allí me dejó.

El hombre agarró la maleta con una mano y con la otra me aferró del brazo.

—Debes de tener calor y sed. Te prepararé algo de beber mientras esperamos a tu madre.

—Creo que se sorprenderá al verme —dije. No disimulé las lágrimas que comenzaban a correr por mis mejillas. Ni siquiera sabía por qué lloraba.

—Tranquila. Todo irá bien. —Me rodeó los hombros con su brazo cálido y polvoriento.

No podía parar. Las lágrimas parecían brotar por su propia voluntad, no porque yo lo quisiera, y su voz se escuchaba muy distante. El pañuelo que me ofreció olía a polvo.

—Te prepararé algo de beber y me contarás qué sucede. —Me hizo dar la vuelta y caminamos lentamente.

—Lo siento... —Las palabras se me atragantaron y no pude decir nada más.

—No tienes de qué preocuparte —me tranquilizó, y mantuvo su brazo alrededor de mis hombros.

Me condujo por una plaza central hasta el interior de una de las chozas. La cortina que obstruía el paso se cerró detrás de nosotros.

Su choza era una habitación pintada de cal blanca, amueblada con dos sillas plegables, una nevera, un pequeño baúl, una mesa plegable que servía de escritorio, y una hamaca que colgaba de la viga central de la choza y se ataba a un costado de la habitación. La mitad de la choza estaba repleta de cajas de cartón duro, picos, palas y sacos.

Me ofreció una de las sillas, hurgó en el baúl buscando vasos de plástico y luego en la nevera en busca de una botella de ginebra.

—Soy Anthony Baker —me contó—. Pero llámame Tony. Si eres hija de Liz, te gustará el gin-tonic..

Asentí y traté de sonreír. No tuve más éxito que afuera. La sonrisa quedó retorcida en el rostro, como una mueca.

Tony sirvió dos vasos y buscó cubitos de hielo en el fondo del refrigerador. Estudié su rostro cuando me acercó la bebida. Era como el tío que todos desean tener. Se sentó en la otra silla y apoyó el vaso en una rodilla y la mano en la otra.

—¿Reciben muchas visitas inesperadas? —pregunté.

—No muchas.

Bebí un sorbo. La bebida era fuerte y sabía ligeramente a hielo derretido y a plástico.

—Lamento hacerte perder el tiempo —me disculpé.

—No te preocupes. Tengo mucho tiempo —dijo—. Eso es algo que los arqueólogos terminamos por aprender. No tenemos prisa. Las ruinas han estado allí durante miles de años. Esperarán un poco más. —Estudió mi rostro sobre el borde de su vaso—. Estar en el Yucatán cambiará tu concepto del tiempo. La gente que vive aquí piensa como los arqueólogos. Hace dos mil años, sus tataratatarabuelos quemaron una extensión de tierra en el monte y sembraron maíz con una rama. Esta primavera, Salvador quemará una extensión de tierra en el monte y sembrará maíz haciendo hoyos con una rama. La gente que vive con un esquema de tiempo tan grande no se preocupa mucho por lo que se tarde en tomar una bebida con la hija de una vieja amiga. —Se encogió de hombros—. Si te quedas aquí algún tiempo aprenderás esa actitud. Sabrás tomarte tu tiempo.

Miré el vaso de plástico, y lo hice girar entre mis manos.

—Tenía que hablar con mi madre —expliqué—. Sé que debería haber escrito o llamado, o algo, pero... —me encogí de hombros—. Es un poco extraño aparecer aquí sin avisar.

—Algunos dicen que es extraño que un adulto pase los veranos cavando entre el polvo. Personalmente, intento no hacer juicios de valor.

—Tenía que haber escrito primero —insistí.

—No veo que eso sea un problema —dijo—. Podemos extender otra hamaca. Puedes aprender a dormir en ella, ¿no?

Asentí.

Retiró el vaso vacío de mi mano y me sirvió otra bebida sin preguntarme si quería. Cuando tomaba el primer sorbo oí pasos fuera de la choza, y un golpe en la viga de la puerta.

—Oye, Tony —dijo una voz de mujer—. ¿Qué es eso de que hay visitas?

El haz de luz que entró en la choza cuando descorrió la cortina me cegó por un instante. Parpadeé, mirando la figura que entraba por la puerta.

El cabello de mi madre era más gris de lo que recordaba. Estaba húmedo, y las puntas se rizaban en su cuello a medida que se iban secando. Llevaba una toalla extendida sobre los hombros.

Tenía el ceño fruncido. Quise sonreír, pero una vez más fracasé en el intento.

—Hola —le dije—. Sorpresa. —Me puse de pie y me sentía incómoda. No sabía qué hacer con las manos. En un primer momento se mostró preocupada. Asombrada y preocupada, pero no enfadada, pensé.

—¿Diane? —exclamó—. ¿Estás bien? ¿Qué diablos haces aquí? Tony estaba sirviendo otra bebida, con tal de mantenerse ocupado.

—Mi padre ha muerto —dije—. Hace dos semanas. —No lloré y mantuve la voz firme. Esperé su reacción, pero la expresión de mi madre no varió. Se sentó en el borde del baúl.

—Entiendo —se limitó a decir.

—Murió de un ataque al corazón —comencé a hablar muy deprisa, pero no podía detenerme—. Quería conversar contigo. Papá siempre me lo impedía. Pensé que podía venir y quedarme un tiempo.

—¿Aquí? —Todavía parecía preocupada e intrigada—. Durante un tiempo... Supongo que puedo quedarme.

—Podría ocupar el lugar de esa alumna mía que se retiró —dijo Tony ofreciéndole un gin-tonic—. ¿No te parece? Te enseñaremos a clasificar vasijas —me alentó.

Yo observaba a mi madre. Asintió con cautela y aceptó la bebida que Tony le había preparado. ¿Estaría aliviada? ¿Enojada? ¿Preocupada? No conseguía interpretar su rostro.

—¿Quieres hacerlo, Diane?

—Me gustaría intentarlo —dije—. Prometo no molestar. No ocasionaré problemas. De verdad.

Tony se sentó en la silla y mi madre en el baúl. Hablaron de qué choza ocuparía, en qué grupo me incluirían y otras circunstancias. Sostuve mi vaso y observé el rostro de mi madre y sus manos mientras hablaba. Por un instante me sentí menos tensa.

Antes de cenar, mi madre me llevó a recorrer la zona central de las ruinas. Su paso era ligero, y hablaba de gente que había muerto un millar de años atrás. Parecía muy encariñada de esas personas muertas. Mientras caminaba, observaba las rocas que había a nuestro alrededor, los árboles y la tierra que se extendía bajo nuestros pies. No miraba mi rostro, pero no porque me quisiera evitar. Los árboles, las piedras y la tierra árida le resultaban más interesantes que yo. Su sombrero de paja dibujaba sombras en su cara. Vestía pantalones color caqui y una camisa holgada de manga larga.

Pasamos una pared baja y un fragmento derrumbado perteneciente a un arco.

—La vieja iglesia —explicó mi madre—. Los españoles la construyeron con mano de obra india y piedras de los templos mayas.

Hablaba a fragmentos: breves ráfagas de información en una especie de taquigrafía verbal que eliminaba las palabras cortas y recortaba las frases. Esta forma de hablar coincidía con su actitud general; desbordaba ansiedad por actuar, por iniciar nuevos proyectos, por terminar viejos planes, por talar la vegetación y construir pirámides. Era un palmo más baja que yo, pero debí esforzarme por seguir su paso.

—Acabo de encontrar una posibilidad interesante allí —dijo, con un gesto difuso—. Cámara subterránea, creo. El lunes comenzaremos a trabajar.

La luz se reflejaba en las rocas y agradecí haber traído las gafas de sol. El cielo era de un azul ininterrumpido: no había nubes, ni atisbo de sombras. Ni siquiera la espesa vegetación parecía fresca: los árboles se veían sedientos y marchitos. El camino estaba flanqueado por cúmulos de escombros de los cuales brotaban los arbustos.

—Necesitarás un sombrero —profirió mi madre, mirándome—. Mantente alejada del sol, o terminarás desmayándote. En el mercado puedes comprar uno.

Asentí rápidamente, consciente de que ésta era la primera vez que admitía que su hija se quedaría algún tiempo. En la choza, Tony había sugerido dónde quedarme, qué hacer... Mi madre se había limitado a dar su aprobación.

—No sabía que haría tanto calor —confesé.

—A veces no hace tanto —me dijo—. Pero otras es más fuerte. —Me lanzó una sonrisa fugaz, tan rápida que cuando se apagó apenas pude creer que la había visto—. Cuando llegan las lluvias hace el mismo calor, pero es más pegajoso. —Levantó su sombrero y pasó la mano por el cabello sin vacilar ni detenerse un solo paso.

Había visto fotos de las ruinas de Chichén Itzá, Copan y Palenque: grandes montículos derruidos de bloques de piedra, casi ocultos debajo de las enredaderas y plantas tropicales; inmensas pirámides y fachadas esculpidas; gigantescas cabezas de piedra que asomaban entre el denso follaje. Ahora esperaba sombras y misterio, la prosa de algún secreto.

Aquí el sol brillaba demasiado para que hubiera secretos, y no se veían pirámides.

Al final de nuestro camino, sobre una plataforma baja, se erigía un pequeño edificio construido de piedra color arena. La edificación era una caja con techo plano. Sobre la caja había otra caja más pequeña. Y sobre ésta, una tercera, formando una pila de tres cuerpos: grande, mediano y pequeño. Salvo por el techo, el edificio parecía el dibujo infantil de una casa: suelo plano, un rectángulo oscuro en lugar de la puerta y dos ventanas cuadradas.

—... el Templo de las Siete Muñecas —estaba diciéndome mi madre—. Es el único edificio que se ha reconstruido. Estamos trabajando sobre algunos templos aislados por allá. —Otro gesto vago de su mano en dirección al sol poniente.

Seguí sus pasos hacia el Templo de las Siete Muñecas. Dos palomas volaron a medida que nos acercábamos a la cima.

—Verás algunas abejas —me anticipó—. Hay una colmena en una de las vigas.

Llegamos arriba. Mi madre se sentó en el escalón superior, a un lado de la puerta abierta, donde el edificio la resguardaba del sol.

—Descansa —sugirió.

Vacilé un momento, preguntándome si no sería una especie de prueba. Tal vez debía explorar el edificio antes de descansar. Tal vez debía hacer preguntas, y no sentarme.

Me senté al otro lado de la puerta y miré hacia el campamento.

Mi madre sacó de su bolsillo un paquete de cigarrillos. Extrajo uno y me convidó. Negué con la cabeza y apoyé el paquete sobre los escalones, a su lado.

—Mala costumbre, lo sé —dijo, encendiendo el cigarrillo y reclinándose en la puerta—. Hace cinco años que Tony intenta hacerme dejar de fumar. —Se encogió de hombros—. A mi edad, ya no parece valer la pena.

### 3 - ELIZABETH

Sobre los escalones del Templo de las Siete Muñecas, un adivino de mediana edad arrojaba los mixes, esos porotos rojos sagrados que anuncian el porvenir. Su cliente era un mercader, un hombre de rostro anguloso cuyos brazos y rostro lucían un tatuaje en espiral. Un saco lleno de granos de cacao yacía sobre los peldaños, a su lado. El viejo adivino señalaba los porotos rojos sobre el lienzo que tenía enfrente y hablaba con suavidad. No pude distinguir las palabras.

Di una larga calada a mi cigarrillo y me pregunté qué podía decirle a esta joven que había aparecido en mi vida de forma tan inesperada. ¿Qué querría de mí?

Apoyó la espalda en el vano de la puerta; tenía las rodillas encogidas y los brazos a su alrededor. Era más hermosa que lo que cualquier hijo mío merecía ser: cabello rojo, piel clara y contextura esbelta. Todo delataba que era hija de Robert. Vestía pantalones vaqueros y camisa blanca de cuello abierto. Mantenía los ojos ocultos tras unas gafas de sol, y el cabello recogido en una sola trenza.

—¿Es esto lo que esperabas? —le pregunté, señalando con el cigarrillo el campamento, la jungla, los montículos, el adivino y el cliente.

—Realmente no sabía qué iba a encontrar —dijo con cautela.

Era hija de Robert. Probablemente le había enseñado a ser discreta y a confesar poco. Ése había sido su estilo: él era cauteloso, siempre quería ir sobre seguro. Siempre se había mantenido alerta, siempre bajo control.

—¿Quieres hablarme de la muerte de Robert? —le pregunté. Intenté hablar con amabilidad, pero las palabras sonaron ásperas. No soy muy buena para estas cosas: me llevo mejor con los muertos que con los vivos.

Diane miraba el campamento, con el mentón levantado, desafiante.

—Murió de un ataque cardíaco... del tercero. Mientras jugaba a tenis en el club.

Era una forma apropiada de morir para Robert. No lo había visto durante los últimos cinco años, pero lo imaginaba a los cincuenta: en la pista de tenis, vestido con un blanco atuendo deportivo, sonriendo con un gesto profesional, el cabello plateado en las sienes y sólo ahí... Me pregunté con quién habría estado jugando: con algún colega del hospital, con alguna hermosa jovencita. Daba igual. No sentía gran pesar por su muerte. Durante los trámites del divorcio, Robert y yo nos habíamos llegado a tratar con una cortesía entre tensa y esmerada. Durante los últimos veinticinco años nuestras esporádicas relaciones se habían caracterizado por una amable educación, hasta que por fin ése pareció ser el trato natural entre los dos. Era un extraño, un allegado que en otra época había conocido mejor. No lo odiaba ni siquiera me desagradaba, aunque me resultaba pesado y testarudo. Recordaba tiempos lejanos en que las discusiones con él me enfurecían, pero el fuego se había convertido en cenizas, y las cenizas se las había llevado el viento del atardecer. Me era indiferente.

—El funeral fue hace dos semanas —dijo—. La tía Alicia se ocupó de todo. Supuse que no te habría informado.

Recordaba a Alicia, la hermana mayor de Robert. Era una viuda de carácter suave pero inquebrantable. Dejé caer la ceniza del cigarrillo y asentí.

—Alicia y yo nunca fuimos precisamente amigas.

—Sé que debe de ser realmente extraña mi aparición en este sitio. Es que papá nunca quería que yo hablara de ti. Jamás quiso que yo supiera nada de ti —hablaba deprisa, como si tuviera que decirlo rápido o callar. Su voz delataba urgencia—. He leído todos tus libros. —Al decir estas palabras, el tono se atemperó y asomó una nota de agrado. Quería mi aprobación; quería complacerme.

No podía mirarla. Si Diane lloraba, no quería saberlo. Ahora no. La vegetación era una franja serena de color verde sucio. Sobre los peldaños, el mercader se inclinó hacia el adivino, interrogándole sobre un punto en particular.

—¿Qué crees que encontrarás aquí? —pregunté a Diane—. ¿Qué estás buscando?

—No lo sé —su voz era vacilante—. Creo que sólo quiero desenterrar el pasado y descubrir qué hay debajo de los escombros. Eso es todo.

El adivino movió su mano señalando el este, dirección gobernada por Ah Puch, el dios de la muerte. Por debajo de los tatuajes, el rostro del mercader se veía apesadumbrado.

—Quizá no encuentres más que cacharros rotos —le advertí a Diane—. Nada interesante en absoluto.

—Probaré fortuna.

La miré pero no pude escrutar su expresión. Las gafas de sol le tapaban los ojos. Tenía la espalda erguida, y sus manos Seguían aferradas alrededor de sus rodillas. Con la mano derecha sostenía la muñeca izquierda, tal vez con demasiada firmeza. Pero hablaba con calma.

—Por ahora, todo lo que sé es lo que recuerdo, y mis recuerdos no son más que piezas sueltas.

El sol estaba casi en el horizonte, y el Templo de las Siete Muñecas arrojaba una larga sombra que se alejaba del campamento. Las hileras de piedras derruidas que señalaban la posición de los antiguos muros se recortaban en un afilado relieve. Me sentía cómoda entre las ruinas, acompañada por gente muerta y edificios caídos. La luz del sol poniente brillaba sobre mi rostro; cálida y consoladora. Éste era mi lugar: entre templos en ruinas y hogares antaño abandonados. Observé al mercader pagar al adivino con semillas de cacao, echarse el saco a la espalda y bajar los escalones con dificultad. El adivino desapareció mientras el mercader se internaba en la distancia.

Oí el murmullo de las ropas de Diane al moverse y volví la mirada hacia ella. Contemplaba el infinito con los ojos apartados de mí. No sabía qué decirle.

—¿Qué recuerdas? —pregunté por fin.

Hubo una pausa. Di una larga calada a mi cigarrillo, a la espera.

—Me acuerdo que una vez esperé y esperé a la salida de la guardería. Todos se habían ido. La maestra estaba preparada para marcharse, pero yo seguía esperando. — Su voz era áspera, como si estuviera conteniendo las lágrimas. Su expresión no cambió. No se movió—. Se suponía que debías venir a recogerme. La maestra fue a telefonearte, pero no estabas en casa. Llamó a papá y él me vino a buscar, pero estaba enloquecido. Fuimos a casa y no estabas allí. Me preguntó dónde estabas, pero yo no lo sabía. —Se detuvo un momento, y cuando volvió a hablar su voz era suave, y de nuevo había controlado los sentimientos—. Te habías ido por una larga temporada. Tal vez un mes. Luego regresaste.

—Huí a Nuevo México y me inscribí en la universidad. Me mantenía mecanografiando, tal como había mantenido a Robert durante sus estudios de medicina. Él contrató a un detective privado para buscarme. Cuando el investigador me encontró, Robert me convenció de que regresara. —Aplasté el cigarrillo contra un escalón, saqué otro del paquete y lo encendí—. ¿Qué más recuerdas?

—Me trajiste una manta de Navaho cuando regresaste de Nuevo México. Estuviste un tiempo en casa, lo recuerdo. Yo debía permanecer en silencio; papá me había dicho que no hablara. Luego te fuiste otra vez. —Su voz se apagó, pero no parecía haber terminado.

—¿Qué más? Vaciló.

—Una noche, cuando estaba en la cama, oí que tú y papá hablabais en la cocina. Hacía calor y no podía dormir. Tú hablabas cada vez más fuerte. Salí de la cama y fui hasta el vestíbulo, pero no quise entrar en la cocina. Me quedé fuera de la puerta para verlos a los dos. Sostenías una tabla de madera, una vieja tabla con un asa en el extremo, por donde la aferrabas. No podía oír lo que decía papá, pero de pronto te oí decir: «No puedo soportarlo. No puedo soportarlo». Y comenzaste a golpear la tabla contra la mesa, cada vez más fuerte. Gritabas: «No puedo soportarlo». La tabla se partió contra la mesa y fui corriendo a la cama. Me tapé la cabeza con una almohada y allí permanecí, a pesar de

seguir escuchando gritos. Pero por la mañana tú no estabas, y había venido la tía Alicia. Papá parecía realmente desconcertado.

En una larga pausa, percibí las palomas en el techo del templo.

—No viniste a casa en mucho tiempo. Luego volviste, pero partiste una vez más. Papá dijo que te habías ido porque estabas loca. Eso es todo lo que decía al respecto. Más tarde me habló del divorcio y de lo demás, pero eso fue más tarde.

Recordé el contacto de la tabla en mi mano, y el golpe que daba cada vez que chocaba contra la mesa.

—Robert decía «Estás loca» —le conté a Diane—. Eso es lo que no pudiste oír. Salvo esto, todo lo demás lo recuerdas muy bien. —Hice caer la ceniza del cigarrillo—. Mientras te ocultabas en la cama, me encerré en el baño y me corté las muñecas. Robert abrió la puerta, me vendó y me llevó a un hospital privado. Estuve allí dos días hasta que recobré la conciencia lo suficiente como para comprender que no podía regresar a casa. Robert me había internado para protegerme.

Recordé que enfermeros de bata blanca me habían envuelto en sábanas frías. ¿Fue ésa la primera noche que pasé allí? Es difícil de saber. Mis recuerdos de ese año en el sanatorio eran confusos. Recordaba estar mirando fijamente el techo de una fría habitación pensando cuánto odiaba a Robert y ansiando vengarme. No sé si ésa fue la primera noche o muchas noches después, pero supongo que no importa. Las noches en la sala del hospital se confundían. Era un entorno controlado, que sólo cambiaba a medida que la gente llegaba y se iba. Los espíritus que vi allí estaban locos: una mujer gruesa y pálida que en lugar de ojos tenía dos manchones negros, como dos trozos de carbón en el rostro de un muñeco de nieve; una anciana frágil que hablaba en un lenguaje desconocido, en tonos agudos y pequeños como el pío pío de los gorriones en vísperas de tormenta; una mujer demacrada, delgada y descarnada como un profeta que regresa de una vigilia en el desierto, cuyas palmas y pies desnudos mostraban heridas sangrientas que jamás podrían sanar.

—Me pusieron en una sala para trastornados graves —le dije a Diane—. Todo el tiempo estuve allí. Me hice amiga de una mujer que pretendía ser Jesucristo. Una mujer extraña y poderosa con rostro de hacha.

Di otra calada y exhalé el humo, mientras lo veía alejarse. Curiosos recuerdos: había pasado muchas de mis noches gritando al techo que Robert quería matarme, que los doctores intentaban matarme. Al cabo de un mes quise salir. Pensé en escaparme, pero los barrotes de las ventanas eran demasiado gruesos y los enfermeros, robustos. De modo que decidí portarme bien, dejar de gritar por las noches, hacer lo que se me pedía y dar por concluidas las conversaciones teológicas con la señora Jesucristo. Decidí fingir salud, dejar de observar a los espíritus y de llamar a la Luna a través de las ventanas enrejadas.

—Transcurrieron tres meses antes de poder convencerles de que me trasladaran a una sala mejor, para pacientes menos alterados. Me costó un año convencerles de que estaba curada. —Recordé el esfuerzo de aparentar lo que ellos llamaban salud. Sonreía y me abstenía de decir obscenidades aun cuando las obscenidades se imponían.

—Robert venía a visitarme al hospital cada dos semanas sin fallar. Era amable con él. No hubiera podido salir sin su ayuda. Mi voz era muy seca, muy fría.

—Quería estar libre de él. Quería divorciarme.

Noté que me temblaba la mano al llevar el cigarrillo a la boca; mi otra mano estaba cerrada en un puño. Intenté relajarla.

—Finalmente, dijo que nos divorciaríamos sólo si le concedía tu custodia. Tuve que acordar que jamás trataría de verte sin su permiso. No debía intentar ejercer de madre. Creo que por entonces salía con otra mujer y quería que no lo estorbara. Como quería librarme de él, se lo prometí. —Aborrecí el tono de disculpa que afloró en mi voz.

Me encogí de hombros ligeramente.

—Cumplió su parte. Me dejó salir.

—A veces venías para Navidad —dijo Diane.

—Iba cuando Robert quería. Y según sus condiciones. En una ocasión creo que se sintió solo y quiso que volviera. Cuando le dije que no tenía intención de hacerlo, me suspendió el régimen de visitas. —Me encogí de hombros una vez más y esboqué una breve sonrisa—. No fue demasiado cruel. Me enviaba fotos tuyas.

—¿Y qué hiciste? —Su voz era controlada y serena. Tenía el rostro congestionado, pero no lloraba.

—Regresé a Nuevo México. Durante un tiempo trabajé de mecanógrafa y luego me inscribí en la universidad estatal para estudiar arqueología. Me las arreglé ese primer verano para conseguir un puesto retribuido de cocinera en una excavación y así comencé en esto.

—Odiabas a papá porque decía que estabas loca —sostuvo Diane.

—Odiaba a Robert entonces por muchas razones —dije. Aplasté el cigarrillo a medio fumar contra la piedra—. Haberme encerrado fue sólo una de sus tantas ofensas. —Busqué el paquete y encendí otro cigarrillo—. De modo que ahora —le dije con sequedad— has hallado lo que viniste a buscar. Ya sabes por qué me marché. ¿Qué más quieres?

Observé a Diane. Sus brazos seguían rodeando las rodillas. Se balanceaba ligeramente. Me arrepentí de mis palabras. De mi tono.

—¡Vamos! —le dije con suavidad—. Es agua pasada. —Me acerqué y puse la mano sobre su hombro. Me sentía torpe y ridícula, pero no reaccionó. Deseaba que ella me diera alguna señal de que todo iba bien entre las dos, pero siguió con las manos alrededor de las rodillas y sin mirarme—. No llores por algo que ya pasó hace tiempo.

—¿Puedo quedarme un tiempo? —me preguntó. Me encogí de hombros.

—No sé qué hay aquí para ti.

—Yo, tampoco.

Noté que tenía el cigarrillo sin encender y lo deslicé en el bolsillo de la camisa.

—Bien. Quédate si quieres.

A lo lejos, escuché el sonido de la bocina del camión.

—Avisan para cenar —le expliqué—. Regresemos. Seguimos el mismo camino que había tomado el mercader hacia la luz del crepúsculo.

#### 4 - DIANE

La cena se sirvió en una mesa plegable instalada al aire libre, en el centro del campamento. Las sillas eran plegables y de metal. Parecían haber recorrido largas distancias en el portaequipajes de un camión, haber descansado bajo el sol y las lluvias mucho tiempo y, en general, haber llevado una vida no muy apta para sillas plegables de metal. En otra época, habrían sido grises; ahora, estaban abolladas y oxidadas.

Tony me presentó a las personas sentadas a la mesa; también ellas, al igual que las sillas en que reposaban, llevaban largo tiempo expuestas al sol. Polvo, uñas rotas, rostros bronceados y despellejados, labios partidos, y bajo todo ello, un aire de rudeza. Los hombres lucían barbas incipientes.

Carlos, un mexicano bronceado que rondaría los treinta, mostraba demasiado los dientes al sonreír; parecía una simpática barracuda. Vestía camiseta y pantalones cortos que dejaban ver un intenso bronceado.

John, un canadiense de hombros anchos y lo que acaso fuera cierto desgarbo, quizá habitual, musitó «Encantado de conocerla» y casi no sonrió. Llevaba un gorro de béisbol reclinado hacia atrás, un pañuelo atado al cuello, camisa de manga larga y pantalones largos. Parecía librar combate contra el sol y llevar las de perder. Tenía la nariz pelada.

Maggie, una rubia americana con cara de haber sido alimentada a base de maíz, me dirigió una amplia y hueca sonrisa. Me recordaba a mis compañeras de escuela secundaria. Robin, la mujer que estaba al lado de Maggie, tenía el cabello más oscuro y la sonrisa menos brillante. Robin parecía haber nacido para ser señorita de compañía.

Barbara fue la única que me tendió la mano. Era delgada y bronceada. De cabello oscuro, cortado como un varón, y el rostro empequeñecido por las gafas de sol que llevaba: dos inmensos círculos de cristal oscuro de montura metálica.

—Bienvenida al campamento —dijo Carlos. Me mostró los dientes una vez más. Sin lugar a dudas, un depredador—. ¿Cuánto tiempo te quedarás?

—Un tiempo —dije incómoda. Me costaba admitir que no tenía ni idea. Se produjo un momento de silencio mientras esperaban a que diera alguna alegre explicación sobre quién era y por qué estaba allí—. Estoy de vacaciones y quería ver cómo era una excavación. —Mi voz sonó un tanto áspera.

—Es un hermoso lugar para veranear si te gusta el polvo o los bichos —dijo Carlos—. ¿Has recorrido el lugar?

—Un poco. —Miré a mi madre en busca de ayuda.

—¿Has ido al cenote? —me preguntó.

—Es el manantial; un estanque natural formado en un resquebrajamiento de la piedra caliza —dijo mi madre—. Aún no lo has visto.

—Lo usamos para nadar —prosiguió Carlos alegremente—. Le acababa de contar a Robin que el grupo de Tulane ha encontrado huesos en el fondo. Jóvenes doncellas núbiles, arrojadas para aplacar a los Chaacob.

—Justo de lo que quería hablar en la sobremesa —intervino Maggie—. Sacrificios humanos.

—En realidad, se han encontrado más en Chichén Itzá que aquí —comentó John. Me miró—. ¿Has estado en Chichén Itzá? El nivel de las aguas en ese cenote está a unos veinticinco metros más abajo. La mayoría de las personas a las que arrojaban morían al golpear contra las aguas.

Una mujer mexicana trajo la comida: pollo guisado, tortillas y alubias. La conversación siguió mientras comíamos.

—Preferiría no hablar de esto durante la cena —insistió Maggie.

—Oh, vamos —le dijo Carlos—. A todos nos gusta hablar de sacrificios humanos. Es un gran tema. Todos los folletos turísticos hablan de las jóvenes vírgenes que murieron de esta forma tan horrenda.

—No sabía que nadie hubiese determinado que las víctimas eran jóvenes y vírgenes —replicó Barbara con frialdad—. Siempre me pareció difícil precisar la virginidad de una persona a juzgar por un fragmento de fémur.

—Mira, Barbara —comentó Tony de buen humor—, ya sabes que daremos por hecho que fueron jóvenes vírgenes hasta que alguien demuestre lo contrario. Los titulares de este tipo venden mucho más. ¿A quién le importaría si hubiesen arrojado a viejos y ancianas a los peces?

—Probablemente a las ancianas les hubiera importado —observó Barbara—. De los viejos no hablaré.

—Personalmente, preferiría que me arrojaran a los peces antes de que me desgarraran el corazón con un cuchillo de obsidiana —decía Carlos—. Si me dieran a elegir, yo...

—¿No podemos hablar de otra cosa? —preguntó Robin. Su pregunta fue ignorada.

—A ver —dijo Tony—. ¿Por qué arrojarías a alguien a un estanque sagrado?

—Yo no lo haría —respondió Robin—. No veo por qué razón alguien podría hacerlo.

Vi que mi madre dejaba de repente de cortar un trozo de pollo. Se inclinó hacia adelante e intervino:

—Dime, Robin, ¿tú crees en fantasmas? Robin negó con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué te molesta que haya muerto gente en el cenote? —Robin parecía muy incómoda. Mi madre la observaba, esperando pacientemente su respuesta.

—Simplemente me incomoda.

—Te incomoda porque crees en el poder de los muertos —dijo mi madre serenamente—. Si no lo hicieras, los huesos no te molestarían. Los mayas que vivieron aquí también creían en el poder de los muertos. Utilizaban ese poder para provocar lluvias, para aplacar a los dioses y para transformar las profecías nefastas en propicias. Notaban que aquellos que se enfrentaban a la muerte y sobrevivían sufrían un cambio y que destacaban entre la gente común.

Observé el rostro de mi madre mientras hablaba de los muertos. Su voz era grave y seria, con el tono confiado de la persona que sabe lo que dice. Con una de sus manos acariciaba el vendaje de su muñeca. Me pregunté qué sentiría si me cortara la delgada piel de las muñecas y viera manar la sangre. ¿En qué me cambiaría eso?

—¿Has leído los Libros de Chilam Balam? —preguntaba mi madre a Robin. Ésta dijo que no con un gesto, y ella prosiguió—: Cuando lo hagas, verás una extensa descripción sobre los sacrificios de Chichén Itzá. Cada año, unos pocos elegidos eran arrojados al cenote. Como John dijo, la mayoría moría al golpear con las aguas. Pero algunos sobrevivían. Los supervivientes eran retirados del cenote y tratados como mensajeros que retornaban del mundo de los dioses, trayendo la profecía del año siguiente. De esta forma, los que habían estado cerca de la muerte y sobrevivían adquirían un nuevo poder que los alejaba de la gente común. —Mi madre observó firmemente a Robin a través de la mesa—. Deberías hacer un esfuerzo por aprender acerca de la gente cuyos restos estás excavando.

—Tengo una buena traducción de ese relato —se apresuró a decir Tony—. Si quieres te la presto.

Robin asintió.

—No temas por toda esta charla sobre muertos —me alentó Tony—. Aquí la muerte es un tema de preocupación. Los muertos nos enseñan cosas.

—Hablando de muertos —Barbara se dirigió a mi madre—, Tony dice que podrías haber hallado una tumba esta mañana.

—Así parece —dijo mi madre—. No sabremos bien qué hay hasta que despejemos los matorrales. Con suerte, encontraremos una tumba o dos. Un par de buenas tumbas nos vendrían bien. —Utilizó un trozo de tortilla para limpiar el plato—. Hasta ahora, nuestro éxito ha sido bastante limitado.

—Sólo es la tercera semana —dijo Tony—. Eres muy impaciente.

—Es cierto. —Mi madre se encogió de hombros.

La penumbra se tornó oscuridad. Tony encendió dos linternas Coleman, que arrojaban una brillante luz blanca, formaban sombras dobles y agudas sobre la mesa y atraían polillas e insectos voladores. Carlos, Maggie, John y Robin se marcharon a otra mesa para jugar a las cartas. Desistí ante la invitación de Carlos para que me uniera a ellos. Carlos trajo un cassette de su choza y puso una cinta de música pop. Permanecí sentada a la mesa con mi madre, Barbara y Tony. Tony nos sirvió a todos un gin-tonic.

—¿Qué harás el lunes, entonces? —me preguntó Barbara suavemente. Cuando se puso el sol, se quitó las gafas. Sus ojos castaños estaban circundados por halos de piel pálida allí donde las gafas no habían dejado traspasar la luz del sol. Sin los anteojos parecía más joven, más vulnerable—. ¿Tony no te ha asignado aún un trabajo?

Negué con la cabeza.

—¿Quieres venir de exploración conmigo? Atravesamos el monte y buscamos montículos. Hay que luchar contra los insectos y evitar la insolación. Es muy divertido.

—¿A qué te refieres cuando dices monte?

—A un bosque pluvial de segundo crecimiento. Todo eso —dijo Barbara señalando con la mano la vegetación que se extendía más allá de las chozas—. Los mayas dividían el

mundo en col —que eran las tierras cultivadas— y monte —que es la tierra salvaje—. En una semana recorriéndolo aprenderás más de lo que hubieras deseado. Te enseñaré a interpretar una brújula y a seguir un atajo.

—¡Me parece perfecto!

—Estupendo. —Miró a Tony—. ¿Qué le parece? ¿Viene conmigo a la excavación?

—No te ha dicho que deberás levantarte a las seis de la mañana. Tony me sonrió por encima del vaso.

—Está bien.

—Barbara gana otra vez. Irás con ella. —Tony levantó el vaso proponiendo un brindis.

Desde la otra mesa, Carlos subía el volumen de la cassette y una versión mexicana de una melodía de los Beatles inundaba la plaza. Maggie hizo un comentario inaudible y Carlos extendió la mano para estrechar la de ella. Mi madre bebía un gin-tonic y contemplaba la oscuridad más allá del haz de luz de la linterna.

—Estás en la misma choza que yo —me decía Barbara—. ¿Quieres que te ayude a colocar la hamaca?

—Gracias.

Nos despedimos de mi madre y de Tony y nos dirigimos a la choza.

—Estoy harta de presenciar cada año los noviazgos de rigor —me confesó Barbara mientras nos alejábamos de la plaza.

La música de la cassette de Carlos se desvanecía en la distancia. Barbara encendió su linterna y alumbró el camino que se extendía por delante.

—El primer verano fue todo un fenómeno sociológico. Pero cuando una lo presencia durante cuatro años, se torna tedioso. Los participantes cambian, pero las jugadas son siempre las mismas. Por eso me mantengo al margen.

—¿Has estado viniendo aquí durante cuatro años?

—No al mismo lugar. El año pasado estuve en una excavación cerca de Ciudad de México; el anterior, en una excavación anasazi en Arizona. Cada lugar difiere un poco, pero hay cosas que no cambian. Uno siempre se siente sucio; siempre hay un estudiante como Carlos aficionado a los juegos nocturnos, y siempre habrá alguien como Maggie dispuesta a jugar. Tuve oportunidad de observar a Carlos en acción el año pasado. Es agradable, pero insensible como una piedra. Cuando empiece a rondar a tu lado mantente alerta.

Observé su rostro, pero no pude ver ninguna expresión bajo la pálida luz.

—¿Quién sabe si lo hará?

—Bromeas. Eres guapa, y la chica nueva del lugar. No se trata de si lo hará. Sólo es cuestión de cuándo.

Se detuvo junto a un gran barril de caucho negro equipado con un grifo. Sobre el tonel había una tina de metal abollado. Una sucia pastilla de jabón descansaba en una jabonera improvisada: una piedra de algún templo antiguo con una hendidura oval. Barbara apoyó la linterna al lado del jabón.

—Bienvenida al baño —dijo—. Todas las comodidades del hogar. El retrete queda al final del camino. Es el mejor de esta parte del país, aunque eso no significa gran cosa. —Enjuagó la tina, la llenó de agua y se lavó la cara—. Puedes colgar tu toalla en aquel árbol —dijo, tomando su toalla de una rama—. Como te decía, todas las comodidades del hogar. Las duchas están al fondo de aquel sendero, pasado el retrete. Quitan muy poco la suciedad, y las cambian de lugar de vez en cuando. Te convendrá más darte un baño en el cenote a menos que quieras lavarte el cabello.

Llené de agua la tina y me lavé la cara. El agua estaba tibia e incluso después de enjuagarme tenía jabón en la piel. Supuse que Barbara tendría razón. Jamás lograría sentirme limpia. Aún me ardían los ojos de tanto llorar.

En la choza, Barbara encendió una larga vela en un tubo de vidrio transparente. La llama arrojó una luz amarillenta sobre el baúl donde la apoyó y las sombras se agitaban por los rincones.

Bajo la luz de la vela, descubrí el estante donde Tony había dejado mi bolso anteriormente. Hurgué dentro de él y hallé la inmensa camiseta que había traído para dormir. Barbara se desvistió y, sin ningún pudor, se frotó el cuerpo con un líquido contra insectos. Me lo ofreció, me aconsejó que lo usara y luego me enseñó el mejor método para dormir en una hamaca.

—Requiere ciertos trucos —dijo, extendiendo una mano sobre la hamaca. Buscó una sábana en el estante y me la arrojó. Después sacó otra para ella. Envolvió la sábana muy floja alrededor de su cuerpo, sostuvo un extremo de la hamaca lejos de ella, abriendo la red de hilos de algodón, y luego se sentó, tendiéndose en diagonal. Arregló la sábana a su alrededor, colocó un brazo bajo la cabeza, y me sonrió—. ¿Ves? Tan cómoda como en tu propia cama. —Se mecía ligeramente—. ¿Podrías alcanzarme mis cigarrillos?

Los saqué del baúl, encendí uno con la vela y se lo extendí. Dio una calada y observó en silencio mis intentos de repetir su maniobra. Mi propio balanceo era algo más violento, y los bordes de la hamaca tendían a cerrarse por encima de mi cuerpo.

—Acuéstate en diagonal —sugirió Barbara.

Giré hasta conseguir que mi cuerpo mantuviera abierta la red. Me envolví con la sábana.

—¿Cómoda? —me preguntó.

—Mientras no se mueva...

—¿Quieres un cigarrillo?

—No, gracias. —Hacía muchos meses que no me sentía tan cómoda. Había visto a mi madre y había sobrevivido al encuentro—. Oye, ¿quién apagará la vela?

—Llego desde aquí —dijo. Se inclinó y sopló la llama. Levanté la cabeza y mi hamaca se balanceó furiosamente.

—No parece un sitio muy propicio para hacer el amor —comenté, pensando en Carlos y Maggie.

—Se puede hacer —aseguró Barbara—. Créeme.

—Pareces muy experta. —Sólo atinaba a ver el extremo encendido de su cigarrillo, meciéndose lentamente en la oscuridad. Permaneció en silencio un instante y pensé que tal vez había hablado demasiado.

—Quédate un tiempo aquí y lo averiguarás por ti misma —predijo lentamente—. Estoy segura de que Carlos estará encantado de ayudarte a aprender.

—Muy bien, pero creo que desistiré. —Observé encenderse la brasa de su cigarrillo cada vez que fumaba.

—¿Estás casada? —me preguntó.

—No. Acabo de terminar una mala relación. —Intenté aparentar despreocupación—. Ésa es una de las razones por las que estoy aquí. Era el director artístico de la agencia publicitaria donde yo trabajaba. —Veía su rostro con claridad: cabello oscuro con unas pinceladas grises y ojos azules.

—¿Casado?

—Así es. —Intenté mantener el tono ligero. Por fortuna, la choza estaba a oscuras.

—¿Acaso no lo están siempre? —reflexionó Barbara. Su voz era más suave—. Yo tuve un romance con uno de mis profesores. Estaba casado y tenía dos hijos. Al final me dijo que lo nuestro había terminado y que no quería saber nada más de mí. Me abandonó. Cuando comprobé que todo había terminado, me cambié de escuela. No soportaba seguir viéndolo, de pie frente a la clase, tan seguro de sí mismo.

—Yo renuncié y me fui a la ciudad. —Me reconfortaba decírselo a alguien. Especialmente a alguien que no conociera a Brian, que no me considerara una tonta.

—Sé lo que significa —me dijo Barbara—. Bueno, si estás buscando un lugar donde escapar y olvidar, éste podría ser el idóneo. Jamás te encontrarán aquí.

—Gracias por todo —le dije torpemente.

—Ningún problema —replicó—. Cuando tengas ganas de hablar, dímelo.

Vi que su silueta se inclinaba y aplastaba la colilla del cigarrillo contra el suelo de tierra de la choza. Oí el roce de la sábana al reincorporarse.

—Será mejor dormir —me aconsejó.

—Buenas noches —le dije.

—Buenas noches.

Permanecí mucho rato despierta, escuchando sonidos nuevos: pasos, insectos, hojas que volaban, el sonoro tic-tac de un reloj dentro de la choza... Me parecía extraño poder estar quieta, sin preocuparme por lo que sucedería cuando llegara a mi destino. Me parecía haber pasado las últimas semanas en constante movimiento. Ir y venir por los pasillos del hospital, esperando el veredicto del doctor. Mirar por la ventanilla de la limusina mientras el cortejo fúnebre de mi padre avanzaba lentamente hacia el cementerio. Deambular por la casa de mi padre, confinada dentro de cuatro paredes blancas, sin tener qué hacer, incapaz de serenarme. Moverme con lentitud, pero moverme siempre. Pensar en mi madre, recordarla. Era más baja de lo que recordaba, y tenía más canas de las que recordaba.

La hamaca se mecía bajo mi cuerpo y me sentía aún en movimiento, viajando hacia un lugar desconocido. Estaba a punto de dormirme cuando Robin entró dando grandes pasos y anduvo a tientas en la oscuridad. Finalmente se acostó, y me dormí.

Notas para Ciudad de las Piedras,  
de Elizabeth Butler.

Robin, una de mis alumnas, es razonablemente inteligente, educada y joven. Pero sostiene no hallar razón que justifique los sacrificios humanos. En su actitud, cuando habla de los antiguos mayas y de sus sacrificios a los dioses, subyace la creencia de que ahora somos civilizados, y que se han dejado atrás todas esas tonterías.

En mi opinión, Robin olvida que su propia religión implicó un sacrificio humano. Es cristiana practicante. Toma la sagrada comunión, el cuerpo y la sangre de Jesucristo, el hijo humano de Dios que murió y resucitó para predicar la palabra de su Padre. Cree en la Resurrección, pero sólo como algo que sucedió hace tiempo en una tierra lejana, totalmente ajeno a su vida cotidiana. Cree en Dios, el Padre Todopoderoso. Por otra parte, si alguien sostuviera que Dios le ha hablado en una visión, pensaría que es una persona excéntrica e incluso peligrosa. Su Dios es un distante patriarca que requiere que ella acuda a la iglesia y acate una serie de diez mandamientos, pero que no se digna transmitir nuevas reglas por medio de la gente común. Está acostumbrada a ese Dios que se mantiene a distancia.

Los dioses de los antiguos mayas están más cercanos y son más exigentes. Cuando cambian el katun, llega la hora de ayunar y beber balche, de limpiar los libros sagrados, de bailar ampulosamente y de quemar incienso. Es cuando la gente se reúne en la Fuente Sagrada de Chichén Itzá, una ciudad a ochenta kilómetros de Dzibilchaltún. La fuente es un centro de poder, y morada de diversos dioses. Cuando cambia el katun, los sacerdotes arrojan a la Fuente Sagrada ornamentos de jade, campanas de oro, aros de cobre, vasijas pintadas e incienso.

Junto a estas ofrendas, envían mensajeros a los dioses. Si los mensajeros no desean visitar a los dioses, son enviados... arrojados al precipicio por fornidos sacerdotes que sólo desean honrarlos. Los mensajeros caen, con sus brillantes plumas aleteando a la luz del sol, con sus voces apagadas por el griterío de la multitud, la música procesional y los

cánticos de los sacerdotes. Quedan flotando abajo, como motas de silencioso color sobre las aguas verde jade.

Al mediodía, cuando el sol inunda el estanque de luz, sólo un mensajero sigue flotando sobre el agua. Los demás se han ido; los Chaacob los llevaron a las cámaras submarinas que se ocultan bajo la mansa superficie del agua. Los sacerdotes retiran al único superviviente, que ha regresado para transmitir el mensaje de los dioses y la profecía del año siguiente.

Este sacrificio humano no es nada simple, así como la crucifixión de Jesucristo tampoco fue una simple ejecución. Los mensajeros que no regresan están entre los dioses; el que regresa es el oráculo, su intérprete.

El arqueólogo Edward Thompson extrajo huesos humanos del cenote sagrado de Chichén Itzá. Los huesos que Thompson halló, pertenecieron a los mensajeros que fracasaron en su misión.

## 5 - ELIZABETH

Saqué un cigarrillo del paquete y observé el punto nítido de la lámpara de Barbara que avanzaba en dirección a la choza de las mujeres. Barbara y Diane eran sombras en la distancia.

Esta hija mía era tan fría que parecía incrustada en cristal, aislada del mundo por una invisible barrera protectora. No es que fuera antipática: durante la cena había sonreído y bromeado con los demás. Pero permanecía cauta, alerta, y ni siquiera cuando se quitaba las gafas podía adivinar lo que pensaba. Encendí mi cigarrillo, protegiendo la llama del viento con la mano. Sacudí el fósforo para extinguirlo. Tony estaba sentado a mi lado, preparándose una copa. Creo que era la cuarta.

En un rincón de la plaza, no lejos de la mesa donde los estudiantes jugaban interminablemente a las cartas, un sacerdote tolteca en taparrabos arrancaba restos de carne del pellejo de un jaguar recién sacrificado. Una antorcha humeante proyectaba una luz roja sobre su espalda y sus hombros desnudos. A su lado, se quemaba incienso en un recipiente de cerámica con forma de jaguar. Mientras trabajaba, entonaba incesantes cánticos y su voz competía con el rock and roll de la cassette de Carlos.

—Tu hija es una joven muy agradable —dijo Tony—. Creo que se adaptará muy bien.

No dije palabra. El sacerdote salmodiaba y el grupo de rock cantaba sobre el amor.

—Habréis hablado bastante cuando paseasteis por los alrededores ¿no?

—Te noto muy curioso.

—Pues sí. —Se reclinó en la silla. En una rodilla tenía la mano que sostenía el vaso. En la otra, la mano vacía. Aguardaba. Una polilla golpeteaba el vidrio del farol. Atenué la luz y trasladé la linterna al otro lado de la mesa, pero el insecto dio la vuelta, halló la lámpara y persistió en sus esfuerzos por morir.

—No sé qué quiere de mí —dije por fin.

—¿No se lo preguntaste? —quiso saber Tony.

—Sí. Dijo que quería desenterrar el pasado y ver qué había debajo de los escombros.

Asintió.

Durante un momento oímos el deslizarse de las barajas, el tenue murmurar de la conversación de los estudiantes, y el suave traqueteo de la cassette mientras rebobinaban la cinta. El sacerdote había dejado de entonar y se oía el chasquido del cuchillo de obsidiana contra el pellejo. Observé que tenía mi cigarrillo encendido pero no fumaba. Di una larga calada y exhalé el humo lentamente.

—No comprendo para qué ha venido aquí —dije de pronto—. Es una historia antigua. La abandoné. ¿Por qué quiere que la consuele ahora?

—¿Te está buscando para que la consueles?

—Está buscando a su madre y yo no soy la madre de nadie.

—En ese caso, ya lo descubrirá —dijo—. Y se marchará. ¿No es lo que quieres? Me encogí de hombros, sin poder decir lo que quería.

—Estaría bien. Simplemente bien.

—Bueno —concluyó Tony—. Tal vez sea eso lo que ocurra.

Permanecimos en silencio un rato. El sacerdote prosiguió con sus cánticos, pero el juego de barajas parecía decaer. Carlos rodeaba a Maggie con su brazo y los dos reían a menudo.

—Parece haber congeniado con Barbara —comenté.

—Es cierto. Y otra persona ayudando en la excavación no nos vendrá mal.

—Supongo que no. —Fruncí el ceño en la oscuridad—. Me pregunto qué la mantendrá tan alerta. Supongo que es obra de Robert.

—Dale una oportunidad a tu hija, Liz —me dijo—. Dale una oportunidad.

—Parece inteligente —dije a regañadientes.

—Pues ya es algo.

—De acuerdo —convine—. Para venir sola hasta aquí por voluntad propia tiene que ser valiente. ¿Es esto lo que esperabas que dijera?

Hizo un gesto de incertidumbre.

—No esperaba nada. Sólo creo que haber llegado sin avisar es lo que tú habrías hecho en su lugar.

—Supongo que tienes razón —admití sin muchas ganas.

—Creo que la tengo.

Carlos pulsó la tecla del magnetófono y la música cesó. Él y Maggie se alejaron, cogidos de la mano, por el camino que conduce al cenote, hablando en susurros. John y Robin se dirigieron a sus chozas. Tony se sirvió otra bebida.

—¿Te irás a dormir alguna vez? —me preguntó.

—Más tarde —dije—. Aún no estoy cansada.

—Todo marchará bien —me tranquilizó.

Me encogí de hombros y lo vi alejarse. Quedé sola, sentada a la mesa.

Bajo la pálida luz del farol sólo distinguía las siluetas de las chozas. El chirriar de los insectos en el monte sonaba con cierto ritmo interno, y supe con la certeza que da la experiencia que si me retiraba a la choza en ese momento no dormiría. Observaría las sombras sobre el techo, meciéndose al compás de mi hamaca, y esperaría la llegada del alba. En momentos como éste, había aprendido a esperar. El alcohol me haría dormir un rato, pero cuando bebía para conciliar el sueño despertaba a las cinco de la mañana, con los ojos endurecidos y bien abiertos. Las pastillas para dormir me harían descansar —el facultativo de la universidad me había recetado un frasco para mis ataques de insomnio— pero no me gustaba recurrir a las drogas. Una píldora sofocaría las luces, con la misma eficacia que una almohada oprimida contra el rostro, y no habría nada que pudiera hacer para ahuyentar la oscuridad.

Ésta se apoderaba de mí. El calor era opresivo. La llegada de Diane había hecho renacer el pasado con dolorosa vividez.

Las dos semanas antes de huir a Nuevo México por primera vez, había caminado kilómetros y kilómetros. Iba y volvía por las calles angostas, dejaba atrás patios cercados llenos de malezas, dejaba atrás perros que ladraban, ancianos en los porches y niños que lloraban, y que siempre correteaban o peleaban. Cada mañana, apenas Robert se marchaba al hospital, yo abandonaba nuestro pequeño apartamento. Siempre me ponía un inmenso sombrero para el sol y un vestido holgado. Los días que Diane no asistía a la guardería, venía conmigo y sus piernitas se esforzaban por seguir mi paso ligero. Si se quejaba y lloriqueaba, la alzaba durante unas calles. Entonces la dejaba en el suelo y continuábamos andando.

No seguía ningún camino en particular. No iban a ningún sitio. Sólo paseaba, deambulaba al azar por las calles maltrechas del barrio de Los Ángeles, donde vivíamos alquilados. Tenía que caminar; si me quedaba en el apartamento, me costaba respirar. Las paredes me agobiaban y no podía estarme quieta.

Mi matrimonio con Robert se había tornado intolerable; era una jaula en la que había entrado por propia voluntad, pero de la cual no podía escapar. Robert y yo nos conocimos en una clase de química durante mi primer año en la universidad. Me había costado seguir estudiando, pero lo logré gracias a una pequeña beca del Rotary Club de mi pueblo natal y del dinero que ganaba mecanografiando trabajos para profesores y alumnos más prósperos que yo. Era una vida dura, pero no peor que la que había llevado en casa de mis padres.

Era hija única. Mi padre era un hombre austero y recto que se ganaba la vida como fontanero y que creía en un Dios cristiano austero y recto. Pensaba que las mujeres no necesitaban recibir educación superior. Reprobaba mi pasión por coleccionar puntas de flecha indias, herramientas de piedra y fragmentos de vasijas. Mi madre, como las hembras de muchas especies de aves, había desarrollado una coloración opaca protectora que le permitía confundirse con el entorno, invisible mientras se mantuviera en silencio. Me alentaba a adoptar la misma estrategia: ser callada y dócil. Pero jamás lo conseguí. Siempre me sentí como un cucú huérfano, nacido de un huevo depositado en un nido extraño, y demasiado grande, locuaz y turbulento para sus padres adoptivos. Cuando finalicé la escuela secundaria, mi padre sugirió que me colocara como administrativa en el colmado del barrio. Hice las maletas y me fui.

En la universidad, la gente me dejaba sola. Podía leer y hacer lo que quería. Llevaba una vida de aislamiento, y tenía muy poco en común con las mujeres que compartían conmigo el internado. No me interesaba hacer sociales, ni salir con chicos, ni presenciar partidos de fútbol. Me sentía mucho más atraída por las clases de ciencias y los libros.

Robert era estudiante becario, un joven muy centrado que cuidaba mucho sus estudios. Comenzamos discutiendo acerca de un experimento en la clase de química y terminamos yendo juntos a bailar. Congeniamos. Él me consideraba inteligente; se reía de mis bromas. Creo, mirando retrospectivamente, que jamás me había dado cuenta de lo sola que estaba hasta que, con Robert, dejé de estarlo, íbamos a bailar, al cine cuando lográbamos reunir el dinero entre los dos, compartíamos helados en la cafetería de la universidad. Por primera vez, me hacían un hueco: tenía un lugar junto a Robert. Cambié para él: mis modales se refinaron, empecé a ser comedida y a prestar más atención a mi apariencia y a la ropa que vestía.

Una noche perdí mi virginidad en el asiento trasero de un Chevrolet prestado, después de haber bebido una botella de vino. Semanas más tarde, el periodo no llegó en la fecha debida. Nos casamos. En esa época, era la única solución razonable. Dejé los estudios y seguí mecanografiando trabajos para ganarme la vida, pero con el inmenso peso de llevar un hijo en el vientre. Después del nacimiento de Diane, mientras Robert proseguía sus estudios de medicina, yo escribía a máquina mientras cuidaba al bebé, lavaba la ropa y cocinaba sopa y pasta. Sopa, porque era económica; pasta, porque satisfacía el estómago.

Comencé a recordar con nostalgia las largas noches que pasaba sola en el pequeño dormitorio del internado, leyendo hasta el alba, y levantándome para asistir a clases. Allí, el tiempo era limitado, pero era todo para mí. Siendo madre, era inexistente. Sólo conseguía leer cuando Diane dormía. Asistí a unas charlas sobre arqueología en un centro local, pero Diane se inquietaba y perturbaba las conferencias llorando o haciéndome en voz alta preguntas ininteligibles. El profesor me pidió que no trajera más a la niña, pero no podíamos pagar a una niñera.

Me sentía cada vez más nerviosa y mis sueños cobraban vividez. Vagaba por junglas exóticas plagadas de flores brillantes, de gentes extrañas, de ruinas decrepitas. Me sentía impaciente y enojada conmigo misma y con el mundo.

Robert y yo peleábamos incesantemente: sobre Diane, sobre el dinero y la falta de dinero; sobre el orden doméstico y la falta de orden doméstico. Recuerdo con claridad una noche que estábamos en casa. Diane se había dormido y yo estaba zurciendo unos calcetines de Robert mientras veía un documental por televisión acerca de los indios de la selva brasileña. Robert estaba en casa, y despierto, cosa bastante rara. Caminaba, enérgico y nervioso. En una fiesta dada por uno de sus compañeros, un hombre presuntuoso había hablado acerca de las limitaciones de lo que él llamaba la «mente primitiva». Al parecer, para él todas las razas eran primitivas, salvo la blanca. Discutí un rato con él, y terminé llamándolo «estúpido fanático», insulto que llegó a oídos de Robert.

—¿No podrías haber tenido un poco de tacto? —me preguntó.

—¿Querías que le rindiera pleitesía a semejante imbécil?

—Quiero que tengas un poco de sentido común. Ese idiota es jefe de cirugía y en el hospital tiene muchísima influencia —dijo Robert—. Debes tener más cuidado. Antes lo tenías.

Observé cómo un indio hendía un árbol de caucho con un machete y recogía la savia que fluía en una cubeta.

—¿Qué es lo que te pasa últimamente? —inquirió—. ¿Por qué estás tan susceptible?

—No me gusta estar aquí. —Confesé con tristeza, apartando la vista del televisor.

Robert dejó de dar vueltas, mostrándose súbitamente comprensivo.

—Tampoco a mí. —Se sentó a mi lado en el sofá y me rodeó con los brazos—. Las cosas se solucionarán. No siempre viviremos aquí. Cuando tenga una buena posición nos trasladaremos a un barrio mejor.

Pensé en ese hipotético barrio e imaginé interminables vistas de senderos ajardinados, cercas blancas y niños sonrientes.

—No —le dije.

Estrechó mis brazos con suavidad.

—Ya casi estamos allí. Un año más...

Un año más me acercaría por un año más a una casa en un barrio que no deseaba.

—No —repetí—. Quiero ir a la jungla.

—¿Qué?

Hice un gesto hacia la pantalla del televisor, donde las mujeres indias se acuclillaban ante un fogón.

—Ésa es mi idea de una zona mejor.

—Está bien —dijo.

Se echó a reír. Mi padre también se había reído cuando le dije que seguiría estudiando.

—Éste no es mi sitio. No sé cuál es, pero sé que no está aquí. Sacudió la cabeza, aún sonriendo, incrédulo y divertido por la idea.

—Para ser una mujer inteligente, eres bastante tonta. ¿Qué cuernos harías allí? Además, después de una semana entre los bichos y la mugre estarías de regreso en casa.

Lo miré con frialdad, preguntándome de pronto si alguna vez me habría escuchado cuando le hablaba de la arqueología y antropología. Lo veía con claridad pero muy distante, como si al reírse se hubiera interpuesto entre los dos una pared de cristal. Diane me llamó desde su habitación. Quería un vaso de agua. Sin decir palabra, me retiré para atender a la niña.

Robert jamás comprendió la naturaleza de mi descontento, ni después de marcharme de casa, ni cuando me corté las muñecas. Siguió esperando que volviera a ser la mujer con la cual se había casado, sin jamás comprender que era una farsa, que nunca existió.

Y así paseaba por el barrio, intentando quemar la energía que me mantenía despierta por las noches, la misma que me impedía descansar. Fue durante una de esas caminatas cuando comencé a ver sombras del pasado. Un grupo de indios partiendo de cacería. Cuatro mujeres cargando cestas de mimbre llenas de raíces desconocidas. Recuerdo haber visto a un fraile español, montado en un burro cansado, cruzándose en mi camino rumbo a algún lugar importante. Una tropa de soldados a caballo levantaba una polvareda al trotar por la calle asfaltada, y desaparecía al atravesar un edificio que obstruía su camino.

Recordé claramente un día en que no salí a caminar. Diane tenía cinco años y estaba con gripe. Me quedé en casa para cuidarla, dando vueltas por el apartamento. Era agosto y la temperatura no bajaba de los 38 grados. Era una ola de calor que el locutor del informe meteorológico prometía que descendería. Después de horas de rezongar y quejarse, Diane finalmente se durmió. Robert trabajaba de noche en el hospital. Me senté en la mesa de la cocina en una silla de madera que tambaleaba. Hacía calor, mucho calor, y había estado bebiendo cerveza toda la tarde con una vecina, una mujer desaliñada que no tenía nada bueno que decir sobre nadie. Había bebido con ella sólo porque no podía tolerar estar sola. Yo tenía veintiséis años, y me parecía mal estar sola, bebiendo una cerveza tras otra. Pero a las seis, cuando la vecina se marchó, seguí bebiendo cerveza fría y mirando las paredes.

En ese viejo apartamento, el calentador retumbaba, el refrigerador rechinaba, el suelo se resquebrajaba sin ninguna razón visible. Cuando me detuve a escuchar el ruido de la nevera, advertí voces. Parecía una conversación lejana en una fiesta.

Después de irse la vecina, tomé conciencia de que no estaba sola. Muy lentamente, pude ver a la mujer que estaba sentada a la mesa en el sitio que la otra había dejado vacío. Me observaba. La luz de la cocina era tenue. No había encendido la luz del techo y la iluminación crepuscular se filtraba entre la suciedad de las ventanas. El rostro de la mujer estaba en la penumbra, por lo que no lograba reconocerlo.

Sostuve su mirada durante un instante, preguntándome vagamente cómo habría hecho para entrar.

—¿Quiere una cerveza? —le ofrecí.

Rehusó con un gesto.

—¿Qué cree que debo hacer? ¿Huir, o quedarme aquí para cuidar a la niña?

Le había dicho a mi vecina que pensaba dejar a Robert. Se había echado a reír. Según ella, después de unos meses de soledad regresaría corriendo a casa.

La mujer cuyo rostro no lograba distinguir no se rió.

—Huye.

¿Había hablado o se trataba del murmullo del calentador? Las sombras nunca se habían dirigido a mí de ese modo.

Sentí algo frío en el estómago. La cerveza me había sentado mal, el calor me mareaba.

—No puedo abandonar a la niña.

Me esforcé por verle el rostro, pero estaba oculto en las sombras.

—¿Por qué te escondes? —le pregunté—. Háblame. ¿Qué debo hacer?

—Huye. —Otra vez, oí el susurro.

—No puedo huir. Debe haber algo más que pueda hacer. Debe haberlo.

Miró sus manos y las levantó por encima del borde de la mesa para mostrarme lo que tenía entre ellas. En sus palmas abiertas, como una ofrenda ante un altar, había un cuchillo, una afilada hoja de obsidiana que destelleaba bajo la tenue luz.

En algún lugar lejano oí el llanto de un niño y me sobresalté. Reconocí la voz de Diane. Había despertado de su larga siesta y me llamaba. Miré hacia las sombras y la mujer había desaparecido.

Estaba sentada sola en la plaza. Una enorme polilla —acaso la hermana de la otra, que tanto había luchado por llegar hasta la luz y morir— voló de la oscuridad, se arrojó a la llama pálida de la linterna Coleman, se alejó del cristal y regresó de nuevo a la noche. Me puse de pie; ya no deseaba estar quieta. No quería recordar. Caminé hacia el Templo de las Siete Muñecas, en busca de Zuhuy-kak.

El monte jamás estaba mudo. Al caminar, los arbustos se agitaban a mi alrededor con los suaves y cautos movimientos de los animalitos. Se oía el son de los insectos y a veces el aleteo de los murciélagos nocturnos. Sonidos inofensivos: estaba acostumbrada al monte de noche. Crucé la choza de Salvador y seguí la senda que se perdía en las antiguas ruinas.

Oí un roce, como el de una falda contra el suelo. Miré a mis espaldas: sólo el viento.

Un joven médico arrogante del manicomio me había explicado que me costaba discernir entre mis fantasías y la realidad.

—Usted lo objeta porque no reconozco su realidad —le dije—. Pero yo no tengo problemas para reconocer mi propia realidad.

Por aquel entonces, el doctor sería pocos años mayor que yo, tal vez tendría veintinueve o treinta años. Llevaba el pelo cortado a la usanza militar, estaba bien afeitado, bien bañado, y su consultorio olía a crema de afeitar.

—No veo la diferencia. Hay una sola realidad.

—Ésa es su opinión.

Aún tenía las muñecas vendadas con gasa quirúrgica hasta el codo. Las heridas casi habían cicatrizado pero todavía sentía los brazos rígidos e hinchados. Los crucé sobre el pecho con aire desafiante.

—No me agrada su realidad. No me gusta tampoco la realidad de mi esposo, pero él no me permite modificarla. El joven doctor frunció el ceño.

—Debe cooperar, Betty —dijo, con aspecto de genuina preocupación—. Deseo ayudarla.

—Mi nombre es Elizabeth.

—Su esposo la llama Betty.

—Mi esposo es un imbécil. No sabe mi nombre. Mi esposo intenta acabar conmigo.

El joven doctor protestó: mi esposo se preocupaba mucho por mí, mi esposo quería protegerme. El joven doctor no comprendía que la realidad tiene sombras. La metáfora es lo que quedó de la realidad. Le dije que Robert quería acabar conmigo. En realidad, quería que fuera sumisa y complaciente, tan buena como sólo puede serlo un muerto. No era malvado, pero no comprendía lo que yo necesitaba para vivir. Quería que yo estuviera muerta para el mundo. Cuando vi que las paredes de la sala se cerraban, también lo viví como una especie de verdad. El mundo en que vivía era pequeño y cada vez menguaba más.

El joven doctor creía en una sola realidad, en la que los jóvenes doctores se hacen cargo de las cosas y los pacientes se muestran muy agradecidos. Jamás admitiría una realidad en la cual los espíritus del pasado habitaran las calles de Los Ángeles. Eso no encajaría; no podría ser. En aquella época, el doctor era un joven imbécil. Probablemente ahora fuese un viejo imbécil.

Al llegar a la iglesia española fumé un cigarrillo e intenté oír sonidos de pasos sobre el sendero. Nada. Estaba sola. Acaricié el vendaje que cubría los arañazos allí donde la rama me había desgarrado la piel. La muñeca me dolía, y el dolor me evocó recuerdos. Mi hija dormía cerca y eso también traía recuerdos.

A veces, vuelvo a vivir las imágenes del intento de suicidio, llegan a mí sin que las llame ni las busque. El perfume de la loción para después de afeitar que Robert usaba, el calor húmedo del vapor que se elevaba de la bañera a medida que la llenaba, el contacto del cristal frío contra la piel de mis muñecas... recuerdos de la vez en que cerré la frágil puerta del baño y abrí el grifo del agua caliente para que borboteara en la bañera. No me

agradaba la idea de abrirme las muñecas con una navaja, de sentir el frío metal contra la piel. Sostuve un largo fragmento de fino cristal en la mano y sonreí. Eso sería mejor, más apropiado.

Dolió. Lo recuerdo; pero junto al dolor había una especie de anticipación. Estaba de pie al borde de algo enorme; es lo mismo que se siente justo antes del orgasmo, cuando el cuerpo arde con intensidad nueva y cada nervio late con vida, tanta vida que cada movimiento produce dolor y regocijo. Hay sensaciones tan grandes que no pueden ser contenidas en el cuerpo. A estas sensaciones las llamamos dolor, a falta de un nombre mejor. Mientras oprimía el cristal contra la piel sentía más que dolor, más que el frío borde del cristal, y que el flujo cálido de la sangre bajando por el brazo. Podía ver cómo la sangre manaba a borbotones, al ritmo de mi corazón, y dejé que inundara y desbordara la bañera, que recorriera mi cuerpo desnudo. Podría haber luchado contra Robert, pero, cuando irrumpió en el baño yo estaba medio inconsciente. Había ido más allá de la lucha, hasta un gran sitio vacío que rugía con el sonido del mar. Estaba dispuesta a proseguir pero Robert me retuvo.

A veces lo recuerdo. Pero procuro no hacerlo.

## 6 - DIANE

Después de la muerte de mi padre, en esas dos semanas en que no pude dormir ni comer, mi amiga Marcia sugirió que acudiera a un psicólogo. Fui a ver a su psicóloga, una mujer de hombros cuadrados, de suaves ojos grises que contrastaban entre las líneas angulosas y rectas de su rostro. En las paredes de su consultorio, revestidas de madera, pendían unos cuadros en tono pastel, enmarcados de negro: una curiosa mezcla de severidad y suavidad. Se sentó en una mecedora. Yo lo hice en un sillón demasiado mullido.

Me pidió que le hablara de mí misma. Pensé, por un momento, en hablarle de la noche anterior al funeral de mi padre. El recuerdo me había acosado. Durante tres noches seguidas había estado soñando con el amplio valle oscuro que se veía desde la terraza de mi padre. Recordaba los sueños con mucha vaguedad, y cada vez me despertaba con una sensación de pánico y de estar cayendo. Si no dormía, rechazaba la terraza, especialmente de noche.

Pasaba los días revisando sus cosas, decidiendo qué ropas donaría a la beneficencia y qué papeles interesarían a los colegas de mi padre en el hospital. La tía Alice me preguntaba una y otra vez cuándo regresaría al trabajo. No le había dicho que había renunciado al empleo y que había rescindido el alquiler de mi apartamento. De noche bebía, veía la televisión e intentaba dormir. Pero cada vez que lograba conciliar el sueño despertaba, inquieta y apenada, huyendo de sueños extraños.

Le dije a la psicóloga que mi padre había muerto, que no podía comer y que me costaba dormir. Que estaba muy nerviosa y afligida. Me preguntó sobre mi padre y mi relación con él. Le dije que habíamos tenido una buena relación, una muy buena relación.

Me preguntó acerca de mi madre y le dije que mi madre no formaba parte de esto, que hacía quince años que no la veía.

—¿Cómo se siente cuando piensa en su madre? —me preguntó. Su voz concordaba con sus ojos: gris pálido y suave.

—No lo sé —me encogí de hombros—. Triste, supongo. Triste por el hecho de que se haya ido.

—¿Qué están haciendo sus manos?

Esperó, estudiándome.

Mis manos eran dos puños apretados. No abrí la boca.

—¿Por qué no deja que sus manos hablen en voz alta y digan lo que sienten?

Moví la cabeza rápidamente y obligué a mis manos a relajarse.

—Están aferrándose —dije con una fuerte voz que no parecía mía—. Creo que están aferrándola. Yo no quería que se marchara.

Los ojos grises me estudiaron sin sentimiento, por lo que pensé que no me creía.

La primera mañana que pasé en el campamento me despenó el bocinazo de un camión. El reloj que había en el baúl daba las ocho. El aire ya estaba cálido. Las hamacas de Barbara y Robin estaban vacías. Maggie seguía durmiendo, acurrucada y cubriéndose la cabeza con la sábana. Sentía una calma que desde hacía meses no experimentaba, y decidí, recostada en mi hamaca, adoptar la actitud despreocupada de Tony y tomar las cosas tal como vinieran.

Me deslicé de la hamaca y me vestí apresuradamente. Barbara estaba ante el tonel de agua, lavándose la cara. Le di los buenos días y descolgué mi toalla del árbol.

—Desearía que no te mostraras tan alegre antes de desayunar —refunfuñó, pero esperó a que terminara de lavarme.

De camino a la plaza pasamos por la cocina, una pequeña choza construida con tablones. A través de la puerta abierta, vi una mujer delgada vestida de blanco que cuidaba un pequeño fogón y cocinaba tortillas en una sartén ennegrecida.

—Es María —explicó Barbara—. La esposa de Salvador, el capataz.

A su lado estaba una niñita de grandes ojos oscuros. Me miraba con solemnidad. En una mano sostenía una tortilla. Le sonreí, y se ocultó detrás de su madre. María giró la cabeza para ver por qué se escondía la niña.

Sonreí, pero María no me devolvió la sonrisa. Me estudió seria y suspicazmente, según creí entender. Un instante después volvió a ocuparse del fuego y las tortillas. La niña me lanzó una sonrisa, y acto seguido se tapó el rostro con la falda de su madre.

Tony y mi madre ya estaban sentados a la mesa. El desayuno consistía en huevos rancheros, tortillas de maíz, café fuerte y zumo de naranja. Mi madre parecía cansada, pero llena de vitalidad. Me saludó y me señaló una silla. Luego prosiguió haciendo su lista de compras.

—Sí, sí. Pina. Compraré fruta fresca. ¿Qué más? Sé que he olvidado algo importante.

Mi madre terminó de repasar su lista, y luego me miró.

—Hoy por la tarde iré al mercado. Si quieres venir, podemos comprarte un sombrero.

—Me encantará —acepté.

Los ojos de Tony estaban enrojecidos. Su voz fue tan áspera al hablar, como la lana contra la piel.

—Iré a darme un baño después del desayuno —dijo en voz baja—. ¿Queréis venir conmigo Barbara y tú? Os da tiempo.

Dijimos que sí.

Los demás estudiantes venían a desayunar cuando Tony, Barbara y yo regresábamos a nuestras chozas para ponernos los trajes de baño. Nos unimos a Tony en el camino.

En la cima de un montículo me detuve para echar un vistazo a mi alrededor. A lo lejos, el Templo de las Siete Muñecas se alzaba sobre la tierra yerma.

—Según el libro que leí, ésta es una de las zonas arqueológicas más extensas del Yucatán —dije. Contemplé la vegetación que nos rodeaba y sacudí la cabeza—. ¿No falta algo? ¿Dónde están todos los edificios?

Tony descargó suavemente el pie contra el suelo.

—Debajo de ti —dijo—. A tu alrededor. —Movié la mano en dirección al templo—. Debes aprender a mirar. ¿No crees que los montículos son más regulares que los de cualquier colina? Y ya ves que están dispuestos de tal forma que forman un bello sendero. —Trazó una línea en el aire con la mano—. Y mira las rocas que hay dispersas por doquier. No son rocas comunes.

—Me imagino —dije dubitativamente.

—Estamos de pie sobre la cima de un antiguo templo —dijo.

—¿Cómo sabes que es un templo?

—Todo es un templo hasta que alguien demuestre lo contrario —dijo Barbara en un tono algo irónico—. Incluso podríamos darle un nombre: Templo del Sol, por ejemplo. O Templo del Jaguar, sí... éste suena mejor. Los nombres son siempre arbitrarios.

—Cuidado —advirtió Tony con una débil sonrisa—. Estás divulgando secretos de la profesión.

—Quedará en familia —se defendió Barbara—. Es de confianza.

Siguió avanzando por la senda y la seguimos. Estudié las rocas que aparecían a nuestro alrededor mientras caminábamos. En una ocasión vi una que tenía restos de grabados, pero la mayoría parecía sólo rocas.

El cenote era un estanque de aguas claras y azules, enclavado en la piedra caliza. Al lado del cenote, la roca se hundía suavemente en el agua. En el extremo opuesto, las rocas sobresalían en una formación abrupta que se elevaba un metro sobre la superficie del agua. No se distinguía el fondo del estanque. A lo lejos flotaban los nenúfares.

Dejamos las toallas sobre la roca, al sol. Barbara y yo nos internamos lentamente. El agua estaba fría; después del calor de la mañana, producía una conmoción. Nadé, en unas brazadas, hasta los nenúfares lejanos, y regresé. Había diminutos pececillos, del tamaño de mis dedos, agitándose bajo los nenúfares. Nadé hacia ellos y se dispersaron hacia la oscuridad.

Tony se sentó en las rocas redondeadas, descansando bajo el sol como un viejo reptil tratando de absorber el calor. Había recostado la cabeza sobre sus manos y exponía el rostro al sol. Ahora que se había quitado la camisa, veía lo delgado que era. Su moreno, del color del cuero viejo, le favorecía tan poco como la ropa prestada por alguien más corpulento.

Trepé por las rocas, a su lado. Barbara seguía en el agua, flotando plácidamente de espaldas. Extendí mi toalla al lado de la de él y reconoció mi presencia con un gesto.

—¿Qué profundidad tiene el estanque? —le pregunté.

Se encogió de hombros sin abrir los ojos.

—Más de la que crees. Según el grupo de la Universidad de Tulane, llega verticalmente hasta los cuarenta y cinco metros, y desde allí sigue descendiendo en ángulo. Hicieron un buen trabajo bajo el agua.

—¿Vais a bucear este verano? —inquirí.

Tony movió la cabeza de un lado a otro.

—No tenemos presupuesto. La universidad cree que éste no es un sitio muy atractivo para destinar grandes fondos.

Lo entendía. Hasta ahora, no había visto nada que resultara particularmente impactante.

—Es un lugar importante —decía Tony—. El centro ceremonial más antiguo. Pero para convencer a la universidad de que nos dejen regresar el año próximo, debemos hallar algo espectacular.

—¿Como por ejemplo?

—Máscaras de jade, oro, vasijas con pinturas de significado ritual. O tal vez una serie de murales como los que hay en Bonampak, en Chiapas. —Dio la vuelta, apoyándose lentamente como si se le fuera a quebrar algún hueso—. Algo llamativo... lo ideal sería una tumba llena de tesoros. Algo que pudiera ser de atracción turística.

—¿Crees que hay posibilidades?

Sus ojos seguían cerrados. Se encogió de hombros sin abrirlos.

—Es difícil saberlo. Estamos apostando. Siempre tenemos que apostar. A Liz le gusta apostar, creo. Pero jamás pierde mucho. Tiene suerte. Los académicos no la tienen en estima, pero tiene suerte.

—Espero no estorbar aquí —dije. Mi voz sonó débil e insegura—. No quiero interponerme en el camino de mi madre. Entreabrió los ojos y me lanzó una mirada.

—¿Qué esperas encontrar aquí? —me preguntó. Su voz era un grave retumbo, como el tronar de las olas del océano en una tibia playa o como la lluvia sobre un tejado de cinc en una mañana de invierno—. Algunos vienen en busca de conocimientos secretos; otros, de aventura. ¿Y tú?

Hice un gesto de incertidumbre.

—No lo sé en realidad.

—Hallarás algo, de eso no hay duda. Pero jamás es lo que uno espera.

—¿Qué buscas tú aquí? —pregunté a mi vez, cerrando los ojos ante el sol.

—Calidez y paz —me respondió—. Solía esperar más, pero los años me han hecho cambiar.

—¿Qué debería hacer? —pregunté ociosamente, con los ojos aún cerrados—. ¿No esperar nada y ver qué pasa? Permaneció un minuto en silencio.

—Podría resultar. —Vaciló—. Tu madre no sabe qué hacer contigo... te lo puedo asegurar. Es por eso que está algo tensa. No sabe qué papel representar.

Abrí los ojos y rodeé mis piernas con los brazos. El sol me había secado la piel y la piedra sobre la cual me apoyaba ya estaba caliente.

—A mí me pasa lo mismo —confesé.

—Lo has estado haciendo bien —dijo—. Sigue como hasta ahora. No lo miré. En cambio, contemplé a Barbara, que buceaba y aparecía flotando como un corcho.

—Creo que le hará bien a Liz tenerte aquí —aventuró—. Me parece que necesita de la gente más de lo que suele admitir. —Le oí cambiar de posición, pero no lo miré—. Alguien me dijo una vez que los arqueólogos son antropólogos a los que no les gusta la gente viva. Desentierran a los muertos porque éstos no replican. No es del todo cierto, aunque creo que los vivos son demasiado rápidos para la mayoría de los arqueólogos. Nosotros somos de movimientos lentos. Observamos cambios, en la fabricación de vasijas, que tardaron en producirse cientos de años y nos parecen variaciones rápidas. Estamos acostumbrados a tomarnos nuestro tiempo. Tendrás que esperar a que Liz se habitúe a la idea de que tiene una hija.

—Muy bien —dije lentamente—. Lo haré. —Me recosté sobre la toalla y dejé que el sol me acariciara.

Al cabo de un rato Barbara salió del agua y se tendió a nuestro lado. Tony se marchó tras quince minutos tumbado al sol, alegando que tenía que finalizar unas lecturas en el campamento. Barbara levantó la cabeza para verlo partir. Nos saludó con un gesto desde la cresta de la colina y luego desapareció de nuestra vista.

—Me apuesto lo que quieras a que cuando regresemos ya estará por el tercer gin-tonic —dijo Barbara como si se tratara de un hecho consumado.

La miré fijamente.

—No me malinterpretes —me detuvo—. Tony me cae bien. A todos nos cae bien, aunque sabemos que bebe demasiado. —Giró y se tumbó boca arriba, con la cabeza apoyada sobre un brazo. El cabello oscuro le caía hacia atrás, aún brillando y mojado—. Hasta ahora ello no ha interferido en su trabajo. Sigue siendo un brillante maestro, a juzgar por lo que oigo. Se excede sólo aquí.

Recordé lo que había dicho de la calidez y la paz. Barbara observó mi rostro y se encogió de hombros.

—Lo siento. Supongo que no debí mencionarlo. Después de cierto tiempo, en el campamento no hay mucho que hacer excepto hablar de los demás. Los muertos, por muy fascinantes que sean, jamás interesan tanto como los vivos. —Volvió la cabeza y abrió un ojo para buscar mi mirada—. ¿No crees?

—Supongo que tienes razón.

—Claro que sí —aseguró—. Ahora... ¿qué crees que estarán diciendo de nosotras Carlos, Maggie y Robin?

—¿Qué te hace pensar que estén hablando de nosotras?

—Creí habértelo dicho ya. Están hablando de nosotras porque los vivos son más interesantes que los muertos. No creerás que los arqueólogos hablamos de arqueología todo el tiempo, ¿verdad? No, hablamos de otros arqueólogos. Dime, ¿qué crees que estarán diciendo de ti y de mí?

—Casi seguro que Maggie piensa que soy una engreída —dije, adoptando su tono—. Probablemente piensa lo mismo de ti.

—No te lo discuto —respondió Barbara—. Y Robin se mostrará de acuerdo, porque siempre está de acuerdo con lo que dice Maggie. Tiene el sello de la eterna sombra obediente. ¿Y Carlos?

—Si Carlos tiene algo de cerebro, se mantendrá al margen.

—Ah, tu primer error de juicio. Carlos no tiene cerebro. Apuesto a que tratará de defendernos... al menos a ti. Carlos y yo no somos precisamente amigos.

—Ya me he dado cuenta —dije con sequedad. Barbara hizo un gesto con la cabeza.

—Sé lo que estás pensando, pero jamás me acosté con Carlos. Lo he visto acostarse con cuatro mujeres distintas el verano pasado, cortejar a las cuatro con igual energía y pasión, y abandonarlas del mismo modo. —Se encogió de hombros—. La primera de ellas era muy amiga mía. Tuvo que andar con la cabeza gacha todo el resto del verano observando cómo Carlos proseguía sus planes con la número dos, la tres y la cuatro. Todas ellas eran muy agradables. Todas se dejaron embaucar. —Volvió a hacer un gesto de incertidumbre—. No sé por qué lo hace, pero creo que le gustan los problemas. Ten cuidado.

—Gracias por la advertencia. Ya me lo había figurado.

—John, por otra parte, es adicto al trabajo. Dudo que se haya percatado de la existencia de las mujeres. —Cerró los ojos ante la luz cegadora—. ¿Quieres apostar a que mañana cuando vayamos de excavación Maggie y Robin irán maquilladas?

Nos tendimos al sol y conversamos. Barbara era muy lista y observadora, y se divertía a costa de los demás.

Aproximadamente después de una hora, oímos gritos y risas en el camino. Un grupo de jóvenes y niños mexicanos, de cinco a quince años, se acercaba al cenote. Los observamos nadar durante un rato, pero recogimos nuestras cosas para marcharnos cuando los mayores comenzaron a competir para ver quién salpicaba más arrojándose al agua desde las rocas escarpadas. La piedra sobre la cual descansábamos estaba dentro del área de la salpicadura previsible, de modo que largarnos nos pareció la salida más inteligente.

—Les pertenece a ellos el resto del año —dijo Barbara mientras regresábamos—. Nosotros sólo lo tomamos prestado.

—¿Viven cerca de aquí?

—En la hacienda, creo. Es el rancho que hay hacia el lado de la autopista. En medio de los campos de henequén.

—Está lejos de aquí —calculé. Se encogió de hombros.

—Cuando sólo hay un lugar donde bañarse, supongo que no importa mucho cuánto hay que caminar.

El campamento permanecía en silencio. Tony estaba sentado a la sombra, fuera de su choza, con un vaso cuidadosamente apoyado en uno de los brazos de la silla. Mi madre parecía trabajar en su libro: se oía el ruido de la máquina de escribir. Barbara anunció que la única cosa productiva que se podía hacer era dormir una siesta. Le pedí un libro prestado, me senté a la sombra en una de las mesas y me dispuse a leer.

Los pollos picoteaban la tierra a mi alrededor, cloqueando absortos en su tarea. Cerca de la cocina había un lechen negro, echado contra el muro y durmiendo una prolongada

siesta. Oía el canturreo de la hija de la cocinera. Se encontraba al otro lado de la pared, escarbando la tierra con una ramita. No distinguía la letra de la canción. Podía haber sido cualquier tontería, o un canto maya. Cuando se asomó le sonreí y le dije «buenos días». Se ocultó detrás de la pared y permaneció unos minutos en silencio. Luego volví a oír el rasgido de la ramita y la melodía de la canción.

El primer capítulo del libro de Barbara contenía una historia general del imperio maya, profusamente ilustrada con fotos de Chichén Itzá y Uxmal. Dzibilchaltún se mencionaba como el más antiguo centro ceremonial continuamente ocupado, pero el texto no incluía fotos. Comprendía por qué.

Los mayas habían ocupado la península del Yucatán desde el año 3000 a. de C. Absorbieron varias invasiones de México. A juzgar por el libro, tuve la impresión de que la fortaleza maya no radicaba en su agresividad militar sino en su capacidad de absorber al invasor, de adoptar algunas de sus costumbres, de retener ciertos hábitos propios. La mayoría se mantuvo independiente hasta que llegaron los españoles. Los conquistadores superaban a los ejércitos mayas; la Iglesia católica sometió a los supervivientes. Los frailes, según señalaba el libro, parecían preocuparse por la salvación de las almas de los indígenas, aun cuando ello significara acabar con sus vidas.

Paré un momento para beber agua del barril colocado a la sombra. Pensé en regresar al cenote para darme otro baño, pero la idea de semejante caminata bajo el calor me desalentó. En la plaza hacía calor, incluso a la sombra. Tony se había ido a su choza a dormir la siesta o a prepararse otra bebida, supuse.

El segundo capítulo describía la noción maya del tiempo, señalando que su filosofía del tiempo era parte esencial de su modo de pensar. El libro no lograba en absoluto presentarlo como algo esencial. Había leído el primer párrafo tres veces y ya estaba pensando en dar un paseo por las ruinas cuando apareció la camioneta rodeada de una nube de polvo. Carlos y Robin estaban sentados en el asiento delantero; Maggie, sola en el de atrás.

—Oye, Robin —oí que decía Maggie—, llevemos todo esto a la choza y vayamos a dar un paseo.

Las dos mujeres se marcharon juntas con sus fardos de ropa lavada, sin mirar a Carlos. Contuve una sonrisa y volví mi atención al libro, pensando en los comentarios que Barbara habría hecho sobre esta escena particular de los rituales de apareamiento.

Traté de concentrarme en el libro, pero la descripción del calendario maya era tan árida como la tierra que tenía bajo mis pies. Había avanzado hasta el segundo párrafo, pero apenas era mejor que el anterior. Un ciclo de veinte días formaba un mes; dieciocho meses formaban un año. Cada día tenía un nombre, y los mayas creían que cada día era responsabilidad del dios de ese nombre. Parecía haber un número inusitado de nombres, dioses y ciclos.

—¿Quieres una cerveza?

Levanté la vista. Carlos sostenía una botella abierta. El vidrio marrón estaba cubierto de gotas de condensación y del cuello de la botella salía una espiral de vapor helado. Carlos la apoyó sobre la mesa enfrente de mí sin esperar mi respuesta. Se sentó en la otra silla y bebió un gran trago.

Dejé el libro y acepté un trago. La botella estaba helada y la cerveza me refrescó la garganta.

—Gracias —le dije—. Ha sido un viaje muy corto a la ciudad, ¿no?

Asintió y me ofreció una sonrisa. Estaba bronceado, era apuesto y lo sabía. Llevaba pantalones cortos blancos y traslucía cierto aire de confianza en sí mismo. Alejó la silla de la mesa y apoyó los pies en otra silla cercana.

—Lo suficiente para lavar la ropa y pelear un rato.

—¿Pelear? ¿Por qué?

Se le veía tranquilo, plácido y satisfecho como un gato bien alimentado.

—Discutí con Maggie comentando lo hermosa que eras.

—Barbara me advirtió que te gustaban las discusiones —le dije.

Me lanzó una mirada, inclinó hacia atrás la cabeza y se echó a reír.

—Supongo que tiene razón —admitió—. Me encuentro con problemas a menudo.

—¿Estás seguro de que no los buscas? —le pregunté. Se encogió de hombros, sin dejar de sonreír.

—Podría ser. Pero de todas formas eres preciosa. ¿Eres de Los Ángeles?

—Sí.

—Pasé cinco años allí. Nací en México. Los Ángeles es una ciudad preciosa. ¿Por qué diablos decidiste pasar tus vacaciones en un sitio perdido?

No le miré. Reparé en el vapor que se condensaba sobre la botella. Una gota se abría camino entre las demás y llegaba hasta la mesa.

—Tenía ganas de pasar una temporada con mi madre.

—Ya entiendo. —Dio vueltas al libro, que yo había apoyado sobre la mesa, y leyó el título—. Suponía que siendo la hija de Liz ya tendrías que saber todo esto...

—No sé casi nada —repliqué—. Es mi primera excavación.

En la pared de la cocina, una lagartija pequeña, azul con rayas amarillas, descansaba bajo el sol. El lechón negro cambió de posición, suspiró, y siguió durmiendo. Aún se oía a la niñita canturrear suavemente. Los pollos escarbaban la tierra. Los miré y lamenté haber aceptado la cerveza. No quería hablar de las razones que me habían llevado hasta allí.

—¿Por qué no me cuentas algo interesante sobre los antiguos mayas? —le pedí.

Vi que meditaba posibles comentarios.

—Tus ojos son del verde más hermoso que he visto en mi vida —dijo por fin.

Enarqué las cejas.

—Eso no tiene nada que ver con los mayas.

—Es cierto. —Hizo una pausa, y cuando volvió a hablar lo hizo lentamente, escogiendo cada palabra con sumo cuidado—. Los antiguos mayas tallaban elaborados ornamentos de jade sólo con instrumentos de piedra. El jade que tallaban era del mismo color que tus ojos.

No pude evitar que se me escapara una sonrisa.

—Vas mejorando. Inténtalo una vez más, pero sin hacer mención a mis ojos.

Extrajo un cigarrillo del paquete y lo encendió, estudiando la expresión de mi rostro. Luego comentó:

—La gente que se ha dedicado a traducir los jeroglíficos mayas ha llegado a la conclusión de que muchos de los símbolos son acertijos y retruécanos. Xoc, por ejemplo, significa «contar». También es el nombre de un pez mítico que vive en los cielos. Así, los mayas empleaban la cabeza del pescado para representar la acción de contar. Pero dado que el pez era difícil de grabar, sustituyeron el símbolo por el del agua, ámbito en el cual vive el pez. El símbolo del agua es un guijarro de jade, pues ambos son verdes y valiosos. Así, jade significa agua, que significa pez, que significa contar. —Carlos se detuvo un instante, dio una calada al cigarrillo y exhaló una nube de humo—. Y por muy confuso que pueda parecer, es la simplicidad misma comparado con la mente de una mujer. —Dejó caer la ceniza y contempló mi rostro—. ¿Te gusta más así?

—No —sostuve, pero sin poder evitar una sonrisa. Se esforzaba mucho por ser seductor—. De todas formas, creo que aprenderé más sobre los mayas si me dedico a leer un libro.

—Tal vez. Pero soy mucho más entretenido que un libro. Te hice sonreír un segundo.

—Eso sí. —Estudié su sonrisa. Era astuta, deshonesta y encantadora—. ¿Cuántas veces te has valido de la misma artimaña?

Se encogió de hombros.

—Jamás uso dos veces el mismo método.

—¿Es cierto todo eso que dijiste acerca de los jeroglíficos?

—Puede ser falso, pero yo no lo inventé. Eso es labor de los profesores. Cuando llegue a esas alturas, elucubraré mis propias teorías extravagantes. —Se reclinó en la silla, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza, y las piernas extendidas.

Le creí cuando dijo que no utilizaba dos veces un mismo método. Era un pescador, y preparaba el cebo con cuidado pensando en un pez en particular.

Se hizo un momento de silencio. La lagartija alzó la cabeza de pronto y huyó por el muro. El canturreo de la niña ya no se oía. Mientras yo miraba, se asomó y nos vio.

—¿Cómo se llama la niña? —le pregunté a Carlos—. No quiere hablar conmigo.

—Teresa. ¿Qué tal Teresa? —le preguntó Carlos en español.

La pequeña le sonrió y musitó algo. Él le respondió, pero las únicas palabras que entendí fueron «la señorita». Teresa sacudió la cabeza y lanzó una frase a toda velocidad que ni siquiera pude distinguir. Dio la vuelta y se marchó corriendo hacia la cocina.

Carlos me miró.

—Le pregunté por qué no te dirigía la palabra. Dijo que su madre no se lo permitía.

—Me pregunto por qué...

Carlos se encogió de hombros.

—Tal vez le preocupe que su hija se corrompa por estar con americanas disolutas.

—¿Qué le hace pensar que somos disolutas? —inquirí.

Alzó las cejas y sonrió.

—Todas las americanas son disolutas —acotó—. Pregúntaselo a cualquier mexicano.

—No sé por qué, pero no me fiaría de ti como experto en americanas. —Me recliné en la silla y advertí que mi madre nos observaba desde la puerta de su choza. La saludé con la mano y salió a pasear por la plaza.

—Dentro de quince minutos parto para el pueblo —anunció.

—Estaré preparada. —Terminé mi cerveza y me puse de pie.

Le lanzó una mirada a Carlos, y se alejó sin decir palabra.

—Sabes... —dijo cuando ella ya no podía escucharlo—, creo que a tu madre no le gusto.

El viaje al pueblo fue caluroso. La camioneta tropezaba en cada bache del camino y los asientos no eran muy mullidos. El rugido del motor hacía imposible mantener una conversación. Cada tanto, mi madre gritaba y señalaba algún punto de la carretera: el camino que conducía a cierta aldea, las plantas de henequén, alguna escuela secundaria local...

El mercado de Mérida se hallaba emplazado en un edificio de acero ondulado; era un lugar ruidoso, de techos bajos, olores intensos y confusión. Una mendiga envuelta en una pañoleta de flecos descansaba acurrucada a un lado de la puerta. Mi madre dejó caer una moneda en su mano y se internó en la multitud. La seguí a unos pasos de distancia.

Una mujer con un vestido blanco bordado con flores en el escote y la cenefa llevaba una cesta de plástico colmada de unos extraños frutos amarillos. La balanceaba sobre la cabeza, enderezándola con una mano, y se abría paso tenazmente entre el gentío.

Un hombre gritó a mis espaldas y me hice a un lado. Llevaba tres canastas apiladas sobre la espalda, aseguradas con una cuerda enlazada alrededor de la frente. Lo dejé pasar, y luego me apresuré a alcanzar a mi madre.

Una anciana campesina ofrecía un recipiente de plástico lleno de pimientos, anunciando el precio a voces. Una mujer más joven, acaso su hija, se acuclillaba a su lado formando con los pimientos una pirámide sobre un lienzo blanco.

Mi madre se detuvo ante un puesto. Había un anciano enjuto, rodeado de sacos de arpillera atiborrados de alubias. Todos los sacos estaban abiertos y dejaban al descubierto su contenido: alubias rojas, negras, arroz, maíz seco. Mi madre tocó unas cuantas alubias negras e intercambió unas palabras con el hombre. Éste arrojó varios

puñados de alubias negras en uno de los platillos de metal de la balanza y los vertió en una bolsa más pequeña.

Mi madre echó un vistazo para ver si estaba con ella, hizo señas de que la siguiera y proseguimos nuestro itinerario a través de la muchedumbre.

—María hace casi todas las compras —comentó—. Sabe regatear mejor. Hoy sólo llevaré algunas cosas.

Otra vez nos detuvimos para comprar pollos. Mi madre regateaba y los pollos la observaban nerviosamente por entre los listones de madera de su jaula. Desde el fondo del puesto se oía su piar; sobre un pasillo de tierra yacían tres inmensos pavos, exhaustos por el calor. Las tres gallinas negras que mi madre adquirió picoteaban las manos del chiquillo que las llevaba hasta el camión, aún enjauladas.

Mi madre se abrió camino entre la multitud con confianza, sin detenerse en el puesto del carnicero, donde un cerdo sacrificado miraba con ojos vacíos.

Parecía no dejarse impresionar por el aroma dulzón de la fruta madura y el olor a podredumbre que se ocultaba detrás. Rodeó a las mujeres en cuclillas que pregonaban el precio de los tomates; se hizo a un lado para esquivar un perro que lamía un mango estrellado contra el pavimento. Cada tanto saludaba a algún tendero, y se detenía a comprar algo: una bolsa de plástico llena de pimientos de color de la sangre, plátanos, una bolsa de calabazas amarillas...

La seguí, cargando sus bultos, deteniéndome cuando ella lo hacía. Me sentía fuera de lugar; no comprendía una sola palabra de las rápidas transacciones que acontecían a mi alrededor. Pero estaba junto a mi madre y me sentía protegida. Obviamente, ella sí se hallaba en su lugar. Traté de no separarme de su lado.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó cuando nos internábamos en otro pasillo, a través de la tenue luz y del calor tropical. Sin esperar la respuesta, anunció:

—Pronto nos detendremos a beber algo fresco. —Compró dos pinas, rábanos y dos lechugas marchitas.

Dejamos los alimentos en la camioneta junto a los pollos y me compró una coca-cola, demasiado dulce pero líquido, al fin. Nos sentamos en un lateral, y la muchedumbre pasó a nuestro lado.

—¡Qué confusión! —exclamé.

Sacudí la cabeza, sonriendo.

—Al principio, supongo que lo es. Luego te acostumbraras.

—Me gustaría. —Tal vez tuviera la oportunidad de acostumbrarme.

Cuando terminamos las bebidas, mi madre me condujo a otro sector del mercado: una hilera de puestos colmados de vestidos, hamacas, echarpes, sandalias, mantas, baratijas para turistas. Se detuvo ante el puesto de un vendedor de sombreros y conversó con el hombre que estaba detrás del mostrador. Algo en su comportamiento había cambiado. Se la veía más distendida, más relajada. Encendió un cigarrillo y echó a reír ante una ocurrencia del vendedor. Me mantuve a un lado, examinando con los dedos el borde de un sombrero, feliz de sentir la brisa que soplaba desde la calle y que alejaba un poco el olor a descomposición.

El hombre me tendió un sombrero de copa de ala ancha.

—Pruébatelo —insistió mi madre.

El hombre asintió y sonrió. Dijo algo en rápido español que hizo reír nuevamente a mi madre. Le respondió, y él se encogió de hombros y abrió las manos a modo de negativa.

—Dice que eres muy guapa —tradujo mi madre—. Y que te pareces a mí. —Sonrió y se inclinó ante el mostrador—. Le he contestado que sólo lo decía para conseguir una venta.

Cuando reía aparentaba menos edad; sus ojos azules quedaban atrapados en una red de arrugas, y el rostro bañado por la sombra del ala de un sombrero de paja muy parecido al que yo llevaba puesto.

—¿Te gusta?

Me observé en el espejo que el hombre sostenía.

—Estupendo.

Regatear por el sombrero llevó más tiempo que por la comida. Mi madre iba a paso más tranquilo, entre carcajadas y sonrisas. Finalmente se concretó la adquisición, y mi madre arrojó al suelo la colilla de su cigarrillo, la pisó contra el asfalto y empleó ambas manos para ajustarme el sombrero. Lo contempló con ojo crítico y asintió.

—Te sienta muy bien. Llévelo cuando vayas de excavación. Eso fue todo. Regresamos con nuestro botín, y los pollos chillaban cada vez que atravesábamos un surco.

Notas para Ciudad de las Piedras,  
de Elizabeth Butler

¿Por qué venimos aquí a hurgar en el polvo, a vivir en chozas y a tener que arreglárnoslas sin duchas, combatiendo los insectos y avanzando pesadamente bajo el calor de la tarde? Algunos creen que los arqueólogos buscamos tesoros: máscaras de jade, delicadas joyas de nácar, ornamentos de oro bruñido. En realidad, indagamos el pasado pétreo y gris en busca de algo mucho más escurridizo.

Andamos a la caza de esquemas. Buscamos trozos del pasado e intentamos recomponerlos. ¿Quién vivió aquí? ¿Cómo se vivía? ¿Quién gobernaba y cómo se le elegía? ¿Quiénes eran los dioses y cómo se les veneraba? ¿La gente que vivía en este lugar trocaba sal y tallas de nácar del golfo por potes de Tikal, herramientas de obsidiana de Colha, figurines modelados de la isla de Jaina? ¿Qué noticias traían los mercaderes que viajaban por los sacbeob, esos caminos de piedra caliza que unían las ciudades? ¿Hablaban de nuevos gobernantes, de los festivales que se realizaban para honrar a los dioses, del fracaso de la cosecha de cacao, de la superabundancia de plumas de quetzal producida este año, de las últimas modas en Uxmal, de los rumores de guerra en el norte?

Cada uno de nosotros busca esquemas a su modo. Anthony Baker, mi co-director, es bueno con el cepillo y el palustre, dotado de paciencia portentosa y de las diestras manos de un mecánico. Durante su juventud, Tony desmontaba y volvía a montar relojes, motores eléctricos, motores de explosión, juguetes mecánicos y, en un cálido día de verano, incluso el mecanismo planetario perversamente intrincado en el eje de una bicicleta de tres velocidades, que viene a ser un dispositivo construido con engranajes dentro de engranajes y ruedas dentro de ruedas.

Estos días, Tony se ocupa de enmarañadas construcciones de distinta clase. Tony estudia vasijas. O, para ser más exactos, estudia fragmentos de vasijas: cuencos, trozos rotos de recipientes, jarrones, incensarios, y pequeñas pipas y cántaros ceremoniales. Hace mucho tiempo, las vasijas se rompieron y las piezas partidas fueron apiladas junto a montones de trastos, arrojadas a los cimientos de alguna construcción, olvidadas e ignoradas. Tony recoge estos fragmentos y los toma en consideración.

Cuando Tony encuentra una vasija rota, lo más probable es que la introduzca en su boca para limpiarla con saliva. Los arqueólogos suelen estar acostumbrados al sabor del polvo, y él sostiene que el sabor y la textura de una vasija le enseñan mucho sobre ella. Cada recipiente lleva una historia consigo. ¿Qué clase de arcilla empleó el alfarero? ¿Qué le añadió a la arcilla para darle consistencia? ¿Cómo se dio forma al cuenco, cómo se decoró, esmaltó y horneó? Tony se dedica a estas cosas, y a veces creo que se sentiría muy cómodo conversando con los artesanos del siglo IX sobre las virtudes de los pigmentos orgánicos sobre los tintes minerales, y de la arcilla templada con arena sobre la que no lo está. Detrás de su casa de Albuquerque tiene un estudio donde modela y cuece objetos de arcilla.

Las modas en lo que se refiere a vasijas cambiaron mucho con los años, y los recipientes son testimonios fehacientes de las distintas épocas. La presencia de ciertos tipos determina las eras. El cuenco que hallamos en el terraplén de un palacio nos permite identificar la fecha en que fue construido.

A John, uno de los estudiantes graduados más apreciados por Tony, le preocupan otros aspectos. Si bien jamás se lo pregunté, creo que su padre debe haber sido carpintero o albañil, constructor de alguna clase. John admira un muro bien levantado. Es capaz de pasarse horas hablando de arcos, señalando las diferencias de las técnicas de construcción utilizadas en el siglo quinto y en el octavo. Creo que sería más feliz si nos asignaran los fondos para reconstruir un templo o dos, y si tuviéramos que montar piedras en los lugares adecuados. Bosqueja elegantes reconstrucciones, y partiendo de piedras derruidas llega hasta los planos según los cuales podría haber sido construido el edificio. En sus dibujos, vuelve a alinear las paredes, endereza los techos, ubica cuidadosamente en su lugar cada piedra de los arcos, y las pone al sesgo para formar una suave línea. Sus dibujos son en blanco y negro: finas líneas de tinta sobre el papel impecable. John sabe que los mayas pintaban la piedra y el estuco con trazos rojos y negros que aún hoy siguen adheridos a la roca. Pero su imaginación carece de color. Le agradan las piedras, sólidas, inmensas, grises, y no se ocupa en embellecerlas.

¿Y qué es lo que me gusta a mí? Me gusta hacerme preguntas imposibles sobre restos menos tangibles, pero no menos duraderos que las vasijas y muros. Mi preocupación son los dioses antiguos, la mitología, las leyendas, las clases de veneración, los sistemas de creencias. ¿Qué motivó al alfarero para dar forma a ese incensario, qué motivó al albañil para construir el muro? Cuando un niño despertaba llorando por la noche, ¿qué lo atemorizaba y a quién oraba para hallar consuelo? Cuando una mujer iba a morir en el alumbramiento, ¿a qué dios pedían ayuda?

Las preguntas son imposibles: las respuestas, elusivas. Tengo menos indicios que Tony o John: textos antiguos en jeroglíficos indescifrables, registros poco fiables legados por los monjes franciscanos sobre una religión pagana que querían destruir; objetos ceremoniales arrojados en cenotes y sellados en tumbas, textos de sabiduría conservados por los actuales h'menob. Y los adornos de mi propia imaginación. En mis sueños del remoto pasado, los edificios siempre están pintados de vividos colores y los pueblos de fantasmas.

Tony arma vasijas, John construye muros... y yo erijo castillos en el aire.

## 7 - ELIZABETH

—¿Quiénes son sus dioses? —La anciana despedía un olor rancio. Su atuendo era como un templo maya: capas sobre capas y más capas. Por los raídos agujeros de una chaqueta de pescador, color marrón, se veía asomar un suéter anaranjado de cuello alto. El dobladillo de una falda color burdeos ondulaba debajo de su vestido verde. Estaba vestida para un clima más cálido que el de Berkeley en primavera; se diría que podía enfrentarse a ventiscas del ártico. Se había dirigido hacia mí entre la multitud de curiosos que hurgaban en la librería de artículos usados, reconociéndome como una hermana paría, vagabunda—. ¿Quiénes son sus dioses? —Tenía la voz quebrada; una parodia de susurro confidencial. Se acercó y el olor a ropa sucia me envolvió.

Hacia un año que daba conferencias en la Universidad de Berkeley y me había ganado fama de ser entrometida, de no echarme atrás, de no claudicar. Pero cuando miré los ojos de la vagabunda —azules e inocentes, con el color y la luminosidad del cristal antiguo y resquebrajado— retrocedí.

—No sé —musité antes de huir a otra estantería de libros.

Me persiguió, sacudiendo el dedo con gran energía. Me conocen: estas criaturas extrañas con ojos cristalinos, que ven lo que los demás no advierten, me conocen.

—Lo siento —masculló el empleado que nos seguía. Hablaba para sí y para nosotras. Lamentaba tener que ser el que echara a la mujer—. Lo siento, pero usted está molestando a nuestros clientes. —Miraba a la mujer cargada de bultos, pero en cierta forma sentí que me incluía a mí como causante de los problemas—. Debo pedirle que se retire.

—No hace daño a nadie —vacilé con voz tan débil que ninguno de mis alumnos habría podido reconocer.

Demasiado tarde. La vieja se dirigía a la calle, mascullando y tirando de los suéteres que llevaba puestos. El empleado me lanzó una mirada dubitativa, y supe que se me consideraba una extraña, una mujer que hablaba con la escoria humana que deambulaba por la Telegraph Avenue. Casi de inmediato, me alejé de la librería.

John, el alumno favorito de Tony, siempre me observó con un aire de duda que me hace recordar al empleado de la tienda de libros usados. No confiaba en John, ni él confiaba en mí.

Después del desayuno, Tony y yo nos quedamos conversando mientras tomábamos café. Diane se había ido de excavación y llevaba puesto su nuevo sombrero de ala ancha y una pródiga capa de crema para el sol que le había facilitado Barbara. Ésta parecía haber tomado a su cargo a mi hija: se aseguraba de que fuera correctamente vestida, le enseñaba a utilizar la brújula... Diane sonreía cuando se marchó. A la luz del día, los recuerdos de mi pasado parecían menos urgentes que durante la noche. Mi hija parecía feliz; conversaríamos, y la inquietud que se abría entre las dos acabaría por disolverse. Mi preocupación inmediata era un pasado de antigüedad considerablemente mayor.

Tony había asignado a John para que supervisara a los obreros que desmalezaban la zona donde se emplazaba la piedra; esa piedra que acaso escondiera una cámara subterránea. Yo había querido supervisar la operación por mí misma, pero Tony creía que había que permitir que esa tarea la hiciera un alumno.

—Deja que se diviertan un poco —me aconsejó.

John poseía el ardor de una feroz dedicación que no se veía complicada por la imaginación, ni por la avidez de especular. Era meticuloso, prudente y obsesivo por los detalles. Sus informes del monte eran dignos de mención por la cantidad de información que podía almacenar en una sola página de rasgos menudos y prolijos.

Tony me sirvió otra taza de café. No pensaba dejarme partir hacia la zona de excavación después del desayuno.

—Te entrometerás, te pondrás a dar vueltas, y harás todo lo posible por acabar con una gran sofoquina.

La mañana era demasiado calurosa para café caliente, pero ignoré la temperatura y bebí el contenido del pocillo, endulzado con un azúcar sin refinar que era del color y la consistencia de la arena de las playas de California. La leche condensada que vertí, como sustituto de la crema, le dio cierto gusto metálico.

—¿Cuándo me he metido en el medio? —pregunté. Sonrió y se reclinó hacia atrás.

—Ahorra energías —fue su consejo.

Incluso de joven, Tony había sido de movimientos lentos, aunque no perezoso; sabía trabajar con tesón si la situación lo requería. Pero siempre procuraba evaluar exactamente cuánto trabajo era necesario y cuánto podía evitarse. Consideraba cada problema cuidadosamente antes de actuar, sin desperdiciar un solo movimiento. Mi propia tendencia era abordar el problema de inmediato, e intentar diversos enfoques hasta dar con uno productivo. «Tú te abocas a un problema del mismo modo que un perro de ciudad persigue conejos» había dicho Tony en una ocasión. Tony esperaba a que los conejos se acercaran a él.

Dimos a John una hora de ventaja. Tal vez un poco más: Tony insistía en marchar rumbo al sudeste a un paso irritantemente lento. Llegamos justo cuando los obreros retiraban la última rama. John dirigía el trabajo, con su gorro de béisbol echado hacia atrás y un pañuelo atado al cuello. Tenía el rostro enrojecido de cansancio y del sol del día anterior. Por debajo de los brazos, el sudor le oscurecía la camisa. Tenía los brazos rasgados por las espinas.

Observé la piedra, ladeada. Medía un metro por un metro y un borde sobresalía unos ocho centímetros con respecto a la plaza, donde resquebrajaba la argamasa que la cubría. La depresión donde la piedra se hundía había quedado rellena de tierra.

—Acaso sea un chultún —aventuró Tony haciendo una mueca—. Las cámaras subterráneas de depósito llamadas chultunes a menudo encierran vasijas intactas, cosa que en este lugar constituye una novedad.

—Tal vez una tumba —arriesgué—. Algún individuo de alta estirpe, quizás, enterrado en las inmediaciones de un templo importante. —Las herramientas y los objetos hallados en las tumbas son una rica fuente de información sobre la concepción maya de la vida de ultratumba.

A John le preocupan las evidencias, no la especulación.

—No entiendo aún cómo reparó en ella —confesó—. Ni siquiera le había dado un segundo vistazo. Me encogí de hombros.

—Ve a dar un paseo al amanecer —aconsejé—. A esa hora las sombras son mejores. —Pero mientras formulaba mi sugerencia dudaba mucho de que John fuese a seguirla. Incluso al amanecer su imaginación seguiría siendo limitada. No le creo capaz de advertir a una dama maya de pie en la penumbra. Observé el lugar donde había estado Zuhuykak, pero no vi rastros de ella. En la vegetación, un ave lanzaba un trino de interrogación, que en mí no hallaría respuesta.

—Está muy adherida al lugar —comentó John—. Nos llevará todo el día aflojaría, según calculo. Y necesitaré dos de los hombres que trabajan en los montículos de las viviendas para que lo hagan. Tony frunció el ceño. Los montículos de las viviendas eran su sitio favorito; estaba ansioso por hallar vasijas, y no le agradaba que se intentara quitarle gente que trabajaba en ese proyecto.

—¿Merecerá la pena? —preguntó.

—Es sólo por un día, Tony. Meneó la cabeza, pero sin seguir discutiendo. Supervisamos la investigación de los montículos de las viviendas que había cerca de la plaza, otra operación que estaba a cargo de John. Cuatro hombres cavaban un foso de pruebas a través de un montículo. El cabecilla del grupo, un hombre mayor apodado Pich, me sonrió y trepó por la fosa cuando lo saludé en maya. Se quitó el sombrero de paja de la cabeza, se restregó las manos sobre los pantalones blancos, sucios de tierra polvorienta, me estrechó la mano y se quejó de la falta de suerte que habían tenido hasta ese momento. Después de retirar carretilla tras carretilla de tierra sólo habían hallado fragmentos de utensilios de cocina sin señales y herramientas para moler maíz. Palmeé a Pich en el hombro, sugerí que la gente se tomara un descanso para fumar un rato, repartí cigarrillos y les di ánimos.

Al otro extremo del claro, la sombra de una mujer, muerta largo tiempo atrás, molía maíz, frotando los granos entre dos piedras e inclinándose a cada golpe. Cerca, un niño desnudo jugaba con un perro cachorro. Sospeché que por mucha tierra que quitáramos de este sitio, sólo encontraríamos vasijas domésticas rotas y herramientas de molienda. Hasta ese momento, allí sólo había visto sombras de labriegos realizando sus tareas cotidianas. Pero no podía decírselo a Tony. Dejamos a John, a Pich y al grupo y seguimos el camino ondulante que bordeaba el montículo hasta el otro lado, donde Salvador supervisaba otro grupo. El sol estaba alto. Las sombras eran retazos angulosos sobre la tierra yerma. Trepamos bajo el sol de la tarde, por la senda que habían abierto los obreros. Durante las dos semanas pasadas, los hombres habían estado retirando la tierra

que cubría la cima del montículo. Pero no aparecía gran cosa: un bulto de escombros con la cúspide aplanada; un revoltijo de piedras chatas. El trabajo había dejado al descubierto una pared del templo sobre la cresta, y de ella nos valíamos para establecer la orientación del edificio.

Los edificios mayas se construían con enormes cantidades de rocas y cemento de piedra caliza. Utilizaban arcos voladizos, que erigían sobre una abertura curvada donde cada ladrillo descansaba más lejos que aquél sobre el cual reposaba. A veces empleaban como sostén vigas de sapodilla, una madera típica del lugar. Cuando las vigas se vencían y los techos caían, las habitaciones se llenaban de escombros y los edificios quedaban convertidos en montículos.

—Me alegro de haber confiado en tu juicio, Liz —dijo Tony a mis espaldas. Se había detenido en la senda a descansar bajo la sombra escasa de un árbol, Mientras subíamos al montículo se había mantenido unos pasos detrás de mí—. Si cualquier otra persona hubiera insistido en excavar esa región a costa de las viviendas, habría sostenido una discusión.

—Me alegro —respondí. Esperé a que se alejara de la sombra.

—Ahora, Liz —continuó, inclinando el sombrero de paja que llevaba puesto para que el sol no le diera en los ojos—, dime qué razón encuentras para asignar dos hombres de los montículos para que aflojen esa piedra.

—Parece ser prometedor.

—Dame una razón mejor.

—Es un presentimiento —me justifiqué—. No creo que encontremos mucho más en los montículos de las viviendas.

—Maldita desgracia —se quejó—. Ojalá tus presentimientos no fueran certeros tan a menudo. Está bien. Me rindo.

Antes de ver a Salvador olí el aroma de su cigarrillo. Nos esperaba al final del camino.

—¿Cómo andas? —le pregunté en español.

Se puso en cuclillas para apagar la colilla contra el suelo y la metió en el bolsillo de sus amplios pantalones blancos.

—Hemos encontrado algo —anunció en español e hizo señas para que lo siguiéramos por la cumbre del montículo.

El foso de pruebas tenía dos metros cuadrados, y se hallaba enclavado en el extremo opuesto, entre los escombros. Desde la última vez que había venido a este lugar, los hombres habían cavado el foso hasta una profundidad de un metro. Tony se agachó en el borde y comenzó a abanicarse con el ala del sombrero.

Permanecí de pie a su lado y observé el hueco. Los hombres levantaron el rostro para lanzarme una sonrisa. El suelo era un montón de piedras de gran tamaño que bien podían haber sido parte de un tejado. Sobre una de ellas distinguí una decoración desvaída. Otras habían sido obviamente modeladas.

—Por allí —señaló Salvador, apuntando al extremo más lejano del foso, ligeramente más elevado que el resto del lugar. Un obrero (que reconocí como el sobrino de Salvador) se hizo a un lado para dejarme ver mejor. Entre dos lajas de piedra, una gran cabeza de roca yacía encajada contra el suelo.

Ordené a los hombres que se tomaran un descanso y descendí al foso con cuidado. Después de haber andado bajo el sol, sentí un frescor agradable. Utilicé un cepillo duro para limpiar el polvo de la superficie. El tamaño de la cabeza era tres veces el natural. En realidad no era piedra: había sido esculpida sobre ese resistente estuco que los mayas fabricaban con la piedra caliza del lugar. Reconocí los tatuajes espiralados que decoraban una de las mejillas. Zuhuy-kak, el espectro que me asaltaba, había sido una dama poderosa en su época. Las trenzas talladas estaban decoradas con nácar esculpido. Debajo del tocado, la frente se veía aplanada. La punta de la nariz parecía haber sido

tronchada largo tiempo atrás. Por la frente corría una hendidura que surcaba el ojo y la mejilla izquierda.

Deslicé un dedo por la fisura, pero no pude detectar si era superficial o si atravesaba la talla por dentro. A simple vista habría pensado que esos ojos habían mirado el cielo por última vez al menos mil años atrás.

—Parece haber sido parte del ornamento de algún techo o de una fachada decorativa —comenté a Tony, procurando contener mi excitación—. En ese caso, debe haber más. ¿Qué opinas: siglo octavo o noveno?

Se encogió de hombros y me sonrió. Me encontré devolviéndole el gesto.

—No creo que impone mucho, ¿verdad?

—Ya es tarde para seguir trabajando hoy. Supongo que llevará unos días poder retirarla de aquí. Mañana comenzaremos por apartar todo esto del camino —dije, palmeando la menor de las dos rocas que había a un lado de la talla—. Tal vez consigamos retirarla intacta.

Extendí mi mano para aferrarme a Tony, quien me ayudó a trepar nuevamente hacia el sol. Salvador estaba de pie a un lado.

—Buen hallazgo —lo alenté.

Salvador se encogió de hombros y sonrió.

—Mañana continuaremos trabajando.

Dejamos la cabeza donde la encontramos, mirando al cielo desde los escombros de un antiguo tejado.

## 8 - DIANE

«Las ruinas jamás hablan, salvo que nuestra mente les dé poder magnético, les dé fuerza. Por esta razón, no debemos confundirnos creyendo que el espíritu, que las sombras del mal son las que nos atemorizan... las que nos dan muerte. Uno es quien se atemoriza a sí mismo; no las sombras.»

Eduardo el curandero,  
palabras de un curandero peruano.

A las seis de la mañana el aire ya estaba caliente. Las lagartijas tomaban el sol sobre las piedras, y cuando nos acercábamos se apartaban un metro y luego se detenían otra vez a observarnos.

Barbara indicaba el camino y yo andaba a su lado, luciendo el sombrero que mi madre me había regalado. Carlos, Maggie y Robin seguían nuestros pasos.

—Estamos caminando sobre la historia —reflexionó Barbara, plantando una bota sobre la tierra que se extendía bajo nuestros pies—. Éste es un sendero de piedra caliza, construido por los mayas. Abrieron kilómetros de rutas por todo el lugar. Dios sabrá por qué. Comercio, ceremonias religiosas... —Se encogió de hombros. Sus gestos y forma de hablar me recordaban a alguien pero aún no sabía a quién. Luego me acordé de la caminata que había hecho junto a mi madre por el Templo de las Siete Muñecas. Barbara había adoptado el mismo estilo sucinto: abreviado y concreto—. A los caminos los llamaban sacheob. En singular es sache. En plural, sacheob. Este sendero es nuestra línea de referencia para realizar la excavación.

Los árboles crecían tupidos a cada lado. A nuestros pies se amontonaban pastos y malezas pero, comparado con el monte que nos rodeaba, el camino era despejado.

Al igual que mi madre, Barbara no esperaba a que yo le preguntara. Daba por hecho mi interés.

—Las inspecciones aéreas no sirven de nada aquí —comentó—. Lo único que te aportan es una hermosa vista de las copas de los árboles. La única forma de trazar mapas de la región es caminar y familiarizarse con cada árbol, roca, insectos y espinos. Esta ruta va hacia el este. Estamos explorando el cuadrante que se extiende desde aquí hasta una línea que corre por el sur. Eso significa que tendremos que recorrer cada metro cuadrado y anotar cada ruina, montículo y monumento. Y tal vez tomar muestras de algo que nos parezca prometedor.

—¿Y luego qué?

—Luego pienso formular una teoría a partir de lo que encuentre, obtener mi doctorado y hacerme llamar doctora Barbara. —Se detuvo al lado de un árbol marcado con un cuchillo y esperamos a que llegaran los demás. Entonces, se internó en el monte, siguiendo lo que parecía una senda de animales que conducía a otro árbol marcado.

Tal como Barbara me lo describió, el procedimiento de la inspección era muy simple. El grupo se dispersaba, y cada uno avanzaba a una distancia de veinte pasos. Carlos iba al final de la hilera y Barbara al comienzo. Carlos hacía una señal en los árboles a medida que los dejaba atrás, y Barbara seguía las marcas que habían sido hendidas la jornada anterior. Debíamos seguir la brújula rumbo al este. Barbara me enseñó a utilizarla y me ubicó en mitad de la hilera.

Era una tarea pegajosa, calurosa y aburrida: abrirse paso por el monte, sortear ramas, trepar por las rocas, lanzar un grito cada vez que uno veía algo interesante y luego esperar a que Barbara apuntara cuidadosamente el sitio en su mapa. Los primeros tres montículos que hallamos ya habían sido registrados por el grupo de la Universidad de Tulane hacía varios años, pero Barbara metódicamente comprobaba la localización y anotaba ligeras correcciones.

Las moscas revoloteaban frente a mis ojos, bailoteando y zumbando. Eran un estorbo constante. Avanzaba pesadamente bajo el calor, escuchando el chirrido de los insectos, el rumor de los animales y aves, el sonido de los pasos, el ocasional topetazo cada vez que alguien se llevaba por delante una rama oculta y las imprecaciones que se sucedían de inmediato. A intervalos regulares, los sonidos del monte se veían interceptados por el impacto sólido del machete de Carlos contra los árboles inocentes. Me rasguñé varias veces antes de aprender a evitar las espinas. Me costó mucho saber distinguir las hileras de rocas que según Barbara señalaban los lugares donde antaño se habían levantado paredes, y los montículos donde alguna vez hubo chozas o templos.

A medida que el día se tornaba más sofocante, la conversación decaía. Incluso cuando esperábamos a que Barbara completara sus anotaciones sobre el mapa, nos manteníamos en línea, nada dispuestos a movernos para tener que regresar luego a nuestra posición. Las mañanas siempre eran calurosas; a media mañana, la temperatura era bochornosa. A eso de las once, al lado del montículo más grande que habíamos encontrado hasta entonces, Barbara hizo un alto para almorzar.

Nos sentamos bajo la escasa sombra de una ceiba, sin apenas hablar. Bebimos agua y comimos las tortillas de maíz y el queso que María nos había preparado. Maggie seguía enfadada con Carlos, al parecer. Ella y Robin se sentaron a cierta distancia de nosotras, compartiendo el almuerzo y riéndose entre ellas. Carlos intentó iniciar una conversación con Barbara y conmigo, pero Barbara lo ignoró y yo estaba demasiado cansada para enfrascarme en una charla.

Me recosté contra el tronco macizo de un árbol y, mareada por el calor, dejé que mis párpados se cerraran. Qué sitio tan pacífico, pensé. Aún seguía cansada de mis noches de insomnio en Los Ángeles, y por primera vez en varias semanas disfrutaba de un momento de paz. Me relajé.

El árbol que tenía a mis espaldas emanaba un aroma intenso y dulzón, como el humo del incienso que arrastra la brisa. A lo lejos, un pájaro lanzaba una nota prolongada, grave y hueca, como el sonido que hace un niño al soplar por el cuello de una botella. El trino

concluyó, luego volvió a sonar, y fue un tono vacío, como un diapasón. El zumbido de los insectos pareció crecer más y más, como en respuesta al trino del ave. Una brisa cálida me abanicó el rostro, y el aroma dulzón se hizo más intenso.

Soñé que oía voces, voces extrañas. En la íntima oscuridad que se cernía bajo mis párpados cerrados, oía voces pero sin comprender el lenguaje en que hablaban.

Abrí los ojos, pero seguía soñando. Frente a mí, un templo de ladrillos de caliza tallada brillaba bajo el sol de la tarde. Entrecerré los ojos por el reflejo de luz.

Las voces prosiguieron, murmurando suavemente en un idioma extranjero. Vi a dos hombres, de pie bajo la luz resplandeciente. Miraban una laja de piedra tallada. Vestían con taparrabos blancos y en los torsos desnudos lucían tatuajes intrincados con motivos de grandes espirales, que parecían las olas de un mar turbulento. A sus pies, un incensario con forma de gato acucillado. De la boca del gato salían blancas volutas de humo, que tras surcar los filosos dientes se perdían en la brisa.

En cierto modo y con la certeza de quien sueña, sabía que los hombres representaban una amenaza para mí. No me agradaban. En sus rostros había algo de crueldad. No sonreían, y sus voces eran duras, abruptas.

Me senté muy quieta, sin moverme siquiera para apartar el sudor de mi frente. Si permanecía inmóvil tal vez no me vieran, tal vez lograra escapar. Sentí el mismo pánico que me había invadido aquel día en el balcón de mi padre.

Una gota de sudor resbaló por mi frente y se me introdujo en los ojos. Parpadeé y los hombres desaparecieron. Sus voces ya no se oían. El templo ya no estaba. Estaba sola, sentada bajo un árbol y mirando la luz del sol que se filtraba entre las hojas delgadas. Un árbol retorcido crecía allí donde habían estado los hombres. En su base había un tronco caído, cubierto de enredaderas y arbustos espinosos.

Desorientada, fui hasta donde había visto a los hombres. El aire era cálido y sofocante como el de un altillo cerrado. Las moscas zumbaban, titilando como puntos negros ante mis ojos. El sudor me corría por la espalda, y la camisa se me pegaba a la piel. Mientras me agachaba al lado de la forma que yacía bajo el árbol, se enganchó en mi camisa una rama errante, plagada de espinos y ávida de causar estragos.

Pero aquello no era un tronco caído. Las plantas rastreras habían cubierto por completo la superficie de un inmenso bloque de piedra caliza. Aparté con cautela una de las ramas y observé la roca tallada que había debajo. Miré a mi alrededor y reconocí a Barbara, que estaba hurgando entre los setos a un lado del montículo.

—He hallado algo aquí —anuncié.

Avanzó despacio entre las malezas hasta llegar a mi lado. Se acucilló ante el bloque de piedra y utilizó el palustre que llevaba en la cintura para arrancar más enredaderas. Sin preocuparse por las espinas ni por los insectos negros que corrían bajo la luz repentina, cortó unas ramas y apartó otra hacia atrás. Alcancé a ver la superficie gastada de una laja tallada, enterrada entre la tierra y los escombros.

—Es una estela —dictaminó. Debí mirar a Barbara atónita—. Un monumento. Los erigían para conmemorar determinadas fechas: festividades religiosas, eventos históricos, sucesos astronómicos... Por lo general están talladas con jeroglíficos. En algunos lugares, como Chichén Itzá o Copan, hay docenas de ellas. Pero aquí sólo se descubrieron unas pocas.

La piedra se hallaba socavada por siglos de lluvias. Distinguí el perfil de un rostro, delineado por oscuros fragmentos de hojas en descomposición. Por todas partes reconocí restos de otros grabados.

—Traeremos a alguien para que la recoja —dijo Barbara—. Tal vez del otro lado esté mejor conservada. —Sonreía—. Buen trabajo. Esperaba encontrar algo que nos ayudara a ubicar cronológicamente esta zona, para saber si fue habitada en la misma época que el área central. Esto nos permitirá tener una idea de la población que vivió en este centro. —

Se puso de pie y miró a su alrededor como si esperara hallar algo más—. En esto eres tan afortunada como tu madre.

Recorrimos el resto de la zona y no dimos con más monumentos. Maggie descubrió un tronco poblado de hormigas ponzoñosas. Y yo, otro repleto de espinas. Traté de olvidar a los dos hombres del sueño. No hubo nada más digno de mención. Durante el camino de regreso seguimos una línea transversal adyacente a la que habíamos recorrido a la ida.

## 9 - ELIZABETH

Esa noche, durante la cena, Maggie se sentó al lado de John y mantuvo una animada conversación sobre pollos y tomates guisados. Presumí que se había peleado con Carlos y me pregunté cuánto tardarían en reconciliarse. Diane y Barbara hablaban tranquilamente sobre el libro que leía Diane.

—Hoy he estado leyendo acerca del calendario maya —me dijo—. Parece bastante confuso: veinte días son un mes; dieciocho meses, un año; veinte años un... —se detuvo—. Lo olvidé.

—Un katún —la ayudé—. Pero las cosas se ponen peores aún. Al parecer has estado leyendo sobre los largos períodos. Pero también está el haab, un ciclo de trescientos sesenta y cinco días divididos en dieciocho meses, con cinco días finales de la mala suerte. Está el tzolkin, un ciclo de doscientos sesenta días divididos en trece meses. Y luego está el ciclo de los katunes, que se repite cada doscientos cincuenta y seis años. Pero no debes preocuparte por los nombres y los números. Lo que sí debes es comprender el propósito. El calendario les permitía a los mayas seguir los ciclos del tiempo y predecir el futuro a partir del conocimiento del pasado. Lo que sucedió en una época en particular volverá a suceder cuando regrese el tiempo. Si el último katún ocho fue un katún de discordia y revueltas, éste lo será también. El h'men, sacerdote maya, puede determinar qué dios influye en cierto día particular, y ya que conoce los dioses, puede predecir qué sucederá en esa ocasión. Puede aconsejarte si en un día en particular debes esperar buena o mala fortuna, si es propicio para la siembra del maíz, o para cazar, o para ofrendar incienso. Los mayas buscaban esquemas.

Diane asintió, y sonrió de forma extraña. Nos encontrábamos en una pequeña isla de silencio. Tony hablaba con Robin, Carlos observaba el coqueteo de Maggie, con rostro inexpresivo; Barbara escuchaba sin formular comentarios.

—Tiene cierto sentido —comentó Diane—. Creían que para entender el futuro había que conocer y comprender el pasado...

—Sí —repliqué lentamente—. Supongo que sí.

Volvió a asentir y no habló más del tema.

Después de cenar me quedé en la plaza bebiendo café. Barbara conversaba de sus planes de inspección de Tony. Éste asentía con aire concentrado y fumaba en pipa. Diane se había trasladado al otro extremo de la plaza. Estaba sentada en una silla plegable, cara a la débil luz del crepúsculo. Leía un libro de tapa dura: alguno de los textos de Barbara sobre los mayas.

Me encontré observando a mi hija. Había estado nadando en el cenote antes de cenar, y se había peinado el cabello hacia atrás para que se secara. Caía en cascada sobre sus hombros. Sus manos, suaves y esbeltas, sostenían el libro ante sus ojos; cada uña tenía una forma perfecta. Se inclinaba hacia adelante, y el cuello abierto de su camisa dejaba ver los fuertes músculos del cuello. Levantó una mano hacia la cabeza para aportar un mechón que caía, y noté sus músculos flexibles y torneados.

Miró hacia mí y me sorprendió observándola. Sus ojos se abrieron y por ellos cruzó una sombra de duda, pero sonrió. Creo que lo hizo como defensa, que usó la abierta vulnerabilidad de su sonrisa como escudo, del mismo modo que un cachorro mueve el

cuello ante un perro más fuerte. La sonrisa era una oferta de paz, antes de que comenzara el conflicto.

En la otra mesa había comenzado el inevitable juego de canas. Maggie, Robin y Carlos se repartían la baraja. Carlos no participaba. Seguía sentado a la mesa de la cena, y fumaba un cigarrillo con aire pensativo. No me cabía duda de que era una pose estudiada. Sostenía el cigarrillo sin fuerza y se hallaba reclinado en la silla, con la camisa blanca abierta y la cabeza hacia arriba para contemplar el cielo.

Oí el golpeteo de las canas contra la mesa, el suave murmullo de la conversación, y vi cómo Carlos cruzaba la plaza en dirección a Diane. Se detuvo a su lado y apoyó una mano sobre su hombro. No pude oír qué le decía. Diane inclinó la cabeza ligeramente a un lado y se reclinó contra el respaldo de la silla. No me gustaba la forma en que Carlos sonreía a mi hija. Carlos jamás me había gustado mucho. —Tony —dije en voz baja mirando a la mesa. Conversaba con Barbara, pero levantó la vista ante mi llamada—. ¿Qué te parece hacer algunos cambios en las asignaciones? John podría valerse de la ayuda de Carlos durante unos días en el sector del sudeste. Los montículos de las viviendas quedan algo lejos de la otra excavación. Y me imagino que si Diane está ayudando a Barbara en los recorridos de inspección, ésta contará con suficiente ayuda.

Barbara me lanzó una mirada especulativa, y luego asintió.

—No lo echaré de menos.

Tony siguió mi mirada hacia donde estaban Diane y Carlos, y dijo:

—¿Quieres que Diane siga en la inspección?

Asentí. Hizo tintinear el hielo contra el vaso y se mostró de acuerdo.

—Me sorprende no haber notado antes que el cambio era necesario. Carlos reía y volvió a posar la mano sobre el hombro de Diane. Tony se puso de pie, y llevó el vaso consigo.

—Se lo diré a Carlos —profirió, y se dirigió hacia la pareja. Lo observé unirse a ellos, acercarse a una silla y acomodarse como si pensara quedarse un rato. Tony lo manejaría bien. Sabía cómo tratar a la gente. Observé por un momento mientras Tony hablaba con Carlos. Este frunció el ceño, pero luego asintió. No pude ver la expresión del rostro de Diane.

Esa noche trabajé en mis notas para el próximo libro. La choza era opresivamente sofocante, a pesar de haber mantenido la puerta abierta para dejar que la brisa crepuscular la refrescara. Trabajaba a la luz de un pequeño candil, que por su escaso resplandor no atraía muchas polillas. Escribía en mi máquina, una Olivetti compacta que me había prestado buenos servicios durante los pasados cinco años. Y mientras lo hacía, la mesa de madera tambaleaba y la vela titilaba. Ya había terminado mi descripción de Zuhuy-kak cuando advertí la figura que yacía de pie en las sombras, justo detrás de la luz del farol. Me acomodé en la silla para verla. En la penumbra, distinguí el nácar blanco que adornaba su cabello y el cinturón. Encendí un cigarrillo con la colilla del que acababa de terminar y la saludé en maya en voz baja. No respondió. Permaneció en las sombras. Sentí un aroma cálido y resinoso, como el de un leño en brasas.

—Soñé contigo —le dije—. Soñé con el día en que te arrojaron al cenote de Chichén Itzá.

—No sabía que las sombras soñaran —comentó. Avanzó un paso hacia mí y se detuvo al borde de la luz del farol. Miraba en mi dirección pero no creo que me viera con claridad. Levantó una mano, para proteger sus ojos de la luz.

—Sueño —le dije.

Sacudió la cabeza, como para despejarla.

—Tuve enemigos —dijo en voz suave, como si hablara para sus adentros—. Después de que llegaran los ah-nunob tuve muchos enemigos. Sabía demasiado, ¿sabes? Era muy poderosa. Los h'menob de la nueva religión no veían bien que una mujer supiera

tanto. —Sus dedos buscaron la concha de nácar que tenía en el cinturón, como buscando consuelo.

Eso me permitió ubicarla en el tiempo: reconocí la palabra ah-nunob como parte de los Libros de Chilam Balam. Significaba «los que hablan nuestro idioma de forma entrecortada», y se refería a los toltecas del norte de México, que invadieron el Yucatán alrededor del 900 d. de C. Hasta donde uno podía afirmar basándose en los registros arqueológicos, los invasores habían desplazado a la nobleza maya y modificado la religión incorporando al panteón maya a Kukulcán, la serpiente emplumada, y a otros dioses. Los invasores habían tomado Chichén Itzá como punto central.

—Yo servía a Ix Chebel Yax, diosa de la luna y del mar, protectora de las parturientas y de los locos; la que arquea el arco iris y la que trae las lluvias. —Una de las manos de Zuhuy-kak acariciaba la suave superficie interna de la concha—. Cuando llegaron los ahnunob, tomaron mi templo. Rasgaron los relieves que honraban a la diosa y los sustituyeron por serpientes que se ondulaban y enroscaban alrededor de los arcos. —Una mano aferró la concha como si fuera un garrote. Permaneció tanto tiempo en silencio que pensé que volvería a hundirse en la oscuridad.

—¿Cómo es que te entregaron a los dioses? —le pregunté, tratando de atraer su atención, de que siguiera hablando.

Alzó la cabeza con gesto altivo y enderezó los hombros, y parecía un viejo general recordando lides pasadas.

—Los h'menob no podían matarme. Temían la mala suerte. Pero dijeron que yo era uno de los mensajeros elegidos de los dioses. Escogieron doce que visitarían la fuente; sólo uno habría de sobrevivir. Uno regresaría con la profecía del katún próximo, del katún 10.

Contemplaba la distancia, sin percatarse de mi presencia.

—Fue un largo viaje: siete días a pie hasta Chichén Itzá. El día llamado Cimi, las mujeres me prepararon. Me ungieron la piel con tintes azules, me vistieron con un manto de plumas, y entrelazaron mi cabello con plumas de quetzal.

Caminé desde el sector de las mujeres hasta la boca de la fuente. A diestra y siniestra caminaban los sacerdotes de los ahnunob, y sus cálidas manos contra la piel de mis brazos. La multitud se abría ante nosotros, y nos seguía el humo de los incensarios. El son del tinkúl nos señalaba el camino.

Algunos de los elegidos lloraban. Un esclavo de Palenque gemía con un lamento plañidero. La hija de un noble venido a menos se condolía con sollozos entrecortados que subían y bajaban, se detenían, y volvían a comenzar otra vez. También recuerdo a un hermoso jovencito, un esclavo. Había bebido el balche que los h'menob nos ofrecieron. Se inclinaba ante el sacerdote que tenía a su lado mientras andaba y cantaba una tonada infantil que seguía el ritmo de las sonajas de caparazón de tortuga. Yo caminaba detrás de él, escuchando su cantar, sin decir palabra. Los h'menob nos condujeron al borde del estanque y nos arrojaron.

Cesó de hablar, como si recordara el aullido de la multitud. Afuera, se oía el suave susurro de las hojas de palmera, frotándose unas con las otras.

—Caí durante largo tiempo. —Mecía la concha de nácar entre las manos y deslizaba el dedo por el terso borde lustroso. El interior de la valva era rosado y suave como la piel de un niño—. El murmullo de la multitud se convirtió en el roce del viento contra mi cuerpo, que me arrancaba el manto, que desataba de mi cabello las plumas de quetzal y las dispersaba por los aires. Entonces, el agua helada me envolvió. Recuerdo haber subido a la superficie como una burbuja, y que una pierna me dolía insoportablemente. —Cambié de posición, como si evocar el dolor la afectara. Su voz había adquirido una cadencia musical—. Durante un tiempo floté sobre la superficie entre los reflejos de las nubes. Durante un tiempo escuché gritar a alguien, creo que a uno de los esclavos, pero el gemido se hizo más y más débil, hasta que cesó por completo. El agua fría me adormecía

la pierna, y quedé flotando en el cielo entre las nubes, pensando en la profecía para el año siguiente. Escuchaba el tinkúl y las sonajas y el griterío de la muchedumbre, que se acercaba hasta mí desde la tierra, mucho más abajo.

»Los h'menob no esperaban que sobreviviera. Les habría gustado retirar de las aguas a cualquiera de los demás: al esclavo, a la joven de la nobleza, al hermoso jovencito... Pero a los demás no les había sido deparado el placer de flotar en los cielos. Sus lamentos habían concluido y sólo quedaba yo. Al mediodía, cuando el sol se alzó sobre el borde del estanque, levanté mis manos y le di la bienvenida. Los h'menob me retiraron del agua, a regañadientes, pensé, y con bastante rudeza, teniendo en cuenta la santidad que había adquirido.

»Ya sabía la profecía para el año siguiente, y sonreí al decirla: "Ríndanse, hermanos mayores, y hermanos menores. Sométanse al destino infeliz del katún que vendrá. Deben abandonar las ciudades y dispersarse por los bosques. Deben derribar los monumentos y no erigir otros en su lugar. Tales son las palabras para el katún que vendrá." —Su voz había crecido y era poderosa como un viento feroz que arrastrara la lluvia por delante—. Les dije: "Sométanse al destino infeliz. Si no lo hacen, serán apartados de la tierra que pisan sus pies. Si no se someten, mordisquearán los troncos de los árboles y las hojas de los arbustos. Sobrevendrá tal peste que los buitres harán nido en las casas. La tierra será sacudida por un terremoto. Se escucharán truenos en el cielo sin que caiga una gota. El polvo se apoderará de la tierra, las plagas azotarán los suelos, no quedará hoja tierna, y la gente vagará por el monte."

Sonreía cuando se volvió para mirarme.

—Hablé en voz alta para que la multitud pudiera escucharme. Y los h'menob me envolvieron en suaves ropajes y me llevaron deprisa al palacio donde vivían las mujeres santas. Creo que me desvanecí por el dolor que sentía en la pierna, y por eso no recuerdo el trayecto hasta la casa de las mujeres. Desperté en un lecho mullido. Me asistía una doncella atemorizada que me cuidaba con ternura y atenciones pero que no me dirigía la palabra. Los h'menob vinieron y me hablaron, y les volví a transmitir la profecía.

Enderezó los hombros, aún sonriendo.

—Llevó tiempo para que mis palabras llegaran a oídos de todos. Los h'menob suavizaron la profecía, pero no pudieron negarla ni destruirme, pues cualquiera de las dos cosas habría deparado mala fortuna. Así que la gente comenzó a marcharse de la ciudad, a internarse en los bosques. Los alfareros derribaron las estatuas que habían erigido, los albañiles abandonaron sus herramientas y dejaron los templos sin terminar. Los labriegos se marcharon, entonces no hubo quién cuidara los campos, y sobrevino el hambre. Y la peste. Una ciudad tarda en desmoronarse. Pero sucedió. En éste y en otros centros. Mis enemigos fueron destruidos porque intentaron destruirme. Ésa fue la orden del katún. Tal fue lo que Ix Chebel Yax dijo que sucedería.

Se echó a reír y el sonido fue como el batir de las ramas bajo el viento furioso.

—Los h'menob dijeron que estaba loca. Estaba loca por haber dicho palabras que no deseaban escuchar, por no haberme dejado controlar. No podían pasearme como a un perro amordazado. Y por eso dijeron que estaba loca.

El imperio maya fue destruido y las ciudades, abandonadas por la profecía iracunda de una diosa vengativa.

—Tú sabes que no estoy loca —aseveró—. Tú y yo nos comprendemos. Tenemos mucho en común.

Alguien golpeó el marco de mi puerta.

—Tuve enemigos... —repitió Zuhuy-kak suavemente.

—¿Liz? —reconocí el tono inquisidor de mi hija.

—Sí. —Zuhuy-kak se había ido, se había desvanecido en las sombras—. Pasa.

Diane se detuvo apenas traspuso el umbral; parecía no estar segura de ser bienvenida. Llevaba aún el cabello alrededor de los hombros y a la luz del farol los ojos parecían inmensos. Tenía el aspecto de un niño perdido vagando por la oscuridad.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté.

—No podía dormir —se excusó—. Vi tu luz. —Se encogió de hombros, y luego olisqueó el aire—. ¿Qué es ese olor?

Noté que todavía olía a incienso.

—Cera de la vela —atiné a decir—. Y un dejo de loción insecticida.

—Saqué un cigarrillo del paquete y lo encendí.

Seguía de pie ante la puerta, incómoda.

—Siéntate —le dije.

Se acomodó torpemente en un extremo de mi baúl.

—Me siento inquieta. A veces me sucede. Si duermo cuando estoy así, tengo pesadillas —Otra vez se encogió de hombros—. Así que no fui a dormir. ¿Por qué estás despierta todavía?

—Ya me iba a acostar. Después de este cigarrillo.

—No quería interrumpirte. Quiero decir que si estabas trabajando en algo...

Balbuceaba ligeramente. Había estado bebiendo con Tony. Eso explicaba por qué había tenido la valentía de venir a visitarme, a pesar de la incomodidad que le impedía sentarse si no la invitaba expresamente.

—No hay problema. ¿Barbara ya se ha acostado?

—Hace un rato. Todo el campamento parece estar en silencio.

—Cuando eras pequeña no te gustaba estar en sitios desconocidos —dije, sorprendida por el súbito recuerdo—. Llorabas dondequiera que fuéramos. Y de niña solías tener pesadillas.

Se levantaba por las noches y en su camisón de franela parecía más diminuta aún. Yo la llevaba de regreso a su cama, la acunaba, me acurrucaba a su lado y oía el ir y venir de su respiración.

Diane hizo un gesto de incertidumbre, y se inclinó hacia delante.

—Sigo teniendo pesadillas. Siempre me cuesta dormir en una cama nueva. Al llegar a la universidad estuve un mes entero con insomnio. Se lo comenté a papá y me recetó píldoras para dormir. No las tomo a menudo.

—Robert siempre prefirió los remedios externos —dije con sequedad—. Siempre trataba el síntoma, jamás la causa. —Me detuve, di una calada al cigarrillo y observé el rostro de Diane.

—¿Cuál es la causa? —inquirió.

—Si lo supiera, yo también dormiría mejor. Asintió, mirando la oscuridad, y evitando mi mirada.

—Dime... —comenzó, se detuvo y volvió a intentarlo—. Dime cómo empezaste a volverte loca.

La choza estaba en silencio. Era un silencio cristalino que parecía a punto de resquebrajarse. Un pozo de oscuridad se había tendido a sus pies.

—Robert decía que estaba loca —respondí en voz baja—. Jamás estuve de acuerdo.

—¿Entonces crees que no lo estuviste?

—Opino que muchas personas que llamamos insanas sólo están en el sitio incorrecto en el momento incorrecto. —Me encogí de hombros—. Me oponía a las normas de la sociedad, y por eso Robert me definía como loca. Aquí nadie me llama loca. —La estudié bajo la pálida luz. Tenía el rostro vuelto hacia el suelo y el cabello ocultaba su expresión—. ¿Por qué lo preguntas? —Quería acercarme a ella, tomarla del hombro y acariciarle el cabello, pero no pude conseguir moverme.

—Creo... antes de partir pensé que me estaba volviendo loca. Pensé que era una locura venir hasta aquí. —Su voz era grave—. Cuando papá murió y renuncié a mi

trabajo, no sabía qué hacer. No dejaba de caminar y caminar. Iba de una habitación a la otra, y llevaba y traía cosas de los estantes a la mesa, y de la mesa a los estantes. Caminaba y caminaba, sin ningún propósito en especial. —Una de sus manos frotaba la otra, rascando una picadura de mosquito y levantando una roncha roja—. Pensé en quitarme la vida, con tal de poder descansar.

Di una larga calada al cigarrillo.

—Cuando Robert me internó, los doctores tuvieron que curarme los pies. Tenía llagas infectadas, en las plantas y a ambos lados de los pies. Los doctores me preguntaron por qué no había dejado de caminar cuando comenzaron a dolerme. —Me encogí de hombros—. Quería irme y no podía. Caminar me parecía una reacción razonable.

Me miró y dijo:

—¿Venir hasta aquí ha sido una reacción razonable para mí?

—Supongo que sí —le dije.

Lanzó una sonrisa tímida.

—La noche anterior fue la primera vez que dormí en semanas. Soñé, pero pude dormir toda la noche.

Miré el reloj que había sobre un estante. Las agujas luminosas indicaban la medianoche.

—Iré contigo hasta tu choza —dije—. Mañana tendrás que salir de inspección temprano.

Asintió lentamente pero no se movió.

—Tú y Tony echasteis a Carlos de mi grupo.

—Sí —comenté—. Pensamos que Barbara ya tenía suficiente gente y que John necesitaba algo más de ayuda.

Su expresión no varió.

—Quiero decirte algo: he cuidado de mí misma durante mucho tiempo. No soy ninguna estúpida.

—Lo sé. Yo...

—No es que no aprecie tu preocupación. Pero me haces sentir como una tonta. —Observaba mi rostro.

—No era ésa mi intención. No pude leerle en los ojos.

—Muy bien.

—Te acompañaré hasta tu choza.

—No hace falta —se defendió—. Sé cómo llegar —Desapareció tras la puerta y me dejó sola con las sombras.

Tony y yo fuimos hasta la Estructura 701 el martes por la mañana. Caminábamos lentamente, y las sombras de las mujeres mayas se cruzaban por el camino. Llevaban ofrendas al templo: cestas llenas de maíz, vasijas de balche recién fermentado, ropas tejidas, pellejos curados de ciervo... Sin duda eran preparativos para alguna fiesta. Traté de espiar a dos ancianas que conversaban sobre el mal comportamiento de sus vecinos, particularmente sobre el mal manejo de los asuntos domésticos que hacía una mujer. Pero las mujeres hablaban rápido, y Tony no dejaba de interrumpirme con comentarios sobre el tiempo y la excavación, y no pude seguir la conversación.

Las sombras se desvanecieron cuando llegamos a la plaza. El sol se hacía sentir. Los tres obreros que habían retirado la piedra de su lugar estaban de pie a la sombra, fumando y bebiendo agua de un calabacín mientras Tony y yo nos agachábamos ante la laja vuelta de lado, cepillando el polvo seco, adherido a la superficie de la piedra. Por abajo, la laja estaba tallada con una serie de jeroglíficos.

Las piedras de los cuatro lados del área que había cubierto la losa parecían haber sido paredes. El centro era un montón de guijarros y material de relleno.

—Apuesto a que es un pasadizo, intencionadamente obstruido. —Miré a Tony—. Que conduce a un sepulcro lleno de vasijas, jade y artefactos de obsidiana.

—Supongo que querrás algunos hombres de los montículos de las viviendas para proseguir con la excavación...

—Supones bien... Frunció el ceño.

—Máscaras de jade —imaginé—. Discos de oro batido. Vasijas dentro de un contexto conocido.

—Una cámara vacía y muchísimo tiempo perdido —predijo sombríamente.

Busqué mi amuleto de la suerte en el bolsillo.

—Lanzaré la moneda al aire. Si es cara, tomaré dos hombres de los montículos y los del grupo de Salvador. Si es cruz...

—Olvídalo —dijo, meneando la cabeza—. Cuando arrojas una moneda, siempre pierdo. Si no la hubiera arrojado yo mismo, diría que es una engañifa. —Hizo un gesto de impotencia—. Llévate a los hombres y veremos qué encuentras.

Le sonreí.

—Eso sí que es una buena idea...

Por la tarde caminé hasta la estela caída y elaboré planes para levantarla. Ese proyecto requeriría equipo adicional y obreros que en ese momento estaban excavando en los montículos de las viviendas. Tony protestaría, pero lograría convencerlo.

Esa noche trabajé junto a Tony descifrando los jeroglíficos que había copiado de la superficie de la laja que había cubierto lo que yo insistía en llamar la tumba. Los jeroglíficos citaban una fecha que, según el período largo de los mayas, correspondía al año 948, alrededor de la época en que el pueblo había abandonado la ciudad. Eso concordaba con la historia de Zuhuy-kak.

Los hombres comenzaron la excavación y yo me senté a hacer lo que más difícil me resultaba: aguardar hasta ver qué encontrábamos.

Notas para Ciudad de las Piedras,  
de Elizabeth Butler

La sociedad define lo normal y la locura, y luego dice que todo aquel que ponga en duda la definición está loco. En nuestra sociedad, por ejemplo, los actos destructivos hacia la propia persona son considerados muestra de locura, tal como sucede con la mutilación del propio cuerpo y el suicidio. El que se abre las muñecas debe ser encerrado, como corresponde a los locos.

En la sociedad maya, el suicidio era un acto perfectamente respetable. La diosa patrona del suicidio se llama Ixtab. Generalmente se la representa como una mujer que pende en el vacío, sostenida sólo por el lazo alrededor del cuello. Sus ojos están cerrados; sus manos relajadas, y su expresión, calma, como si estuviera contemplando extasiada alguna visión interna. Ixtab escolta directamente hasta el paraíso a la gente que muere por suicidio o que se sacrifica. La automutilación también era parte esencial de muchos rituales: perforarse los lóbulos de las orejas, los labios y la lengua para que sangraran profusamente era un acto de sabiduría.

Los dioses de los mayas eran muy exigentes; mucho más que el distante patriarca que venera la mayoría de los cristianos. Los dioses de los mayas gobernaban las actividades de cada día, y en cada jornada debía alabarse y propiciarse a determinadas deidades.

Y un maya que ignorara los dictados de los dioses y decidiera comportarse según su parecer sería tan loco para su sociedad como lo sería el residente de Los Ángeles que ignorara el código de circulación y decidiera conducir a su aire.

La comparación tal vez les resulte frívola. Acaso ustedes piensen que el código de circulación está para protegernos, y que es peligroso ignorarlo. Si se lo preguntaran a un

antiguo maya, les explicaría que las reglas de conducta legada por los dioses son para protección de la gente. Ignorarlas sería sumamente peligroso. Sería peligroso, por ejemplo, no ofrecer parte de la miel a Bacab Hobnil, dios de las abejas; sería insensato ofender a Yuntzilob yendo de caza en el día inapropiado.

El panteón de deidades mayas nos resulta peculiar. Según nuestros parámetros, el suicidio y los sacrificios humanos son inaceptables. Tendemos a omitir las peculiaridades de nuestra propia cultura. Aceptamos que miles de niños usen aparatos para corregir la dentadura, pero consideramos extraños a los mayas por perforar los dientes para embellecerlos. Cada cultura define su propia idiosincrasia y luego olvida que lo ha hecho.

## 10 - DIANE

«El crepúsculo es la hendidura que divide a los mundos».

CARLOS CASTANEDA,

Las enseñanzas de Don Juan

Cuando llegué a mi choza trepé a la hamaca. Me dolían los huesos tras el largo día de caminata. Recuerdo que me rasqué unas picaduras de mosquito, que pensé en levantarme para buscar agua y que luego caí en una oscuridad silenciosa y honda como el fondo del cenote. Me despertó la bocina. Bajo la brillante luz del sol no recordé mis sueños nocturnos.

El segundo día de excavación fue idéntico al anterior. Seguimos un nuevo camino transversal hasta el lugar donde habíamos hallado la estela. Estábamos pegajosos y teníamos calor; nos acosaban los insectos, nos amenazaban las hormigas. Laboriosamente trazamos el mapa del sitio donde habíamos encontrado la estela. Utilizando una soga y pequeños banderines de alambre a modo de señaladores, dividimos el área en cuadrados y Barbara designó algunos de ellos como muestra al azar para buscar vasijas y piedras labradas. Tuve la mala suerte de escoger una zona cubierta de arbustos espinosos que no dejaban de molestarme. Al terminar el rastreo, tenía los brazos surcados de rasguños.

Cuando mi madre llegó estábamos descansando a la sombra. Venía avanzando alegremente por el monte, apartando a un lado las ramas punzantes con el bastón que tenía en una mano y espantando las moscas con la otra. La seguía un obrero y conversaban en maya mientras caminaban.

—Hola —nos saludó.

Barbara abrió un ojo y miró por debajo del ala del sombrero.

—Hace demasiado calor para estar tan alegre —sentenció.

—He venido por el sache —dijo mi madre—. Es mucho más fácil de llegar.

Barbara rezongó.

—Lo sé. Pero como tenemos que regresar por el monte, no me importa.

—Intuyo que hoy no habéis hallado nada maravilloso —aventuró mi madre.

—Hemos decidido limitarnos a un hallazgo maravilloso cada dos días —continuó Barbara—. No queremos excedernos. —Barbara abrió el otro ojo y se encaminó a mostrarle la estela a mi madre.

Las observé con los ojos entrecerrados por la luz. No podía oír su conversación; sólo el sonido de sus voces subiendo y bajando a lo lejos. Mi madre se valió del bastón para apartar las ramas y se aproximó al monumento caído. Quería ponerme de pie y unirme a ellas, pero creía que eso sería una intromisión. Barbara y mi madre parecían congeniar. No necesitaban mi ayuda.

Las oí reírse de algo. Era una risa aguda, como la de las aves exóticas que pueblan los árboles, y cerré los ojos por el sol, celosa de la camaradería que Barbara tenía con mi

madre y de sus conocimientos de arqueología... Ella era la hija de mi madre, y yo, un pájaro de ciudad fuera de lugar allí entre tantas moscas y espinos. Una sombra cayó sobre mi rostro y abrí los ojos. Mi madre estaba de pie a mi lado.

—¿Cómo estás? —me preguntó vacilante. Me acomodé sobre un codo.

—Bien. Bastante bien.

—Cuando regresemos al campamento, ponte un poco de antiséptico sobre los rasguños —sugirió.

Eché un vistazo a los brazos lacerados.

—No es para tanto...

Barbara seguía al lado de la estela, haciendo fotografías con la cámara que mi madre había traído consigo. Maggie estaba dando consejos que nadie le había pedido. Robin dormitaba al otro lado del claro.

—Lo estás haciendo muy bien para ser alguien que jamás había estado en una excavación —dijo mi madre en voz baja, y sin mirarme. Su mirada se posaba sobre algo al otro lado del claro, pero cuando seguí el trayecto no vi más que árboles y la luz del sol—. No te compares con Barbara. Hace años que está haciendo este trabajo.

—Lo sé.

—Me alegro. Recuérdalo. —Apoyó la mano sobre mi hombro con suavidad—. Ven a mi choza a buscar el botiquín de primeros auxilios cuando regreses al campamento.

Después de varias horas de polvo y calor, con nuevas picaduras y laceraciones, fui a la choza de mi madre. Estaba sola, sentada a la mesa que hacía las veces de escritorio, examinando unas pocas páginas mecanografiadas.

—He venido a por el botiquín —me disculpé—. Lamento interrumpirte.

—No tiene importancia —dijo, y señaló el estante que contenía una caja metálica pintada con una brillante cruz roja—. Lávate los rasguños con agua oxigenada. Mientras estés fuera deberás cuidarte...

La mitad del fresco espacio interior estaba repleto de provisiones y equipos: un conjunto de bolsas de arpillera liados con cordel; una pila de cajas de cartón plegadas, una caja llena de bolsas de papel doblado, otra con un revoltijo de bolsas de papel señaladas con números y letras.

Estaba curando mis heridas cuando mi madre volvió a hablar.

—Quiero pedirte disculpas por haber retirado a Carlos de tu grupo.

—Da igual.

—No sé tratar muy bien a la gente.

Levanté la vista y la miré. Tenía el rostro curiosamente rígido; las manos sostenían un lápiz que rodaba entre sus dedos, en un incesante movimiento sin sentido.

—De verdad, da igual —dije, esta vez con sinceridad—. Fue un error. Eso es todo.

Asintió, apoyó el lápiz sobre la mesa y sonrió con inseguridad.

—¿Has visto el último hallazgo? —Señaló la cabeza de piedra que miraba desde las sombras, desde un rincón lejano de la choza.

Dejé el botiquín de primeros auxilios abierto en el estante y fui a examinar la cabeza más de cerca. Yacía sobre una envoltura de arpillera y miraba hacia arriba. No me gustó la expresión de su rostro. Me observaba con desdén, con los labios retraídos hacia atrás y los ojos hostiles, bien abiertos.

Me puse en cuclillas al lado del rostro y posé la mano sobre el tocado ornamentado. Era frío al tacto. Con un dedo seguí la fisura que le atravesaba el rostro. Me estremecí, sin ninguna razón en especial.

—La han traído hoy de las excavaciones —dijo mi madre a mis espaldas—. Me sorprende que haya sobrevivido al traslado con semejante grieta.

—¿Era parte de una escultura?

—Es más probable que haya sido parte de la fachada de algún edificio. Está hecha de estuco de piedra caliza —aclaró.

Asentí y me puse en cuclillas.

—¿Quién era?

Mi madre se encogió de hombros.

—Es difícil de saber. De vez en cuando han surgido evidencias de unas pocas mujeres que ejercieron el poder. Pero me inclino a pensar que se trató de una sacerdotisa. Sobre la costa del Caribe, en Cozumel y en Isla Mujeres, había templos en honor de una deidad llamada Ix Chebel Yax, diosa de la luna. Querría pensar que la estructura que estamos excavando fue un templo erigido a la diosa. Si es así, se trataría del primer caso de un culto de este tipo en esta costa. —Se acuclilló a mi lado y deslizó un dedo por la espiral de la mejilla—. Es un tatuaje ritual —dijo suavemente—. Muy común entre los sacerdotes y la nobleza. —Tocó una larga púa entretejida con las conchillas en el cabello de la mujer—. Es una púa de raya —dijo—. Por lo general, se usaban en las ceremonias donde había derramamiento de sangre. El devoto se atravesaba los lóbulos de las orejas o la lengua con espinas o agujas y ofrecía la sangre a los dioses.

—Me parece una forma cruel de vivir. Sacrificios humanos, ofrendas de sangre a los dioses... Se sentó en el suelo.

—Ah, ahora empiezas a parecer tan estrecha como Robin. No me digas que tú también les temes a los huesos que hay en el fondo del cenote.

Hice un gesto de impaciencia.

—Yo no he dicho eso. Sólo que me parecía una forma cruel de vivir.

—La gente siempre piensa en los sacrificios humanos como si fueran una actividad aberrante e inusual —caviló reflexivamente—. A lo largo de los siglos, ha sido algo común en cierto número de sociedades. Piénsalo. En los Estados Unidos hay religiones cuyo culto se centra en un sacrificio humano en particular. —Me miró a los ojos.

—Jesucristo en la cruz —dije lentamente.

—Cien. Miles de personas consumen la sangre y el cuerpo de Cristo cada domingo.

—Es distinto.

Se encogió de hombros.

—No creas. Cristo murió hace mucho tiempo en un lugar lejano, y eso puede que haga parecer distintas las cosas. Sus adoradores sostuvieron que se trató de Dios encarnado, pero los aztecas dijeron lo mismo del rey dios que sacrificaron. Sucedió una sola vez, lo cual habla de moderación por parte de los cristianos, pero eso no es una diferencia fundamental, sino de grado. —Me sonrió, obviamente disfrutando el momento—. Además, sospecho que la gente sobreestima el número de sacrificios humanos realizados por los mayas. Uno a veces tiene la impresión de que los sacerdotes mayas pasaban casi todo el tiempo dando garrotazos en la cabeza a sus pares y arrojándolos a la fuente más cercana, por las buenas o por las malas. Y no fue así. El sacrificio era una ocasión importante e infrecuente. Y debes cuidar de no aplicar tus parámetros a otra cultura. Ellos tuvieron reglas propias. Esta mujer tal vez haya participado en sacrificios humanos, pero según sus normas, eso era algo bueno. Las víctimas de los sacrificios iban a una especie de paraíso, y todo estaba bien.

Se puso de pie y fue hasta su escritorio a buscar un cigarrillo. Lo sacó del paquete y lo sostuvo entre los dedos sin encenderlo. Seguía mirándome.

—El carácter cruento del acto es fundamentalmente el mismo, se trate de soldados romanos atravesando las manos de Cristo con clavos o de h'menob arrancando el corazón de algún soldado cautivo. La sangre ejerce un poder, una fuerza, una magia.

Se había recogido las mangas de la camisa y pude ver las cicatrices sobre la piel blanca de sus muñecas. Encendió el cigarrillo, inhaló el humo profundamente y arrojó una nube de volutas. Luego me sonrió.

—Lo siento. A veces me dejo llevar. Es el riesgo de ser profesora.

—Parece como si prefirieras los mayas a los cristianos.

Se echó a reír.

—Digamos que los comprendo mejor. —Apoyó el cigarrillo sobre el borde de un frasco que hacía las veces de cenicero y caminó hacia el botiquín de primeros auxilios—. Sería mejor que me dejaras vendarte las heridas —dijo, y por esa noche no oí hablar más de los antiguos mayas.

Los rigores cotidianos de la inspección me dejaban exhausta, pero la inquietud que me había mantenido de un lado para el otro en la casa de mi padre no había desaparecido. Aquí tenía más sitio para caminar. Cuando despertaba por las mañanas antes de que se oyera la bocina o cuando me sentía intranquila después de cenar salía a caminar, más allá de la cocina, donde el aire siempre tenía un dejo de olor a humo, más allá del cenote y hasta la excavación de la tumba, más allá del arco de la capilla española y hasta el Templo de las Siete Muñecas, donde podía mirar desde arriba las copas verdes y pardas del monte. A menudo me encontraba con mi madre en estas caminatas. La hallaba en la capilla española, sentada en un resto de pared y mirando hacia el templo. Sola en el cenote, chapoteando con los pies dentro del agua y observando las aves que volaban rozando la superficie. La veía en la excavación de la tumba, musitando para sus adentros mientras inspeccionaba el lugar. Cuando nos encontrábamos, parecía contenta de verme.

El aire era más fresco al amanecer y en el ocaso, y mi madre se volvía más contemplativa, más serena. En esas ocasiones en que nos veíamos caminábamos juntas. Le hablaba un poco de mí misma; la vida de Los Angeles me resultaba distante e intrascendente, como una instantánea velada donde los colores y las formas no eran nítidos ni correctos. El mundo de mi madre estaba pintado en vividos tonos, con líneas claras y contornos definidos. Mientras andábamos juntas, conversaba lentamente y con cuidado, como si al hablar fuera acomodando las ideas, o buscando el siguiente fragmento para ubicarlo en su sitio. Sus frases parecían letra escrita, cuidadosamente redactada, pero sin imprimir.

Se explayaba sobre los mayas y sus dioses.

—Por cada metro que los mayas tomaban del monte, hacían una ofrenda a los dioses: Un pavo, un cuenco de balche o una jícara de atole, especie de gachas de maíz endulzadas con miel silvestre. Las ofrendas a los dioses se hacían libremente con espíritu de buena voluntad. Los hombres sabios no regateaban con los dioses. El hombre mezquino que ofrendaba a regañadientes sufría de mala salud, o sus cosechas se echaban a perder. Los mayas reconocían que todo lo que realizaban era gracias a la protección y al permiso de los dioses. Las cosas sólo eran suyas temporalmente. En última instancia, pertenecían a los dioses. Nuestra sociedad tiende a considerar el monte y la naturaleza salvaje como a un enemigo. Los cristianos combatieron y sometieron a la naturaleza. Los mayas tienen una forma mucho más sana de ver el mundo, en mi opinión.

Mi madre era una mujer extraña. Cuando yo tenía quince años, fue a casa de mi padre por Navidad, pero noté que ése no era su lugar. Pero no fue entonces cuando comprendí que, en realidad, su lugar no estaba en ninguna parte. Caminaba junto a mí, pero no pertenecía al mundo que yo conocía. Mientras paseábamos no era a mí a quien miraba: siempre tenía los ojos posados sobre el monte, como si allí hubiera algo que la fascinara.

Nos sentamos en las ruinas de la capilla española y le pregunté sobre sus libros.

—En el último capítulo de tu primer libro dices «en el mundo hay más de lo que la mayoría está dispuesta a admitir». ¿Qué quisiste decir? —le pregunté.

Se quedó mirando a lo lejos, donde el sol de la mañana ya alumbraba la hierba escasa y la tierra estéril.

—Por allí, al final de la plaza, un artífice de la piedra se sentó hace tiempo a convertir terrones irregulares de obsidiana en las afiladas hojas que los sacerdotes empleaban para los sacrificios o en las puntas de flecha que utilizaban los cazadores. Se acuclilló en el suelo, bajo la sombra de un toldo de tela azul brillante. Y al trabajar, el sudor le empapaba el rostro. Era un hombre bien alimentado, entrado en carnes de tanto comer los venados y

pavos con que los cazadores le pagaban. Para ser un maya, era inusualmente corpulento. —Mi madre se inclinó hacia adelante, como para mirar mejor al artífice—. ¿No lo ves, sentado bajo el sol, afilando pacientemente un hoja de obsidiana? Yo sí. Es un trabajador muy prolijo. Uno puede elegir verlo, o ver la tierra desnuda. —Observó mi rostro—. A eso me refería. ¿No lo ves? —Su tono era ligero y hablaba como si nada.

Me sentía incómoda, viendo el lugar vacío sobre la tierra. Recordé el sueño que me había llevado a descubrir la estela. Pero eso había sido un sueño, y ahora estaba despierta. Me encogí de hombros.

—Yo veo la luz del sol sobre las rocas. Eso es todo. Asintió.

—No hay nada malo en ello. A veces pienso que para ver el pasado claramente uno debe renunciar a gran parte del presente. —Hizo un gesto de resignación—. Es una elección que hice tiempo atrás. Una especie de sacrificio.

—¿Quieres decir que lo ves de verdad? ¿Del mismo modo que me estás viendo a mí?

Permaneció tanto tiempo en silencio que pensé que no me iba a responder. Y cuando habló, lo hizo con suavidad.

—A veces creo que veo las sombras del pasado con más claridad que a cualquier ser viviente. —Sacudió la cabeza, como para librarse del pensamiento, y rápidamente se puso de pie para regresar al campamento.

No seguí todo lo que dijo. Me resistía a hacer preguntas. Éstas parecían perturbar el conjuro, violar cierta regla tácita. Si preguntaba demasiado, mi madre se encogería de hombros y permanecería muda, o sugeriría de inmediato que regresáramos al campamento. A veces parecía que nuestras caminatas matinales eran sueños ambulantes, inquietos, sutilmente perturbadores. En mi cabeza golpeteaban pensamientos y emociones que no lograba distinguir. Me agradaba mi madre, pero no la comprendía. En absoluto.

Con el calor del día, mi madre era otra persona: enérgica, veloz, impaciente al ver que la excavación marchaba con lentitud. Discutía con Tony por la distribución de los obreros, por el significado de la cabeza de piedra, por las probabilidades de que la cámara subterránea resultara ser en realidad una tumba...

Al cuarto día ya me sentía como en casa. Me parecía que había estado siempre lavándome la cara en el agua tibia y arenosa del barril negro que olía a plástico, que cada noche de mi vida había ido tambaleando al fétido retrete en la oscuridad.

Barbara me preguntó si quería ir a Mérida con ella ese fin de semana. Conocía un hotel barato que tenía piscina. Podríamos darnos una ducha caliente, tal vez ir a ver alguna película y a comer palomitas en un cine con aire acondicionado. Le pregunté a mi madre si en su opinión valdría la pena hacer un viaje a Mérida y me alentó a ir.

El sábado por la mañana me desperté temprano. Barbara no había puesto el despertador: habíamos planeado dormir hasta tarde y marcharnos del campamento a media mañana. Cuando desperté vi a Barbara, que se incorporaba para mirar el reloj.

—¿Qué hora es? —susurré. Maggie y Robin aún dormían.

—Las siete y media —respondió en un murmullo. Se reclinó en la hamaca, con una mano detrás de la cabeza. Tenía el ceño fruncido—. Ya ni siquiera puedo dormir hasta tarde —rezongó—. Es ridículo.

Nos vestimos en silencio, empaquetamos ropa limpia y nos fuimos de la choza. Nos detuvimos en el barril de agua para asearnos, y en el aire cálido de la mañana el ruido del agua contra la tina de metal se oyó sonoramente. El campamento dormía; la única señal de vida era la delgada humareda que se elevaba de la cocina de María.

—Ah —dijo Barbara—. Tal vez podamos convencer a María para que nos invite a una taza de café.

Me detuve a cierta distancia cuando Barbara se acercó a la puerta de la cocina. La mirada que María nos lanzó distaba de ser amistosa. Teresa se escondió tras la falda de su madre. Barbara se alejó de la cocina, con el ceño fruncido.

—Creo que tendremos que tomar café en Mérida. María dice que esta mañana no ha preparado café.

Seguí a Barbara hasta el coche. Miré por encima del hombro y alcancé a distinguir a Teresa, que nos observaba desde la puerta de la cocina.

—Creo que a María no le gusto —comenté.

—Desde luego que no. Tampoco yo le agrado. Tú y yo somos mujeres jóvenes, pero llevamos pantalones y estamos casi todo el tiempo con hombres. —Barbara meneó la cabeza—. No nos comportamos correctamente. No nos aprueba.

—Pero habla con Liz.

—Tampoco Liz le agrada. Ninguno de nosotros goza de su aprobación.

Asentí. Me tranquilizaba la seguridad de Barbara de que no era la única a quien María reprobaba.

El escarabajo Volkswagen desvencijado de Barbara saltaba a cada bache o loma del camino de salida del campamento. Pillaba todos los hoyos posibles, se hundía en ellos y emergía triunfal del otro lado. Barbara conducía con jovial entusiasmo y a innecesaria velocidad; cada vez que veía la ruta libre para acelerar pisaba el pedal a fondo, y sólo tocaba un poco el freno cuando el coche se daba contra algún escollo.

—¿Qué prisa tienes? —le grité por encima del rugido del motor.

—Estoy cansada de moverme con lentitud, eso es todo —me respondió con un aullido. Giró bruscamente para evitar un hoyo, se enterró en otro sin remedio, encendió el motor y siguió andando—. Estoy cansada de polvo y moscas. —Se topó con otro agujero—. Quiero darme una ducha caliente, tomar un café, desayunar, ver luces brillantes y estar con algún hombre que sepa hablar de algo que no sea cacharros viejos. —Apartó la mirada del camino y me sonrió con picara malicia—. Quiero buscar problemas. —Atravesamos otro hoyo.

—Conozco a una persona en Mérida que tal vez sepa dónde hallarlos —le grité—. Alguien que conocí en el avión.

—¿Hombre o mujer?

—Hombre.

—Claro. No hay que perder el tiempo. —No supe si se refería a mí o al hombre. De todas formas, daba lo mismo—. ¿Es guapo?

Pensé un momento. Mi recuerdo de Marcos era algo difuso, pero me había resultado presentable.

—No está mal.

—Bien. Seguro que tiene algún amigo. Siempre lo tienen.

Llegamos a la avenida principal, aquel camino que me había resultado tan angosto durante mi travesía al campamento. Ahora me parecía una autopista. El coche tomó velocidad y bajamos las ventanillas para dejar que entrara el aire. Al pasar a un camión cargado de obreros que se dirigían a saber dónde, saludamos con la mano y tocamos la bocina como colegiales que se hubiesen fugado del internado para ir de excursión al campo. Pasamos cerca de un conjunto de casitas y saludamos a una mujer que tendía la ropa y a un grupo de niños que jugaban en el camino.

—Primero una ducha caliente. Luego, el desayuno —propuso Barbara a gritos.

—Fantástico —acepté. Todo era fantástico. El viento, la ruta, la promesa del desayuno.

El hotel era un viejo establecimiento, a unas calles de la plaza principal de Mérida y a metros del Parque Hidalgo, el sitio que Marcos había mencionado. Algo venido a menos. El conserje hablaba muy mal el inglés. En el vestíbulo había un gato enjuto y negro que parecía vivir allí. La baranda de la escalera de caracol tenía un bello ornamento tallado, pero le hacía falta un poco de lustre. Y las baldosas azules y doradas del suelo pedían

escoba y cepillo. Detrás de las macetas con palmeras se ocultaba el polvo. Pero el sol se filtraba por el arco abierto que conducía justo al Parque Hidalgo y sobre el mostrador de la conserjería había flores frescas.

Dejamos nuestros datos y antes de desayunar nos dimos una ducha caliente. Mientras Barbara se duchaba, me senté en una de las camas gemelas, y me froté las piernas con loción alrededor de las picaduras de mosquitos y de los rasguños. Por primera vez en una semana llevaba sandalias y falda en lugar de pantalones vaqueros y botas, y sentía el cabello limpio. El ventilador del techo giraba con un traqueteo constante. Barbara cantaba en la ducha.

El Parque Hidalgo era una pequeña plaza con suelo de ladrillos. Unos árboles altos y de hojas anchas arrojaban su sombra y unos capullos amarillos sobre los hombres que pasaban el día sentados en los bancos de la plaza. En el centro, se alzaba una estatua de bronce de un hombre de pie sobre un pedestal blanco de piedra. Jamás logré aprender su nombre.

Desayunamos en una cafetería de paso, al lado del hotel que había junto al parque. Mesas de metal ornamentado, sombrillas con flecos, manteles rojos y blancos, y una camarera corpulenta que parecía disgustada.

—¿Hamacas? —preguntó un hombre robusto con un gorro amarillo de béisbol. Sobre un hombro llevaba un atado de hamacas envueltas en plástico. Sobre el otro, una hamaca suelta, que abrió para que la examináramos.

—¿Usted se llama Emilio? —le pregunté—. Busco a un vendedor de hamacas llamado Emilio. —Sacudió la cabeza pesadamente y se marchó a otra mesa, donde hubiera turistas con necesidades más simples. Barbara echó un vistazo a las páginas de una guía turística de Mérida, que había cogido del vestíbulo del hotel. Indicaba el camino al zoológico, al mercado, a las ruinas de Chichén Itzá, a los mejores lugares para almorzar y bailar. Leía en voz alta las informaciones que le parecían interesantes.

—A la plaza principal la llaman zócalo —me contó.

Asentí, mirando el trajín de la gente por la calle. El café era bueno y me sentía satisfecha. No me había dado cuenta de que el hecho de estar en una excavación me había puesto nerviosa hasta ahora, que conseguía distenderme.

—¿Te interesa un viaje a Chichén Itzá? —me preguntó—. En coche tardaremos una hora desde aquí.

—Tal vez mañana —le dije.

—Podríamos ir a Casa Montejo, la mansión que construyeron los españoles en 1549 —propuso—. O visitar la catedral. O ir al mercado.

—Lo que quieras.

Decidimos ir al mercado, calculando que tendríamos tiempo de pasar por la catedral de regreso y aun de dormir la siesta antes de cenar.

Estábamos terminando el café del desayuno cuando vi a Marcos en el otro extremo de la cafetería. Le hice un gesto a Barbara.

—Es más apuesto de lo que recordaba —le dije.

Era un hombre delgado y joven, de huesos menudos, ojos castaños, dientes blancos y pómulos altos y oscuros. Sonreía mientras observaba cómo un vendedor de hamacas —supuse que sería Emilio— mostraba una a un matrimonio norteamericano: la mujer llevaba un vestido liviano y el hombre, una camisa hawaiana. Emilio había tendido un extremo de la hamaca sobre el brazo de una de las sillas de hierro forjado. Vaciló por un instante, sosteniendo la hamaca bajo el brazo, y luego la abrió con un gesto elegante, del mismo modo que un camarero descorcha una botella de vino. El ademán transmitía la importancia del acto y el valor del producto. La hamaca era de un carmesí intenso que retenía la luz del sol.

Entonces Marcos nos vio y se sentó en nuestra mesa.

—Hola —me dijo—. ¿Cómo estás? —Apañó una silla. Vimos a Emilio cerrar su venta; la pareja de norteamericanos se marchó con dos hamacas y Emilio echó al bolsillo un buen puñado de billetes.

Se aproximó a la mesa y arrojó el fardo sobre una silla.

—Hoy va a ser un buen día —predijo—. Estoy de suerte. —Era una cabeza más bajo que yo, compacto y de hombros anchos. Ojos oscuros, tez morena, y una sonrisa que podría haber sido la de un chico norteamericano de no ser por la funda de oro que asomaba detrás de uno de los dientes.

—Conque son las amigas de Marcos... —el encanto fácil del vendedor nato—, ¿quieren comprar una hamaca? Les haré un buen precio.

—Ya tenemos hamacas —desistió Barbara—. En realidad, estamos hartas de ellas.

—¿Cómo es posible que alguien se canse de las hamacas? —preguntó Emilio, y Barbara se molestó en explicarle al detalle por qué estaba tan harta de las hamacas.

—Compra una para llevar de obsequio —sugirió Emilio y luego nos invitó a una rueda de cafés, con la misma gracia con que exhibía una hamaca. Hablamos de los turistas y del tiempo mientras transcurría la mañana. Emilio y Marcos parecían estar en la cafetería como en su casa, y tener confianza con la camarera. A la entrada de un cine cercano se comenzaba a formar una hilera de personas. El aire tibio olía a palomitas.

Al cabo de un rato, Emilio intentaba convencer a Barbara de que visitara una caverna aislada en un lugar llamado Homún. Un río subterráneo en una gruta de caliza con estalactitas.

—Hermoso —dijo—. Realmente hermoso.

Marcos me miró.

—¿Qué piensas? —me preguntó en español y luego en inglés.

—Nada en especial. Me encogí de hombros.

—Parecías estar pensando en algo...

Repetí el gesto. Emilio empleaba ambas manos para describir las estalactitas de la caverna. Barbara no parecía muy convencida.

—En el avión se te veía muy triste. ¿Qué te ocurría? —quiso saber Marcos.

No dije nada. Hice un movimiento evasivo.

Miró a Emilio, que cada vez adquiría más elocuencia en sus intentos de persuadir a Barbara; según él, una visita a la caverna solitaria de Homún era una actividad perfecta para cualquier joven americana de vacaciones veraniegas.

—Ya estoy cansado de estar sentado —dijo Marcos—. Vamos. Caminemos un rato y regresemos luego. —Dejamos a Barbara y Emilio conversando de ríos subterráneos.

En Mérida se pasea. Afuera, por los parquecitos, donde la brisa es más fresca que el aire que arrojan por doquier los ventiladores de los techos... Deambulamos por la esquina principal.

—¿Qué hacías en Los Ángeles? —le pregunté a Marcos.

—Fui a visitar a mi tío. Como no había trabajo, volví. Aquí tampoco hay trabajo, pero tengo amigos.

Señalaba el camino por la esquina, entre los pequeños carruajes tirados por caballos en los que paseaban los turistas.

—¿Por qué estabas triste? —inquirió—. Puedes decírmelo. Me encogí de hombros y le conté que había venido a la excavación para encontrar a mi madre, y que hacía años que no la veía. Me escuchó y asintió.

—¿Qué quieres de tu madre? Abrí las manos sin decir nada.

—No sabes lo que quieres.

—Creo que no.

—Hoy por la noche juego a baloncesto con la universidad. ¿Quieres acompañarme?

—¿Baloncesto? Veamos qué opina Barbara. Me tomó de la mano.

—Aunque ella no quiera venir, hazlo tú. Verás cómo juego, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

De regreso en el café, Emilio le preguntaba a Barbara qué pensábamos hacer ese día.

—Ir al mercado —dijo—. Pasear por Mérida.

—¿Y mañana? —insistió—. ¿Qué hacéis mañana?

—Hablabamos de ir a Chichén Itzá —vaciló—. Pero está lejos.

—Yo os llevaré —se ofreció Emilio—. No hay problema. Llevaré hamacas para vender.

¿De acuerdo? —Barbara se echó a reír, pero Emilio no se dio por vencido—. Te diré qué haremos. Si queréis ir a Chichén Itzá, mañana por la mañana nos encontramos aquí. Yo os llevaré. Lo pasaremos bien. —Sonrió, mostrando el diente de oro.

Terminamos el café, y Emilio y Marcos se marcharon al zócalo a vender su mercadería. Barbara y yo fuimos al mercado, y para llegar seguimos la calle 60, de calzada y aceras estrechas. Todas las calles eran angostas. Las casas y los comercios se apretujaban contra la calle, pared contra pared, presentando un sólido frente al mundo.

Abrimos una puerta y entramos en un recinto colmado de conversaciones masculinas y olor a cerveza. Un joven de pie en la entrada nos sonrió, pero no le devolvimos la sonrisa. Sí sonreíamos a los niños, a las mujeres, a los perros... Los pequeños se mostraban cordiales, los perros y las mujeres, no.

Un hombre de mediana edad vendía cocos en un carrito. Le observamos perforar el extremo de una cascara, pinchar la fruta redonda y blanca e introducir una pajita. Compramos un coco cada una y bebimos la leche dulzona mientras andábamos.

Reconocí el mercado, pero no el trayecto entre el hacinamiento depuestos. Echamos un vistazo por los largos pasillos que conducían a la oscuridad. En la penumbra que se producía allí donde no llegaba la luz del sol vi cajas de fruta y verdura, jaulas de pollos y carne colgada. Barbara consultó su guía turística y me llevó hasta el lugar donde se vendía la ropa. Quedaba en un extremo del mercado iluminado por el sol. Cada puesto resplandecía de mantones, vestidos, camisas, faldas.

—Me gusta éste —dije a Barbara, señalando un hermoso mantón de color burdeos con un motivo de flores pintadas.

La mujer que entendía el puesto nos saludó, sonriente y calculadora. Llevaba pendientes de oro que hacían juego con los dientes y parecía fascinada por mi cabello y decidida a venderme el mantón. Regateé en mal español, y creo que terminé pagando demasiado por la prenda. Barbara compró un vestido blanco bordado a cuadros azul oscuro. Ya eran más de las tres cuando nos encaminamos al hotel.

—Es hora de dormir la siesta —propuse.

—Detengámonos en la catedral —replicó Barbara—. Nos queda de camino y estará fresco.

Puse una moneda en la mano de la mendiga que estaba en el arco de la entrada. Me bendijo con la señal de la cruz.

El interior era oscuro y frío. Por las ventanas altas y octogonales se filtraba la luz. Varias columnas blancas se elevaban hasta un techo abovedado, trabajado con piedra tallada que no podía apreciarse en la oscuridad. Al final del pasillo pendía cansado de la cruz un Cristo enjuto. En los bancos delanteros unas ancianas se postraban de rodillas. Atrás, un pequeño hacía cuentas en un cuaderno escolar.

Alrededor del recinto deambulaban algunos turistas. Vacilé apenas puse el pie adentro. Me sentía incómoda; no era la inquietud que uno siempre experimenta al entrar en una iglesia desconocida; era cierto rechazo a acercarme a la figura de Cristo. Pero Barbara ya había comenzado a andar por una de las naves laterales, y la seguí.

Sobre las paredes de piedra blanca se veían placas que representaban los sufrimientos y la muerte de Cristo. No me detuve a contemplarlas. Recordé la observación de mi madre de que el Cristianismo era una religión de sacrificios humanos y me sentí obligada a darle la razón. A mitad de la nave hice una gran pausa para observar una estatua elaboradamente ornamentada de la virgen María. Sobre una mesa pequeña emplazada

ante la estatua ardían unas cuantas velas, y el aire estaba cálido y cargado de aroma a incienso y a cera derretida. La luz de las velas titilaba sobre los ropajes de madera tallada de la virgen María.

Las manos de María se extendían generosas; su boca se curvaba apenas en una sonrisa. Pero en su expresión había algo que no encajaba. El artista que había pintado los rasgos había dado a su piel un tinte varios tonos más oscuro que el habitual blanco pálido. Los ojos eran oscuros, capturaban las sombras. Carecía de la delicadeza que había visto en otras representaciones de la Madonna; los rasgos parecían más indios que españoles. Parecía mayor que la célebre doncella María. Mayor y más sabia. Su sonrisa delataba cierto saber.

La luz de las velas arrojaba sombras espiraladas sobre sus mejillas, y la frente resultaba curiosamente aplanada. Ahora sentía el incienso con más nitidez: era un olor intenso y resinoso, como el del pino al arder. El mismo aroma que había notado esa noche en la choza de mi madre. La Madonna me observaba desde las sombras. Se había rodeado de penumbra y las velas no bastaban para que la viera con claridad. La reconocí entonces: era el mismo rostro que el de la estatua de piedra que me había mostrado mi madre en su choza.

Me sentí mareada y el estómago me dio vueltas. Aparté la mirada del rostro, di un paso atrás y me apoyé en el extremo de uno de los bancos para no caer. Cerré los ojos y aguardé a que pasara la náusea.

Los abrí sólo cuando volví a sentir el suelo firme bajo mis pies. La Madonna miraba por encima de mi cabeza, y su expresión irradiaba una aceptación benigna. No me observaba. Ese rincón de la catedral estaba tan bien iluminado como el resto.

Me apresuré a unirme a Barbara al otro lado de la iglesia. Se encaminaba hacia la puerta. Cuando salimos al sol me sentí inmediatamente mejor. Puse otra moneda en la mano de la mujer y recibí su bendición una vez más.

—Estás pálida —dijo Barbara—. ¿Te encuentras bien?

—Me mareé un poco adentro. Fue sólo un minuto.

—¿El contacto con los turistas?

—Tal vez. Ya me siento mejor.

—Te repondrás después de una siesta.

El aire de nuestra habitación estaba cargado, pero más fresco que fuera. Barbara puso el ventilador a alta velocidad, se deshizo de la ropa y se arrojó a la cama.

—La siesta... —exclamó, me dio la espalda y cayó dormida de inmediato.

Permanecí despierta mucho rato, viendo girar las paletas del ventilador, y oyendo la rítmica respiración de Barbara.

Notas para Ciudad de las Piedras,  
de Elizabeth Butler

Hoy es sábado, 17 de marzo de 1984, según nuestro registro del tiempo. Una simple serie de números que designa el día pero sin otorgarle valor especial ni poder en particular.

Según el sistema maya de datación ese día tiene asignado un número y un nombre en el tzolkin, o almanaque sagrado, y un número distinto y un nombre diferente en el haab, o año vago. En el período largo, el sistema cronológico empleado en las estelas, esta fecha se escribiría 12 baktunes, 18 katunes, 10 tunes, 13 uinales y 15 kines, lo cual designa que hoy es el número 1.861.475 desde el punto inicial a partir del cual los mayas cuentan el tiempo. Según los cálculos mayas, cada uno de estos números y nombres posee un significado e importancia.

El tzolkin y el haab son parte de un sistema de ciclos entrelazados que los eruditos modernos conocen como Calendario Circular. El haab es un ciclo de 365 días; dieciocho

meses de veinte días y un mes de cinco días malignos al final. El tzolkin es un ciclo de 260 días: trece meses de veinte días. Los dos ciclos están entrelazados: se puede pensar en ellos como dos grandes ruedas dentadas, una de 260 dientes y otra de 365. Cuando gira una rueda, también la otra lo hace. Cada cincuenta y dos años vagos, ambos ciclos comienzan un nuevo año en el mismo momento.

Éste es uno de los sistemas para contar el transcurso del tiempo. El otro es el período largo, según el cual se cuenta a partir de una fecha establecida mucho tiempo atrás. Nuestra notación del año 1984 indica el número de años que han pasado desde el nacimiento de Cristo: un período de mil años, nueve siglos de cien años, ocho décadas de diez años, y cuatro años de 365 días. El período largo indica cuántos días han transcurrido desde el comienzo de la cuenta que los mayas hacen del tiempo, y según ella se anota el paso de baktunes, o períodos de 144.000 días; de katunes, o períodos de 7.200 días; de tunes, o años de 360 días; de uinales, o períodos de 20 días, y de kines, o días.

Todo esto es importante, pero la esencia de la cuestión reside en el poder de los días, no en los métodos empleados para calcularlos o registrarlos. Muchos años atrás, aprendí la importancia de estos números y nombres gracias a una mujer marchita con un pie deforme quien, por razones que jamás determiné, se había trasladado desde una aldea montañosa a la ciudad de Mérida.

Estaba regateando hierbas en el mercado cuando la conocí: me miró con ojos agudos y brillantes y le comenté a la vendedora lo mal que yo estaba comprando, tras lo cual acotó que las gringas no sabían ir de compras. Hablaba en maya y yo, pegajosa y cansada de una larga jornada de compras, le contesté en la misma lengua, diciendo que estaría muy contenta de aprender a hacer bien las compras si alguien se ofreciera a enseñarme. Me sonrió y me hizo un gesto.

Durante una hora la acompañé de puesto en puesto. Me enseñó a sacudir el dedo para mostrar falta de interés, me dijo cuándo regatear por un precio mejor, cuándo ceder un poco, cuándo alejarse, cuándo bromear. Los tenderos nos miraban con asombro: una norteamericana y una vieja maya; pero nadie hacía comentarios. Al final le di las gracias y le compré una coca-cola, que bebió con gran entusiasmo.

Una semana después de mi travesía por el mercado la volví a encontrar. Esta vez a última hora de la tarde y estaba en el zócalo, sentada sola sobre un banco verde en el lado oeste de la plaza. Me detuvo, haciendo señas. Había estado bebiendo aguardiente... para calmar el dolor, según dijo. No sé qué es lo que le dolía, no me lo quiso decir. Me preguntó la hora y el día. Le di la información y me aferró la muñeca con tal fiereza que sus uñas se me clavaron en la piel. Le pregunté qué sucedía, pero sus respuestas parecían sin sentido. Quería hablarme del tiempo. Explicó que ése era el último día de un año malo; estaba desencajada, mas no pude averiguar la causa de su agitación.

Le compré otra botella de aguardiente. El dolor parecía real, y ésa fue la única ayuda que me permitió brindarle. Mientras bebía comenzó a balbucir, a recitar algo.

—Imix, él es el primero: monstruo de la tierra, cabeza de dragón, raíz de todo. Rige el maíz; muy buen día para sembrar. Ik, él es el segundo y trae los vientos: muy buen día. Akbal es oscuro, un jaguar al acecho que devora el sol. Vive en el oeste, donde bebe las aguas oscuras, y las lluvias que ocasiona no son nada buenas. Mata el maíz. Ofréndale bebida y no siembres ese día.

Mientras prosiguió advertí que los nombres que citaba, alabando a uno y aleñando contra el otro, eran los de los días del tzolkin.

—Ben es el señor del maíz, buen día para la siembra. Ofréndale atole, hecho de las mejores mazorcas. Oc lleva la cabeza de un perro; trae lluvias tristes que hacen que el maíz se pudra en la tierra y causa enfermedades a los niños. Cauac lleva la cabeza del dragón; causa el trueno y las lluvias violentas. —Sacudió la cabeza, tomó un gran sorbo de aire y me aferró la mano con más fuerza, aún. Me observaba con locura pero no creo

que me estuviese viendo a mí en realidad. Recitaba el almanaque de los días para un aprendiz, para una hija, para un hijo, para alguien que lo aprendiera y se beneficiara con este conocimiento—. Los conoces, ¿verdad?

—Sí, abuela —la tranquilicé—. Los conozco.

—Está Larmat, el señor de la gran estrella que se eleva con el sol. Muluc: a él dale jade y la lluvia que vendrá favorecerá el maíz. ¡Debes recordar estas cosas!

Estrechó mi mano con fuerza entre las de ella y me arrojó a la cara el aliento aguardentoso. A nuestro alrededor, la plaza estaba en silencio. Los amantes y haraganes preferían el otro extremo, cerca de la cafetería que vendía helados, dulces de fruta.

—Debes conocerlos a todos: Etz'nab es el señor del sacrificio; lleva una afilada hoja de obsidiana. Degüella un pavo en su nombre; haz un banquete para él.

La Luna estaba alta. Su luz pálida se filtraba entre las hojas de los árboles moteando los senderos de cemento que surcaban la plaza. En algún lugar al otro lado, un guitarrista tocaba una balada, sin duda para los amantes, que en cambio querrían que los dejaran en paz. La mujer miró la Luna como si nunca antes la hubiese visto.

—Y debes conocer el día llamado Men, gobernado por la vieja diosa de la luna, Ix Chebel Yax. Es una embustera: trae inundaciones y arcoiris; curación y destrucción. Ayuda a las parturientas, causa dolor de estómago a los niños, embauca a los locos, da sueño a los cansados, enrolla los hilos de las tejedoras. En su día se puede adivinar la suerte, mas no es de fiar.

—Descansa, abuela —le dije a la mujer, apoyando mi mano sobre las suyas—. Lo recordaré. Pero ahora debes ir a casa. Déjame llevarte.

—No importa —insistió. Su voz era más suave esta vez—. Hoy es el último de los cinco días nefastos. Cimi es oscuro y mortal; conoce a Ah Puch. Cuando se acerca a ti, jamás lo oyes llegar; sus plumas no hacen ruido. Ese día debes quemar con incienso la sangre de un pavo.

—Sí, abuela. Pero ahora te llevaré a casa.

—Moriré esta noche —vaticinó, poniéndose de pie como una niña obediente mientras la arrastraba del brazo—. Es el fin del año malo; los ciclos han regresado al lugar donde estaban cuando nací. El año ha concluido y Cimi ha venido a buscarme.

Me siguió hasta la curva y detuve un taxi. Aparentemente había terminado de recitar los días; estaba en silencio, condescendiente. Me dio su dirección y le pedí al taxista que la llevara; le di una propina para que la acompañara hasta la puerta. Quedé de pie bajo la luna llena, escuchando la serenata a lo lejos. Las uñas de la anciana habían dejado marcas al lado de las viejas cicatrices de mi muñeca derecha. Las froté ociosamente y observé alejarse el taxi.

El día siguiente, que denominaba domingo a falta de un nombre mejor, tomé un taxi hasta la dirección que la anciana había dado al conductor. Era una casa desvencijada en una hilera de casas desvencijadas. La mujer que abrió la puerta frunció el ceño cuando le pregunté por la viejecita y me dijo en español:

—Ha muerto. ¿Qué desea usted aquí?

Regresé, incapaz de explicarle la extraña noche a la luz de la luna. No estaba dispuesta a describir los sentimientos que me habían llevado hasta allí. Necesitaba preguntarle a la anciana qué día era y qué significaba, pero no dije palabra. Tomé el mismo taxi —me había aguardado en la esquina— y volví a mi hotel.

El día en que escribo esto es sábado. No sé su nombre ni su número en maya. No conozco los dioses que influyen sobre este día. Sé muy poco.

«Los dioses que han muerto son sólo aquellos que no hablan para la ciencia o el orden moral de la época... cualquier dios muerto puede ser conjurado para que vuelva a vivir.»  
JOSEPH CAMPBELL,  
The Way of the Animal Powers

El sábado por la mañana, antes de que despertara, Diane y Barbara se habían ido a Mérida. En cierto sentido me alivió que Diane se marchara. Esa semana que estuvo en el campamento se las arregló para interrumpir mis momentos de soledad más de lo que hubiese podido imaginar.

Todos los días, al alba y al crepúsculo, recorría el lugar. Observaba a un alfarero, un joven de satinado cabello negro que brillaba bajo el sol matinal, moldear una vasija con forma de perro panzón. Me sentaba a la sombra y oía el roce de una hoja de obsidiana contra la madera de cedro: un anciano marchito tallaba la estatua de algún dios. No vi a Zuhuy-kak. En los momentos en que más esperaba ver a la mujer, aparecía mi hija.

Por la mañana, cuando me sentaba en un resto de pared en la capilla española observando a un artífice trabajar la piedra, Diane avanzó hacia mí por el camino que venía del cenote. Al ocaso, mientras paseaba por la Estructura 701, observando cómo se congregaban las sombras, oía el sonido de las botas de Diane sobre el sendero que provenía del campamento y las sombras desaparecían. Por la tarde me detenía al borde del cenote, observando el aleteo de los murciélagos sobre las aguas. Diane me saludaba alegremente mientras andaba por el camino.

Se la veía ansiosa y dispuesta a caminar conmigo y a oírme hablar de la excavación. Dije muchas cosas. A veces, a la brillante luz del día, pensé haber dicho demasiado.

Durante la semana, la excavación había proseguido en los montículos de las viviendas, en el Templo de la Luna, y en la tumba. El trabajo iba lento: antes de poder tocar nada había que apañar la tierra, y luego el polvo debía ser tamizado para recoger posibles cacharros o láminas de piedra tallada. Era una labor pesada, tediosa y polvorienta.

En la excavación de la tumba, los obreros habían descubierto ocho peldaños de piedra que conducían hacia abajo, en lo que parecía ser el comienzo de un pasadizo subterráneo. Los escombros que quitaron de las escalinatas habían revelado pocas cosas de interés: unas vasijas domésticas y algunas piedras talladas con jeroglíficos muy borrosos para ser leídos.

El sábado por la mañana, temprano, caminé sola hasta la excavación. Mientras cruzaba la plaza abierta, vi un destello azul cerca de la excavación. Zuhuy-kak estaba de pie al lado de los toldos que cubrían el foso abierto. Su mirada me seguía a medida que me iba acercando a ella. Estaba de pie bajo la luz del sol y su cuerpo arrojaba una sombra. La saludé en maya, me senté a la sombra de la excavación y encendí un cigarrillo. Zuhuy-hak permaneció de pie, mirando hacia el montículo.

—Ya ves —dijo, señalando la elevación—. Ya ves cómo los ahnunob han profanado el templo. Pero pronto su tiempo terminará. Pronto los ciclos cambiarán.

Seguí su mirada pero no vi más que el montículo de escombros, el sendero que los obreros abrieron hurgando a su alrededor. Una iguana me miró desde la altura de una derruida piedra del templo.

—¿Qué día es hoy, Ix Zacheliz? —preguntó. Sabía que se refería al día del calendario maya.

—No lo sé —respondió—. Ahora utilizamos un calendario distinto.

Frunció el ceño.

—¿No lo sabes? Entonces, ¿cómo sabes qué hacer cada día? —Parecía más confiada que la primera vez que nos habíamos visto. Estaba erguida, y su mano descansaba ligeramente sobre la concha que pendía de su cinturón—. ¿No sabes los ciclos del tiempo, Ix Zacheliz? Sabes que lo que ha sucedido volverá a ocurrir, y que se repetirá

incesantemente. Debes saber también qué día es, para que pueda aconsejarte. Se acerca el tiempo en que Ix Chebel Yax retornará al poder.

—Trataré de calcularlo.

—Debes hacerlo. —Su mirada parecía desconcertante y directa.

—Sí, lo haré —dije, con algo de aspereza—. Pero ahora me preocupa esta excavación. ¿Puedes decirme cuánto tendremos que cavar aquí? ¿Y qué hallaremos por fin?

Pero ya no estaba allí. El viento silbaba a mis pies, como serpiente entre las hojas secas, sacudía los toldos y lanzaba demonios polvorientos a la fuga por el monte.

Esa noche, durante la cena, eché de menos a Diane y a Barbara. Sólo John y Tony se habían quedado en el campamento. Todos los demás habían huido a Mérida, a dormir en camas limpias y a darse duchas calientes. Los tres nos sentamos en la plaza y bebimos café y aguardiente mientras el sol se ponía. John y Tony conversaban mientras yo contemplaba el ocaso a través de la plaza. La Luna se veía justo sobre los árboles: era un delgado cuarto creciente con los dos cuernos apuntando al cielo. Por una vez, las sombras estaban en calma: el sacerdote había terminado de rasgar el pellejo del jaguar, y ningún tallador trabajaba a la luz de la luna.

—¿En qué piensas, Liz? —preguntó Tony.

—¿Qué? No estaba prestando atención.

—John decía que hay problemas en tu excavación predilecta. Miré a John, reparando súbitamente en él. Incliné los anchos hombros hacia delante, como para protegerse de mí.

—¿Qué clase de problemas? —quise saber. John envolvió la taza de café con ambas manos.

—El trabajo marcha con lentitud. Me marché para supervisar a la gente de Carlos, y cuando regreso, los hombres siempre van con retraso. El cernidor se rompe. La cabeza de un pico se afloja. A un hombre le pica un escorpión. Otro ve una serpiente de cascabel. Siempre pasa algo.

—Has puesto a Pich al frente de los obreros, ¿verdad? Suele ser muy trabajador.

John hizo un gesto de duda.

—Esta vez no.

—Le preguntaré a Salvador qué piensa —me dirigí a Tony—. Tal vez debamos turnar a la gente.

—Sería mejor —concluyó.

Al cabo de un rato me disculpé y fui hasta la choza de Salvador. Alcancé a ver la silueta de un hombre de pie en el patio, fumando. Llamé a Salvador y vino hasta la albarrada que rodeaba el solar, es decir la pared de fragmentos de caliza que circundaba el patio lindero a la casa. Encendí un cigarrillo y me recosté contra la pared, a su lado. Aquí el aire olía a hierba. Dentro del solar, la vegetación era frondosa. María cuidaba el jardín con esmero. Un árbol de aguacate daba sombra al portal de la casa, y al lado de la albarrada crecían plantas de chili y hierbas. Notaba el olor de las naranjas dulces que pendían del árbol, al otro lado del jardín.

—¿Cómo andas? —le pregunté.

—Bastante bien. —Observé la brasa de su cigarrillo brillar por un instante, y luego tornarse rojo opaco. No lograba verle el rostro.

—Qué tranquilo está todo cuando los demás se marchan —comenté.

—Sí. Aquí siempre hay tranquilidad.

—John me dice que en su excavación las cosas van lentas —fui al grano—. Que siempre surge algún problema.

Apagó el cigarrillo contra el muro de caliza y sobre la piedra áspera se abrieron chispas rojas.

—No es época de suerte, ni es un sitio de suerte —agregó—. El trabajo avanza lento porque la suerte nos es adversa.

Le ofrecí otro cigarrillo y le di fuego. Bajo la débil llama de mi encendedor pude ver su expresión: calma, firme, reflexiva. Cuando el cigarrillo se encendió volvió a hablar.

—Cuando teníamos ganado, los animales solían espantarse en aquel lugar. Es de mal agüero.

—No me dijiste nada de eso antes.

El cigarrillo se detuvo antes de llegar a su boca.

—No me habría hecho caso —fue su respuesta. En la oscuridad era invisible, y lo sabía.

—Debemos excavar allí. Es el sitio más prometedor que hemos hallado. —Hice una pausa. La punta del cigarrillo volvió a brillar mientras daba otra calada—. ¿No podemos emplear más hombres? ¿No serviría de ayuda?

—Es un pasaje estrecho —caviló—. Sólo pueden trabajar tres a la vez: uno para mover rocas, otro para mover tierra y otro para cernir.

—Tal vez otros tres trabajadores distintos —propuse—. Que no sepan que es un sitio de mala suerte, o que no les importe.

—Tal vez. —Su tono era distante—. Asignaré otros tres hombres.

Esa noche me senté en mi choza, consulté el libro de referencias y calculé la fecha según el calendario maya. No fue sencillo. Sylvanus Morley, un notable erudito sobre los mayas que vivió hacia el 1900, obtuvo una fórmula para convertir fechas mayas a datos del calendario moderno, pero aparentemente no se le ocurrió que alguien pudiese querer convertir fechas del calendario moderno al maya.

Después de mucho calcular, verificar y volver a comprobar, decidí que ese día era Oc en el tzolktn, o almanaque sagrado: el cuarto día de Cumku, último mes del haab o año vago. El año maya estaba próximo a su fin. En dieciséis días tendríamos sobre nosotros el final del año... los cinco días de la mala suerte. Me pregunté si la proximidad del final del año sería la causa del temor a la mala suerte que afectaba a Salvador. Según el período largo, también estábamos por concluir un katún, y habría un cambio de tiempo.

De todas formas, el día Oc no era demasiado malo. En los jeroglíficos, estaba representado por la cabeza de un perro que guía al Sol en su travesía nocturna por el mundo subterráneo.

Supongo que si hubiera un horóscopo como el de los periódicos, basado en los días mayas, lo interpretaría como «un día para recibir orientación».

Esa noche soñé con nitidez. Soñé con Los Ángeles, esa ciudad vulgar y derruida que abandoné hace tanto tiempo.

El Sol acababa de asomar y la luz matinal era tenue. El mundo no tenía límites precisos: un suave manchón verdigris formaba los arbustos del jardín de un vecino; una línea marrón oscura era la cerca rota que señalaba la línea de propiedad entre dos tierras pálidas, salpicadas de verde intenso allí donde crecían las malezas. Un viejo escarabajo Volkswagen azul opaco y oxidado descansaba sobre sus ruedas en un pastizal. Tenía los neumáticos desinflados, desde hacía años. La ciudad estaba en silencio. Los perros no ladraban; los pájaros río cantaban, los coches no circulaban. La gente no estaba.

Diane caminaba a mi lado. Era una niña de cinco años, carita redonda y solemnes ojos verdes. Su manita suave, cogida de la mía. Avanzaba a mi lado sin quejarse, a pesar de que hacía mucho rato que paseábamos.

Bajo nuestros pies, la acera estaba resquebrajada y abombada. Diane tropezó en un tramo donde el cemento tenía un desnivel y la atrapé mientras caía. Cuando levantó la mirada hacia mí, sus ojos estaban empañados por las lágrimas.

—¿Qué te pasa? —le pregunté—. ¿Te has hecho daño?

Negó con la cabeza, pero las lágrimas comenzaron a rodar. Estaba atrapada por esa extraña inquietud que me obligaba a seguir caminando pese a las llagas que tenía en los pies.

—Vamos —le dije—. Tenemos que seguir andando. —No se movió, aun cuando la tomé de la mano y la arrastré—. Si no vienes, tendré que dejarte aquí.

Las lágrimas rodaban por sus mejillas y caían. Dejaban gotas oscuras sobre el cemento. La cogí entre mis brazos, arqueando la espalda para levantarla.

—No llores —la consolé.

En ese momento, oí un rugido a mi espalda. Miré hacia atrás y vi un jaguar deslizarse por detrás del Volkswagen y echar a andar hacia nosotras, sin prisa, como si estuviera seguro de la presa.

Comencé a correr, pero corría a velocidad de sueños: mis pies se movían lentamente, mis pasos no me conducían a ningún sitio. Diane había estrechado sus brazos alrededor de mi cuello; era una carga que no podía arrojar. Tropecé con una baldosa de la acera y caí pesadamente sobre una rodilla. Diane se soltó de mí y cayó al suelo.

Escuché el rugido del jaguar detrás de mí. Supe que no tenía tiempo ni fuerzas para salvar a la niña.

Desperté en mi hamaca. El trueno volvió a retumbar, como el rugido de un jaguar, como el ruido de cascos de los caballos que los chaacob tenían fama de montar. No llovía, sólo tronaba. Truenos del cielo del conejo, decían los mayas. Mal signo. Los chaacob montaban, pero no traían lluvias. Un signo particularmente infausto para nosotros, si presagiaba el final de la estación seca. Cuando comienzan las lluvias, la excavación debe concluir.

Salí a la puerta de la choza a mirar la plaza. Mi reloj marcaba la una y cuarto. Un farol encendido pendía del techo de cinc corrugado que cobijaba un pequeño sector justo enfrente de la choza de Tony. Me vestí —sabía que pasarían horas hasta que pudiera volver a dormir— y crucé la plaza.

Tony estaba sentado en una de sus dos sillas. Su vieja bata, la misma que traía al campamento cada año, se ceñía contra su cuerpo, llevaba unas pantuflas de cuero, y por encima de ellas sus piernas se veían lastimosamente delgadas y marcadas por las picaduras de los mosquitos. Un cajón de madera hacía las veces de mesilla; sobre él, la pipa de Tony, una caja de cerillas, un vaso, una botella de ginebra, otra de tónica. Leía un grueso libraco azul que reconocí como un catálogo de estilos mayas sobre moldeado de vasijas.

Levantó la vista al oír mis pasos, sonrió y dejó el libro a un lado.

—Sigues despierto —me anuncié—. El trueno me despertó. ¿No crees que las lluvias sé están adelantando?

—En absoluto —respondió—. Es sólo una tormenta de verano. Ven y bebe algo conmigo. Te ayudará a dormir.

Se puso de pie y fue a buscar un vaso para mí. Lo noté algo torpe al caminar, algo vacilante. Jamás me había preocupado por el hecho de que Tony bebiera, hasta que falleció su esposa Hilde, dos años atrás. Antes de eso, sabía que bebía en el campo pero asumía que Hilde le impediría excederse en casa. Ahora vivía solo en Las Cruces, y sospechaba que bebía copiosamente todo el año. Había notado que los círculos que rodeaban sus ojos eran este año más oscuros. Parecía más delgado, más pálido, algo más deteriorado...

La bebida que me sirvió estaba tibia y la tónica sabía mal, pero no presté atención. La silla crujió cuando me senté y estiré las piernas por delante. El aire estaba quieto y sofocante. El trueno volteaba por el cielo como las piedras de un imperio en ruinas.

Mi primera excavación. fue en un enclave Hopi, situado en los montes Mongollan, en Arizona. Durante dos meses, viví en esa aldea multicolor de tiendas de campaña

agujereadas que la Universidad Estatal de Nuevo México llama campamento. Durante mi primera noche, me despertó el sonido de un trueno, el tintinear del agua y una sensación de humedad. Cogí mi linterna y el haz de luz se estrelló sobre la superficie movediza de una pequeña cascada que caía al lado de la tienda. Mi vivienda era un modelo sobrante del ejército, de olor nauseabundo, que proveía la universidad. Mis zapatos se habían empapado en un charco que se aproximaba a la tienda. Afuera, la lluvia golpeaba contra las paredes de lona y sacudía los postes. La lona mojada de color caqui ondeaba inciertamente a mi alrededor.

Había salido reptando del húmedo saco de dormir y me estaba vistiendo cuando oí el crujido de los postes que se salían de su sitio, el tirón abrupto de una soga que cedía y el suave suspiro de la lona mojada que perdía tensión. Un lado de la tienda se desmoronó y luego lo hizo el resto, derrumbándose, volviendo a su posición original.

Abandoné mis pertenencias y me abrí paso hasta la puerta, maldiciendo con pasión, lanzando exóticas obscenidades que había aprendido de las locas del manicomio, pateando la lona que chorreaba y azotándola con puños y linterna. Escapé bajo el diluvio. La tienda yacía como un animal moribundo, retorciéndose esporádicamente en el viento.

La lluvia golpeaba sobre mi cabeza, me aplastaba el cabello al cráneo, me empapaba la ropa. Estaba descalza en el fango. Oí la risa contenida de alguien. Se hallaba bajo el alero de otra tienda, con las manos en los bolsillos de su bata de franela, seco, limpio y divertido. Me encaminé hacia él con ánimo de matarlo. Dejó de reír cuando vio que me acercaba.

—Deja de reírte o te mataré —le amenacé. Hacía poco que había salido del manicomio, y me costaba un gran esfuerzo mantener una conducta socialmente aceptable. Sin ese esfuerzo, regresaba fácilmente a un estado primitivo.

—Lo siento —dijo—. ¿Quieres entrar y secarte?

Creo que fue su voz lo que me convenció. Aun a los treinta años, Tony tenía una voz ronca y tranquilizadora, suavemente áspera, como el roce de una buena manta de lana contra la piel desnuda, o el pelaje cálido de un perro amigo. Me ofreció una toalla, me prestó ropa seca que me quedaba grande, me preparó un chocolate caliente en la cocina del campamento y por la mañana me ayudó a resucitar mi tienda caída.

Tony y yo jamás fuimos amantes. Fuimos buenos amigos, durante un tiempo los mejores amigos, pero jamás dormimos juntos. Entendí que así sería mejor.

Recuerdo la boda de Tony con más claridad que la mía. Pensar en mi enlace con Robert es como ver las piedras en el fondo de un estanque cristalino. Las distingo, pero sé que sus formas quedan distorsionadas por el correr del agua, que los colores que veo no son auténticos. Sé que las piedras no son tan suaves como parecen, pero no puedo tocarlas para cerciorarme. El agua es muy fría y traicionera: no puedo arriesgarme a investigar. Debo mantener distancia. Cuando pienso en esa época creo que me casé con Robert en un esfuerzo por ser una persona que no era. Una persona común y corriente.

Cuando recuerdo mi boda, nos imagino a Robert y a mí, vestidos pulcra e incómodamente en nuestro mejor atuendo, de pie ante un juez de paz en una oficina que olía a flores marchitas. Siento frío al recordarlo. No sé si entonces lo sentí.

La boda de Tony se celebró en una iglesia llena de flores y buenos deseos. Yo permanecí en el fondo, tras rehusar un sitio en el banco de las madrinas. Hilde me lo había pedido, pero me habría sentido extraña y torpe vestida de encaje. Recuerdo a Tony cuando avanzaba hacia el altar, manipulaba el anillo, levantaba el velo blanco y besaba a la novia. Aún recuerdo lo que pensaba. Me preguntaba por qué no me sentía herida. Reflexionaba sobre lo curiosamente vacía que estaba, como una casa a medio construir o un recipiente agujereado. Tenía el vacío alojado en el estómago y me preguntaba si no estaría incubando un resfriado.

Después de la boda les deseé lo mejor y bebí champaña. Las burbujas subían y estallaban en el gran vacío que tenía dentro, mas no conseguían llenarlo. Bailé pésimamente con hombres que no me agradaban.

Poco después de la medianoche regresé a casa. Me senté ante el escritorio, en ese horrible apartamento de una sola habitación atestado de muebles; observé el papel floreado de las paredes y la espantosa alfombra verde, y me puse a trabajar en mi proyecto de tesis, a leer y tomar notas meticulosas. Al amanecer fui hasta la biblioteca de la universidad para estar allí apenas abriera y durante el camino me crucé con un grupo de indios que iban de cacería. Cuando Tony regresó de su luna de miel le di la bienvenida y retomamos nuestra amistad sin tropiezos.

Ahora habíamos llegado a esto: viejos amigos que tomaban gin-tonic caliente y que escuchaban los truenos.

—Me gusta tu hija —dijo sin trabas—. Se parece mucho a ti en tu primera excavación.

—¿Sí? ¿Y cómo era yo?

—Cuidadosa —comenzó—, muy cauta. Es amigable, pero jamás baja la guardia por completo. Por debajo de esa calma algo está sucediendo, aunque no sé qué podrá ser.

—Ni yo.

El trueno retumbó y Tony aguardó a que cesara. El viento soplaba con más fuerza y nuestras sombras se mecían cada vez que un vendaval sacudía el farol.

—No creo que debas preocuparte por Carlos. Diane es demasiado lista para él.

—Probablemente tengas razón.

Comenzaron a caer grandes gotas de agua. Cada una dejaba su marca, del tamaño de una moneda, sobre el polvo apisonado de la plaza. El viento soplaba por detrás, barriendo la lluvia sobre el tejado de cinc.

—¿Y tú? —quiso saber—. ¿Cómo te llevas con tu hija?

Me encogí de hombros, mirando la lluvia. El recuerdo del sueño seguía vivido en mí. Mi mundo estaba lleno de incertidumbres que no podía explicar.

—Bien, supongo.

—He estado pensando que... estás como preocupada por algo. ¿Hay algo de lo que quieras hablarme? —Se inclinó hacia delante, con el vaso entre las manos.

No me agrada que mis amigos se inclinen hacia delante y me pregunten qué es lo que me sucede; particularmente cuando me interrogan sobre preocupaciones que aún no he admitido para mis adentros. Tenía la ligera sensación, aun menos que un presentimiento, de que la balanza se desequilibraba y que perdía el control.

—Aquel primer verano en Arizona mantuviste todo bien envuelto, y guardado, suave como el cristal. Pero sabía que dentro de ti había algo explosivo. Si algo perforaba la superficie, estallarías. Ahora me causas la misma impresión.

Había cruzado los brazos sobre mi pecho. Negué con un gesto. En algún lugar de la oscuridad que se extendía más allá del círculo vacilante de la luz del farol, las sombras se estaban congregando. El mundo perdía el equilibrio.

—¿Qué te sucede?

—Me siento como... —Hice un rápido gesto de impotencia con las manos. Vacía, abierta, vulnerable—. No lo sé.

Se reclinó en la silla.

—Siempre me he preguntado quién de los dos lo pasa peor. Tú mantienes a todos a distancia, y los dejas fuera para que no te lastimen. Yo acerco tanto a todos que no pueden evitar herirme. —Su voz era firme y lenta, ligeramente nublada por la ginebra—. Ninguno de los dos puede hallar el punto medio.

Cogió una de mis manos entre las suyas, y la sostuvo con ternura y delicadeza. Me gustaba sentir sus manos sobre la mía. Su voz era cálida y reconfortante. Sus manos, ásperas por el ácido que usaba para limpiar el sedimento de limo de los cacharros.

Me cuesta dejar que la gente me ayude. Siempre me ha sido difícil. Tony lo sabía. No me presionaría.

—Tengo miedo —confesé.

El trueno rugió y la lluvia golpeteó el tejado de cinc que nos cubría. Bajo la luz del relámpago que iluminó la plaza vi una sombra avanzar por el espacio abierto, moverse junto con la lluvia que barría el polvo duro, pero sin reparar en ella. En su mundo, no llovía.

—No tengas miedo —oí que Tony me decía.

Otro relámpago y vi la sombra con más claridad: una mujer joven vestida de azul, con el rostro iluminado por una luna que a mis ojos era invisible. La reconocí por los tatuajes: era Zuhuy-kak, mucho más joven. Escuché el firme batir de un tambor, un son hueco de madera. La mujer danzaba, levantaba los brazos sobre la cabeza y saltaba hacia el cielo. Otro relámpago. Ella se enroscaba, y la luz hacía destellos en el cuchillo de obsidiana que tenía en la mano. Los golpes del tambor se confundían con el trueno. Su expresión era de regocijo; los ojos, enormes y cargados de poder. Sentí que la luz de la luna corría por mis venas, y por un instante, quise unirme a ella y bailar bajo el astro.

—¿Liz? —Tony estrechó mi mano para llamar mi atención—. Recuerda que puedes hablar conmigo.

—Lo tendré en cuenta.

El relámpago se encendió, y la plaza quedó vacía, salvo por la lluvia. Cogí la mano callosa de Tony y traté de no tener miedo.

Estaba cansada. La lluvia había cesado apenas me fui de la choza de Tony, pero dormí sólo a ratos. Una y otra vez me despertaron ruidos cotidianos: la puerta que se sacudía ante el viento, el croar de una rana, los truenos. Al amanecer, me alegré de abandonar la hamaca y de salir a inspeccionar la zona del sudeste.

La tierra despedía vapor bajo el sol matinal. Casi toda el agua había sido absorbida por el suelo. Los pájaros se bañaban en los pocos charcos que quedaban. Uno de los cerdos de María dormitaba sobre el fango cerca de la albarrada.

En la excavación todo marchaba bien. Sólo muy poca agua había traspasado el toldo que cubría la abertura. Las piedras estaban húmedas.

Bajé los escalones. Un ciempiés serpenteó por el suelo para ocultarse entre los escombros. Cuando me puse de pie en el pasadizo, el sombrero rozó las lajas de piedra. Sería un pasillo de un metro cincuenta de alto por casi un metro de ancho. Su construcción no era nada notable: las paredes de la escalinata eran de suave manipostería y los ladrillos cuadrados estaban prolijamente apilados. En lo alto, las piedras que sobresalían formaban un borde sobre el cual descansaban las losas planas que constituían el techo. Sobre estas losas se había vertido la argamasa de la plaza. El pasadizo sólo me interesaba en tanto me condujera a algún sitio de interés. Subí las escaleras y salí al sol.

Zuhuy-kak estaba en cuclillas a la sombra, como si estuviera esperándome. La saludé y me hizo un gesto, aceptando mi presencia. Me senté sobre una roca cercana y encendí un cigarrillo.

—Ayer fue el día Oc —le dije—. Cuarto día de Cumku.

Sonrió.

—Así es. El año pronto concluirá. Se acerca la hora. ¿Has visto a mis enemigos, Ix Zacbeliz?

—Ayer por la noche soñé con un jaguar que me perseguía a mí y a mi hija —dije lentamente.

—Sabe que se acerca la hora de los cambios —sentenció—. Los ciclos han de cambiar. —Tocó la concha de nácar pensativamente—. Mis enemigos tratarán de evitar que la diosa regrese al poder. Debes tener cuidado. —Se alejó de mí, y con los ojos trazó

el contorno de un edificio derruido mucho tiempo atrás—. Qué silencioso ha quedado este lugar desde que la gente se marchó —musitó. Una lagartija tan larga como mi brazo nos observaba desde una roca soleada sobre el montículo. La hierba susurraba con suavidad—. No sabía que habría tanto silencio.

Se la veía triste y cansada. Comencé a acercarme a ella, deseosa de ofrecerle consuelo. Mi mano la atravesó como si fuera humo y quedé sentada al lado de la tumba, hablando sola en el intenso calor de la mañana.

## 12 - DIANE

«Las malezas lo cubren casi todo; es el fondo en el que yacen todos los demás rasgos de la superficie de la Tierra. Las malezas jamás son reducidas por entero para el uso del hombre; los milpas no son más que demandas temporarias que los hombres presentan a la buena voluntad de las deidades que animan y habitan el monte.»

ROBERT REDFIELD,  
Folk Culture of the Yucatán

Esa noche fuimos al partido de baloncesto de la universidad y vimos perder al equipo de Marcos. El partido transcurrió en un patio central rodeado de altos edificios de estuco. Sobre nuestras cabezas, en el retazo de cielo, veíamos unas pocas estrellas. Los gritos de los espectadores reverberaban por las paredes amarillas, y un niño anotaba los tantos en una gran pizarra. El equipo de Marcos se componía de jóvenes de largas piernas y uniforme verde brillante que corrían, gritaban y robaban el balón a otros jóvenes de piernas largas y uniforme azul. Por encima de la cancha las estrellas se movían con lentitud por el rectángulo del cielo.

Barbara y yo nos sentamos en el escalón superior de las gradas de cemento. Éramos las únicas norteamericanas entre los espectadores. Barbara se reclinó contra el edificio que hacía de respaldo a las gradas y puso las manos por detrás de la cabeza. Sus ojos seguían a los hombres mientras corrían de un lado a otro del campo de baloncesto.

—Envuélvamelos —dijo en voz baja—. Nos los llevaremos a todos a casa.

Sobre la pista, Marcos movía la pelota de un lado a otro para perderla finalmente a manos de un gigante vestido de azul. Lo reconocí sólo por el número de su camiseta.

—Creo que Liz no estaría de acuerdo.

—Sí, lo estaría. Su forma de encarar el sexo es evitarlo. —La miré y se encogió ligeramente de hombros—. Al menos hasta donde yo sé...

—¿Cuánto hace que la conoces? —también yo me recliné, imitando su pose informal.

—Siete años —respondió—. Durante los últimos tres años hemos estado trabajando juntas en la universidad. —Levanté la mirada del partido para dirigirla al cielo—. No es fácil conocerla. Le gusta mantenerse distante. Sólo me invitó a su casa después de un año y medio de trabajar junto a ella.

—¿Dónde vive? —La pregunta salió antes de que pudiera detenerme a pensar.

—En un pequeño apartamento de una sola habitación de un viejo edificio. Lleno de libros, vasijas y artefactos. Cocina diminuta. Creo que casi siempre come fuera. —Barbara me miró, todavía con aire informal—. ¿Sabes? Aún no me has contado la historia. Eres hija de Liz, pero no la conoces ni ella te conoce a ti. Apareces inesperadamente y te quedas. —Hizo un gesto sin mirarme—. Cuéntamelo, si quieres.

—Ella y mi padre se divorciaron cuando yo tenía cinco años. Mi padre me crió. Sólo vi unas pocas veces a mi madre después del divorcio. Mi padre no quería que ella tuviese nada que ver conmigo. Por eso no la conozco. No la conozco en absoluto.

—¿Tu padre le prohibió verte? ¿Y a todo eso qué decía Liz?

—Aparentemente nada. —Me encogí de hombros.

La gente estalló en vivas cuando el equipo de Marcos tomó el balón e hizo un tanto, el primero en diez minutos. Barbara aguardó a que los ecos murieran y siguió a los hombres con la mirada.

—¿Crees que te acostarás con él?

Hice un gesto de indiferencia, agradecida de que hubiera cambiado de tema y sabiendo que lo había hecho en mi beneficio.

—Si lo haces, no esperes gran cosa —fue su consejo—. Los mexicanos actúan con normas diferentes.

—Pareces la voz de la experiencia...

—He oído cosas —se defendió.

No pude oír ninguna de esas cosas. Desde el pie de las escalinatas, Emilio nos saludaba y subía hasta donde estábamos. Se sentó un peldaño más abajo y apoyó la espalda contra las piernas de Barbara. Le sonrió, mostrando su diente de oro, y dijo:

—Sabía que Marcos y yo tendríamos suerte hoy.

El domingo por la mañana Barbara y yo nos despertamos temprano, al oír el sonido de las campanas de la iglesia que, llamaban a la gente a misa. Marcos y Emilio llegaron a la cafetería cuando terminábamos el desayuno.

Emilio arrojó un fardo de hamacas sobre el respaldo de una silla y se hundió en otra. Pidió a la camarera que trajese dos cafés.

—¿Qué hacemos? —preguntó Marcos en español, sentado a mi lado—. ¿Qué queréis hacer? —repitió en mi idioma.

—¿Una hamaca? —ofreció Emilio a una pareja que pasaba.

A continuación, lo que hicimos fue observar el intrincado juego de negociaciones cautelosas que siguió entre ambas partes. La mujer dijo que no, y el hombre que sí, y después de un rato el hombre dijo tal vez, y la mujer dijo quizá. Finalmente, tras mucho regatear, la mujer dijo que sí, y el hombre que también. Emilio regresó a la mesa, sonriente.

—Bueno, ¿qué hacemos? —insistió Barbara, pero Emilio, distraído ante la perspectiva de ganancias había avistado a dos turistas franceses al otro lado de la cafetería y observaba cómo otro vendedor de hamacas trataba de convencerlas de que compraran una.

—Mañana les venderé una yo —se propuso.

—Dejemos aquí a estos tipos y marchémonos a algún sitio fresco —me sugirió Barbara. Marcos se inclinó y dijo:

—Podríamos ir al parque de atracciones. No lo habéis visto aún, ¿verdad?

Cogimos el autobús urbano, un vehículo desvencijado que había venido a Mérida a acabar sus días. Crujiente, estertoroso, atiborrado, y seguramente maltratado, habría apostado a que antes de llegar a Mérida había funcionado muchos años en Estados Unidos o en alguna provincia más rica de México. El autobús nos llevó al parque, que apenas si estaba algo más fresco que la cafetería.

Subimos al trenecito que daba vueltas al parque, y nos apretujamos en un rincón del vagón atestado de señoras gordas con vestidos de campesina y niños felices que olían a caramelo y a salsa picante. Alquilamos un bote con viejos remos de madera y paseamos por un pequeño estanque de cemento lleno de agua verde clara que no nos llegaría más arriba de la cintura. Barbara y Emilio remaban con entusiasmo. A mitad de camino chocamos con un bote conducido por un robusto padre mexicano; su esposa y sus hijos nos miraban con asombro mientras nos disculpábamos en castellano y en inglés. De regreso, rozamos un bote en el que viajaban dos jovencitos de la escuela secundaria que al parecer interpretaron la colisión como alguna clase de desafío. El joven más alto chapoteó con los remos en el agua para lanzar una cascada de agua verde hacia donde estábamos y nos apresuramos a regresar a la costa.

Nos montamos en dos vehículos espaciales rojos y dorados, pasamos por sobre el estanque y arrojamos patatas fritas a los estudiantes y, accidentalmente, al padre, quien proseguía valientemente remando, en un vano e inútil intento por llegar hasta la lejana costa.

Vimos patinar a un grupo de estudiantes sobre una pequeña pista de cemento. Marcos compró un globo a un viejo arrugado y me lo obsequió. Barbara y Emilio trataron de vender una hamaca a dos jóvenes norteamericanos.

Al lado del puesto de refrescos, sentadas a una mesita de metal, dos ancianas en huípiles bebían coca-cola y comían patatas fritas. Una jauría de niños ruidosos correteaba por los caminos; los perseguía una mujer que cargaba un bolso demasiado grande. Cuatro estudiantes paseaban por el sendero con las manos en los bolsillos y los ojos ocultos tras las gafas de sol. Emilio nos compró unos sorbetes fríos y dulces que llevaban semillas de melón desmenuzadas Con el zumo de la fruta. Marcos cogió mi mano pegajosa por el helado y paseamos detrás de los estudiantes, disfrutando el ritmo del día.

El zoológico era pequeño y olía a animales sudorosos, a heno caliente, a estiércol tibio. A lo lejos, una lechuza pendía del último rincón de su jaula. Era un ave pequeña de plumaje pardusco y delicados penachos en las orejas. Cuando Barbara le aulló suavemente, imitando el sonido que oíamos de noche en el campamento, la lechuza parpadeó, se acomodó las plumas y volvió a cerrar los ojos.

El jaguar paseaba en su jaula; avanzaba tres pasos en una dirección, cruzando un pie por delante del otro, y luego daba tres más para volver, siguiendo una interminable rutina. Me devolvió la mirada. Marcos se inclinó sobre la baranda a mi lado.

—¿Hay jaguares en el monte? —le pregunté—. No me gustaría toparme con uno de ellos por la noche en el campamento...

Sacudió la cabeza.

—No cerca de Mérida. Ya no. —Rodeó ligeramente mi cintura con su mano—. ¿Tienes miedo de estar sola en el campamento de noche? Regresaré contigo y te protegeré.

Eché a reír.

—Ah, tal vez no haya jaguares en Mérida, pero sí lobos...

—Te entiendo. —Frunció el ceño.

Volví a reír.

—Nada. No tiene importancia. —Vi a Barbara y a Emilio cerca del recinto del camello y nos encaminamos hacia aquella dirección. Aferró mi mano y me empujó nuevamente hacia él. Posó la mano con suavidad sobre mi hombro y me besó fugazmente en los labios.

—No debes reírte de mí cuando no comprendo —advirtió—. Yo no me río de ti cuando eres tú la que no comprende.

Creo que me sonrojé.

—Lo siento —me disculpé—. No quise... —Volvió a besarme, y luego se acercó hacia donde Emilio y Barbara alimentaban con palomitas a los camellos a través de los barrotes.

Cuando regresamos a Parque Hidalgo, el día tocaba a su fin. La cola, que salía del cine se extendía por un lado de la acera, y los vendedores ofrecían globos a la gente que salía por la esquina de la iglesia. Marcos y yo nos sentamos en un banco de cemento para enamorados, a un lado del parque; Emilio y Barbara compartieron otro. Los asientos para enamorados en los parques de Mérida son dos bancos de cemento unidos por una curva en «S»: la persona que se sienta en uno queda mirando a la otra, pero ente ambas se interpone un ancho brazo de cemento. Intimidad y distancia. Seguía con las gafas de sol puestas, y el mundo me parecía oscuro y lejano.

Marcos sostenía mi mano amistosamente y yo observaba a Barbara y a Emilio. Emilio trataba de persuadir a ésta de que se quedara una noche más y que se acostara con él.

Barbara decía que volvería a verlo la semana siguiente. Sabía de qué hablaban porque la conversación se había iniciado en el autobús, mientras regresábamos del parque. Ella reía y desistía moviendo la cabeza.

El calor del día me abrumaba. En la plaza de ladrillo, dos palomas se cortejaban. El macho rodeaba a la hembra, arrullándola e hinchando el plumaje del cuello para que atrapara la luz. La hembra buscaba migajas de pan, indiferente a su reclamo.

Dos pequeñuelos, un varón con vaqueros y camisa azul y una niña con vestido desteñido se acercaron con un ramito de flores. Marcos me compró una y la sujeté detrás de la oreja. La niña sonrió: tenía los dientes sucios y el cabello necesitaba un peine. La palmeé en el hombro, como se palmea a un gatito o a un cachorro, y le di una moneda.

—¿Vendrás el próximo fin de semana? —me preguntó Marcos.

—Seguro —dije—. Creo que sí.

Me estrechó la mano ligeramente.

—A veces —comentó— parece como si estuvieras a gran distancia de aquí. ¿Qué te ocurre en esos momentos?

—Pienso. Nada más. No sabría explicarlo.

Estudió mi rostro y luego se encogió de hombros.

—Sea lo que fuere, no hay problema. Estás en Mérida con nosotros. —Volvió a estrechar mi mano—. Qué bien. Seremos buenos amigos.

Al otro lado del camino, los intentos de Emilio por persuadir a Barbara habían sido interrumpidos por los niños de las flores. Emilio trataba de ahuyentarlos y de proseguir su conversación con Barbara pero el niño no hacía más que sonreír y aparecer nuevamente con las flores. Qué pillos, no paraban de sonreír y de ofrecer las flores, viendo cómo reía Barbara. Finalmente Emilio levantó las manos con impaciencia, compró una flor al varón y sobornó a la pequeña con una moneda.

—No estés tan triste —dijo Marcos—. Volverás en una semana. Una semana pasa volando. —Movié la mano por el aire.

Barbara caminaba hacia mí, haciendo girar una flor blanca entre el pulgar y el índice. Emilio, derrotado, pero sin perder las esperanzas, andaba a su lado. Barbara y yo partimos en un automóvil perfumado de flores marchitas.

## 13 - ELIZABETH

Diane y Barbara regresaron al campamento el domingo por la noche, a toda marcha, una hora después de la puesta de sol. Tony, John y yo estábamos sentados al lado de la choza de Tony cuando apareció el coche. Barbara nos hizo señas y de inmediato trajo una botella de vino tinto que había comprado en Mérida. Insistía en que la compartiéramos entre todos. Se la veía exuberante, feliz de haber ido a Mérida, feliz de regresar. Diane estaba algo más alicaída.

Barbara acercó unas sillas plegables, bebimos el vino y escuchamos lo relatos de Barbara sobre cómo vendía hamacas a los turistas. El vino era demasiado dulce. Diane habló muy poco, y me encontré viendo el movimiento de las sombras. La mujer que bailaba no regresó. Me sentía inquieta y fuera de lugar. Me disculpé después de terminar un vaso de vino y me marché sola al cenote.

Acaricié el amuleto que llevaba en el bolsillo. Tony me había regalado la moneda el mismo día que me confesó su amor por mí. No recuerdo qué fue lo que le dije. Tengo mejor memoria para lo que dicen los demás que para mis propias palabras. Regresábamos a casa después de haber ido al cine. Tony había insistido en llevarme. Me dijo que estaba trabajando demasiado, que necesitaba distraerme un poco. Cuando llegamos a mi apartamento, extrajo de su bolsillo una caja azul oscuro y me la dio.

—Te he comprado un obsequio —dijo—. ¿Te das cuenta —prosiguió, mientras yo la abría— de que significas mucho para mí? —Era tímido y algo torpe.

Recuerdo que al abrir la caja esperaba que saltara una serpiente de goma, o que sonara una campanilla chillona, o cualquier cosa que indicara que se trataba de una broma. La moneda resplandeció bajo la luz.

—Te amo, Liz. ¿Sabes? —declaró Tony lentamente.

Lo sabía, aunque no lo había querido admitir hasta entonces. Dije, creo que dije «no quiero nada de esto. Lo siento». Creo que le tendí la moneda, esperando que la guardara.

Cogió mi mano y la posó suavemente sobre el obsequio. Permaneció así un instante.

—Piénsalo —sugirió. Dio la vuelta y se marchó, dejando la moneda en mi mano.

Recuerdo haberme quedado sentada en el apartamento. No encendí la lámpara. La luz de la calle me permitía distinguir el contorno difuso de los muebles. No quería más luz que la que se filtraba a través de las persianas. Lo que le había respondido a Tony era verdad: no podía amarlo. Había ocluido esa parte de mí que sabía cómo amar. Quedaba muy cerca de la parte que sabía cómo odiar, que se erigía en el centro de la locura. Lo había ocluido todo, dejando en su lugar un sitio muerto, un sitio donde nada dolía porque no había sensibilidad. Había cortado los vínculos, había cauterizado la herida. Me senté a la pálida luz, en un horrible apartamento que necesitaba pintura. Traté de contactar con el punto muerto, de pensar en Roben, de pensar en el dolor de la locura. Nada.

No creo que hubiera llorado. No recuerdo haber llorado. Sí recuerdo haberme dado una ducha y dejar que el agua tibia corriera por mi cuerpo. Pensé: siento el agua, de modo que debo de estar viva. Pero el agua no llegaba hasta esa parte de mí que yo había cercenado.

Tony y yo seguimos siendo amigos, muy buenos, amigos. Traté de devolverle la moneda, pero insistió en que me quedara con ella. Cada tanto salíamos a cenar juntos, a almorzar juntos. Con el tiempo me comentó que estaba saliendo con Hilde, una de las secretarías que trabajaban en el departamento.

El cenote estaba silencioso y oscuro. Me detuve en el borde del estanque y sostuve la moneda ligeramente en la mano. Algo se agitaba en mi mente, algo que no quería examinar de cerca. Sentimientos que había enterrado mucho tiempo atrás se asomaban a la superficie. Di vueltas a la moneda en la mano una y otra vez.

Oí un crujido de telas a mis espaldas. Zuhuy-kak dio un paso a mi lado, sonriendo a la luz de la luna.

—Ah, conque estás aquí —dijo—. Está bien: éste es tu lugar. Le devolví la sonrisa. Verla me ayudaba a calmar mi inquietud. Ése era mi lugar. Siempre lo había pensado.

—Vine a decirte que se acerca un día de mala suerte —vaticinó—. El día Ix, dentro de tres días, no será favorable. Lo rige el dios jaguar, que no desea que la diosa regrese al poder. Debes ofrendar a la diosa para que tenga más fuerza y te pueda ayudar contra sus enemigos.

—¿Qué puedo ofrecer?

—Algo que valores.

Zuhuy-kak observaba la moneda y cerré mi mano para ocultarla. Vi de pronto la imagen de la moneda arqueándose en los aires, atrapando la luz de la luna antes de hundirse en la negrura del agua.

—Dudas —observó.

—Sí —confesé—. Pensaba que jamás me has dicho qué encontraremos cuando terminemos de cavar.

Frunció el ceño.

—Te preguntabas si el resultado valdría el sacrificio. No puedes regatear con los dioses.

—En estas cosas pensamos de modo distinto. —Me encogí de hombros.

—¿Qué quieres hallar, Ix Zacobeliz?

Cavilé un instante. Tony y yo hablábamos sobre las máscaras de jade y el oro, pero no eran más que bromas. ¿Qué quería? ¿Una tumba que nos diera más conocimientos sobre los rituales religiosos? ¿Murales como los de las cuevas de Bonampak?

—Sé lo que quieres —aseguró Zuhuy-kak con lentitud—. Puedo decírtelo. Quieres poder. Eso es lo que encontrarás cuando llegues al final. Encontrarás el poder de la diosa. Yo daba vueltas a la moneda en mi mano.

—Debes hacer un sacrificio para obtener el favor de la diosa. Has de ofrendar con sincera disposición.

Sostuve la moneda, reacia a dejarla ir. La iluminó la luz de la luna y brilló en mi mano. Un sonido procedente del camino me distrajo. La voz de mi hija.

—¿Quién anda ahí? —Me volví hacia ella, resbalé en la roca, comencé a caer y moví los brazos para recuperar el equilibrio. La mano se abrió y la moneda se escurrió entre mis dedos. La oí golpear la roca, deslizarse y caer chapoteando sobre las aguas. Se había perdido.

—¿Quién anda ahí? —gritaba Diane. Mi hija se había detenido en la oscuridad, donde el camino terminaba al borde del estanque. Estaba sola—. ¿Quién es?

Caminé alrededor del cenote hasta llegar a su lado.

—¿Qué haces aquí? —Mi voz sonó algo tensa, y luché por controlarla—. Es tarde para andar vagando por aquí.

Se encogió de hombros.

—Pensé en darme un baño —explicó—. Creí que tal vez me ayudaría a dormir.

—El agua debe de estar fría. —Quedé de pie con las manos en los bolsillos vacíos, mirando el cenote.

—¿Qué hacías aquí? —preguntó Diane dubitativa.

—Pensaba —repliqué—. Es un sitio más fresco. Y más silencioso.

—Siento interrumpirte —dijo rápidamente—. No sabía que...

—Está bien —le dije—. No te preocupes. —A la luz de la luna sus ojos parecían tan grandes como los de una niña—. Ya regresaba al campamento.

—Ah —replicó con un dejo de alivio. Dio la vuelta, inclinándose ante el cenote para probar el agua con la mano.

Y de pronto, sin saber por qué tuve miedo de dejarla sola.

—Te esperaré —propuse—. Iré contigo hasta el campamento.

Frunció el ceño, intrigada.

—No hace falta. Puedo volver sola.

—No. Me quedaré. De todas formas quisiera quedarme un rato más —insistí.

Se encogió de hombros.

—Si eso es lo que quieres...

Se zambulló, e hizo añicos la luna de plata que flotaba sobre la superficie del estanque. La luz de la luna ondeó a su alrededor. Creo que abrevió su baño porque yo me encontraba allí. Se hundió una o dos veces bajo la negra superficie, dio unas lentas brazadas hacia el otro extremo del estanque y regresó.

Al caminar por el sendero oscuro al lado de mi hija, comprendí que ella me atemorizaba. No estoy acostumbrada a cuidar de nadie. La brisa soplaba y creí oír risas en las ramas que se cernían sobre nosotras.

Esa noche soñé con la ciudad de Dzibilchaltún antes de que llegaran los ahnunob.

En el sueño, caminaba hacia el norte por el sacbe que partía desde las afueras hasta el centro de la ciudad. Ésta estaba silenciosa y en calma. La mayoría de las casas se hallaban vacías, pero la deserción parecía eventual. Podía ver las chozas a través de los portales abiertos. En una de ellas, una anciana cuidaba un fuego y agitaba un cuenco de atole. En otra lloraba un niño, y el sonido era tenue y solitario como el rasguído de una uña sobre la pizarra de la escuela una hora después del término de las clases. En un solar vi altos cántaros, elegantemente pintados de negro y rojo. Una mujer corría por el

sacbe, mirando con cautela sobre su hombro. Vi a un hombre tendido en una hamaca, y una mujer sentada a su lado, con la cabeza inclinada, le mecía como si fuera un niño. Estimé que la fecha del sueño sería alrededor del año 900, poco antes de la invasión tolteca.

Las chozas que dejaba atrás cada vez se hacían más suntuosas a medida que me acercaba al centro de la ciudad. Primero, las chozas de los campesinos acomodados; luego, las de los ricos mercaderes. Una efigie de Ek Chuah, el dios de ojos oscuros guardián de los mercaderes, me observaba desde un patio. Era desagradable, y la talla de cedro lo representaba fielmente: el labio inferior deforme, las marcas negras sobre el rostro, la carga sobre la espalda. Finalmente, las chozas de la nobleza y el clero. Los solares que rodeaban las viviendas estaban bien atendidos y llenos de flores. Pero algo estaba fuera de lugar. En el aire se advertía un olor maléfico. El humo cubría el horizonte.

Dejé las chozas detrás y entré a la primera plaza ceremonial. Mientras me aproximaba al final del descampado levantaron el vuelo tres cuervos, chillando y lanzando imprecaciones. Las negras aves habían estado sobre una pila de cocos blanqueados por el sol, y eso era extraño ya que en esta parte del Yucatán no se daban los cocos.

Los cocos me sonreían y me miraban con ojos huecos.

Pero no eran cocos, sino cráneos humanos. De pronto comprendí lo que estaba sucediendo: Dzibilchaltún estaba en guerra. Eran los cráneos de los guerreros enemigos muertos en la batalla. De los cráneos superiores de la pila colgaban lonchas de carne seca; eran los más recientes. Los otros ya llevaban más tiempo allí, y habían sido vaciados por los pájaros, los insectos y las ratas errabundas. En el aire flotaba el ligero olor de la carne muerta.

Me vi rodeada por el pesado aroma de la muerte. El cielo estaba cubierto de nubes y el aire era espeso. A lo lejos oí el lento batir del tambor, que a cada golpe se hacía más intenso.

Cuando desperté, estaba bañada en sudor. La choza, a oscuras. Encendí una vela, pero eso apenas bastó para empujar las sombras hacia atrás, no para espantarlas. Era extraño caminar por el campamento a oscuras y temer a las sombras. Estas sombras de la oscuridad me apretujaban muy de cerca, me oprimían. Algo no marchaba bien. El olor de la muerte se había quedado conmigo.

Me detuve ante la puerta abierta de la choza de Diane. Recordé una noche lejana, más oculta que cualquier máscara de jade, en que observé dormir a mi hija de cuatro años. Estaba cubierta con una colcha, rodeada de juguetes. Su cabello cobrizo se abría sobre la almohada. En la oscuridad, su pulgar había dado con la boca. Al día siguiente, hice la maleta y me marché a Nuevo México por primera vez.

Ahora oía la suave respiración de las cuatro voces. La de Diane era un áspero susurro dentro del coro. Estaba serena en su hamaca, en paz. Dormía, y me fui.

Zuhuy-kak estaba en las sombras, al lado del tonel de agua. Caminó a mi lado mientras me aproximaba a mi choza.

—Tú y yo tenemos mucho en común —sostuvo—. Yo también una vez tuve una hija. —Andaba en las sombras y no podía ver su expresión.

—¿Qué sucedió con ella?

—Llegaron los ahnunob y murió. Muchos murieron. —Su voz era muy suave.

El residuo inquieto de mi sueño persistía.

—He soñado con la época anterior a la llegada de los ahnunob —le conté.

—Has soñado con la mala suerte —dijo llanamente—. Viene la mala suerte. No hiciste una ofrenda sincera a la diosa.

Caminé en silencio durante un rato, imaginando qué diría Tony si yo sugería que nos tomáramos unas vacaciones a mediados de semana porque temía a la mala suerte.

Cuando entré en mi choza estaba sola. Regresé a mi hamaca, pero tardé mucho en dormir.

La semana comenzó mal y siguió peor. El lunes, John vio una serpiente de cascabel que caminaba hacia la tumba; a Robin le dio una urticaria solar; a Pich le picó un ciempiés, y se le formó una molesta hinchazón poco después de haberle clavado el agujón.

Los estudiantes comenzaban a sentirse inquietos. Durante el desayuno y la cena los oía hablar de lo que harían cuando terminara la excavación. Estaban nerviosos como las aves antes de la tormenta, e iban de aquí para allá sin otro propósito que el del movimiento mismo. Creo que sentían la tensión en el aire, pero que le echaban la culpa a la insolación, a los días cálidos y a las noches solitarias.

El martes, dos obreros no fueron a trabajar y otros dos llegaron tarde. Ya estaba de mal humor cuando fui a Mérida en la camioneta para conseguir la polea y el malacate que necesitábamos para levantar la estela. Después de mucho buscar encontré un hombre que nos alquilaría el equipo el jueves, más tarde de lo pensado, pero mejor que nada. En el camino de regreso se pinchó una rueda, descubrí que el gato estaba roto y finalmente tuve que detener a un camión en el camino para que me acercara. Llegué al campamento acurrucada en la parte trasera de una camioneta junto a un cerdo plañidero. Pasé la tarde con Tony, bebiendo aguardiente y lanzando maldiciones a los obreros que no habían venido.

Y el miércoles, el día IX, nuestra suerte fue de mal en peor. El hermano menor de María, Felipe, estaba trabajando en el pasadizo cuando una inmensa roca cayó sobre su pie derecho.

Felipe era un joven jugador de baloncesto y boxeador, un atleta universitario que se ganaba algún dinero haciendo tareas que consideraba inferiores a su capacidad. Salvador lo había contratado, pero creo que, en parte, lo había hecho a petición de María. En realidad, el joven era fuerte, pero carecía de las características que se requieren para ser un buen obrero de excavación.

Los hombres de edad son los mejores trabajadores: valoran la virtud del paso lento y firme; aprovechan las demoras para descansar a la sombra y fumar un rato; son fibrosos y resistentes, pero no excesivamente musculosos. Saben cómo conservar la energía.

Temperamental e inquieto, ansioso por ver señales de progreso, Felipe se había impacientado con el trabajo, enfadado ante las frecuentes demoras que se imponían mientras John fotografiaba la excavación. En el pasadizo húmedo y caluroso había aplicado la palanca con demasiada fuerza, valiéndose de los músculos torneados a fuerza de horas en el gimnasio. Una piedra que se vio suelta inesperadamente cayó con tal velocidad que Felipe no tuvo tiempo de apartarse a un lado. La roca atrapó el pie del joven.

Es difícil trabajar en un estrecho pasadizo, apretujado entre paredes implacables de manipostería. A los demás obreros les llevó media hora levantar la roca del pie herido. Cuando Salvador y Pich lo retiraron del pasadizo, nada quedaba de su entereza y arrojo. Estaba pálido, la mandíbula le colgaba y tenía el rostro bañado en sudor. Salvador y Tony lo llevaron al hospital en la camioneta.

Esa noche no cenamos bien. Creo que María buscaba vengarse de que hubiéramos causado aun indirectamente algún daño a su hermano menor. El pollo estaba quemado, y la salsa que lo cubría dejaba la lengua dormida y ardiente. La ensalada no tenía sabor y las tortillas de maíz estaban frías.

Me quedé en la plaza bebiendo una taza de café amargo. Oí el motor estertoroso de la camioneta de Salvador. Al cabo de un rato, Tony vino con los informes. Felipe tenía el tobillo roto y el pie gravemente lesionado. Había regresado con el pie enyesado. Ahora que el mal rato había terminado, recuperaba el ardor.

Por insistencia de María, Felipe se quedaría con la familia de Salvador hasta que se hubiese recuperado. María había resuelto cuidarlo para que sanara.

—Mañana —dijo Tony— quiere que yo vaya a Chicxulub a buscar a la curandera para que venga a verlo. Al parecer cree que esto va más allá de una cuestión médica.

Le ofrecí un cigarrillo a Tony y encendí uno para mí.

—Desde luego —dije—. Quiere una especialista en cuestiones de mala suerte, vientos desfavorables y brujería.

—No creo que podamos hacer mucho para convencerla de que deje de lado esas ideas.

—No creo. —Me recliné en la silla y observé la brasa roja de mi cigarrillo—. Eso nos priva de otro hombre y quedamos marcados como aves de mal agüero. —Me encogí de hombros—. No hay nada que podamos hacer. Nada.

—¿Crees que tenemos alguna posibilidad de que nos dé un certificado de buena salud? De que no hay malos espíritus aquí...

Sacudí la cabeza.

—Lo dudo. En el mejor de los casos, echará la culpa a los aluxob. —Los aluxob eran duendes traviosos que encantaban las ruinas y ocasionalmente hostigaban a las personas que perturbaban los lugares antiguos—. En el peor de los casos, necesitaremos un exorcismo, con lo que perderemos unos días de trabajo.

—No está tan mal. Podría hacer frente a eso —replicó Tony.

Vi que las sombras crecían más y más y confié en que tuviera razón.

El jueves, día Men, arrastramos el malacate y el resto del equipo por el sacbe para levantar la estela. Salvador y cinco de los hombres de su grupo construyeron un trípode de madera y dispusieron una serie de poleas que culminaban en el malacate movido a gasolina. Salvador cortésmente ignoró mis advertencias acerca de cómo montar las poleas y lo hizo a su modo en silencio. Finalmente, me senté con Tony en el montículo a recoger espinas y cardos de mi ropa mientras oía a los obreros. Al cavar para deslizar una cuerda por debajo de la estela había espantado un nido de hormigas ponzoñosas y se entretenían gritando obscenidades muy ilustrativas, con gran lujo de detalles anatómicos imposibles.

No lejos del lugar pero a gran distancia temporal, dos jóvenes h'menob o aprendices de h'menob jugaban a algún juego de azar con las alubias rojas que leían la fortuna. Traté de oír su conversación,

pero Tony no dejaba de interrumpirme con comentarios acerca del tiempo, de la excavación y de la estela.

Durante toda la mañana, el cielo resonó con truenos y el sol se ocultó detrás de una sólida masa de nubes grises. Salvador olió el aire y dijo que no llovería antes de la tarde, pero yo albergaba mis dudas.

Justo antes del mediodía, mientras la gente de Salvador cavaba una depresión para que descansara la estela una vez que la erigieran, llegó el grupo de inspección caminando pesadamente por el monte. El punto final de su último trayecto estaba a un kilómetro y medio de distancia, así que habían decidido unirse a nosotros para levantar la estela. Diane estaba animada y sonriente a pesar de que los insectos se ensañaban con sus piernas.

Cuando Salvador puso en marcha el malacate, éste hizo un horrible ruido intermitente y se detuvo de inmediato. Salvador lanzó una maldición, hizo varios ajustes y volvió a intentarlo. Esta vez lo logró, y comenzó a girar. Un hombre en cada esquina de la estela sostenía un alambre grueso que enderezaba la gran laja de piedra. Tembló, luego comenzó a inclinarse, y a erigirse lentamente de su lecho de tierra y hojas. Al principio se movía con suavidad.

El viento empezó a soplar, arremolinando a nuestro alrededor las hojas de los árboles. Los pájaros se lanzaron al vuelo, chillando de inquietud. El cielo se aclaró la garganta y la lluvia se desencadenó justo cuando el extremo superior de la laja estaba a medio metro del suelo y ascendiendo con firmeza. En minutos quedamos empapados. El firme ascenso de la estela vaciló, a medida que los hombres que sostenían los ajambres resbalaban en el fango. Corrí a ayudar al obrero que orientaba el extremo noroeste de la estela, aferrando la cuerda y clavando los talones en el suelo en un vano intento por no resbalar. Tony estaba en la otra cuerda, gritando palabras de aliento. Diane y Barbara tiraban de otro alambre, ayudando a un hombre enjuto que clamaba a gritos la ayuda de los santos.

La lluvia era un látigo que me hacía arder la piel desnuda, que me atravesaba la delgada ropa. Los relámpagos partían el mundo en fragmentadas imágenes blancas y azules. El rostro de Tony, su boca abierta en el grito, las manos de Diane, con los nudillos blancos al tratar de aferrar la cuerda, la negra extenuación del malacate, el metal húmedo brillando bajo la lluvia... Los truenos estallaban como si el cielo se fuese a derrumbar sobre nosotros, imponiéndose abrumadamente sobre los gritos de Tony, las instrucciones de Salvador y las oraciones del anciano.

La laja estaba casi erecta, hundiéndose lentamente en el hoyo que habían cavado para ella, cuando estalló un trueno con intensidad cataclísmica y el rayo cayó sobre la punta de la piedra, impregnando el aire de crepitante olor a ozono. Oí la voz del hombre clamando en español por la misericordia de la virgen María. Otro invocaba a san Miguel y a los Chaacob. El malacate tosió una vez, en una burda imitación del trueno, y luego rugió con inusitada fuerza, tirando de la estela. Aferramos las cuerdas con manos húmedas y resbalosas y pies tambaleantes en el barro pero la gran masa de roca continuó cayendo con majestuosa gracia, superó nuestros nimios esfuerzos por detenerla, y prosiguió su sino lento e inevitable. Cayó al suelo.

El trueno se burlaba de nosotros con demoníaca risa, y corrí a tuestas sobre el fango para ver la estela, hundiendo el cuello involuntariamente cada vez que estallaba algún rayo. La piedra caliza se había partido al caer. El relieve quedaba atravesado por una fisura diagonal que separaba la laja en dos partes.

La tierra y las hojas que se adherían a la superficie destacaban el relieve. En la parte superior, un guerrero tolteca miraba hacia abajo, resplandeciente en su tocado de plumas de águila, su manto de piel de jaguar y en pleno atuendo militar. Su ojo era un oscuro cúmulo de fango, y por sus vestiduras corrían enfurecidas las hormigas, invadiendo su espada y su escudo circular.

La grieta lo separaba de la mujer maya que se inclinaba a sus pies. Mantenía la cabeza agachada y las manos tendidas portando una ofrenda, un cuenco. Reconocí su rostro: Ix Chebel Yaz, la imprevisible diosa de la luna que unas veces traía la salud y otras la muerte.

El rayo volvió a estallar y el trueno rodó con más suavidad, como si se alejara, concluida su labor. Levanté la vista y vi que Zuhuy-kak me observaba desde el extremo opuesto de la estela, sonriendo bajo la lluvia. Furiosa, le pregunté en maya por qué había sucedido todo eso. No respondió.

El trueno volvió a oírse, lejano, y tomé conciencia de la gente que me rodeaba. Los obreros mayas se refugiaban bajo los árboles, lejos de la estela. La lluvia caía, pero amainada. Diane estaba de pie a mi lado, empapada como un gato ahogado. Barbara, Tony y Salvador rodeaban el malacate, gritando al unísono como si quisieran tapar el trueno que había dejado de retumbar.

Diane miraba el lugar en donde había estado Zuhuy-kak, tratando de adivinar a quién me había dirigido con tal furia. Posé mi mano sobre su hombro para distraerla.

—¿Estás bien? —le pregunté. Asintió—. Bien venida al romance de la arqueología — fueron mis palabras.

«Nada hay de malo en tener miedo. Cuando uno teme, ve las cosas de otro modo.»

CARLOS CASTANEDA,  
Las enseñanzas de Don Juan

Mi madre fumaba un cigarrillo tras otro. Desde comienzos de la semana se la veía de mal humor, pero desde la caída de la estela su talante era peor todavía. Tony bebía. Maggie y Carlos trataban de persuadir a John y a Robin de que jugaran a las cartas con ellos. El aire estaba pesado e inmóvil.

—¿Quieres ir a darte un baño? —preguntó Barbara. Hice un gesto indiferente y la seguí hasta la choza para buscar los trajes de baño. Nos dirigimos al cenote. Apenas nos perdimos de vista me sonrió.

—Tengo algo que ofrecerte —dijo—. Un regalo de Emilio. —Sacó un cigarrillo de marihuana del bolsillo, lo balanceó delicadamente bajo mi nariz y lo condujo de nuevo al bolsillo—. Creo que necesitamos relajarnos un poco.

—Tal vez tengas razón.

En el borde del estanque se detuvo.

—¿Nadamos primero o fumamos?

—Fumemos.

Nos apartamos del camino y dimos la vuelta al cenote hasta una roca elevada desde la cual le gustaba zambullirse a Carlos. Si llegaba de improviso alguien del campamento podríamos huir, siguiendo el camino hacia la excavación de la tumba. Barbara lo encendió y dio la primera calada, cerrando los ojos y aspirando hondo el humo. Tomé la colilla e inhalé, luchando contra el impulso de sacar el humo, tragándolo y reteniéndolo en los pulmones.

—Emilio dijo que pensáramos en él cuando lo fumáramos —dijo Barbara, sosteniendo el cigarrillo—. Será un gratísimo recuerdo.

Asentí. Con la segunda calada el mundo comenzó a aflojar sus contornos. El aire era más fresco, y los murciélagos barrían la superficie del agua.

—Emilio es un buen hombre. Mi estima por él ha crecido inmensamente.

Acepté el cigarrillo y la miré.

—¿Te acostarás con él?

Se encogió de hombros, recostándose sobre las manos y observando el agua.

—No lo sé. No me importaría, pero tengo la sensación de que está ejecutando alguna variación de un juego que conozco. Creo que le gustará más si no me acuesto con él. —Hizo otro gesto de indiferencia—. Seguiré mi intuición. ¿Y tú? ¿Te gusta el jugador de baloncesto?

—A veces. Pero sé lo que has querido decir acerca del juego. Las reglas son distintas.

Durante un momento nos sentamos en amigable silencio, intercambiando caladas. Por el cenote se extendían largas sombras. La superficie estaba serena, y sólo la quebraba el posarse de algún insecto o el salto de algún pez. Barbara sacó un clip de su bolsillo y lo dobló para formar una primitiva boquilla. Terminamos de fumar lo que quedaba.

—Vamos a bañarnos —sugirió Barbara.

El agua estaba fría y di varias brazadas lentas, observando el juego de la última luz del sol sobre el tenue oleaje del cenote. Floté de espaldas, mirando el azul profundo del cielo. Me relajé y mis pensamientos fueron a la deriva. En un extremo del estanque, a un metro por debajo de la pared rocosa, sobresalía la punta de una piedra. Descansé allí un momento, sobre la saliente sumergida con la cabeza fuera del agua y las rodillas contra el cuerpo. Al otro lado del camino, sobre el montículo, brilló la última luz del día. Aquí y allá vi restos de los relieves de las rocas. Me pregunté qué aspecto habría tenido el templo

antes de que las piedras se tumbaran y de que los árboles lo invadieran. Estudié la colina y dibujé la imagen en mi mente: tres portales, uno al lado del otro, en una edificación rectangular.

Barbara se me acercó.

—¿Qué miras?

Moví la cabeza hacia la colina.

—Esa pila de rocas. Liz me dijo la semana pasada que uno puede elegir ver el pasado. Lo estoy intentando.

—Liz puede ser una persona muy extraña —dijo Barbara. Se sentó sobre el saliente, sacó los dedos de los pies a la superficie del agua y los observó solemnemente.

—Sí.

—Regresaré al campamento antes de que los dedos queden convertidos en uvas pasas. Aún debo escribir el informe de investigación de hoy —anunció.

—¿En tu estado?

—Probablemente salga mejor que los que he escrito en estado de sobriedad. Me siento inspirada.

—Me quedaré un rato más. Te veré allí luego.

Nadó lánguidamente hasta el extremo opuesto y se vistió.

—Si no regresas pronto, enviaré de inmediato una partida en tu búsqueda —me gritó.

La despedí con un gesto y se encaminó al campamento. Regresé a mis cavilaciones de la colina rocosa, y la imagen mental cobró nitidez. Sobre las puertas, la pared era un intrincado enrejado de piedra, que se alzaba a gran altura del cenote. Las piedras que rodeaban las puertas estaban talladas con jeroglíficos y formaban una maraña de formas, rostros y símbolos extraños, pintados de rojos y azules brillantes. Justo por encima de la puerta principal asomaba una piedra curva; poco más arriba del muro, dos huecos oscuros hechos entre los grabados flanqueaban la piedra: el portal parecía una boca cavernosa en una inmensa cara de prolongada nariz. Una escalera escarpada conducía desde la boca hasta el borde del estanque, y las piedras de la escalinata formaban una trama de símbolos indescriptibles, pintados y grabados.

Me recliné en el agua, parpadeando en la ladera y reteniendo la imagen en mi mente. Aún estaba cansada, como un resquicio de las noches de insomnio en Los Ángeles. El cigarrillo me había apaciguado. Oía el latido de mi corazón, firme como un tambor. Me relajé, casi adormecida, pero todavía sentía la roca debajo de mi cuerpo y el agua a mi alrededor. Escuché los grillos del monte y su chirriar parecía ir y venir, siguiendo el ritmo de mi corazón. El tono del chirrido de los grillos parecía cambiar a medida que lo oía, tornarse más áspero, como el rasguído de las bolas dentro de una sonaja.

De pronto sentí miedo. Olí humo en el aire, una esencia acre como la de la resina quemada. Tenía los ojos cerrados y temí abrirlos, por lo que pudiera ver.

Temblé y los abrí por fin. En un instante vi un templo al final del estanque, con tantos detalles como los que había imaginado. Sobre los escalones, una figura vestida de azul me observaba. Entonces, sólo quedaron las rocas, la luz, y las sombras. El templo había desaparecido.

El sol casi ya no se veía. Un murciélago voló sobre mi cabeza en errática trayectoria. Me estremecí nuevamente, salí del agua y me vestí. Regresé al campamento atravesando la oscuridad allí donde los árboles arrojaban sombras sobre el camino. Conocía la senda de tanto ir a bañarme, pero esta vez parecía distinta: los árboles se echaban sobre ella, y la superficie parecía más escabrosa; los ruidos del monte resultaban más fuertes; me afligía no saber qué animales se arrastraban entre las malezas. Algo se movió en el límite de mi campo visual. Giré la cabeza. Nada. Tal vez un pájaro que volaba. De nuevo vi un movimiento en el extremo del ojo. Otra vez, nada. Tal vez la sombra de alguna rama que se mecía. Me apresuré hasta la choza de Salvador, donde la luz del farol espantara las sombras. Corrí al llegar a los árboles linderos y casi tropiezo con Teresa.

La pequeña estaba en cuclillas bajo la honda sombra al lado del muro del jardín, jugando con un gatito negro. Éste se acercó a saludarme, maulló lastimero y me incliné a acariciarlo. Teresa se puso de pie contra la pared; con una mano se tapaba la boca, y con la otra agarraba el dobladillo del vestido. El aire era cálido y pesado. Ya me sentía nuevamente polvorienta y pegajosa. Tenía la boca seca.

—¿Cómo se llama el gato? —le pregunté a Teresa. Al menos es lo que quise preguntarle. Creo que dije algo así en español.

No respondió. Me observaba con sus ojos castaños y redondos, como si fuera peligrosa y a la vez fascinante.

—¿El gato te comió la lengua? —dije en inglés.

Pero seguía sin hablar. El gatito ronroneaba, y bajo mi mano sentía su ruido firme y desesperado. Sonreía a Teresa, y advertí en su expresión el reflejo del pánico que yo había sentido en el cenote. Creo que quería huir corriendo al patio, pero que me encontraba intrigante.

—¿Qué tal? —pregunté en las dos lenguas.

El crujido de una puerta que se abría la hizo desaparecer por la cerca hasta el follaje del patio. Una anciana avanzaba por el portal de la casa de Salvador. María venía tras ella, hablaba rápidamente en maya, y sus manos se unían en súplica. Salvador seguía a las dos mujeres, sin decir palabra. Permanecí en mi lugar, acariciando al gato y escuchando su ronroneo.

La cerca estaba a mi lado. La anciana se detuvo en mitad del camino y exclamó algo en maya bruscamente. Levanté la mirada hacia ella y le sonreí, pero no me devolvió la sonrisa. Me habló en español y frunció el ceño al ver que no le respondía. María musitó algo, y la vieja sacudió la cabeza. Golpeó el suelo con su bastón dos veces, en un gesto de ira.

—No comprendo, lo siento —le dije—. No comprendo —repetí en español.

María se apresuró a persignarse, sin quitar la mirada de mí. La mujer se inclinó. Aferró mi brazo y miró mi rostro con detenimiento como si quisiera recordarlo luego. Su aliento olía a pimientos. Me aparté, sorprendida, pero su mano me detuvo. Traté de sonreír.

—¿Qué quiere usted? —inquirí en inglés.

Sacudió la cabeza, soltó mi brazo y retomó su camino hacia la plaza. Salvador me observó y siguió a la mujer. María se refugió en su hogar. Quedé de pie, viendo alejarse a Salvador y a la anciana. El gatito se restregaba contra mis piernas, mirándome expectante. Noté que me sostenía el brazo allí donde la mujer lo había apresado como si quisiera detener la sangre de una herida. Exhalé el aire en una ráfaga.

Durante un rato permanecí donde estaba, nada dispuesta a seguir a la mujer y a Salvador por el camino que conducía a la plaza. Tenía el cabello erizado en la nuca, y eché un vistazo a la choza de Salvador. María estaba de pie a la entrada, con los brazos cruzados, observándome. Di la vuelta, tambaleándome ligeramente. Tomé otro camino, que nunca había seguido, y me alejé de su casa.

Me sentía inquieta y extraña. No había ocurrido nada: me lo recordaba una y otra vez a mí misma. Sólo una alucinación inducida por la droga. Un sueño, una vieja mujer maya, realmente nada. Pero las sombras que me cercaban parecían más intensas, y yo seguía tocándome el brazo con la mano allí donde la anciana había posado la suya. Deseé haber podido comprender lo que me decía.

El sendero se abría a través del monte hasta un camino de tierra que bordeaba el campo de henequén. A mi izquierda se extendía el campo: kilómetros y kilómetros de espinos. El sol se había puesto y la luna se elevaba. Bajo su luz, las plantas de henequén arrojaban sombras deformes. Cada planta formaba una maraña oscura a su lado, como una negra red de sombras capaz de atrapar al primer tonto que se aventurara a atravesarlas. El camino de tierra estaba libre de plantas y caminé por el centro entre las huellas de las ruedas.

A mi derecha crecía el monte. La vegetación que bordeaba el camino no superaba mi altura. Más allá, tal vez a quince metros del sendero, largos árboles tendían al cielo sus secas ramas. El viento hacía estremecer las hojas, pero no era tan fuerte como para agitar las ramas.

Cuando estaba en los primeros años de bachillerato, mi padre me envió un mes de campamento durante el verano. Recuerdo haber regresado por la noche entre los árboles, desde el fogón hasta mi tienda. Siempre procuraba ir por el camino, porque era seguro; estaba señalado. Los árboles que había por detrás eran desconocidos, inundados de sonidos extraños. Pero por otro lado, me fascinaban. Por la noche hallaba excusas para echar a andar a un lado del camino, y cada vez que lograba atravesar el bosque ilesa sentía haber logrado una tarea imponente.

Jamás sabía a ciencia cierta qué era el peligro. Nada en especial: no temía a los animales salvajes ni a los asesinos. Nunca lo esclarecí por completo, pero creo que lo más parecido que sentí fue la sensación de desaparecer si me apartaba del camino, la de confundirme con las sombras y ya no estar. La oscuridad me atraía y me repelía, y yo avanzaba por la línea delgada, sin jamás alejarme de la senda.

Mis pasos resonaban. Oí un búho en algún árbol. Caminé con las manos en los bolsillos, sabiendo que una vez más paseaba por una línea delgada.

La mujer avanzó desde la sombra del monte. Por un momento pensé que se trataba de la misma anciana que me había tocado el brazo. Pero no era la misma. Esta iba vestida de azul y me sonreía, mostrando unos dientes torcidos. La cabeza parecía mal formada, aunque tal vez fuera la forma en que llevaba arreglado el cabello. Reconocí su rostro: era el que había visto en la cabeza de piedra, el rostro de la madonna en la catedral de Mérida. Retrocedí.

Su sonrisa se abrió más y me extendió la mano como para darme la bienvenida. Di otro paso atrás, hacia el campamento.

Dijo algo en un lenguaje que no comprendí, y se echó a reír. Fue como el rugido de las hojas secas frotándose unas con otras. Mis manos, aún en los bolsillos, temblaban. Las retiré de allí y las comprimí para que el temblor cesara. Di la vuelta y me apresuré hacia el campamento, perseguida por el sonido de su risa.

¿Qué era lo que había dicho mi madre en una de nuestras caminatas matinales? Al amanecer y al crepúsculo las sombras revelan secretos. Yo estaba corriendo, y no sabía por qué. Probablemente ella sólo fuera una mujer de la hacienda o tal vez alguna conocida de la que acompañaba a María. Probablemente le diría a María que se había encontrado con esta gringa dando vueltas por el monte y que le había dado un susto mortal. Debo haber imaginado que su rostro me era familiar. La luz tenue juega malas pasadas.

Ya había llegado a la choza de Salvador cuando vi la luz de una linterna haciendo señales por el camino que conducía al cenote.

—¿Quién es? —grité, con voz algo temblorosa.

—Oye —respondió Barbara—. Me estaba preguntando qué pasaba conmigo. —Se acercó a mí y me alumbró con la linterna. Apoyó la mano sobre mi hombro y me preguntó—: ¿Qué te ocurre? No te encuentro muy bien.

—Nada. Salí a dar un paseo y me perdí en la oscuridad. Eso es todo —Me encogí de hombros—. Es algo siniestro ir sola por la noche. Eso es todo. —No mencione a la anciana. No quería sentirme más tonta, regresemos al campamento.

15 - ELIZABETH

«Los Hados guían a los que quieren; a los que no, los arrastran.»  
JOSEPH CAMPBELL,

## The Hero with a Thousand Faces

El jueves por la noche, después de otra cena chamuscada, me senté en mi choza a verificar mis notas sobre el calendario maya. Me había resfriado al regresar de nuestro intento por erigir la estela. Si bien la noche estaba templada, cada tanto me sacudía un violento acceso de temblores y escalofríos. Pensé en pedirle a María que me preparara un tazón de té caliente. El té hirviendo con unas gotas de ron podría ayudarme con el resfriado, pero finalmente decidí no recurrir a la ayuda de María. Había oído el camión de Salvador regresar al campamento con la curandera desde la aldea de Chicxulub, y no quería meterme en una situación embarazosa.

Verifiqué mis cálculos una vez más. Hoy era Men, día regido por la vieja deidad de la luna. Debiera haber sido un día favorable, y sin embargo la estela había caído, y esto era un resultado que a mis ojos no resultaba favorable. Desde aquella tarde no había vuelto a ver a Zuhuy-kak.

El campamento estaba en silencio; los estudiantes o bien estaban escribiendo sus informes o bien bañándose en el cenote. Desde el accidente de Felipe el lugar había estado en silencio. El Sol se había puesto y la Luna se acababa de elevar cuando vi a Salvador acercarse hacia mi choza. La anciana que caminaba a su lado daba dos pasos pequeños por cada uno de él. Enrollada bajo el brazo llevaba una bolsa de plástico, de color rojo y anaranjado, del tipo de las que usan las amas de casa del Yucatán para llevar los alimentos. Caminaba lentamente, apoyándose en un bastón.

Salvador se detuvo en la puerta de mi choza y se quitó el sombrero de ala ancha.

—Señora —dijo en español—, lamento interrumpirle. Ésta es doña Lucinda Calderón, la curandera de Chicxulub. Quería conocerla a usted.

Doña Lucinda me examinaba a mí y el interior de la choza con sumo interés. Era una mujer anciana y delgada, con los ojos de un ave de rapiña. Su huípil estaba elaboradamente bordado alrededor del cuello y de la cenefa, con un motivo de flores y enredaderas verdes. Una capa le cubría de forma descuidada el cabello gris y los hombros, y calzaba sandalias de cuero. El bastón era de palo rosa; desde su empuñadura tallada me observaba una lechuza.

—Bienvenida, doña Lucinda —la saludé en maya, poniéndome de pie. Tomé mi otra silla plegable de un rincón y la deposité sobre el portal abierto. La anciana plantó la bolsa en el suelo al lado de la silla y se sentó, apoyándose sobre el bastón, con la punta enterrada y la lechuza entre las manos.

—Gracias —me respondió en maya. Su voz era poderosa—. Quedo cansada cuando ejecuto los rituales de purificación. He envejecido.

Asentí comprensivamente.

—¿En qué puedo ayudarla?

Durante un momento prosiguió escudriñando mi choza. Las aletas de su nariz se movían, como tratando de identificar un aroma que se le escapaba. Estudió mis manos, mi rostro, los papeles que había sobre mi escritorio. Las mangas de mi camisa estaban recogidas hasta el codo.

Levantó el bastón del suelo y apuntó a las cicatrices de mis muñecas.

—¿Cómo ocurrió esto?

Observé las cicatrices e hice un gesto cortante con una mano sobre la otra.

—Con mi propia mano —dije—. Hace muchos años.

—Ah. —Observó los papeles que había sobre mi escritorio—. ¿Y qué ha estado haciendo?

—Escribiendo un libro sobre este lugar.

Salvador, de pie en la puerta, sostenía el ala del sombrero con las dos manos y lo hacía girar nerviosamente. Ofrecí cigarrillos. Salvador aceptó, la anciana declinó. Encendí uno para mí y por un instante llenamos el silencio de humo.

—¿Cómo está Felipe? —pregunté por fin.

—Los médicos del Hospital Juárez le han acomodado los huesos rotos —resumió—. Sanará.

—Sí —repliqué—. Eso tenía entendido.

—Respeto a los médicos del hospital —dijo. Sus ojos eran oscuros y pequeños—. Debe comprender eso. Mi nieto, un joven inteligente, estudia para ser médico. El hospital es muy bueno para tratar las dolencias naturales. —Se inclinó mientras trataba de impresionarme con su actitud progresista hacia la medicina—. Pero debe comprender también que Felipe tiene más que huesos rotos. Como sabe, tiene mala la suerte.

—Es cierto —reconocí—. Salvador dice que estamos cavando en un sitio de mala suerte.

Miró a Salvador y frunció el ceño.

—El lugar en que están cavando no importa gran cosa. Ahora los dioses son fuertes, pero Felipe cavaba el día Ix, el día de la mala fortuna.

Observé a Salvador, pero él contemplaba la punta encendida de su cigarrillo. No enfrentó mi mirada. Qué extraño que mis cálculos se confirmaran en forma tan directa.

—Entonces, la mala suerte pasará. Es bueno oírlo.

Hizo girar el bastón de palo de rosa entre sus manos y los ojos tallados del búho miraron en otra dirección. Doña Lucinda hizo un gesto de enojo y me miró al rostro.

—No se haga la tonta —dijo sin rodeos—. Usted sabe que no es así. A ver, ¿qué día es hoy?

—¿En el calendario maya? —Me encogí de hombros—. No lo sé. Entrecerró los ojos como si esperara algo más de mí.

—Hoy es el día Men —explicó. Sacudió la cabeza hacia la Luna, que se elevaba, pero sin apartar la mirada de mí—. Es una vieja antojadiza, Men. Contradice. Siempre enseña un rostro distinto. No es de fiar.

Me sentía incómoda bajo sus ojos. Hice un gesto de indiferencia.

—Hoy es el octavo día de Cumku, último mes del año —dijo—. No es una época segura. Los dioses son fuertes en este momento. —Su voz era más baja. Apenas podía distinguir sus palabras—. Debe tener cuidado. —Salvador no nos miraba; estaba fumando un cigarrillo y observando la plaza abierta—. El año está por concluir.

Sacudí la cabeza, di una larga calada al cigarrillo y lo apagué en el cenicero. Las manos me temblaban y las apoyé sobre mi regazo.

—¿Por qué me mira como si no comprendiera? Usted conoce estas cosas —exigió—. Puedo ver que posee la segunda alma. —La segunda alma es lo que confiere poder a una bruja, en español, o a una wat, en maya. La segunda alma es una fuente de poder.

¿Qué había dicho antes? Los locos se reconocen entre sí. Su cabeza se hallaba vuelta a un lado, y me observaba con atención.

—Usted es una mujer fuerte, y eso le perjudicará. Busca ponerse de pie en épocas maléficas, y eso no puede ser. Vendrán días de infortunio.

Se detuvo aguardando a que yo hablara.

—¿De qué forma puedo tener cuidado? —le pregunté—. No puedo cambiar la época del año...

—Váyase de este sitio —me apremió.

—Imposible —repliqué.

—No es un sitio seguro. Ni para usted, ni para los demás.

Me encogí de hombros.

Frunció el ceño y clavó el bastón en la tierra.

—Quiero ayudarla, señora Butler, es preciso que lo comprenda. Usted es una mujer inteligente. Escúcheme. Esto es un asunto serio.

—Sus manos aferraron el bastón con más firmeza—. Saque de aquí a la joven pelirroja, a su hija.

—Mi hija no tiene nada que ver en esto —dije en inglés, sacudiendo la cabeza con lentitud.

La anciana hizo un gesto de indiferencia. No había comprendido las palabras, pero sí mi tono.

—Es su elección. Puede elegir ser una tonta. Usted habla bien nuestro lenguaje, pero no comprende este lugar. Éste no es su lugar.

Mis manos estaban cerradas en un puño. ¿Quién era esta anciana para decirme que éste no era mi sitio? Sí lo era. Yo hablaba con los muertos; conocía las fechas. Las manos me temblaban y me estremeció un escalofrío.

—Tal vez —le dije—. Pero no puedo irme en este momento.

—Le digo que se marche de aquí —repitió—. Si elige no hacerlo...

—Se encogió de hombros—. Oraré por usted y por su hija. Me pregunté a qué dioses oraría.

—Gracias por decirme esto, doña Lucinda. Lo pensaré.

Me puse de pie.

La mujer permaneció sentada, observándome con sus ojos redondos y negros.

—Hágame caso, señora.

—Gracias por su consejo, doña Lucinda.

Se puso de pie con dificultad apoyándose en el bastón, se inclinó lentamente para coger su bolsa de compras y dio la vuelta. Al llegar a la puerta giró, hizo la señal de la cruz y musitó una bendición.

Salvador se puso el sombrero.

—Lo siento, señora —dijo, pero no supe si lamentaba haberme presentado a la mujer o que yo fuera una bruja. Siguió a la anciana a través de la plaza. Supe que se sentía incómodo.

Vi una luz en la choza de Tony, pero no quería hablar con él ahora. Todavía no. Caminé sola hacia la excavación de la tumba. Zuhuy-kak estaba allí, sentada sobre una piedra al lado de los picos, de los cernidores, de las cubetas. La Luna se elevaba y ella arrojaba una sombra bajo la pálida luz.

Mientras me aproximaba levantó la vista y asintió a modo de bienvenida.

—¿Qué quieres de mí, Ix Zacheliz? —preguntó.

—Respuestas —dije—. ¿Por qué cayó la estela cuando tratábamos de levantarla? Ese día estaba regido por la diosa. Deberíamos haber tenido buena fortuna.

Me miró con ojos tan escrutadores y pequeños como los de la curandera. Me di cuenta de que nunca una sombra había sido tan sólida. Aun a la luz de la luna veía las finas líneas grabadas sobre el abalorio de jade y las puntadas de su manto bordado. Abrió las manos sobre su regazo.

—Fue buena fortuna, Ix Zacheliz. Al caer la estela, el guerrero perdió su lugar. Su fuerza se desvaneció y la fuerza de la diosa retornará. Hoy ha sido un día gobernado por la diosa y tú le has ayudado a recuperar su poder.

—No es buena fortuna —respondí con irritación. Me dolían las articulaciones y sabía que el resfriado que había cogido me estaba horadando los huesos—. Queríamos la estela intacta, no partida en dos.

La mujer me miraba sorprendida.

—¿Sólo te interesan las cosas, Ix Zacheliz? ¿Sólo querías hallar vasijas y joyas? Te estoy desvelando secretos más importantes que éstos. A ti y a tu hija.

—Deja a mi hija al margen —ordené—. Nada tiene que ver con esto.

Quería aferrar el atuendo bordado y sacudir a la anciana, hacer que me escuchara. Sentía frío y calor, y también mareos. Me pregunté, mientras miraba sus ojos diminutos, si podría atraparla. ¿No sería como tratar de aferrar una nube de niebla? Las manos —dos puños a ambos lados de mi cuerpo— me temblaban.

—Tu hija elige su propio camino. —La mujer me miraba con el ceño fruncido—. No lo determinas tú ni lo hago yo. El ciclo llega a su fin y ella está aquí.

—Si la saco de aquí, estará a salvo —dije—. Estará al margen de esto.

—¿Sacarla de aquí? ¿Adonde la enviarás? El ciclo llega a su fin. Cuando el mundo cambia, todo cambia. ¿Y por qué enviarla a otra parte? Éste es su lugar, así como es el tuyo.

—El cambio de los ciclos no tiene importancia —respondí, con súbita ira—. Esto no es... —Me detuve para no dar voz a mis pensamientos.

—¿Esto no es real? —Zuhuy-kak concluyó tranquilamente la frase.

Su voz era muy suave.

No la miré. Cogí los cigarrillos del bolsillo y encendí uno, cobijando la llama entre las manos para que el viento no la extinguiera. Cuando posé mis ojos sobre Zuhuy-kak, la mujer sonreía.

—Soy real —dijo.

—No. Esto es un juego conmigo misma. Hace años que juego, pero puedo dejar de hacerlo. Puedo regresar a un mundo donde tú no existes, donde no hay peligro, donde no hay jaguares en las sombras. —Miré a lo lejos, aspirando el humo y sintiendo que el corazón me latía con más fuerza. El humo era real; el cigarrillo que tenía entre los dedos también; la roca que se extendía por debajo era real. Zuhuy-kak era un sueño en el que yo había querido creer. Podía dejar de hacerlo.

Exhalé una nube de humo y la observé enroscarse y atrapar la luz de la luna. Era sólo un juego. Miré a Zuhuy-kak y vi que me observaba, sonriendo y con la concha de nácar entre las manos.

—No es tan fácil —dijo—. No es fácil en absoluto. No puedes evitar que los ciclos concluyan, dándoles la espalda.

—Puedo hacer que te marches.

—Inténtalo. —Se encogió de hombros.

—Te encoges de hombros como una californiana —dije de pronto—. Ese gesto no puede haber sido propio de la cultura maya.

—Lo he aprendido de ti tal como tú aprendes de mí —sentenció. Sonrió, mostrándome los dientes torcidos—. Crees que puedes controlar el mundo y estás en un error.

—Yo te construí —sostuve—. Eres mi invención. Puedo hacer que te vayas.

—¿Por qué querrías hacerlo? —preguntó con sencillez—. Somos amigas, Ix Zacobeliz. Te estoy ayudando.

—No estoy tan segura. —Moví la cabeza lentamente, luchando contra el mareo.

—Eres mi amiga —dijo con serena dignidad—. Considero a tu hija como si fuera la mía. Volví a sacudir la cabeza.

—Puedo hacer que te vayas —repetí. No me gustaba el temblor de mi voz, pero tampoco podía evitarlo.

—No es tan fácil —insistió Zuhuy-kak—. Uno elige sus dioses, mas no los inventa.

Cerré los ojos. A lo lejos, se oía el suave ulular de un búho, una vez, dos veces, tres veces. Me imaginé sola en la excavación de la tumba. Oí el viento estremecerse contra la hierba y supe que estaba sola. Siempre había estado sola.

Cuando abrí los ojos, Zuhuy-kak seguía allí.

—Quieres el poder de la diosa —dijo—. En ese caso debes hacer sacrificios. Éste es tu sitio, y esto es algo que comprendes...

Me alejé de ella, sintiéndome vieja y frágil al cruzar la explanada. Al llegar al extremo opuesto miré hacia atrás. Zuhuy-kak levantaba una mano y me saludaba.

La puerta de la choza de mi madre estaba entreabierta cuando llegué a la plaza. Vacilé.

—Creo que iré a ver cómo anda Liz.

—Bien —dijo Barbara de mal humor—. Aún debo terminar ese informe.

—Pensé que estabas inspirada...

—Mi inspiración desapareció en cuanto regresé. Hasta ahora, he escrito la fecha al comienzo de la página, y he leído la mitad de esa novela infame que compraste en Mérida. Te veré luego.

Me dejó al lado de la choza de mi madre y vi alejarse la luz de su linterna hacia la nuestra.

Golpeé y atisba en el interior. La única luz era la de una vela que ardía en un farol. La mesa que hacía las veces de escritorio estaba atiborrada de papeles y libros.

—Lamento interrumpirte —mascullé. Me sentía inquieta e incómoda. La idea de hablarle de la mujer que había hallado en el camino ya se había desvanecido, como la inspiración de Barbara.

—No importa —dijo, cerrando el libro sobre la mesa. La luz de la vela arrojaba sombras en su rostro, que parecía viejo y cansado. Estaba pálida, aunque tal vez fuera por efecto de la luz—. Me alegra que hayas venido. Creo que conociste a la curandera del lugar.

Sacudí la cabeza.

—Me parece que no.

—La anciana —me explicó con paciencia.

Durante un momento me sentí confundida, y luego advertí que se refería a la vieja que estaba en la choza de Salvador.

—Ah, sí, claro. —No podía leer su rostro bajo la tenue luz. Su mano derecha se posaba sobre el escritorio. Juguetecía con su lápiz: lo hacía rodar hasta que quedaba paralelo al extremo de la mesa y luego lo alineaba en forma distinta; lo observaba con sumo cuidado.

—La curandera te recordaba mejor que tú a ella —dijo como de pasada. Volvió a golpear el lápiz, esta vez con más fuerza, y éste cayó de la mesa, tocó fugazmente sus rodillas y se perdió en las sombras. Entonces contempló mi rostro.

—No te lo he preguntado... ¿qué piensas de la excavación hasta ahora?

—Me gusta hacer el recorrido para inspeccionar —dije con cautela.

—¿Te agrada deambular entre los matorrales y luchar contra los insectos?

—Barbara y yo congeniamos. Estoy contenta de poder ayudarla. —Me encogí de hombros.

—Tal vez debas dejar la excavación por un tiempo —anunció suavemente, casi como si hablara para sus adentros—. Alquila un coche y vete a la costa del Caribe: Isla Mujeres, Playa del Carmen. Hay playas hermosas, se puede bucear... Me encontraré allí contigo apenas termine con esto. —Miraba el suelo reflexivamente, donde había desaparecido el lápiz. Tenía el rostro inmóvil. Era una máscara.

—Me gusta estar aquí —insistí.

—No deberías desperdiciar tus vacaciones enteras entre las malezas —fue su comentario. No me miraba.

—No te comprendo.

Sacó un cigarrillo del paquete que había sobre el escritorio y levantó el farol para encenderlo con la vela. La mano que sostenía el cigarrillo le temblaba, y la luz se reflejaba en sus ojos.

—¿He hecho algo mal? —pregunté con voz trémula.

Giró para mirarme de frente y se inclinó sobre una silla plegable de metal mientras apoyaba los codos en las rodillas. La choza estaba en silencio. El chirriar de los grillos sonaba lejano, al otro lado de la luna. Mi madre, una vez más, quería que yo me marchara.

—La curandera, esa vieja que conociste, cree que eres una bruja —dijo—. Estás en buena compañía: también piensa lo mismo de mí. Tiene más razones para sospechar de

mí. Hablo sola y converso con personas que nadie más ve. Ando vagando al amanecer y al anochecer, cuando salen los espíritus. —Me observaba, y en su rostro se dibujaba una extraña sonrisa—. Seguramente habrás notado estas cosas.

Llevé los hombros hacia adelante.

—No pensé nada de eso. Sólo me imaginé que estarías trabajando en tu libro.

—En los Estados Unidos, la gente interpreta estas cosas como excentricidad o, llevadas a un extremo, como locura —dijo mi madre mansamente—. Aquí, es la característica que define a una bruja. De las dos interpretaciones, debo admitir que prefiero la segunda. Las brujas tienen cierto poder. Un loco no es más que un chiflado. —Inclinó la cabeza a un lado, estudiándome—. ¿Qué opinas?

Me encogí de hombros, incapaz de hablar.

—Supongo que te he dicho que me levanto temprano para ir a conversar con los espíritus. Veo el pasado, te lo había comentado, ¿recuerdas? ¿Qué crees, en este caso? ¿Irás a la costa del Caribe y nos encontraremos allí?

—¿Opinas que debo marcharme porque una vieja piensa que soy una bruja?

—Creo que debes marcharte porque deseo que te vayas. Quiero que estés en otro sitio: en Isla Mujeres, en Los Ángeles, en donde prefieras.

Me encontré poniéndome de pie, con las manos apretadas.

—No me digas lo que tengo que hacer.

Mi madre permaneció como estaba, sosteniendo el cigarrillo suavemente entre los dedos y con la otra mano posada sobre el regazo.

—Es cierto. Renuncié a ese derecho mucho tiempo atrás. Sólo digo qué es lo que quiero. Lo que tú elijas ya es tu responsabilidad. —Apagó el cigarrillo en un cenicero y, mientras lo hacía, me lanzó una larga mirada inquisidora.

—No dejaré que te escapes otra vez —le dije a esa extraña mujer que tenía por madre.

Se humedeció los labios y sacudió la cabeza.

—Sólo quiero que seas cautelosa.

Me marché sin hacer ruido y sin decir adiós. No le dije nada acerca de la mujer del monte.

La linterna arrojaba una pálida luz frente a la choza de Tony. Estaba sentado en su silla, fumando la pipa y bebiendo un gin-tonic sin hielo. Llevaba una bata y pantuflas.

—Te prepararé algo fresco —anunció apenas me senté en la silla—, pero el gin está caliente y todo el hielo lo pusimos ayer alrededor del pie de Felipe y luego olvidamos comprar más. ¿Quieres la bebida sin hielo?

Desistí. Las lágrimas me ardían en los ojos y no quería que echaran a rodar.

—¿Qué te pasa? —Posó su mano sobre mi hombro—. ¿Te encuentras bien?

—Nada malo. —Logré componer una débil sonrisa—. Nada. Es que... —Me encogí de hombros. No tenía la menor idea de qué decirle.

Mantuvo su mano posada sobre mi hombro y me observó con preocupación. Algo debía decir.

Comencé temblorosa:

—¿Alguna vez... has visto que tu vida se caía a pedazos como si de pronto todo y todos en los que confiabas ya no estuvieran? Es como si la tierra se moviera bajo tus pies, como si el mundo girara y una ya no tuviera adonde ir.

Mi voz se quebraba. Crucé los brazos sobre el pecho como para abrigarme. Mis pensamientos eran confusos; traté de aferrar las imágenes fugaces: los ojos azules de Brían estudiando mi rostro mientras me decía que lo nuestro había terminado; el ataúd de mi padre hundiéndose en la tierra; la foto de la familia de mi jefe sobre su escritorio; no poder mirarlo a los ojos. Cuando le dije que renunciaba clavé la mirada en esa instantánea. Y antes de eso, la voz de mi padre que me decía que mamá se había ido.

Que nos había dejado. Fragmentos, piezas sueltas, restos, formando un confuso rompecabezas. Cerré los ojos y continué.

—Una pasa por todo eso y luego siente que las cosas han vuelto a estar bien. Pero a la vez sigue pensando que sucederá nuevamente. Una observa y advierte ciertos signos que sugieren que debajo de la superficie están sucediendo cosas. Y una no sabe qué clase de cosas. Alguien se enfada, y una sabe que desaparecerán para siempre. Todo está demasiado cerca de la superficie...

Sacudí la cabeza. Las palabras habían explotado de pronto. No había sido mi intención decir todo eso.

—No sé cómo hacer que todo vuelva a su cauce —confesé—. No sé cómo dejar de sentirme así. Es una locura, una locura...

Ésa era la otra parte. La gente normal no se sentía como yo. Yo mantenía una barrera entre mi persona y la oscuridad: eso me mantenía sana. Si la barrera se franqueaba, sabía que el mundo podía ser arrastrado en un caudal sangriento de emociones. Lo sabía. Y la gente normal no es así.

Volvía a controlar la respiración. Estaba enfrascando los sentimientos, volviéndolos a poner por detrás de la barrera. Aflojé los puños con deliberación y con las manos abiertas aparté el cabello hacia atrás. Casi le sonreí.

—A veces a uno le responden más de lo esperado...

—Bueno —dijo—. Parece que te sentará bien tomar esto. —Fue hasta el interior y oí el sonido de un líquido en el vaso. Me dio un gin-tonic tibio y regresó a su asiento.

—¿Puedes decirme cómo comenzó todo?

Respiré hondo.

—Liz quiere que me marche de la excavación. Me dijo que me fuera. —Sentí que el rostro se me coloreaba. Me detuve un instante—. No quiero irme.

—¡Qué extraño! Pensaba que te estabas adaptando muy bien. —Frunció el ceño.

—Así pensaba yo.

—¿Qué te dijo?

—Que en su opinión, no debía desperdiciar mis vacaciones aquí.

—Comprendo su punto de vista. Muchos estarían totalmente de acuerdo con ella.

—Dijo... —Vacilé. En cierta forma, no deseaba contarle a Tony lo que mi madre había revelado acerca de ser una bruja—. La curandera, esa anciana, le dijo que yo debía irme.

Tony se reclinó contra el respaldo de la silla, sacudiendo la cabeza.

—Hablaré con ella. Hasta entonces, no la presiones. De nada sirve presionar a Liz. Si lo intentas, se cerrará como una almeja. Yo suelo esperar, y a veces me cuenta sus cosas. Otras veces, no. —Se encogió de hombros—. Tú y tu madre sois dos mujeres muy obstinadas.

—A mí no me incluyas.

—Si no eres obstinada, ¿por qué no estás empaquetando tus cosas para marcharte de aquí? Si no quiere que estés aquí, ¿por qué quedarte? —Se quitó la pipa de la boca e inspeccionó las cenizas. Acercó una cerilla y aspiró hasta que se encendieron. Luego me miró—. Obstinada.

—Estoy preocupada por Liz —confesé entonces.

—¿Por qué razón?

—Habla sola.

—Hace años que lo hace.

—Se levanta al amanecer. No creo que duerma bien.

—Hace años que lo hace. Cuéntame algo nuevo. —Aguardó, chupando su pipa.

No me agradó el timbre de mi voz: débil, delgado, tenso.

—Creo que... ¿no te parece que está loca?

—Creo que todos nosotros estamos locos: vivimos entre los bichos y el polvo, bebemos ginebra caliente, escarbamos cosas que a la mayoría de la gente le importan un rábano.

Lo normal es lo que hacen los demás. Ninguno de nosotros es normal, conque debemos estar locos...

—Yo me refiero a que esté loca de verdad.

Revolvió las cenizas de la pipa con una pajilla.

—Yo me lo pensaría antes de llamar loco a cualquiera. —Su voz tenía cierto matiz duro ahora—. Yo diría que tu madre no está más loca de lo que ha estado durante todos estos años. —Estudió mi rostro—. ¿Qué quieres hacer al respecto? ¿Ponerla al cuidado de los médicos? Es lo que tu padre intentó hacer.

—Tony, lo siento. Estoy... preocupada. No sé qué hacer.

—Ya te lo dije la semana pasada —recordó—. Dale su tiempo. No te apresures a sacar conclusiones. Tómallo con calma. Y te lo vuelvo a repetir. Déjame hablar con ella.

—Pero quiere que me marche.

—Y tú le dijiste que no lo harías. ¿Qué más agregó?

—Dijo que anduviera con cautela.

—Lo cual siempre es un buen consejo. Quédate si lo deseas, pero anda con cautela. Y admite que eres obcecada. No es mala cualidad. Le hablaré de este asunto de tu partida. Veré qué tiene que decir.

Me observaba las manos. Estaban hechas dos puños sobre mi regazo. Oí que Tony se movía. Posó una de sus manos sobre la mía, y dijo:

—Tómallo con calma. Soy tu amigo.

No le dije nada sobre la anciana del monte.

## 17 - ELIZABETH

En general, no confío en los estudiantes. Me traen recuerdos de salas de conferencias colmadas de olor a tiza, de cuadernos con hojas que se arrancan, de jóvenes arrogantes con el aspecto satisfecho y relamido de los lobos en otoño, después de un verano de abundante caza.

Recuerdo las clases vespertinas en el salón atestado. Afuera, la lluvia oscurece los caminos de cemento, bate las hojas y hace crecer en despavoridos remolinos a Strawberry Creek, el arroyo de la universidad. Los estudiantes se adormecen en el sopor del aula.

Sé que no puedo dejar que vean mi verdadero yo, delgado, hambriento y empapado como un gato vagabundo que se acurruca debajo de un coche aparcado para refugiarse un instante de la lluvia. La universidad es mi refugio temporal; para conservar este cargo académico debo despertar a estas bestias somnolientas y enseñarles algo, hacerles pestañear, sacudir sus cabezotas, y buscar respuestas en sus mentes perezosas. Debo insuflar vida en el aire polvoriento.

Dicto mis clases tal como un chamán conjura las fuerzas de los espíritus para que cobren vida. Me esfuerzo: arrojé preguntas como peñascos, zarandeo anécdotas sobre mi cabeza como si fueran bolos, invoco visiones de rituales fúnebres y de ciudades antiguas; doy vueltas, camino, siempre me muevo. Tengo miedo, pero los mantengo a raya, alerta pero cautelosa, algo confundida, siempre en guardia. Nadie se duerme. Conservo mi puesto.

El viernes, día Cib, es representado en los jeroglíficos con una concha, símbolo del renacimiento, del paso por el submundo y del regreso a la luz. No sé qué dios rige este día.

El viernes, la tensión pendía del aire, corría junto a las lagartijas sobre las rocas, susurraba en el viento con los pastos. El cuerpo me dolía, y toda la noche había seguido

congestionada y con escalofríos. La fiebre, aunque escasa, me ponía irritable e inquieta. Al fumar, el pecho me temblaba y el corazón parecía latir demasiado deprisa.

Durante todo el día el viento arrastró el son de los cánticos. En algún lugar del pasado, hombres y mujeres alzaban sus voces con el batir del tambor, el murmullo de las sonajas, y el tronar de las trompetas de cuernos de caracola. No lograba distinguir las palabras. Buscaba y buscaba, pero no hallaba la fuente de donde provenía el sonido.

Permanecí en el campamento, bebiendo té caliente con aguardiente y tratando de descansar. Encendía un cigarrillo tras otro, hundiendo el humo en los pulmones como si la nicotina pudiera aliviarme y detener los estremecimientos. Pero éstos no cesaban. Parecían parte del lugar, como las malezas del monte, o el polvo de las rocas. Por la tarde, deambulé hasta el Templo de las Siete Muñecas. En la plaza cercana al templo, un grupo de jóvenes decoraba sus escudos con plumas ricamente coloreadas de alguna ave de la selva. No hablaban; trabajaban mudos y sonrientes, preparándose para la guerra.

Por la tarde, Carlos, Maggie, Barbara y Diane se marcharon a Mérida en busca de los dudosos placeres de la ciudad. Sólo Tony, John y Robin se quedaron en el campamento. Preparamos nuestra cena en el horno del lugar y por primera vez en varios días los alimentos no estuvieron quemados ni excesivamente condimentados. Tomé té con aguardiente, y luego aguardiente sin té. El alcohol me reconfortaba, pero no detenía el temblor. Tony y Robin hablaban de vasijas.

Durante las semanas anteriores, Robin había estado ayudando a Tony en algunos análisis sencillos de cuencos. La joven parecía compartir el interés de éste por el tema: hablaba con contenido entusiasmo del color en la canilla de Munsell y de la dureza en la escala de Mohs, de barnices y composición de los pigmentos, de motivos decorativos y de picos y terminaciones.

John la escuchaba con un interés que no parecía propio del tema del que conversaban. En un momento, se acercó, apartó un mechón de cabello de los ojos de Robin y suavemente la cogió del hombro. Ella sonrió y posó su mano sobre la de él. Comprendí que eran amantes, y me pregunté cuánto haría que el romance había comenzado.

Después de cenar, antes de que la luz del día se desvaneciera y nos obligara a encender las linternas, John trajo su cuaderno de espiral y nos mostró los dibujos que había hecho de las excavaciones: planos parciales del suelo y bocetos de las estructuras que rodeaban la tumba.

Si bien durante las excavaciones había echado un vistazo fugaz al progreso de sus dibujos, ésta era la primera vez que veía su trabajo en conjunto.

John había estudiado arquitectura, y sus esquemas reflejaban la instrucción: estaban meticulosamente trazados con tinta china, finas líneas rectas y cuidadoso sombreado. En todo caso, los trazos eran demasiado precisos, demasiado rectos, demasiado rígidos. El dibujo del montículo que había al noroeste de la tumba no alcanzaba a capturar el aire de abandono, de descomposición, la suavidad de la erosión del tiempo sobre las rocas de piedra caliza. Pero aun así era un hermoso trabajo.

Pasaba las páginas con lentitud, deteniéndose en las ilustraciones de la excavación y yendo más rápido en las que no consideraba de nuestro interés: rápidos bosquejos a lápiz, un detallado dibujo que mostraba la ubicación exacta de un dintel sobre determinado portal, un retrato de los suaves rasgos de Pich, un perfil de Robin mirando una vasija. Se detuvo en el dibujo de la abertura que daba a la tumba, que mostraba el sitio de cada ladrillo de piedra, y luego dejó el cuaderno sobre la caja de madera que había a su lado.

Mientras Tony y Robin alababan el trabajo, cogí el cuaderno y repasé las páginas, hasta dar con una que había llamado mi atención: un boceto a lápiz de la plaza cercana a la tumba. En un gesto nada común, John se había distendido, y se permitía imaginar las estructuras tal como debían haber sido. El trabajo combinaba detalles meticulosos con

cierta vaguedad, en un estilo que recordaba al de Frederick Catherwood, el artista decimonónico que representó las ruinas por vez primera.

La fachada del palacio a la izquierda estaba decorada con máscaras de Chaac y serpientes de estuco; los peldaños que descendían estaban cubiertos de jeroglíficos indescifrables. Reconocí el sitio de mi sueño; la pila de cráneos había descansado ante estos escalones; yo había estado de pie en el extremo de la plaza y los cuervos habían levantado el vuelo, graznando vaticinios.

Algo no está bien, pensé al observar la fachada del templo y recordar cómo me lo había descrito Zuhuy-kak y cómo lo había soñado yo. Éste era el templo de la diosa de la luna, y las máscaras del Chaac y las serpientes nada tenían que hacer allí. Nada en absoluto.

—¿Qué sucede? —preguntó John, y por un instante pensé que yo había hablado en voz alta. Se me acercó, observando el dibujo sobre mi hombro—. Tenías el ceño fruncido. ¿Hay algo que está mal?

Sacudí la cabeza para aclarar los pensamientos.

—La fachada no es la correcta. Debería haberse parecido más al templo de Tulúm, con peces y conchas marinas.

Cogió el dibujo de mis manos.

—¿Por qué lo dices?

¿Por qué lo decía? Porque había estado bebiendo y recordando un sueño. Porque el aguardiente me hacía zumbar, la cabeza. El pasado y el presente se habían cruzado momentáneamente. Traté de sonreír, pero tenía el rostro congelado.

—Sólo es una sensación.

Me miró con aire extrañado. A John no le agradaban las afirmaciones basadas en sentimientos imprecisos.

—En realidad, no dispongo de información suficiente para hacer una reconstrucción. Estaba divagando un poco.

—No hay nada de malo en ello —le dije—. Nada de malo en usar la imaginación.

Se hizo una pausa incómoda. John cogió el cuaderno como si no supiera qué hacer con él y me miró con ceño fruncido. Finalmente, Robin se inclinó y lo apartó con suavidad, preguntando si podía observarlo. Tony se puso de pie para encender la linterna y me sirvió otra taza de té. La conversación prosiguió.

Me senté al borde del círculo de luz, escuchando y observando a los tres. John se había vuelto a relajar, al cabo de un instante. Los tres estaban cómodos juntos: Tony y Robin bromeaban acerca de las vasijas que analizaban, y el brazo de John descansaba ligeramente sobre el respaldo de la silla de Robin; cada tanto, ella le sonreía o tocaba su mano levemente. Los observaba, como observo las sombras del pasado: soy espectadora, mas no participante. Pero no podía irme.

Mucho tiempo después, John y Robin se alejaron del círculo de luz, caminando de la mano hacia el cenote. Tony me sirvió otro vaso de aguardiente. Estábamos sentados juntos bajo la luz del farol, contemplando las vueltas de las mariposas. Sentía en la garganta el sabor del aguardiente, y me parecía que entre Tony y yo había algo nuevo, o algo muy viejo que se agitaba una vez más. Algo subía inquietamente hacia la superficie.

Bebí otro vaso de aguardiente, me recliné y cerré los ojos contra la luz de la linterna. El licor marrón me reconfortaba, serenaba el latido de mi corazón confundiénolo con los trinos de las aves y los insectos del monte.

La silla de Tony crujió cuando se inclinó para coger la pipa. Oí el roce del tabaco en la bolsa mientras iniciaba el interminable proceso de cargar la pipa y de encenderla. El aroma dulce del tabaco sin arder se notaba en el aire. Percibí el roce de la cerilla y el olor sulfuroso. Luego, el primer humo del tabaco. La voz de Tony era cálida y áspera como un bloque de granito al sol.

—Últimamente he bebido demasiado —manifestó con suavidad—. Quería que supieras que dejaré de hacerlo.

Abrí los ojos. El vaso que tenía a su lado estaba vacío y sus manos se atareaban con la pipa. Vi que no acompañaba el aguardiente conmigo, pero no le di demasiada importancia. Me miró.

—Sé que te preocupaba que bebiera. Se convirtió en un hábito desde la muerte de Hilde. Asentí, sin saber qué decir.

—Me lo figuraba.

—Es un hábito al que he de renunciar. Quería que lo supieras.

—Muy bien.

Su pipa se había extinguido y comenzó a hurgar el tabaco con una cerilla usada. Evitaba mi mirada, y sabía que iba a abordar un tema difícil.

Aguardé un momento, y luego le pregunté:

—¿Qué ocurre, Tony?

—Diane me dijo que le pediste que se marchara —irrumpió.

—Así es. —Me recliné en la silla, fingiendo una serenidad que no sentía.

—¿Por qué?

—¿Qué importancia tiene? Se niega a partir.

Se sentó en el borde de la silla, con las manos entrelazadas y pendiendo entre las rodillas. A sus espaldas, la puerta abierta era un haz de luz. Se contempló las manos.

—Diane dijo que la curandera te había sugerido que se marchara.

—¿Te parece algo propio de mí, escuchar el consejo de una hechicera maya?

Negué con la cabeza.

—En ese caso, ¿por qué quieres que se marche?

—Pensé que debería conocer algo más del Yucatán y no sólo una pequeña excavación. Fue una sugerencia.

—Se afligió muchísimo. Al parecer piensa que solamente deseas verla lejos.

Me encogí de hombros con irritación.

—Sí, hay momentos en que querría que se marchara. Parece esperar algo de mí que no puedo darle. —Pasé la mano por mi frente, en un afán de barrer la fiebre y el licor y de pensar con claridad—. Está tratando de averiguar quién es y está convencida que yo puedo decírselo. Y no puedo.

—Creo que sería un error echar a Diane de aquí —propuso Tony en voz baja—. Me parece que quieres huir de una situación que temes no poder manejar. Temes conocer a tu hija, temes ser herida. Pero no puedes vivir eternamente con miedos.

—Tony —lo interrumpí, inclinándome—. Tony, escúchame. —Me detuve. ¿Qué podía decirle? Nada. Una antigua sacerdotisa de un culto lunar extinguido hace siglos muestra un interés nada saludable por mi hija—. Presiento algo malo en este lugar. Creo que en cierto modo es peligroso para Diane, tal vez peligroso para todos. No puedo controlar lo que aquí sucede.

—¿Qué es lo que sucede aquí? —preguntó—. ¿Qué es lo que tú ves y yo no?

Me recliné sobre la silla y observé mis manos: viejas cicatrices y uñas rotas.

—¿No puedes sentir el peligro? —le pregunté—. Sé que no ves las cosas igual que yo, pero debes comprender que lo que ves no es todo lo que existe en el mundo. Cuando uno va caminando solo por la oscuridad, o a la tenue luz del alba o del ocaso, siempre hay cosas que exceden nuestra mirada. —Estudié su rostro—. Apuesto a que no sueles caminar solo. Tú estás rodeado de gente. Aun cuando estás solo, sigues pensando en tus amigos, te preocupas por ellos, los mantienes a tu alrededor como una manta que te abrigara. —Sacudí la cabeza—. Yo vivo en un sitio más solitario.

—No tienes que hacerlo —dijo. Levantó los ojos, me miró y me extendió sus manos—. No tienes que estar sola. Negué con un ademán.

—Creo que a Diane le costó encontrarte. Si la echas de aquí, no esperes que vuelva a buscarte.

—No espero nada de ella.

—¿Y de mí?

—Nada, Tony. No hay nada que puedas hacer. —Tenía las manos abiertas sobre las piernas y quería extender las mías y aferrarme a él. Pero yo era peligrosa. Lo lastimaría si me acercaba. Apreté los puños en el regazo y sacudí la cabeza.

Levantó la vista y vaciló.

—Liz, hace mucho tiempo que nos conocemos. Sé que... —Se detuvo y volvió a comenzar—. Desde que te conozco sé que ves cosas que no existen. Lo acepto. No me molesta. Jamás te lo he mencionado porque pensé que si lo hacía me darías la espalda. Siempre he temido hablar de esto. —Me observaba con firmeza; sostenía la pipa, pero con las manos quietas—. ¿Lo crees?

Asentí, sin confiar en mi voz. En el monte, los grillos canturreaban. Sobre nosotros, el techo de palmera silbaba como si estuviera plagado de serpientes. Sentía el roce de la brisa que me estremecía el vello de los brazos y el cabello en la nuca. El campamento estaba en silencio.

—Últimamente te he oído hablar en maya cuando estás sola, en tu choza o en las excavaciones. Me pregunto con quién hablabas. —Su voz era muy suave.

El aguardiente me había tranquilizado la mente y el cuerpo. Me incliné hacia él, con la taza entre las manos.

—No debes preocuparte por esto, Tony. Como dices, hace años que veo gente que no existe para los demás. ¿Por qué has de preocuparte ahora?

—Diane teme por ti —comentó.

Sentí un acceso de cólera, producto del aguardiente. Lo sabía.

—Te dijo que estaba preocupada por mi salud mental, ¿verdad?

—Hizo mención a ello.

Me recosté en la silla, noté que una de mis manos aferraba a la otra con fuerza y la aflojé con deliberación.

—¿Y tú qué le respondiste?

—Le dije que no estabas más loca que de costumbre. —Se encogió de hombros—. Y es lo que pienso.

—¿Y cuál es mi locura habitual?

Me miró fijamente.

—Depende de la definición que uno use. No me preocupa que veas gente que no existe. Sólo comienzo a inquietarme cuando ignoras a los que sí existen. No creo que debas alejar a Diane de aquí.

Me senté en silencio. La luna estaba en lo alto. Recordé mi visión de la luna desde la sala del manicomio. Sólo podía verla si me subía a uno de los retretes y atisbaba por una diminuta ventana enrejada. Aferrada a la cornisa polvorienta, veía cómo la Luna levantaba a regañadientes su rostro marcado sobre el horizonte y contemplaba la Tierra. Aprovechaba las flores que me traía Robert para sobornar a una de las mujeres: debía vigilar la puerta mientras yo veía elevarse la Luna. La miraba hasta que me asfixiaba el olor a orina y desinfectante, o hasta que algún enfermero me descubría y me escoltaba rudamente hacia mi cama.

Tony se acercó para tomarme de la mano, pero me puse de pie y fui hasta el borde del círculo de luz. Tambaleé ligeramente y busqué apoyo en el respaldo de la silla. El aguardiente me había dejado el cuerpo pesado y la cabeza liviana. Cuando volví la cabeza, el mundo se movió a mi alrededor demasiado deprisa.

—No me importa que digan que estoy loca —proferí, mirando la plaza—. No me importa lo que piensen al respecto. Pero no me encerrarán.

—¿De qué hablas, Liz? No dije nada acerca de...

—No, no dijiste nada. —Comenzó a ponerse de pie para acercarse a mí, pero le lancé una mirada y se volvió a sentar—. Hace años que crees que estoy loca.

—Sabes que no es así.

Mi mano era un puño y las uñas dejaban marcas profundas sobre la palma. La tensión me rodeaba. Tenía miedo. No podía decir palabra. Buscaba qué decir, pero pensaba en el gran silencio que rodeaba los montículos al amanecer, en el correteo de las lagartijas sobre las rocas, en el lamento de las aves en el monte, en el susurro de los pastos bajo la brisa ligera. Y era incapaz de pronunciar una sola palabra.

—Me quedaré —dijo—. He estado luchando contra mis propias sombras durante años. Me hace bien luchar contra las tuyas.

Me sentía vacía. Oí mis propias palabras entumecidas por el alcohol, recordé con demasiada lucidez el hedor del manicomio. Miré a Tony, recostado en su silla, y me acordé de la forma en que me consolaba cuando me sentía afligida.

—No te preocupes —le dije entonces—. No haré que Diane se marche. No te preocupes.

—Escucha —me interrumpió, extendiendo su mano—. Tranquilízate. No...

—He dicho que no pasa nada. No te preocupes. —Lo dejé y me marché a la seguridad que me ofrecía mi choza.

## 18 - DIANE

Por sugerencia de Barbara nos marchamos del campamento el viernes por la noche. Cenamos en Los Balcones, un pequeño restaurante sobre una terraza que daba al Parque Hidalgo. Desde nuestra posición, Barbara se divertía observando a las mujeres en la plaza. Los hombres holgazaneaban en los bancos y esquinas, hablando de cosas importantes, haciendo gestos y riendo. Cada vez que pasaba una mujer, especialmente si era joven, la conversación se interrumpía. Un hombre la miraba. Luego otro, advirtiendo que su amigo se había distraído, volvía la cabeza para mirar la fuente de distracción. Un tercero veía que el segundo se volvía y procedía a hacer lo mismo. Para entonces, el primero había retomado la charla, pero el cuarto comenzaba a reparar en la mujer. Cada vez que una mujer, cualquiera que fuese, pasaba, le seguía una oleada de miradas.

—Oye —propuso Barbara—. ¿Por qué no bajas y caminas por la plaza, así yo verifico la reacción? Luego bajo yo, y tú...

—La verdad es que no me apetece.

—¿De veras? —Me prestó atención por un instante—. ¿No estás mareada?

—No.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—Estoy disgustada con Liz. —Me encogí de hombros.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Quiere que me vaya de la expedición.

—¿Sí? ¿Dónde quiere que te marches?

—A la costa del Caribe. A Los Ángeles. A cualquier sitio, dijo.

—¿Por qué?

Observé a los hombres en la plaza. Habían regresado a su animada conversación.

—Es extraño, pero dijo que la curandera había ordenado que me fuera.

—¿Liz dijo eso?

—Sí.

Barbara golpeteó los dedos nerviosamente sobre la mesa.

—¿Crees...? —Vacilé, titubeante.

—¿Qué?

—A veces ve cosas que no existen. Las sigue con su mirada y cuando uno mira no ve absolutamente nada.

—Lo he notado. Siempre lo ha hecho.

—A veces habla sola. Muchas veces me la he encontrado deambulando por la mañana y la mitad de las veces estaba hablando sola.

—Así es.

—¿Crees que está loca?

Barbara miró hacia la plaza. Los dos niños que vendían flores estaban fastidiando a una pareja americana de jubilados vestida informalmente.

—No es normal, pero eso no quiere decir que esté loca. —Se encogió de hombros—. Quiero decir que... ¿quién es normal? ¿Esta gente? —Señaló a la pareja—. Me agrada tu madre. A veces se comporta de forma extraña, pero eso también me sucede a mí. ¿Qué le respondiste cuando te dijo que te marcharas?

—Le dije que no.

—Dice que es mi responsabilidad.

—Es justo. Así que no te irás.

—Creo que no.

Durante un momento permanecimos en silencio. La estatua de bronce de la plaza atrapó la última luz del día. Un vendedor de hamacas caminaba por allí y se acercó a la pareja, sin éxito.

—Sabes... la noche que fumamos en el cenote —irrumpí—, conocí a la curandera en la choza de Salvador. Ojalá hubiese entendido lo que me dijo. Estaba muy excitada por algo.

—Cuando lleves más tiempo aquí, verás que jamás entenderás ni siquiera la mitad de lo que sucede a tu alrededor. Aun cuando entiendas las palabras, no podrás distinguir los matices. —Barbara se encogió de hombros—. Yo no me preocuparía por eso. —Echó un vistazo a mi rostro y me palmeó una mano—. ¿Por qué no tratas de disfrutar de tus vacaciones? No te preocupes por Liz. Las cosas se resolverán solas.

Esa noche dormimos en camas de verdad. Por supuesto, desayunamos en la Cafetería Mesón, y por supuesto Emilio y Marcos —los chicos, como les llamaba Barbara— aparecieron mientras tomábamos el café. Emilio nos invitó a otro y traté de olvidarme del campamento.

—¿Qué vais a hacer hoy? —preguntó Emilio, sumergiendo el azúcar en la taza.

—Hablábamos de ir a Chichén Itzá —dijo Barbara. Emilio levantó la vista.

—¿Queréis que vaya y conduzca vuestro coche?

—Depende —dijo Barbara—. ¿Nos corresponde algún beneficio por proveer el transporte?

La sonrisa de Emilio se hizo más ancha.

—Claro. Yo pago la gasolina.

Barbara me miró y se echó a reír.

—No te asombres tanto, Diane. Este bandido obtiene ganancias colosales en sus ventas. Aun en un mal día gana más que un estudiante de doctorado —dijo en inglés.

—¿Qué significa «bandido»? —preguntó Emilio, removiendo el café con la cucharilla.

Barbara sonrió y sacudió la cabeza.

Él la miró, agregando más azúcar todavía.

—Creo que este bandido te agrada —comentó. Dejó el azúcar y le sonrió a Marcos—. Hoy tendremos un día de suerte.

Finalmente, todos fuimos a Chichén Itzá: Barbara, Emilio, las hamacas de Emilio, Marcos y yo. Emilio detuvo a una pareja de alemanes sobre los escarpados escalones de una antigua pirámide y le vendió dos hamacas de inmediato. Acosó a una pareja de ancianos a la sombra de las columnas de la serpiente emplumada que coronaban el Templo de los Guerreros. Discutió por cien pesos en los peldaños de una plataforma tallada con jaguares con corazones humanos entre los dientes. Le ofreció un buen precio,

un muy buen precio, a un hombre, sobre los escalones que conducían a una cúpula de piedra derruida. Entre las piedras de los escalones crecía la hierba.

Barbara se dedicó a detener a los turistas por su cuenta.

—Vosotros —gritó a dos rubios estudiantes universitarios—. ¿Queréis comprar una hamaca? —Se pusieron a conversar a la sombra de una inmensa estructura de cemento que apenas era más que un cúmulo de rocas. Un oscuro pasaje conducía a los espacios interiores. Olía a orina y humedad. El que llevaba la camiseta de la Universidad de California le compró una hamaca matrimonial a doble precio del que solía ofertar Emilio.

Emilio nos condujo a Viejo Chichén, el sector más antiguo del lugar, donde el monte había sido talado y los edificios todavía no se habían reconstruido. En un oculto rincón detrás de las ruinas principales, donde los únicos sonidos eran los de las hojas en el monte, fumamos un cigarrillo de marihuana y oímos el canto de las aves en las ramas. Barbara insistió en que fuéramos a la Fuente Sagrada.

Marcos nos señaló el camino. Emilio abrazaba a Barbara y los dos caminaban lentamente, deteniéndose a observar las piedras talladas y los edificios. Pasamos un muro de piedra caliza, donde cada uno tenía un cráneo tallado en relieve. Las piedras estaban cuidadosamente apiladas, de forma que fila tras fila de cráneos sonrientes nos observaba mientras comprábamos algo de beber en el puesto de refrescos y caminábamos hasta la Fuente Sagrada para saciar la sed.

Nos sentamos al borde de un precipicio, desde donde veíamos las verdes aguas, que abajo formaban un pequeño estanque. Emilio reclinó la cabeza sobre el regazo de Barbara. Próximos a la superficie del agua volaban unos pájaros de color verde azulado con largas plumas en la cola. Marcos los llamó motmotes. Luego se posaron sobre los árboles que se adherían a los derruidos riscos de piedra caliza al otro lado del estanque. La distancia que nos separaba del agua parecía ser de unos treinta metros. Marcos señaló la plataforma desde la cual los sacerdotes mayas arrojaban ofrendas al agua: era una pequeña cornisa de caliza, en el lado sur.

—Arrojaban gente también, ¿verdad? —pregunté ociosamente, reclinándome en una gran roca.

Marcos asintió. Miré la cornisa con ojos escrutadores. No me gustaría arrojarme desde semejante altura y menos aún que me lanzaran. Marcos me ofreció un cigarrillo, y luego encendió uno para él. Los riscos brillaban bajo la luz del sol y la marihuana hacía que el mundo se viera resplandeciente.

—Qué hermoso, ¿verdad? —exclamó Marcos.

Asentí, con los ojos aún entrecerrados, observando la cornisa. Vi: que algo se movía allí: un destello azul, del color del manto de la virgen María, y algo que caía. Entonces Marcos me tomó de la mano, se inclinó y me besó tiernamente, interceptando la visión.

Esa noche, de regreso en el hotel, Barbara y yo comparamos nuestras perspectivas. En el camino de vuelta, Marcos me había preguntado si quería ir a la playa de Progreso con él, el domingo. Barbara dijo que Emilio la había invitado a nadar al pueblo de Tixkokob.

—Al parecer, se trata de «divide y vencerás» —fue el comentario de Barbara.

—Así parece.

Se encogió de hombros.

—Yo le dije que sí. Es una oportunidad para ver una aldea maya con un guía nativo. Y el lugar parece suficientemente seguro. Niños alegres jugueteando en las aguas. Mujeres lavando la ropa contra las piedras...

—Ya entiendo. —Me recliné contra la cama y puse las manos por detrás de la cabeza—. Una infrecuente oportunidad antropológica.

El ventilador del techo traqueteaba rítmicamente, como si un niño caminara al lado de una cerca de rejas golpeándolas con una ramita.

—Así es. —Se quitó las sandalias y se sentó en el borde de la otra cama—. Busca problemas y a veces los encontrarás. Vayamos por ellos. ¿Qué inconveniente puede haber en que una vaya a una fuente en el corazón de una aldea rural? ¿O a una playa pública?

—Ya lo averiguaremos.

El autobús a Progreso era de la misma clase que el urbano. Se detuvo a una manzana de la playa.

Bajo un cielo cubierto, una interminable hilera de palmeras se extendía paralela a la arena blanca. Cascaras de cocos y conchas rotas flotaban en la marea junto a una multitud de niños trigueños que reían. Los hombres más jóvenes cortejaban a las adolescentes persiguiéndolas hasta la orilla. Una mujer de edad madura se mojaba, de pie con el agua hasta los muslos. La pequeña falda de su traje de baño se levantaba cuando las olas la golpeaban y se adhería a sus piernas cuando la marea se retiraba. Cada vez que el agua llegaba hasta ella, le gritaba al marido en excitado español.

El sol se ocultaba, y los colores eran opacos y apagados: una acuarela de aficionado en la que los tonos parecían agua de charca. Cerca de la costa, el agua del golfo era de un tono turquesa, de un opaco azul lechoso. Más allá, se enverdecía. No se veía por debajo de la superficie.

Mi madre veía esta playa con otros ojos. ¿Qué observaría? Mujeres mayas recogiendo nácar para convertirlo en alhajas. Hombres mayas secando sal para el trueque. ¿Habría visto a esa mujer que caía desde la plataforma de la fuente sagrada?

—¿Qué piensas? —preguntó Marcos en español. Caminaba a mi lado.

Hice un gesto indiferente.

—¿No sabes en qué piensas?

—No puedo explicártelo.

Seguimos andando. A medida que nos distanciamos de la parada de autobús, fuimos dejando atrás a las familias. Sólo había unas pocas parejas paseando por la playa. Marcos me rodeó la cintura con el brazo. Se detuvo al lado de una palmera que se alejaba del océano y miraba hacia Mérida con amplias hojas.

—¿Quieres sentarte al sol? —propuso.

—Muy bien.

Extendió el bronceador en mi espalda. Sus dedos se detenían más de lo necesario; acariciaba con cuidado la piel al borde de mi bikini para que el aceite penetrara. Comenzó a pasar la loción por el dorso de mis piernas y su mano se internó en ellas con una suave caricia insistente. La otra mano acariciaba mi espalda.

—Oye —exclamé, apartándome a un lado.

Sonrió.

—Me gustas mucho. Haces que pierda un poco la cabeza. —Miró a nuestro alrededor. La familia más cercana estaba a unos doscientos metros—. Nadie me ha visto. No hay problema.

—Sí lo hay.

—No lo hay. —Extendió la mano y me acarició el hombro y el brazo hasta llegar a la mía—. Me gustas mucho. Podríamos pasarlo muy bien juntos. —Me sonrió, estrechándome la mano—. ¿Qué te parece?

—No muy probable.

—¿Por qué no? —preguntó en inglés y en español.

—No me parece una buena idea.

—Lo es —insistió—. Tú no sabes lo que quieres. —Soltó mi mano y se recostó en la arena, con un brazo detrás de la cabeza—. Me vuelves loco.

Me tendí y cerré los ojos. La marea iba y venía con su ritmo lento.

—¿Qué habéis encontrado en la excavación? —quiso saber.

Le hablé de la cabeza de piedra, de las manos y metates, de la tumba.

—Cuando era pequeño, encontré una pieza muy vieja en un campo que había cerca de la casa de mi abuela. Un cuenco muy antiguo, con pinturas a ambos lados. Se lo llevé, y ella me contó que traía mala suerte quitárselo a los antiguos, que estaba muy mal. Volví al lugar y enterré el recipiente nuevamente. —Por el tono de su voz sabía que sonreía—. Si hoy encontrara ese cuenco, se lo vendería a alguien como tu madre por un montón de dinero. No me preocuparía la mala suerte.

Yo estaba tendida de espaldas, escuchando la marea y pensando en la mala suerte.

—Tu amiga Barbara debe de estar pasándolo bien en Tixkokob —calculó Marcos—. Tú y yo también podríamos divertirnos. ¿Por qué no?

—Porque no quiero —repuse.

—Sí quieres.

Sacudí la cabeza y oí la marea que limpiaba la playa.

—¿En qué piensas? —me preguntó.

—En mi madre.

—¿Por qué pensar en tu madre? —Creo que Marcos se estaba impacientando conmigo. Quería que pensara en él, no en mi madre.

—No quiere que regrese a la excavación.

—¿Por qué no?

El sol me entibiaba los párpados.

—Temea algo. No me lo quiere decir. Creo que es como tu abuela. Le teme a los espíritus de la antigüedad.

—¿Tu madre le teme a los espíritus de la antigüedad? ¡Está loca!

Abrí los ojos para protestar y vi a la anciana de pie al lado de la marea. Vestía de azul y en su mano sostenía una concha de nácar. Me volví hacia Marcos para preguntarle si él la veía también, pero él se inclinó hacia mí, obligándome a tumbarme en la arena. Sentí una mano cálida y fuerte sobre mis pechos y otra entre las piernas. Se aproximó y me besó en la boca.

—Tú también estás loca —me dijo.

Lo aparté y echó a reír. La mujer se había ido.

—Más tarde —advirtió—, en tu hotel, lo pasaremos bien. Me gustas muchísimo.

Lo dejé en la playa y me fui a nadar en las aguas cálidas y sombrías del golfo, lejos de la arena. Me volví para observar la hilera de palmeras, la franja de arena blanca. Floté de espaldas sobre el agua, tibia como la sangre, y admití para mis adentros que temía a la extraña aparición de azul. Tenía miedo. Estaba hechizada por un fantasma maya y me sentía muy sola.

Cuando era niña solía jugar a pillar con los niños del vecindario en las noches de verano. Uno perseguía a los demás. Cuando oscurecía, seguíamos jugando pero cambiábamos las reglas del juego: el perseguidor no debía correr sino ocultarse en la oscuridad y aparecer ante los demás por sorpresa, como un fantasma. Recuerdo que me sobresaltaba ante la más mínima sombra, pensando que era un fantasma que me quería atrapar. Ahora me sentía igual: estaba jugando a pillar en la penumbra, luchando con unas sombras que aparecían y desaparecían.

Finalmente tuve que regresar a la playa. Marcos sonrió apenas verme y dijo que lo sentía, que no volvería a intentar besarme. Me tumbé un rato al sol pero estaba nerviosa, a punto de estallar. Seguí mirando las aguas, en espera de que se presentara la mujer. No volví a verla, pero tampoco conseguí tranquilizarme.

Cenamos en un pequeño restaurante sobre la playa y regresamos en autobús a Mérida.

Estaba claro que Marcos jugaba a un juego llamado «acostarse con la gringa». Se lo dije en el autobús de regreso a Mérida:

—No conozco las reglas de tu juego. Y no suelo participar en un juego cuyas reglas desconozco.

—¿Crees que estoy jugando? Pues si es así, lo siento. —Permaneció un rato en silencio, mirando por la ventana. En cuanto llegamos a Mérida se puso de pie y se dirigió a la puerta—. Vamos. Te acompañaré a tu hotel. Nada de juegos.

Lo seguí, sin agregar nada.

La tarde languidecía y las sombras se cernían sobre Parque Hidalgo.

—¿Por qué no quieres acostarte conmigo? ¿De qué tienes miedo? —me preguntó mientras caminábamos.

Me encogí de hombros. Aunque buscaba a la anciana en las sombras y no la veía, no podía dejar de mirar.

—Tal vez no vuelva a verte —anunció Marcos—. Como no sabes lo que quieres, quizá no nos veamos más.

—Como quieras. —Yo miraba las sombras. Me parecía que había demasiadas, más que otras tardes. Las luces del Cine Fantástico apenas atravesaban la penumbra. Una anciana se dirigió a mí desde la plaza. Me sobresalté. Le di una moneda con la mano temblorosa. No sabía por qué me asustaba, no había sucedido nada. La mujer no me había amenazado. No había razón alguna para tener miedo.

Marcos me siguió por el vestíbulo del hotel y las escalinatas. Las sombras eran más intensas, y se amontonaban como el polvo en los rincones. El pasillo tenía el aire enrarecido y las sombras reptaban como ratas sobre los zócalos.

La habitación estaba a oscuras. Barbara no había regresado. Abrí la puerta pero no llegué a entrar, reacia a internarme en las sombras.

—Ya lo ves —me dijo—. Barbara no ha vuelto. Debe de estar pasando un buen rato en Tixkokob. Nosotros también podemos divertirnos. —Posó las manos sobre mis hombros y me acercó a él. Vi que las sombras se movían y dejé que me tomara entre sus brazos y me besara el cuello. Quería protección; quería consuelo.

A través de sus vaqueros y de mi fino vestido, sentí que su miembro se apretaba contra mí.

—Marcos —lo detuve—. Espera.

Su mano bajó hasta mis caderas, estrechándome contra su cuerpo.

—Sí que quieres —aseguró—. Lo pasaremos muy bien.

Me entró en volandas y cerró la puerta con un pie. Las sombras nos rodeaban y me aferré a él en busca de protección.

—Espera —le dije—. Barbara puede regresar.

—No —respondió—. Todavía no. No temas. Todo irá bien.

Su mano abandonó mi espalda, comenzó a soltar los botones de mi vestido y apartó el sostén de mi bikini. Me acarició con el pulgar la punta de los senos hasta que se erizaron bajo su presión. Mi respiración se hizo más agitada y las sombras parecieron retirarse.

—Sí, me gustas mucho —repitió, empujándome hacia la cama.

Acercó la boca a mis pechos y los besó con suavidad, y luego con más intensidad. Me estreché contra él. Me sentía cálida y las sombras estaban muy lejos. Mordisqueó el pezón con los dientes. Su otra mano se deslizó por el muslo y por debajo del vestido, hasta introducirse por dentro del bikini. Había desabotonado el vestido hasta la cintura y levantó el sostén para que pasara por alrededor de mi cuello. Frotaba entre sus dedos mis turgentes pezones. Su otra mano me acariciaba, ávida, entre las piernas.

Me bajó el vestido por los hombros hasta quitarlo por completo e hizo lo mismo con el bikini. La cama crujió cuando se puso de pie para encender el ventilador del techo. Dejó sus ropas en un fardo en el suelo y se abalanzó sobre mí. Levanté las caderas para recibirlo cuando me acarició los pechos y se hundió dentro de mí. El ruido del ventilador ahogaba el crujido de la cama y el sonido de mi respiración, cada vez más rápida.

Desperté al regresar Barbara. El ventilador del techo seguía girando.

—Oye —dijo con suavidad—, es hora de volver.

Permanecí un momento inmóvil, simulando estar dormida y pensando en la costa del Caribe, adonde mi madre quería que fuese. Playas puras y blancas donde no llegaban las sombras. Entonces me senté en la cama y sacudí la cabeza.

—¿Qué tal el estanque del pueblo?

Hizo un gesto de desencanto y encendió la luz.

—La fuente de la aldea queda enterrada en una gruta oculta de piedra caliza. No había niños alegres ni aldeanas. Tuve que sumergir a Emilio en el estanque para que le bajara la temperatura. —Volvió la cabeza y vi dos brillantes marcas rojas en el cuello—. Pero no antes de que dejara su marca.

—¿Decidiste no acostarte con él?

—En realidad, creo que así le gusto más —dijo—. Es un juego de poder, y si me acuesto con él el juego terminaría. O eso creo.

—Ya lo sabremos. —Me estiré bajo las sábanas—. Yo me acosté con Marcos, así que lo más probable es que el juego haya terminado.

Las sombras en la habitación eran las de siempre. Sólo sombras.

—¿Sí? —Barbara se sentó al borde de la cama—. ¿Y cómo ha ido? Fruncí el ceño. Mis recuerdos eran una maraña de sombras y avidez.

—Algo rápido para mi gusto.

—¡Ay, estos mexicanos calentones! —exclamó.

Salí de la cama. Me di una ducha y me vestí mientras Barbara ocultaba las marcas detrás con una capa de crema para la urticaria. Regresamos al campamento a través de la noche sombría.

## 19 - ELIZABETH

El domingo fue Etz'nab, día de dolor y sacrificio. Desperté mareada y dolorida, sin ganas de desayunar. Me quedé en la choza para evitar a Tony hasta altas horas de la mañana, cuando partí a dar un paseo por la excavación de la tumba. En el camino vi a un anciano agitando un cuenco de cerámica que calentaba al lado de un hornillo. La esencia resinosa de la savia llenaba el aire. La bolsa de tela tejida que descansaba a su lado estaba manchada de arcilla azul oscuro; la vara de madera tallada con que agitaba el contenido del cuenco estaba teñida de un vivo azul.

Azul es el tono con que los antiguos mayas pintaban las tortas de incienso que quemaban en las ceremonias. Azul es el color con que pintaban a las víctimas que sacrificaban en honor de los dioses.

No me agradaba el aspecto del anciano ni el de su pote de pintura. Caminé rápidamente y no volví la mirada.

Los estudiantes regresaron al campamento esa noche, vapuleados por la civilización. En todas las excavaciones hay momentos como éste. La gente se cansa de los rigores del campo y no se siente satisfecha con la limitada civilización que tiene a su alcance. Las relaciones se tornan más tensas. Maggie y Carlos estaban riñendo debido a un escarceo que había ido más allá de lo tolerable; Robin y John se aferraban el uno al otro porque la despedida y la separación se aproximaban demasiado deprisa. En tres semanas terminaría el ciclo lectivo en el campo.

Diane y Barbara regresaron tarde. Cuando llegaron, yo aún estaba sentada en la plaza bebiendo otra taza de té caliente. Diane saludó y luego fue hacia su choza. Parecía tranquila y desanimada pero no la seguí. No sabía qué decirle.

El lunes fue Cauac, gobernado por el dragón celestial que provoca tempestades, truenos y lluvias feroces. Desperté antes del desayuno y salí a caminar. Rumbo al cenote vi a un tallador dando forma a unas hojas ceremoniales de obsidiana, extraordinariamente afiladas. Sonreía mientras trabajaba y no me detuve a observarlo.

El lunes durante el desayuno hubo poco de qué hablar, pero lo que se dijo fue turbulento. Barbara había perdido la cuerda que empleaba para trazar los mapas de la inspección y no hubo paz hasta que la encontró arrollada en un rincón de la choza de Tony, donde la había dejado el viernes. El grupo de inspección salió a excavar media hora tarde.

John y Robin, al parecer, habían tenido una discusión sobre algo, vaya uno a saber qué, y comieron en silencio. John se marchó temprano a la excavación de la tumba; Robin fue al laboratorio. Todos estaban inquietos e irritables y perdían la calma con facilidad.

Cuando llegué a la tumba, a las nueve, John estaba sacudiendo el cedazo. Llevaba un pañuelo rojo alrededor de la nariz y la boca para detener las nubes de polvo que se levantaban cada vez que agitaba la pantalla rectangular para cernir laminillas de piedra y vasijas de la tierra. Al verme dejó el tamiz, aguardó a que el polvo se depositara y luego se quitó el pañuelo, dejando expuesta la piel limpia.

—Estamos encontrando fragmentos de pedernal y algunas vasijas grandes, tiernos dado con algo que se parece endemoniadamente a una pared.

El pedernal era buena señal. Por lo general, el material de relleno que conducía a las tumbas mayas contenía fragmentos de pedernal.

El obrero que subía los ocho escalones de piedra desde el interior del pasadizo, cargando una cubeta de tierra, sonrió apenas me vio: sabía que eso significaba una pausa. Me preguntó si quería echar un vistazo a la labor que habían hecho hasta el momento. Su sonrisa se hizo más ancha cuando dije que sí, y llamó a los otros dos, que aún estaban abajo. Llevaban los pantalones sucios y polvorientos, y el torso desnudo cubierto de polvo de piedra caliza. A cada uno le ofrecí un cigarrillo y se retiraron a fumar a la sombra.

Bajé por el túnel y parpadeé por un instante en la oscuridad repentina. El aire estaba húmedo y olía a sudor. El pasadizo se extendía unos dos metros por debajo del último escalón. Era oscuro y angosto y resultaba opresivo. Sobre el suelo de piedra, ahí donde habían estado trabajando los hombres, había un pico, un cepillo de alambre y una cubeta.

John tenía razón: las piedras al final del pasillo parecían ser una pared construida apresuradamente. No estaban tan bien alineadas como las de los muros, ni tan revueltas como las que los obreros habían retirado del pasadizo.

—¿Qué crees? —preguntó John. Se había detenido en el escalón inferior—. ¿Será el final?

—Haz que lo limpien un poco —le pedí, señalando las paredes laterales. El ángulo donde el muro se unía con el suelo lo habían dejado lleno de tierra—. Cada vez son más descuidados. Documentan esto, y luego siguen con otra cosa.

Llevé las vasijas más grandes para que Tony las analizara. Dejé los cuencos, describí brevemente la situación en la tumba y me retiré a la choza a descansar. La fiebre me extenuaba con facilidad, y me impedía concentrarme.

Esa noche me senté en la plaza después de cenar. Bebí ginebra y oí a Robin y Tony hablar de las vasijas. Tony había logrado situar cronológicamente un gran cántaro gris de finales del período Floreciente Puro, aproximadamente en la época en que la construcción de nuevos edificios en Dzibilchaltún había cesado. Especuló con que la pieza más grande era un fragmento de un cántaro de agua. La arcilla era de grano grueso y estaba templada con arena de calcita; la vasija había sido ligeramente pulida con cueros secos y cubierta con una capa de arcilla húmeda, lo que le daba al cuenco su terminación gris. No me interesaban tanto los detalles como la conclusión.

—No anterior al año 900 d. de C. —se pronunció Tony.

Eso concordaba con mis cálculos y con la fecha que habíamos descifrado en la piedra que cubría la tumba. Sea lo que fuere aquello que había detrás de la pared databa de la época en que las ciudades mayas habían sido abandonadas, poco tiempo después de que los toltecas invadieran la región.

Tony y Robin siguieron hablando de la vasija mucho rato, pero yo ya no les escuchaba. Maggie estaba sentada en una mesa cercana, escribiendo una carta. Probablemente un mensaje para algún novio de su ciudad. Diane compartía la luz de su farol y leía una novela de bolsillo. La observé, pero no pasaba las páginas. Ocasionalmente levantaba la vista, contemplaba la oscuridad lejos del haz de luz y luego regresaba a la misma página. Se sobresaltó cuando me senté a su lado.

—¿Qué tal ha ido la excavación? —le pregunté.

—Bien.

—¿El libro es bueno?

Se encogió de hombros y me mostró la cubierta. Era una novela rosa, a juzgar por el aspecto.

—No hay mucho que elegir en Mérida —dijo—. O esto o una de vaqueros.

—¿La arqueología te resulta aburrida?

Sacudió la cabeza bruscamente.

—En absoluto. —Se sentó con las manos en el regazo, aferrando el libro. No me miró. La oscuridad nos rodeaba. Tony y Robin estaban absortos en su conversación; Maggie se había ido a la choza.

—¿Qué habéis hecho Barbara y tú este fin de semana? —pregunté.

—El sábado visitamos Chichén Itzá.

—¿Qué te pareció?

Se mordió el labio, contemplando la penumbra.

—No lo sé. Pensé... No me gustaron algunos de los grabados, los cráneos. Jaguares sosteniendo corazones humanos. Eran bastante desagradables.

—Es la influencia de los toltecas —expliqué—. Un grupo de hombres del valle de México que invadió este área y tomó Chichén Itzá como capital. La mayoría de los lugares mayas muestran la influencia de los toltecas en los últimos años. El guerrero que había en la estela que encontraste es tolteca. La mujer que había a sus pies era una deidad maya. La obra original maya ha quedado enterrada debajo de la de sus conquistadores.

—¿Qué les sucedió a los mayas?

Me encogió de hombros, incómoda.

—Trabajaron los campos y siguieron adelante con su vida, supongo. Incorporaron a su panteón a los nuevos dioses. La gente que no estaba dispuesta a aceptar las nuevas costumbres, callaba o moría, según creo entender. —Dejé de hablar—. Esto debe aburrirte mucho...

—De ningún modo.

Aguardé, pero no prosiguió. Se movió hacia las sombras, y no pude leer la expresión de su rostro. Los músculos de su cuello estaban tensos.

—Entonces, ¿qué? —pregunté.

Me observó y cerró el libro entre las manos.

—Me siento como a la espera de que algo suceda. A veces tengo miedo.

—¿Miedo de qué? —Mi voz era grave.

Se encogió de hombros, con una rápida sacudida, como si quisiera espantar algún insecto.

—No lo sé. Si lo supiera, tal vez podría hacer algo. —Hizo un ademán con la cabeza—. O tal vez no.

—Puedes ir a Cancún —aconsejé—. Te encontraré allí una vez que la excavación haya concluido. La costa del Caribe es...

—No —me interrumpió—. Me quedaré aquí.

Se fue a dormir al poco rato. Regresé a la mesa con Tony y Barbara y escuché su conversación. Advertí que Tony no bebía. Después de unos instantes, también yo me fui a dormir.

La semana terminó y necesitábamos más obreros. El incidente de la estela había atemorizado a los de más edad pero, aunque algunos se marcharon, nuestra suerte mejoró.

No vi a Zuhuy-kak. La busqué, pero no di con ella. Cuando salía a buscarla por la mañana, me encontraba a Diane en el cenote. Si paseaba por las tardes hacia el Templo de las Muñecas, también me encontraba a Diane. Entonces, volvíamos juntas al campamento en silencio. Tenía poco que decirle. Sentía que ya había hablado mucho, que le había permitido acercarse demasiado.

El miércoles fue Ahau, día del sol, una jornada favorable. No se estropeó ninguna herramienta, ningún hombre enfermó. No lograba acabar con mi fiebre, y eso me preocupaba e irritaba. Sólo me sentía satisfecha cerca de la tumba, viendo a los hombres trabajar. Pero aun allí temblaba y me daban escalofríos.

Esa noche tuve sueños extraños, vividos y febriles. Recuerdo haber danzado bajo la lluvia, sosteniendo un cuchillo de obsidiana. La Luna brillaba, casi llena, y yo era joven otra vez. La ropa revoloteaba a mi alrededor. Dentro de mí surgía una sensación de poder, de poder antiguo que provenía de la Luna.

El jueves fue Imix, día del monstruo de la tierra, una criatura de nariz protuberante y forma de dragón. Un buen día para excavar, para arrancar cosas de raíz. Por la tarde, al fin, Pich pudo extraer una piedra de la pared donde había estado un millar de años.

Pasé la mayor parte del día en la excavación y bajé al túnel. Por la brecha del muro soplaba aire húmedo y fresco. Con una linterna, atisé por la abertura, tratando con poco éxito de ver qué había más allá de la pared: un gran espacio abierto, una plataforma baja, difusas formas claras que podían ser esqueletos o vasijas... no era mucho lo que podía distinguir. La pared tenía casi un metro de espesor.

El jueves los obreros trabajaron hasta tarde, pero a las cinco ya vieron que no podrían quitar otra roca ese día. Entonces nos detuvimos, cubrimos la abertura con un toldo y nos marchamos a regañadientes.

Fui al cenote esa noche después de cenar y me senté al borde del estanque, oyendo el sonido de los grillos y viendo las sombras de las aldeanas que venían en busca de agua. Zuhuy-kak no se acercó. Mi hija tampoco. Estaba sola cuando la Luna se elevó por los cielos. Me fui a dormir.

El viernes fue Akbal, un día de oscuridad. Lo gobierna el jaguar en su aspecto nocturno, dueño y señor del mundo subterráneo.

Ese día, Tony me acompañó a la excavación. Al mediodía los obreros habían aflojado y retirado otra piedra, con lo cual quedaba un espacio suficiente para que me deslizara boca abajo, con la linterna alumbrando por delante.

El esqueleto yacía sobre una laja de piedra, de espaldas y con las piernas extendidas. El armazón de las costillas se había desmoronado: el haz de luz brilló sobre un cúmulo de huesos pálidos con forma de luna creciente y destelló contra las piedras de jade dispersas entre las costillas y las vértebras. Un brazo se extendía sobre el torso y la caja pélvica; los pequeños huesos de la mano estaban tendidos sobre el fémur. El otro brazo estaba cruzado sobre el pecho y los dedos de la mano se perdían en la confusión de vértebras y costillas. Los huesos de los pies se habían esparcido tal vez a causa de los roedores que buscaban comida. No lejos del brazo cruzado sobre el pecho yacía un cuchillo de obsidiana sobre la plataforma de piedra. Cerca, la piedra estaba teñida por un borbotón rojo: cinabrio vertido del plato de nácar que había a su lado.

El cráneo, deformado y aplastado en un abrupto ángulo, formaba una vasta frente. La boca había quedado abierta y los dientes estaban intactos. Reconocí a Zuhuy-kak por las incrustaciones de jade de los dientes frontales. Sobre la pelvis yacía algo blanco y dirigí hacia ella el haz de luz: la concha que pendía de su cinturón. Un fémur dejaba ver una protuberancia en el centro: una fractura que nunca había curado apropiadamente.

Oí que Tony se deslizaba por la estrecha abertura detrás de mí. El haz de su linterna se posó sobre las vasijas que rodeaban al esqueleto: una jarra con forma de pavo, un recipiente crudo de tres patas pintado con jeroglíficos, una vasija panzona con forma de concha espiralada, un incensario que remedaba un jaguar y varios cuencos, cántaros y recipientes.

La luz de Tony se detuvo en un gran cántaro junto a los pies del esqueleto: era del tamaño del círculo que yo podría formar con mis brazos. Estaba artísticamente ornamentado de jeroglíficos e imágenes. La tapa de cerámica había quedado inclinada. Tony se acercó unos pasos, miró dentro del cántaro y luego levantó la tapa con suavidad.

Nos sonrió un cráneo del tamaño de un gran pomelo: un niño de ojos oscuros cuyos dientes habían caído de las mandíbulas hacía tiempo. Pálido y suave, el cráneo se apoyaba sobre las costillas curvas y los largos huesos como un huevo entre las ramas de un nido. Por todas partes los huesos estaban manchados de cinabrio. Por el aspecto, el joven esqueleto había sido desenterrado, limpiado, empolvado con cinabrio, prolijamente colocado en el cántaro y vuelto a enterrar. Me acerqué, y vi las cuencas oscuras de los ojos, hundidas bajo la frente aplanada. Era tan frágil... podía coger fácilmente las costillas entre mis manos. Era tan joven... Los huesos habían sido dispuestos suavemente en el cántaro. Me pregunté quién se habría ocupado de hacerlo.

Al final, las grandes transformaciones de la civilización cuentan poco. Lo que interesa es el cráneo de un niño al lado del esqueleto de su madre. Miré los huesos de Zuhuy-kak y el cuchillo de obsidiana que había a su lado. Lo que importaba era cómo había muerto esta criatura. Sentí una brisa fría y húmeda y me estremecí.

—Sigue —dijo Tony, y por un instante no comprendí lo que me quería indicar. Luego acompañé su haz de luz con la mirada y vi que la oscuridad era un pasaje descendente, el comienzo de una caverna de piedra caliza que se extendía por debajo de la tierra. Las paredes de caliza estaban cubiertas de conchas marinas. Se me puso la piel de gallina. A lo lejos alcanzaba a percibir el olor del agua. No había otro sonido más que mi respiración y la de Tony. Avanzó hacia la abertura.

—No —dije con ferocidad—. No te metas ahí.

Se volvió para mirarme y sólo entonces advertí que había hablado en voz demasiado alta.

—¿Sucede algo? —preguntó, acercándose a mí.

—No.—respondí—. Nada.

—Se ha detenido el trabajo por nosotros —dijo—. No había previsto que perdiéramos tanto tiempo observando grutas como si fuéramos turistas.

—Es que no estamos equipados —aduje. Recorrí las paredes con mi linterna y supe que había sombras más allá del alcance del haz de luz. No quería que Tony se internara en la cueva. No quería que nadie entrara en la cueva.

—Hasta ahora no había sido impedimento —dijo—. Veré si John desea organizar una expedición mañana.

Comenzamos la excavación de la tumba ese mismo día; John y Robin se pusieron a trabajar con palustres y escobillas mientras los hombres continuaban derribando el muro. Cuando el grupo de inspección llegó se abalanzó hasta el lugar para asombrarse ante el esqueleto. Por fin dejamos de trabajar cuando el sol se ocultó.

El viernes por la noche me despertó el sonido de pasos sobre el camino. La choza estaba a oscuras. Barbara respiraba serenamente. Maggie murmuraba algo entre sueños y se revolvía inquieta en su hamaca. Robin dormía plácidamente, como un animalito acurrucado en su madriguera.

No sé qué me despertó: un cambio en el chirriar de los grillos, el ulular de un búho, algo, no lo sé. Pero me senté en la hamaca y miré por la puerta abierta. Me puse de pie y me detuve antes de salir. Sentí el frío del suelo de tierra contra mis pies descalzos.

La luna estaba baja y no había luces encendidas. El cielo era inmenso: una interminable oscuridad salpicada de estrellas y estrellas. Tony aún dormía: la luz de su choza estaba apagada. Un murciélago voló sobre mi cabeza, chillando con excitación y cubriendo fugazmente las estrellas.

Vi que algo se movía en la oscuridad cerca del barril del agua. Miré con atención y se volvió a mover: era una sombra más oscura que la penumbra.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté suavemente, para no despertar a los demás—. ¿Quién anda ahí?

Nadie respondió. Creí saber la respuesta; en la oscuridad me aguardaba una anciana vestida de azul.

Bajo la luz de las estrellas, el mundo era negro y blanco, como una película nocturna por un televisor en blanco y negro. En esas películas, los monstruos viven en las sombras. La heroína siempre sale a investigar y el monstruo siempre la atrapa. Siempre. Cuando veía las películas de horror por la noche nunca entendí por qué la heroína no iba a dormir y se cubría la cabeza con la sábana hasta el día siguiente, hasta que el sol saliera y los pájaros trinaran y los vampiros y los lobos regresaran a sus madrigueras. Yo no era ninguna de esas heroínas: podía regresar a mi choza y dormir hasta el amanecer.

Salvo por la incertidumbre que me venía fastidiando desde que vi a esa mujer en el monte; y la sospecha, vaga pero cada vez más tenaz, de que no tardaría en volverme loca como mi madre. Temía a las cosas que no existían. Veía sombras de día, oía ruidos de noche. Sin que lo advirtiera, los puños se me crispaban, como ahora.

Cogí la linterna de la mesa, traspuse la puerta y me dirigí hacia la sombra a paso ligero. Iba deprisa porque si no me apresuraba, regresaría a la choza y no lograría dormir en toda la noche, oyendo cómo se acercaban los pasos.

La figura que había al lado del tonel no se movió cuando me vio acercarse. Encendí la linterna y la dirigí hacia las sombras; mi madre parpadeó bajo el inesperado resplandor. Enfundada en su pijama azul, con el cabello desgreñado, descalza, abría y cerraba los ojos como una lechuza. Tenía el rostro desencajado y los ojos inmensos. Posé la mano sobre su hombro y sentí sus huesos frágiles bajo la fina capa de ropa y piel. Temblaba.

—¿Qué haces aquí? —pregunté—. ¿Qué sucede?

—Estoy cuidando a la niña —dijo. Sus ojos se habían apartado de la luz, pero se perdían en el espacio.

—Me asustas —le dije—. No has contestado a mi llamada.

Pero no me escuchaba.

—Alguien debe velar por la niña —insistió—. Es demasiado joven para que la dejen sola. —Me miraba, pero creo que no me veía—. No puedo escapar otra vez.

La rodeé con el brazo y traté de alejarla de la choza. No se movió. Notaba su estremecimiento.

—La vigilaré —dije—. Yo cuidaré de ella.

—Debes tener mucho cuidado —me dijo como ululando—. Es muy obstinada y no quiere marcharse. Pero no está a salvo aquí.

—Tendré cuidado.

—¿Cómo sé que puedo confiar en usted?

—Soy su amiga. Muy buena amiga. —Vacilé, y luego pregunté a media voz—: Dígame... ¿de quién la debo cuidar?

—De la anciana —dijo, parpadeando en la oscuridad—. Vigile a la anciana.

Me dejó que la acompañara hasta su choza por el campamento silencioso. Una vez allí, encendí la vela que había sobre su escritorio. La inmensa cabeza de piedra me observaba desde el rincón mientras ayudaba a mi madre a subir a su hamaca. La cubrí con la sábana que estaba arrollada a los pies de la red. Tenía la piel seca y caliente, y pensé que tal vez estuviera con fiebre. Se revolvía en su sueño. Luego se puso a hablar en maya con gente que yo no veía. La tranquilicé, diciéndole que todo iría bien, y deseé no estar mintiéndole. Me senté a su lado, mientras oía los sonidos de fuera y la cogía de la mano. En cuanto asomó la línea gris del alba por la puerta abierta, soplé la vela y regresé a mi choza. Mi madre dormía serenamente. Apenas me había vestido cuando Barbara se despertó.

—Vamos —le dije—. Salgamos de aquí.

Me miró aún dormida.

—Oye, dame un minuto para que me despierte. Aguardé a que se vistiera y saliera de la hamaca, y caminamos hacia la plaza.

—Pensé que hoy nos quedaríamos por aquí para ver qué encuentra Liz en la tumba —comentó—. Después de todo, es nuestro primer gran hallazgo.

—Sea lo que fuere, seguirá allí el lunes —sostuve—. ¿Prefieres quedarte sin una ducha caliente con tal de verlo un día antes?

—Tienes razón. —Se detuvo ante el tonel del agua y se salpicó el rostro—. De pronto te muestras ansiosa por ir al pueblo sin más. ¿Marcos te ha robado el corazón?

Moví la cabeza, preguntándome qué le podría contar a Barbara.

—Necesito salir de aquí.

—¿Más problemas con Liz?

Asentí.

Estudió mi rostro, y luego se encogió de hombros.

—Supongo que tienes razón. Los secretos de los antiguos mayas no pueden competir con una ducha caliente. Vamos.

Llegamos temprano a la ciudad por la mañana y desayunamos en la mesa de siempre debajo de unos árboles que desprendían flores que al tacto eran como el pelaje de un gato. Emilio llegó con sus hamacas a la hora de siempre, y nos convidó con la habitual ronda de café.

Fue Barbara y no yo la que preguntó por Marcos. Al parecer, estaba ocupado ese día; ciertos asuntos lo mantenían alejado. Emilio se mostraba evasivo, no me miraba. Barbara frunció el ceño, le hizo algunas preguntas en español, y sacudió la cabeza. Terminamos el café en silencio, y entonces Emilio dijo que estaría vendiendo hamacas en el zócalo y que nos vería a la hora de comer.

Una vez que Emilio se marchó, Barbara pidió más café.

—Al parecer, teníamos razón acerca del juego —reflexionó—. ¿Estás bien?

—Sí. Si está ocupado, está ocupado. —Me encogí de hombros—. No importa.

—Puedes dejar de fingir cortesía —sugirió—. Emilio ya no está.

—De verdad no me importa. No cambian las cosas.

Me observó las manos.

—Estás destrozando la servilleta —dijo con lentitud.

Dejé los trozos de papel sobre el mantel de cuadros.

—No debería afectarme. No significa nada para mí. No tiene importancia.

—¡Qué imbécil! —dijo.

Repetí el gesto de indiferencia.

—Nada serio.

—Mira —dijo. Se inclinó y posó su mano sobre la mía—. Sé que no es nada serio. Sé que no te ha roto el corazón ni nada por el estilo. Pero no por eso deja de estar mal. Si quieres, puedes lamentarte.

Bebí el café y contemplé a un mendigo ciego tratando de vender un animal de madera torpemente tallado a una pareja en la mesa de al lado.

—¿Crees que debo mandar a Emilio a paseo?

—¿Por qué? Él no tiene la culpa.

—Como quieras. —Se reclinó en la silla y agregó más azúcar al café—. Tal vez debamos salir de la ciudad hoy. Ir a las ruinas de Uxmal. Ver algo distinto.

—Estoy bien —le dije—. No te preocupes.

Estudió mi rostro, y luego asintió.

—Como quieras. ¿Qué hacemos? ¿Vamos a nadar?

—De acuerdo.

Fuimos a nadar a la piscina del hotel, un pequeño retazo de agua en una cuenca de cemento turquesa. Me tumbé al lado de la piscina sobre el cemento y traté de leer la novela, un relato insulso sobre gente hermosa que siempre viste a la perfección. El mundo de la heroína estaba lleno de vagas angustias, de miedos ampulosos. Me sentía identificada.

Barbara nadaba y de vez en cuando trataba de hacerme hablar. Después de una hora le dije que no tenía hambre, y que fuera sola a comer con Emilio.

—Creo que iré a pasear por el mercado. A lo mejor me compro un vestido. Te veré de regreso aquí en el hotel.

Caminé. No fui al mercado. No me sentía con ánimos para andar entre la multitud. Deambulé por el zócalo, compré un helado de limón a un vendedor ambulante y me senté a saborearlo en un banco cerca de la catedral. El reloj del Palacio Municipal marcaba la una y media, pero parecía mucho más tarde. El aire presagiaba lluvia.

No echaba de menos a Marcos. Había esperado poco de él. Era una persona a la que aferrarse cuando acosaban las sombras. Nada más. Y ahora, ni siquiera tenía eso.

Delante de la catedral, mendigaban sentadas dos ancianas enjutas envueltas en mantones de color rojo oscuro. Dos mujeres de mediana edad que vendían imágenes de santos a la puerta de la catedral cerraban su puesto, envolviendo los marcos en papel de diario y empacándolos en una caja de cartón. En lo alto, las palomas iban y venían por la cornisa de piedra.

Sobre la acera deambulaban los turistas. Una mujer prolijamente vestida, con la nariz bronceada por el sol, se maravillaba ante las postales. Un hombre con un flamante sombrero panamá tomaba una foto del Palacio Municipal. Todos extraños. Ninguno de ellos me entendería si le dijese que temía que mi madre estuviera loca, que yo misma temía estar loca. No comprenderían que estaba siendo hechizada por una anciana igual que la cabeza de piedra de la choza de mi madre.

Pensé en llamar a mi antiguo amante, Brian. Desde que había renunciado al trabajo, no hablaba con él. ¿Qué decirle? Estoy viendo fantasmas y mi madre está loca. No. No le diría nada.

Tenía miedo. Una amiga mía tuvo un perro que corría tras la luz de la linterna, incapaz de atraparla e incapaz de hacer otra cosa. El perro corría detrás de la luz y ladraba cuando ésta subía por las paredes, hasta que caía exhausto. El pobre animal no sabía que jamás podría alcanzarla. Yo me sentía igual. No conocía las reglas y no había quien me las explicara. Era como andar tras una luz, o como intentar atrapar pompas de jabón que se iban con la brisa. Una siempre termina con las manos vacías.

No vi que la curandera se acercaba. Se sentó a mi lado en el banco y sostuvo mi mano firmemente entre las suyas, cálidas y secas. Me dijo algo con voz imperiosa y grave. Sacudí la cabeza. No le entendí. Traté de liberar mi mano, pero no me dejó. Llamó a un

vendedor de hamacas y le dijo que se acercara. Sin soltarme la mano, le habló con rapidez. El hombre me observó con curiosidad, divertido por la situación.

—¿Habla usted inglés? —le pregunté—. ¿Sabe decirle que me deje ir?

—Un poco —respondió. Se dirigió a la mujer, que movió la cabeza y dijo algo más.

—Quiere que le diga... —Vaciló, como si buscara las palabras adecuadas—. Debe marcharse —logró decir—. No regrese donde está su madre.

—¿De qué habla? ¿Por qué no habría de volver?

Se encogió de hombros.

—Dice que su suerte es desfavorable. —Repitió el gesto—. Es lo que dice.

—Dígale que comprendo —intervine. Observé a la anciana y me devolvió la mirada—. Yo comprendo —le dije en español. Su mano había aflojado la tensión y conseguí soltarme. Me puse de pie y me aparté de ella.

—Oiga —me gritó el vendedor—. ¿No quiere comprar una hamaca?

Salí a trompicones, casi corría por el zócalo. Un relámpago atravesó el cielo, de nube a nube. Regresé al hotel a por mi bolso y hallé a Barbara y a Emilio en la mesa de siempre. Le dije a Barbara que iba a coger un taxi para volver al campamento. Intentó detenerme, pero me encogí de hombros. Sabía que debía regresar. No entendía por qué la anciana quería apartarme de mi madre, pero supe que tenía que volver.

Las primeras gotas pesadas de lluvia cayeron mientras salía del hotel hacia la parada de taxis. La estatua de bronce miraba fijamente los relámpagos desde su pedestal sin reparar en mis apresuradas negociaciones con el taxista.

Bajo la lluvia, el trayecto hasta las ruinas parecía más largo. El conductor trató de entablar conversación, creo que se quejaba de tener que conducir bajo la lluvia. Me encogí de hombros, pues no lograba entender más que algunas palabras. Vi sombras bajo la lluvia: nunca nítidas, pero siempre presentes. En una ocasión, casi pedí al conductor que se detuviera... observé a una anciana cruzando el camino. Pero se desvaneció en la lluvia. Una sombra, nada más. El trueno vibró en lo alto, como un edificio que se desmorona.

## 21 - ELIZABETH

Desperté el sábado, día Kan, dura y dolorida como si hubiese estado vagando por el monte durante el sueño. El cielo estaba encapotado y la mañana casi había concluido. Me detuve en la cocina y María me dio —a regañadientes, creo— un desayuno de atole. Barbara y Diane se habían marchado a Mérida; a Tony no se le veía por ningún sitio.

Este día está gobernado por el dios joven y de rostro afable que hace crecer el maíz. Es un buen día, según la mayoría de las fuentes, favorable para comenzar nuevos proyectos y proseguir con los viejos.

Pensaba en esto mientras comía el atole, sentada en la plaza. Después fui a por mis herramientas y me dirigí a la tumba.

Había recorrido la mitad de la distancia cuando Zuhuy-kak irrumpió en mi camino. Cojeaba ligeramente y recordé el fémur fracturado que le había causado el dolor. Miré el ancho rostro y pensé en la superficie blanca y suave que se extendía bajo la piel. La observé en silencio.

—¿Estás contenta con los descubrimientos que hiciste? —preguntó. Al oírla, recordé las fauces abiertas del esqueleto.

Habíamos llegado a la boca de la tumba. Sin reparar en la presencia de Zuhuy-kak, hice a un lado el toldo que cubría la excavación y descendí por los escalones hasta la tumba. En el pasadizo, encendí la linterna, la introduje por la abertura para dejarla en el suelo y entré detrás de ella.

En el interior aún era de noche, gobernada por el jaguar, aspecto oscuro del sol. La linterna arrojaba un círculo de luz que se desvanecía antes de llegar al techo. En la oscuridad silenciosa oía el rápido latido de mi corazón, como si hubiera corrido un largo trecho. Levanté la linterna y contemplé el final de la tumba. El suelo se alejaba, concluía en la oscuridad. Las cavernas forman la entrada a Xibalba, el submundo maya habitado por los dioses de la muerte y el sacrificio. El aire frío subterráneo me erizaba la piel de los brazos. Me estremecí; Sobre la pared de piedra vetada mi sombra se agitaba, monstruosa y extraña. Vi a Zuhuy-kak de pie en el límite del círculo de luz, observándome.

El viernes habíamos comenzado a limpiar el área, apartando el polvo y la tierra. Nuestro primer hallazgo había sido un jarrón que yacía de lado cerca de la cabeza del esqueleto. Apoyé la linterna sobre la plataforma de piedra, para que la vasija quedara iluminada.

Me acuclillé al lado del recipiente. Aunque lo había limpiado el viernes, aún seguía cubierto de polvo y restos de paja acumulados por generaciones de roedores. Utilicé el cepillo de alambre para limpiar la superficie de arriba.

—Yo hice esa vasija —dijo Zuhuy-kak—. Y cuando emergí del estanque, la pinté mientras mi pierna sanaba.

Noté que las manos me temblaban y me detuve un instante, aguardando a que cesara el temblor para proseguir mi tarea. Respiré hondo, y percibí el estremecimiento de mi interior aunque mis manos ya se habían calmado. Reconocí un jeroglífico, el que señalaba el sitio de Chichón Itzá. En la parte inferior del cuenco, bajo la franja de jeroglíficos, distinguió una delgada línea negra sobre la cerámica color crema. Seguí cepillando. Ahora el polvo salía sin dificultad, dejando ver el elaborado tocado de un sacerdote o de un noble. El contorno negro era la mano, elevada sobre la cabeza. Estaba mirando hacia abajo.

Seguí quitando el polvo del recipiente. El canto que había quedado al descubierto, de un centímetro de altura aproximadamente, estaba rodeado por una hilera de signos negros sobre fondo rojo: jeroglíficos borrosos e ilegibles a la pálida luz de la linterna. Sobre la vasija, un sacerdote de pie en un acantilado, junto a otros sacerdotes y nobles. Todos miraban hacia abajo. Mi cepillo de alambre destapó primero los pies, luego un manto azul, flotando a su alrededor mientras caía. El cabello era una corriente que flotaba por detrás. La mujer que caía. Las manos del sacerdote estaban en lo alto porque la había arrojado desde arriba. Los brazos de la mujer estaban cruzados sobre su pecho; tenía los ojos abiertos y miraba algo, pero yo no sabía qué. Caía por un espacio vacío, tal como había estado haciéndolo durante tantos años.

La imagen al pie del jarrón era borrosa, pero pude distinguir olas de aguas turbulentas, espirales negras sobre el fondo color crema. Entre las olas, sobre las fisuras y brechas se veía un brazo elevado junto a un rostro desconsolado, y varias figuras pequeñas que luchaban contra las espirales del agua.

—Traje el cántaro cuando bajé aquí. Lo quería conmigo. Traje los huesos de mi hija...

Oí la lluvia, que empezaba a caer en el exterior. El toldo aleteaba por el viento y el agua se filtraba por los peldaños, produciendo un suave chapoteo, que recordaba el ruido que hacen los gatos al lavarse con la lengua.

Usé el palustre para apartar la tierra que rodeaba la vasija y vertí los restos y el polvo en un cubo. El cántaro ya casi estaba libre de tierra. Al cepillarlo lo moví ligeramente, y volvió a su sitio. Esperé por un instante a que cesara el temblor de mis manos. Entonces, con cuidado, levanté el recipiente del suelo.

La capa de barniz que había estado en contacto con el suelo estaba resquebrajada y fisurada, pero el dibujo permanecía intacto. La mujer de azul —la mujer que caía— yacía sobre una plataforma. A sus pies se veía una concha, símbolo del agua de la cual había emergido y del mundo subterráneo donde muere y renace el sol. Una mano sostenía un

cuchillo de obsidiana con forma de hoja. El otro brazo, extendido, mostraba una brecha de la que manaba sangre. La mujer sonreía, con expresión triunfal.

—Te suicidaste aquí... —susurré.

—No quedaba quien me matara —respondió con suavidad—. La diosa ya no tenía poder, y yo había hecho que la gente huyera.

Zuhuy-kak se había sentado al borde de la plataforma de piedra, y parecía tan sólida como los huesos que tenía a su lado. Inclina los hombros hacia delante y se miraba las manos entrelazadas. Por un instante compadecí a esta pobre sombra enloquecida, exiliada por sus propios actos, sola y perdida. Sin pensar, extendí mi mano hacia ella. Levantó la vista y me detuve.

—¿Cómo murió tu hija? —le pregunté.

Zuhuy-kak tropezó con mi mirada. Tenía las manos apoyadas en el regazo. Permaneció callada un momento.

—La sacrifiqué a los dioses —dijo por fin..

—Sacrificaste a tu hija... —repetí, mirándole a la cara.

Zuhuy-kak permaneció un instante sin hablar.

—Los ah-nunob se acercaban y perdíamos la batalla —recordó—. Habíamos capturado a sus guerreros. Yo los maté en el altar y apilamos sus cráneos en los patios, pero no fue suficiente.

Se retorció las manos con fuerza. Miró la oscuridad que se cernía al final de la caverna y se balanceó como si acunara a una criatura entre los brazos. Su voz era una letanía.

—Hubo muchos muertos, muchos muertos en el campo de batalla y en el templo. Mi esposo, un hombre de poder y nobleza, un buen hombre, había muerto esa semana combatiendo. El aire estaba impregnado del olor denso y pesado de la sangre que inundaba el templo, surcaba los patios, se esparcía por los lugares sagrados y corría por el sacbe: era un río perfumado de un denso rojo y adornado con humo de incienso. El son del tambor y la sonaja me seguía por doquier, retumbaba como mi corazón, fuerte y tenaz. Como mi corazón.

Había llevado las manos al pecho, y se movía hacia delante y hacia atrás, hacia atrás y hacia delante, como al ritmo de un tambor que yo no podía oír. Comenzó a hablar deprisa.

—El humo, el olor de la sangre, los gritos de los heridos asistidos por los curanderos... parecía ser lo natural. —Había cerrado los ojos—. Ofrendé mi hija a los dioses para detener la llegada de los ah-nunob. Quise que fuera un sacrificio sincero, una ofrenda. La preparé, la vestí, la perfumé y le di a beber balche con hierbas. La llevé al lugar del sacrificio, invadido por el poder de la diosa. No se opuso. Me sonreía, porque le había dicho que Ixtab vendría y la llevaría al paraíso. Me sonreía, a pesar del miedo. Pero en el momento en que aferré la hoja del cuchillo, cuando el poder de la diosa debía haber sido mayor, dudé. Mi hija me miró, y yo desconfié del poder de la diosa. —Abrió los ojos y la extraña luz que los inundaba me hizo recordar a la loca que decía ser Jesucristo—. Desconfié y los ahnunob invadieron la ciudad. El ciclo cambió y la diosa perdió su poder.

Me dolió el estómago, y fue un dolor sólido y constante, como el que había sentido en mis entrañas durante el embarazo. Era una sensación triste y grave, como si cargara un peso demasiado grande. El doctor que me atendió durante el embarazo decía que no era nada, que era psicossomático. Muchas mujeres encintas se sentían infelices, explicó. No era anormal. Sí, que se sentían infelices; lo recuerdo. No se le ocurrió pensar que tal vez tenían alguna buena razón para sentirse así, que tal vez les dolía, que tal vez llevaban un peso demasiado grande para ellas. Me pregunté qué diría ese doctor ahora.

—Ha llegado la hora del cambio de los ciclos. Puedes hacer que la diosa retome el poder. Tu hija...

—No —la interrumpí.

—Tú puedes —insistió. Advertí que sostenía el cuchillo de obsidiana—. Será fácil. Y entonces, una vez que lo hagas, podrás descansar.

—Eres como yo —dijo—. Te conozco. Te conocí cuando te vi en el cenote. Tú también hiciste un sacrificio que no sirvió de nada. Tú comenzaste a caer tal como yo lo hice cuando mi hija murió y el poder de la diosa murió con ella. Comencé a caer mucho antes de que los sacerdotes me arrojaran al cenote —dijo.

—Puedes descansar ahora —le propuse—. Puedes detenerte.

—Ya lo intenté. Cuando la gente huía y la ciudad desembocaba en el caos, pedí a dos albañiles que me emparedaran, y cumplieron mi deseo. Me encerraron aquí y me detuve. Quería descansar. Pero no he tenido descanso. El ciclo está cambiando otra vez. Se acerca la hora de hacer sacrificios. Una vez que lo hagas, podremos descansar, tú y yo.

—Tú puedes hacerlo —le dije—. No tienes necesidad de estar aquí. No habrá sacrificios ni se derramará sangre.

Me miró con ojos tan apagados como la oscuridad que se extendía más allá de la tumba.

—¿Por qué estás aquí? —dijo, y sin aguardar mi respuesta añadió:— Estás aquí porque quieres saber secretos. Quieres poseerlos, pero temes aprenderlos. Quieres poder, y temes al poder. Te asusta saber de qué eres capaz. —Deslizó su dedo por el cuchillo de obsidiana—. Habrá sangre.

Lo extendió, pero yo atrapé la hoja en mi mano y la apoyé delicadamente sobre la piel de mi muñeca, probando el filo. Sólo probándolo. La sangre manó sobre la hoja y sentí que una nueva tibieza y una nueva fuerza subía por mi brazo hasta el corazón. El contacto con la obsidiana fría me trajo a la memoria el intento de suicidio. Recordé la sensación de ardorosa imperiosidad, la sensación de que el dolor era insignificante al lado del poder que obtendría. Observé el hilo de sangre que surcaba la herida del brazo y me sentí ardiente y poderosa.

## 22 - DIANE

Pagué al taxista y corrí bajo la lluvia. Le oí arrancar el motor a mis espaldas y partir.

La choza de mi madre estaba vacía, y ambas puertas abiertas. La lluvia había entrado, humedeciendo el suelo de tierra. De un clavo colgaba un poncho de plástico, y tras dudar un instante, me lo eché sobre la ropa y salí a la intemperie. No sabía exactamente por qué quería ver a mi madre en ese preciso momento. Creo que quería hablarle de la anciana que había visto, y conversar del tema como adultos, separando los fantasmas de la realidad, parte por parte.

Seguí el trayecto que conducía a la tumba, chapoteando con mis sandalias intrépidamente en los charcos. Estaba empapada ya; un poco más de agua no se notaría. Una vez resbalé y di con la rodilla en el suelo. Tuve que continuar cojeando.

La boca de la tumba era un punto negro sobre el suelo de la plaza. Al descender por el pasadizo sentí una débil brisa que portaba un aroma a tierra recién excavada. La lluvia salpicaba los escalones de la tumba. A pesar del sonido de la lluvia distinguí la voz de mi madre, pero no logré descifrar las palabras.

En el último escalón, mis sandalias de cuero resbalaron sobre la piedra mojada. Perdí el equilibrio, y fui a dar al charco que cubría el suelo del pasadizo. Por poco caigo. Un poco de luz brillaba a través del agujero abierto entre las piedras.

El rayo de luz se movió. Mi madre iluminó el orificio.

—Hola —saludé—. Me imaginé que estarías aquí.

Sólo podía ver su cabeza, recortada en el hueco.

—Vine de Mérida antes de lo previsto —dijo—. No hay mucho que hacer allí. Barbara se quedó pero yo decidí regresar. —Las palabras se me atragantaban. Oía la lluvia corriendo por los peldaños de mis espaldas, como un río vertiendo sus aguas sobre el lago frío que lamía mis tobillos—. Fuera cae un diluvio.

Quedé de pie torpemente en medio del charco, esperando que se hiciera a un lado, que me dejara ver qué estaba haciendo, que dijera algo. El agua me chorreaba por la espalda. El poncho se me adhería a las piernas y a los brazos desnudos. Me desprendí de él y lo tendí de un pico que descansaba inclinado en el agua. Me quité el calzado mojado y lo apoyé en un cubo de metal que había al lado del pico. Faltaba poco para que la cubeta echara a flotar a la deriva. Sin que me invitara, eché un vistazo por la abertura y mi madre se hizo a un lado para dejarme pasar.

Las paredes se arqueaban sobre mí a gran altura, y la luz de la linterna no llegaba al techo. Por todas partes se reflejaba en trochos de nácar incrustados en la pared mucho tiempo atrás. Un esqueleto yacía extendido sobre una plataforma de piedra, observando la oscuridad con ojos huecos. El cuaderno de notas de mi madre, su palustre y su cepillo de alambre estaban en el suelo junto a la cabeza del esqueleto. Estaba de pie, no lejos de allí, mirándome fijamente. En una mano sostenía la linterna con una manija de alambre. En la otra, un cuchillo de obsidiana. Su muñeca derecha sangraba.

—Te cortaste... —murmuré.

—¿Por qué has vuelto? —preguntó. Su voz era áspera, amarga.

—No tenía ninguna razón para quedarme en Mérida.

—¿Qué te ha traído aquí, para andar bajo un diluvio en sandalias y vestido? Negaba con la cabeza.

Me observé. Tenía las piernas manchadas de barro y, de la herida que me había dejado una rama al rozar mi piel, manaban gotas oscuras. A pesar del poncho, el vestido estaba empapado.

—Creo que debí haberme cambiado de ropa.

—No tendrías que estar ahora aquí. Deberías haberte quedado en Mérida.

Parecía a punto de llorar.

—Lo siento. No... —No sabía qué decir. Extendí mis manos en un gesto de resignación y traté de sonreír—. ¿Qué quieres que haga? ¿Puedes decirme qué está pasando?

Dio un paso atrás como si la hubiera amenazado y se detuvo al lado de la plataforma de piedra. Temblaba como un perro mojado. Estaba triste y cansada.

—Vete —me suplicó—. Por favor. Vete de aquí.

—Está lloviendo —aduje, tratando de ser razonable—. No te molestaré. Sólo...

—¡Vete!

Sus palabras resonaron por las paredes de piedra y di un paso atrás, con la sonrisa helada en el rostro. Enderezó los hombros y avanzó. De pronto adquirió una expresión de dureza.

—¡Vete de aquí! ¡Ahora mismo!

Retrocedí.

—Lo siento. Sólo...

—¡Vete!

Su rostro era una máscara deformada a la luz de la linterna. Los ojos, salvajes, enrojecidos y demasiado grandes para su cara. Arrojó la cabeza hacia atrás y volvió a gritar. No fue una palabra sino un gemido, un aullido de desesperación. Los músculos de su cuello se erigían tensos y respiraba sofocadamente. Di un paso hacia ella y me lanzó una mirada agitando la cabeza de tal forma que podría haber sido la de un animal atormentado por las moscas. Levantó un puño crispado y mientras yo retrocedía comenzó a descargar golpes contra sus piernas, una, dos, tres veces, haciéndome estremecer cada vez más.

—¡Vete! —ordenó—. ¡Vete, aléjate!

Las últimas palabras ya no eran un grito. El golpe final había perdido la fuerza de los anteriores.

Me detuve en la abertura. Oía el suave hilo de agua descender por los escalones, pero la lluvia había cesado.

—Ya no llueve —le dije, con la mayor calma que pude—. Ya puedo regresar al campamento. ¿Por qué no vuelves conmigo?

Su mano seguía aferrada al muslo.

—Debes irte.

—Lo haré si vienes conmigo.

La respiración se tornó un suspiro y pareció encogerse, aflojar los hombros, sostener la linterna con menos firmeza.

—Muy bien —accedió—. Sal.

Me deslicé a través de la abertura y permanecí al otro lado, desde donde podía mirar el interior. Una luz recién bañada asomaba por los peldaños formando un débil rectángulo en el suelo. El charco apenas tenía agua. La tierra la había absorbido.

—Estoy aquí —le dije—. ¿Por qué no me pasas la linterna y luego sales?

—Sí —respondió y me la alcanzó.

Di un paso atrás y le señalé que me siguiera.

—Muy bien —le dije.

Se detuvo en el centro del pasadizo y se volvió para mirarme con el ceño fruncido, a pesar de que las lágrimas le bañaban todavía el rostro.

—No hace falta que me hables como si fuera una estúpida. Puedes pensar que estoy loca, pero no creas que soy tonta.

Me quitó la linterna, apagó la luz y subió los peldaños por delante de mí hacia la tarde húmeda. No miró hacia atrás.

## 23 - ELIZABETH

El domingo fue Chicchán, día de la serpiente celestial. Carlos, Maggie, John y Robin regresaron al campamento para cenar a última hora de la tarde, limpios y descansados. Estaban alegres: una tumba que excavar, una caverna que explorar y sólo dos semanas para marcharse. Durante la cena conversaron de lo que planeaban hacer antes de regresar a la universidad. Carlos y Maggie pensaban pasar una semana en Isla Mujeres. John y Robin viajarían al sur; querían atravesar Belize y visitar las ruinas mayas de Altun Ha y Xunantunich. Todos estaban muy animados, como gorriones que se posan un instante en el jardín, picotean migajas y alzan el vuelo. Diane parecía ausente y no participaba en la conversación-. La sorprendí observándome subrepticamente y después apartando la mirada cuando dirigía la vista hacia ella. Ella y Tony me estudiaban y me pregunté si no habrían estado hablando desde que Diane me fue a buscar a la tumba.

Cuando Barbara llegó, después de cenar, yo estaba en mi choza tratando de descansar y librarme de la fiebre que me silbaba en los oídos. Oí a los lejos el motor de su Volkswagen y pensé si Diane le contaría a Barbara nuestra conversación en la tumba, donde había perdido el control. No salí a saludarla.

Intenté dormir, pero los sonidos nocturnos me lo impedían: los grillos, el techo de palmera en la brisa y los pasos de alguien —creo que era Carlos— yendo a su choza. Cuando logré dormirme soñé con la hoja de obsidiana que yacía en la tumba al lado del esqueleto.

En el sueño, estaba en la cocina del apartamento de Los Angeles, sosteniendo el cuchillo en la mano. Deslizaba el dedo por la hoja para probar el filo. Me agradaba su contacto: frío, afilado, del peso preciso. La hoja estaba sedienta de sangre. Sentada al otro lado de la mesa había una mujer joven que bebía cerveza y oía el ronroneo del calentador. Me miraba y me decía algo que no lograba descifrar. Le ofrecía el cuchillo de obsidiana y se ponía de pie, alejándose de mí. En algún lugar, muy lejos, lloraba una niña.

La cocina ya no estaba, la mujer tampoco, pero sabía que la criatura seguía llorando. Estaba en un sitio muy oscuro y salía en busca de la niña. Estaba muy cansada, cansada

hasta los huesos, y lo único que quería hacer era echarme a descansar, pero debía hallar a la niña. Vagaba, desorientada y confundida, con la hoja de obsidiana en una de sus manos.

Me detuve en la puerta de la choza, oyendo un coro de respiraciones y grillos. Barbara, creo que era ella, musitaba algo en sueños y cambiaba de posición, meciéndose lentamente en su hamaca. Suspiró profundamente, y luego su respiración se serenó. Veía el cabello cobrizo de Diane en la oscuridad. Su respiración iba y venía suave y fácilmente, con toda delicadeza; se detenía tan fácilmente...

Cuando Diane tenía cuatro años y era un querubín de tiernos ojos verdes, solía despertar por la noche con pesadillas. Iba hasta el dormitorio que compartía con Robert, y permanecía muda y de pie ante la puerta. Yo siempre me despertaba, siempre sabía que al mirar hacia la puerta habría una aparición diminuta, aguardando pacientemente a que la reconociera. Esas noches, la llevaba a su habitación y me tendía a su lado en un lecho atestado de juguetes. En la oscuridad, me contaba horribles historias de rostros que se acercaban a ella en la noche, de sombras que se movían en el baño. Jamás le dije que las sombras y los rostros no existían. Sólo le contaba que no le harían daño. Que estaba segura.

Me detuve en la puerta y escuché su respiración, preguntándome por qué no se despertaba para verme allí de pie. Algo había que hacer con el cuchillo que llevaba. Algo había que hacer para completar el ciclo del tiempo. Di un paso hacia ella, y cuando me internaba en la choza, me detuvo una mano en mi hombro.

Tony, todavía vestido, estaba de pie a mis espaldas.

—¿Qué sucede? —preguntó con suavidad—. ¿Qué haces?

Me estremecí, todavía inmersa en recuerdos.

—Observo a la niña —expliqué, y mi voz fue tenue como el polvo sobre el que reposaban mis pies desnudos. Parpadeé y unas lágrimas cayeron rodando por mis mejillas.

Tony me envolvió con su brazo y me encaminó hacia mi choza. Su brazo era cálido y reconfortante; olía a tabaco. Me secó las lágrimas con un pañuelo polvoriento.

—¿Qué está sucediendo, Liz? —preguntó—. ¿De qué se trata?

Sacudí la cabeza. Me era difícil dar con las palabras en la suave penumbra que me rodeaba.

—La anciana de la tumba dice que el ciclo debe ser completado. La niña debe morir, tal como murió su hija. —Las palabras eran tenues. Mi propia voz parecía distante—. Debe tener cuidado. Lo comprendes, ¿verdad? Debo mantener a salvo a la niña.

—¿Quién es la anciana de la tumba? —preguntó.

—Se llama Zuhuy-kak. Es la que hizo que se abandonaran las ciudades, hace mucho tiempo. Es una mujer fuerte, muy obstinada. He hablado con ella, y le tengo miedo.

—La mujer de la tumba ha muerto, Liz.

—Por eso es tan poderosa. Es más fuerte que yo. Y está loca, más loca que yo. Quiere que mate a mi hija.

—Yo cuidaré de ti, Liz —me tranquilizó—. No te preocupes.

—¿Quién velará por la niña? —pregunté—. Estoy tan cansada, pero ¿quién cuidará de ella?

Su mano me acarició los hombros suavemente.

—Yo os cuidaré a las dos. Puedes confiar en mí. Pero ahora debes descansar. —Noté su mano fría sobre mi frente—. Tienes fiebre. —Una mano en mi hombro, la otra cogida de la mía. Vacilé, sintiendo la nueva herida en mi muñeca—. ¿Qué es esto?

Miré el arañazo rojo y dije:

—Estuve probando el filo. Nada más.

Me condujo a la choza y me ayudó a subir a la hamaca. Noté que ya no tenía la hoja entre las manos y supe que se hallaba en la tumba.

Me senté en la hamaca, aferrándome a las cuerdas para no flotar en el aire. Me sentía muy liviana y la cabeza era demasiado grande para mi cuerpo. Debía aferrarme a la hamaca, para no salir volando. Dejé caer las piernas a un lado, sin soltar las manos de la red. Entonces Tony volvió a estar a mi lado, y su mano me empujaba nuevamente desde el hombro.

—He de ir a la tumba —dije—. Debo hablar con la anciana.

—No irás a ninguna parte, Liz —dijo Tony—. Te quedarás aquí.

—Debo encontrarla para decirle que no puede pedirme a la niña. Puede tenerme a mí, pero no a la niña. Debo decírselo.

—Yo iré a la tumba. Yo se lo diré.

—¿Lo prometes? —pregunté—. ¿Irás a la tumba? ¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Me recosté en la hamaca y cerré los ojos.

—Ten cuidado —dije suavemente—. Ten mucho cuidado. —Oí un tintineo de píldoras, y el agua que caía dentro de una taza de café. Me hizo tomar esas píldoritas que hacen dormir y las acepté, sosteniendo su mano con firmeza. Me hundí en el sueño, mientras le oía decir que todo iría bien.

El lunes desperté al amanecer. Era el día Cimi, nombre que corresponde al dios de la muerte. No era un día de suerte. Abrí los ojos con recuerdos difusos de la noche anterior, producto de la droga. Mis pies desnudos estaban sucios de polvo y al lado de la taza de café, sobre el escritorio, había un frasco de somníferos.

Salí en busca de Tony, pero no estaba en su choza. Los pollos que escarbaban en la plaza y el lechón que dormía bajo la sombra me miraron: era la primera persona en asomar la cabeza. Tampoco estaba en el cenote. Proseguí por el camino que conducía a la tumba.

Estaba a punto de llegar a la excavación cuando lo vi. Yacía inmóvil, tendido en mitad del sendero como si hubiera caído mientras se encaminaba hacia el campamento. Corrí hacia él y las moscas levantaron el vuelo. Y mientras me agachaba a su lado, revoloteaban curiosas en torno a mi cabeza.

Tenía el pañuelo rojo anudado alrededor de la pierna justo sobre la rodilla. Había rasgado la pernera con el cuchillo para dejar al descubierto la piel de la pantorrilla. A través de la sangre pude advertir el desgarró de dos heridas, separadas por poco más de un centímetro: la distancia que separa los colmillos de una serpiente. De la herida borboteaba lentamente la brillante sangre fresca.

Su respiración era superficial e inquieta. El pulso rápido. La piel, del color de los bloques de piedra caliza que lo rodeaban, y ligeramente fría y húmeda al tacto. Lo llamé, lo sacudí ligeramente, pero no hubo respuesta. Levanté un párpado: el ojo estaba inyectado en sangre y la pupila era como la punta de un alfiler.

Pasé su brazo sobre mi hombro y traté de arrastrarlo pero no logré ponerlo de pie. Lo volví a intentar. La sangre me silbaba en los oídos y el latido de mi corazón me aturdiría en el silencio de la mañana. Caminé tres pasos con él y luego caímos los dos.

Lo aferré mientras íbamos al suelo, casi me torcí un tobillo y apoyé todo mi peso sobre una rodilla.

—Tony —grité—. Tony, maldita sea, tienes que ayudarme...

La respiración se le interrumpió en la garganta, y resurgió de nuevo. Pero no se movía. Lo apoyé sobre el camino yermo, irracionalmente coloqué mi sombrero bajo su cabeza a modo de cojín y luego lo aparté para que le diera el sol a la cara. Deslicé la tela de los pantalones para que protegiera la herida abierta y corrí hacia el campamento.

No corría deprisa. Ya estaba demasiado vieja para correr. El sol era un borrón caliente en el cielo. Mis pulmones no podían tomar aire, por mucho ruido de fatiga que hicieran. Me sentía como si observara desde lejos: una anciana, vencida por el paso de los años,

corría lentamente por una senda árida, luchando por introducir aire en sus pulmones tapados de humo de cigarrillo, luchando por pedir ayuda a gritos entre las ruinas donde habían vivido y muerto generaciones enteras. Corría, y entonces juré que si Tony se salvaba dejaría el cigarrillo. No fumaría más. No sabía a qué dioses jurar, pero prometí dejar de fumar para salvarlo. El dolor que se enterraba al costado de mi cuerpo era intenso, nítido y caliente como la herida de una hoja de obsidiana.

Por un momento, bajo la luz movediza que destelleaba entre mis lágrimas, creí ver a una anciana vestida de azul sobre el camino, ante mí. De no haber sido por el cansancio, la habría maldecido, pero no podía insultarla ni siquiera dirigirme a ella. Traté de correr más rápido, pero no lograba alcanzarla. Era una mera figura a lo lejos.

El campamento seguía en silencio. Intenté gritar, pero ya no tenía más aire. Llegué hasta el camión de Salvador, aparcado fuera de la plaza y me acerqué a través de la ventana abierta hasta hacer sonar la bocina mucho rato, como si la duración del sonido pudiese dictar la rapidez de la respuesta de Salvador. Lo vi salir de su choza. Era una diminuta silueta lejana, sin camisa y sin sombrero. Solté la bocina y la hice sonar otra vez. Corrió hacia mí.

—Tony —exhalé cuando se acercó—. Mordedura de serpiente. —Sacudí la cabeza en dirección a la tumba—. Inconsciente en la senda. —Comenzó a mascullar en español una larga retahíla de maldiciones.

Tardamos demasiado en llegar hasta Tony. Salvador conducía el camión por el viejo sacbe lo más rápido que podía. El vehículo trotaba apático sobre lomas y pozos, y la carrocería crujía y rezongaba. Una vez, tras un golpe particularmente extraño, oí un ruido seco y agudo, pero no sucedió nada. Salvador me dejó atrás y echó a correr por la senda donde yacía Tony. Yo me encaminaba hacia la tumba cuando me encontré a Salvador que regresaba por el camino. Traía a Tony, acunándolo entre sus brazos como si de un niño se tratara. Los músculos del torso desnudo de Salvador brillaban bajo el sol, y Tony parecía aún más frágil, más pequeño.

Tardamos demasiado en llegar al hospital. Salvador conducía como un salvaje, pero aun así íbamos lentos. Patinó sobre la gravilla al pasar a un autobús de pasajeros que traqueteaba por el centro del camino. Un hombre que estaba reparando la calzada se hizo a un lado al ver acercarse el camión de Salvador, que rehusaba aminorar. Tony estaba tendido en el asiento delantero, con la cabeza apoyada sobre mi regazo. A pesar del ruido del camión, oía dificultosa su respiración. Al llegar a las afueras de Mérida, el aliento vaciló y se detuvo, y comencé a aplicarle la respiración boca a boca. La labor constante me hacía sentir que estaba luchando por algo.

En el Hospital Juárez, dos jóvenes médicos se hicieron cargo de Tony, y aplicaron una máscara de oxígeno sobre su rostro. Se lo llevaron. Tenía frío; oía el suave balbuceo de las voces en la sala de espera del hospital. Las paredes estaban pintadas de blanco y verde pastel, pintadas a rayas en la parte inferior. Una joven mujer de típicos rasgos mayas estaba sentada en una silla de plástico naranja. Sostenía un niño que gemía en un lamento constante. La mujer pronunciaba suaves palabras tranquilizadoras en maya: la misma mentira gastada una y otra vez. Todo irá bien. Todo irá bien. Una anciana ataviada en un huipil arrugado hablaba en voz baja a un anciano con la cabeza vendada; se inclinaban juntos como las piedras de un arco curvado. El viejo nos miraba con su único ojo sano. Un joven, con el sombrero de paja y las ropas holgadas del que trabaja en la hacienda, sostenía una tela blanca contra el brazo; veía el rojo brillante de la sangre atravesando el paño. Al pasar a su lado, noté el vaho del aguardiente: frecuentador nocturno de bares... Salvador y yo encontramos dos sillas de plástico, nos sentamos y nos dispusimos a esperar.

La enfermera que leyó mi nombre llevaba un vestido almidonado a rayas azules, y un delantal blanco. El cabello negro, se ocultaba en la cofia de enfermera. La seguí, tras el roce rígido de su falda. Me llevó a una oficina pequeña y sofocante, donde un joven

médico de guardia me interrogó acerca de Tony. El doctor tenía rostro delgado y olía a desinfectante como si fuera loción para después de afeitarse. Me desagradó inmediatamente.

Recité el nombre completo de Tony, su edad, residencia y profesión. Cada pregunta parecía provenir de la lejanía, como si el médico se desvaneciera a lo lejos.

—No sé cuánto tiempo ha estado allí —dije—. Desde la noche anterior no lo veía. Supongo que debe de haber salido a caminar muy temprano.

Mi voz era opaca. En mi imaginación, veía la serpiente, aún perezosa tras la noche fresca, reposando bajo el sol. Imaginé a Tony, preocupado por la necesidad de encerrar en un manicomio a su amiga y colega, marcando los pasos en la senda. Seguramente no habría dormido esa noche: seguramente estuvo solo, sentado y bebiendo, pensando en las sombras.

—¿Por qué habría ido a pasear tan temprano?

—No lo sé.

Sí lo sabía, pero no me molesté en decírselo. ¿Por qué habría salido a atravesar el monte a la pálida luz del amanecer? Porque alguien a quien quería estaba loca; hablaba de secretos en las sombras. Pensaba en mí, y por eso no vio la serpiente.

Tony murió temprano por la tarde, sin recuperar la conciencia. El inglés que hablaba el médico era impecable, pero por debajo de su tono profesional de comprensión advertí una nota de reprobación.

—Había estado bebiendo mucho —observó el joven—. Probablemente por eso fue incapaz de llegar al campamento en busca de ayuda. —Sabía tan poco de la vida ese joven médico... Parecía creer que beber mucho era algo inusual.

Salvador estaba allí, de pie detrás de mi silla. Una enfermera le había prestado una camisa, demasiado pequeña para él. Estaba sin abotonar.

—¿Desean que se prepare el cuerpo para ser trasladado a los Estados Unidos? —preguntó el facultativo.

Tenía estilográficas en el bolsillo, y un estetoscopio alrededor del cuello. Nada sabía de rocas, de hierbas, ni de huesos antiguos. Pero su rostro, mientras miraba el formulario que tenía sobre el escritorio, era una réplica, rasgo por rasgo, del rostro del joven dios del maíz de los jeroglíficos. Este joven médico pertenecía a las rocas, y no lo sabía.

Levantó la mirada del formulario y repitió la pregunta. Salvador posó una mano sobre mi hombro.

—Sí —dije entonces—. Sí. Que preparen el cuerpo.

Desde un teléfono que había en el pasillo contacté con la universidad y hablé con la secretaria del departamento, una mujer de mi edad que lo sabía todo sobre todos. Se mostró apropiadamente conmocionada, pero con tacto y cautela se preocupó por averiguar las circunstancias. No me gustaba esa mujer, y en situaciones normales yo tampoco a ella. En ese momento su voz transmitía comprensión y falsa calidez.

—Qué horror —decía—. Qué horror.

Asentía con cansancio. Era una delgada voz que provenía de lejos. No era real. Mientras escuchaba sus palabras solidarias y tranquilizadoras de pie en el blanco pasillo pasó una enfermera. Vi moverse su sombra sobre la pared blanca. Aquí en el hospital, las sombras tenían contornos rígidos. No se confundían una en la otra. Aquí la gente estaba viva o muerta, consciente o inconsciente. No existían las zonas grises de la incertidumbre. Colgué después de explicar a la secretaria que arreglaría todo para embarcar el cadáver, después de prometerle que la llamaría al día siguiente.

—Tal vez usted deba quedarse en el pueblo, señora —dijo Salvador—. Yo regresaré al campamento.

Negué con la cabeza.

—Sabes que debo volver.

Salvador apenas se encogió de hombros con un mínimo movimiento. Era un hombre práctico. No discutía. Condujo de regreso con la cuidadosa dignidad de un hombre en una procesión fúnebre. Hablamos poco. No teníamos nada que decir.

El campo estaba en silencio. Un delgado hilo de humo salía de la cocina: María estaba chamuscando la cena. Barbara, John, Robin y Diane estaban sentados en la plaza. Apenas llegamos, se acercaron hasta nosotros.

—Tony falleció esta mañana en el Hospital Juárez —fueron mis palabras—. Mordedura de serpiente. —Todos me miraban, y sus rostros se borraban en el calor y las lágrimas. Apoyaba una mano sobre la puerta abierta del camión, para mantenerme en pie—. Mordedura de serpiente, y mala suerte —dije. Barbara avanzó hacia mí pero la detuve con un gesto. Era Cimi, día de la muerte, y tocarme entrañaba riesgo.

—Haced las maletas —les pedí—. Id a pasar la noche a Mérida. No trabajaremos ni mañana ni pasado mañana. Es fiesta. —No les dije que el día siguiente sería el comienzo del fin. El primero de los últimos cinco días del año maya. Días de mala suerte.

Me observaban, indecisos y confusos. Me armé de autoridad, convocándola desde el distante pasado, de tantas clases magistrales donde los rostros voraces habían hecho de mi voz un látigo. Les ordené que se fueran, como una maestra, dura e irascible, sin trazas de suavidad. Les dije que recogieran sus cosas. Que se marcharan. Carlos y Maggie habían regresado del cenote, atraídos por el sonido del camión. Estaban de pie, aún chorreando agua, detrás del resto. Miré a Diane y me dirigí a todos:

—Iros de este sitio. Volved más tarde a levantar el campamento, pero ahora marcharos. Tony lo hubiera querido así.

Me observaron inexpresivamente y recordé incontables aulas polvorientas donde luchaba por darles a esos rostros en blanco fragmentos de mis sueños, describirles el mundo del pasado que jamás lograrían vislumbrar, vistiendo cuidadosamente mis palabras con los ropajes del profesor, del erudito, del arqueólogo, temiendo que alguno pensara que creía demasiado en mis sueños, que veía demasiado, que vivía en otro mundo.

—Marcharos —les pedí—. Inmediatamente.

Los dejé allí. Fui a mi choza, simulando hacer las maletas, pero tomé una linterna y me dirigí por el sendero hacia la tumba. Era a la última hora de la tarde. El aire estaba cargado de humedad, y el cielo, de nubes. Hallé mi sombrero en el polvo, donde Salvador lo había dejado. Lo recogí, lo sacudí contra la rodilla, para quitarle el polvo, enderecé el ala y lo llevé en la mano. Seguí avanzando. No tenía ganas de ponérmelo en ese momento.

Unos metros más allá estaba el sitio donde Tony había dejado caer la botella de gin. Los fragmentos de cristal lanzaban destellos bajo el sol de la tarde. Debió de haber tirado la botella al caer. Por el sendero, el pasto se veía pisoteado, y el suelo manchado de sangre.

Seguí caminando. Ya estaba llegando a la tumba cuando Zuhuy-kak apareció. Caminó a mi lado.

Junto a un montículo, cerca de una piedra que habría sido cómodo asiento, encontré restos de tabaco encendido, vaciados de una pipa. Tony había estado allí, pensando en mí, en una vieja amiga con problemas, pensando cómo ayudarme. Había descansado allí hasta el alba, luchando contra demonios menos visibles que los míos, y luego se encaminó hacia el campamento, topándose con la serpiente de regreso.

La mujer seguía a mi lado. Oía el suave roce de sus sandalias contra el suelo arenoso. Me volví hacia ella con brusquedad.

—¿Por qué me sigues? —le pregunté.

—Se aproxima la hora —dijo. Su voz era muy tenue, como el manso susurro del viento sobre las rocas del templo—. El año concluye.

—¿Por qué ha muerto Tony? —dije de pronto.

Bajo la luz refulgente de la tarde era tan sólida como las silenciosas piedras que nos rodeaban.

—Tus enemigos quieren detenerte —sentenció. Su voz era suave y desprovista de emoción—. Te lo advertí.

—Mi vida no es como la tuya —le dije—. No sacrifiqué a mi hija. No seré arrojada al cenote.

—El año termina y suceden cosas —vaticinó—. Tal vez no las mismas cosas que sucedieron en mi época. Pero así y todo ocurren cosas.

—Déjame sola —le pedí.

—De nada te servirá ignorarme —me previno. Le volví la espalda. Bajé los escalones sin mirar atrás.

En la cámara interior se estaba fresco y tranquilo. Arrojé la luz sobre el esqueleto. Al menos él descansaba en paz. El cráneo de su hija escudriñaba desde su nido de huesos.

—Usé ese cuchillo —insistió Zuhuy-kak, moviendo la cabeza en dirección al cuchillo de obsidiana que yacía sobre la plataforma de piedra—. Está muy afilado. El dolor será breve.

Levanté la hoja y probé el filo. Aún era cortante: en mi pulgar se formó un punto escarlata de sangre. Inspeccioné las viejas heridas de mi muñeca. La piel era delgada y vulnerable. Pero Tony no aprobaría que manchara de sangre un artefacto valioso. En cambio, podía valerme de mi cuchillo de monte.

—Aún no —me detuvo Zuhuy-kak—. Primero tu hija, y luego tú.

—Conseguí que mi hija se marchara.

La mujer no me escuchaba. Levantó la cabeza como si oyera algo fuera de la tumba, y sonrió.

—¿Liz? —La voz de Diane provenía de la oscura brecha que conducía al mundo exterior—. ¿Estás ahí? ¿Estás bien?

¿Qué hace uno cuando está cayendo? ¿Extiende la mano en busca de apoyo? Si no se tiene cuidado, uno arrastra a los demás consigo. Hay que tener mucho cuidado.

El foco de una linterna dio con el agujero del muro y lo inundó de luz amarilla. Por detrás, la cabeza de Diane.

—Éste no es tu lugar —la detuve—. Regresa.

La mano que sostenía la linterna temblaba.

—No me digas lo que he de hacer. —Trepó por la abertura y se hundió en la tumba.

—No. —Di un paso atrás, lejos de ella. En sus ojos se agazapaban las sombras, y hacían de ellos dos huecos oscuros, como las cuencas de un cráneo.

Avanzó hacia mí, y extendió una mano a modo de súplica o amenaza. No supe distinguirlo. Retrocedí, con la hoja en la mano, internándome en la cueva. No temía a las sombras. No temía a la muerte; morir era una forma fácil de escapar. No podía dar nombre a ese temor, pero lo hallé en la mano extendida de mi hija.

Lancé a correr, como una rata sorprendida en terreno desconocido. Cierta oscuro instinto se había apoderado de mí y me inducía a escapar, a internarme en cualquier túnel que me alejara de la luz, a reptar donde no pudiera correr, a apretujarme por estrechos pasadizos, a huir del foco persecutorio de luz. Era un animal nocturno en busca de la segura oscuridad.

Mi hija estaba detrás de mí, siempre detrás de mí.

—¿Liz? —Cayó mi linterna y no me detuve a recuperarla. La oía a mis espaldas mientras me abalanzaba hacia adelante, con las manos extendidas como un ciego, tocando los muros fríos y las estalactitas redondeadas.

—¿Madre? —La voz era tan cercana que me incliné un poco más. Durante mucho tiempo perdí pie. Caí por la oscuridad tibia y aterciopelada, sabiendo que esto era lo que debía ocurrir, que éste era el destino del katun que vendría.

Desperté con un dolor agudo en la pierna, rodeada por el agua fría. Por un momento pensé que flotaba en la Fuente Sagrada, pero abrí los ojos en la oscuridad. Descansaba sobre un charco de agua helada, formado sobre una depresión de piedra caliza. Tenía las caderas en el agua y los hombros contra la roca. La pierna estaba torcida por debajo, y la tenaza del dolor me impedía pensar en la molestia de mi cabeza. Respiré hondo y me incorporé sobre los brazos, tratando de enderezar la pierna. El esfuerzo me hizo gemir de dolor.

En respuesta al grito, como una respuesta de los dioses, se encendió un rayo de luz desde arriba, cegándome y haciéndome gritar nuevamente. No veía la fuente de luz — sólo era un punto brillante muy arriba— pero reconocí la voz de mi hija, desgarrada.

—¿Por qué has corrido? No debiste haberlo hecho.

Miré hacia el foco de luz.

—Ya lo sé.

Mi voz era áspera como la piedra caliza que yacía debajo de mi cuerpo. Estaba más tranquila. El instinto que me había hecho huir había quedado contenido. Miré mi cuerpo, y bajo la luz de la linterna de Diane vi mi pierna torcida. Rota, supuse. Cuando traté de levantar el peso y soportarlo con las manos, los huesos me parecieron astillados. Durante un instante la luz pareció desvanecerse y mi cabeza se llenó de una oscuridad rojiza y opaca como el trueno.

Cuando volví a escuchar, la voz despavorida de mi hija llegaba desde arriba.

—¿Estás bien? Di algo. ¿Estás bien?

—Tengo una pierna rota —le respondí con voz quebrada—. Regresa y pide ayuda.

—No puedo. —La luz no se movió de mi rostro. Su voz era delgada y tensa, al borde del llanto—. No conozco el camino. Perdí el sentido de la orientación. Corrías muy rápido.

Se hizo un momento de silencio en que sentí el sonido dulce y agudo del agua que goteaba. Miré a mi alrededor. Al lado del estanque una estalagmita se alzaba del suelo de piedra caliza para unirse con otra estalactita que pendía del techo. Cerca de este pilar había una piedra redondeada, una especie de altar. Alrededor de la base del pilar se apiñaban vasijas y figurines de cerámica. Sobre las paredes lejanas alcanzaba a ver imágenes pintadas: Ix Chebel Yax me miraba desde el muro, y la serpiente enroscada en su tocado sonreía. En una mano, sostenía un rayo; en la otra, un trozo de arco iris. Ante ella danzaban mujeres, y, pintada de azul brillante, una criatura yacía sobre el altar, con el pecho arqueado para recibir el cuchillo.

—¿Por qué corriste? —preguntó—. ¿Por qué huiste de mí?

Las gotas caían como música líquida y constante. La pierna me palpitaba, pero mientras no me moviera, no sentiría los dolores punzantes que me hacían gritar. No respondí a mi hija: no tenía respuestas. ¿Qué le daría por satisfecha? Había estado soñando con sangre. Tenía un cuchillo de obsidiana en mis manos y temía ir demasiado lejos. Sabía que pronto moriría, y que la muerte me evitaría la necesidad de dar respuestas.

—Yo también estoy loca —decía mi hija en voz baja. Me estremecí en la oscuridad—. Las sombras me siguen. La anciana me sigue.

—Eso no es estar loca —repuse, pero hablar me suponía un gran esfuerzo. El agua fría me horadaba los huesos y me endurecía la voz. No podía dejar de temblar.

—Llámalo como quieras. —La luz se movió, como si hubiera avanzado de posición—. ¿En qué cambia las cosas? Estoy perdida aquí arriba y tú lo estás ahí abajo. No puedo bajar. No iremos a ninguna parte. No importa.

—Salvador te encontrará.

—Lo dudo.

Cerré los ojos por la luz. Seguramente no me sería tan difícil salir del agua. La piedra caliza se hundía en un ángulo suave. No sería tan difícil. Moriría, pero no deseaba hacerlo en el agua. Abrí los ojos e hiqué las manos en el fondo del estanque. El primer empujón

me permitió subir la pendiente unos centímetros, y grité como un perro herido. Respiré y volví a intentarlo; avancé otros dos centímetros. Y otra vez más. Sabía que si me detenía ya no podría volver a comenzar, así que no me detuve. Después de la décima vez de intentarlo perdí la cuenta. Para entonces, el grito se había convertido en un gemido constante que subía y bajaba con el dolor.

Cuando sentí la tierra seca bajo mi cuerpo me extendí y dejé de moverme. La pierna estaba más o menos recta. Me era más fácil soportar el dolor quieta que en movimiento. Descansé, y luego advertí que mi hija me había estado hablando. Regresé del lejano lugar que había estado visitando y abrí los ojos.

—¿Qué?

—¿Recuerdas la Navidad en que me regalaste una camisa quetzal de Guatemala? Me recliné sobre la espalda, y oía el gotear del agua.

—Sí.

—¿Por qué no me dejaste ir contigo cuando te marchaste?

Ésas son las preguntas que no tienen respuestas apropiadas.

—No podía.

—No es una buena respuesta.

Cerré los ojos y recordé esa Navidad. Diane me había seguido hasta el coche para preguntarme si podía venir conmigo. Su rostro era abierto, vulnerable, lleno de cruda imperiosidad.

—No podía cuidar de ti. Apenas podía cuidar de mí misma. Quería que estuvieras a salvo. Sabía que Robert te protegería.

—Yo habría cuidado de mí misma. Quería...

—Querías demasiado. —Las palabras fueron un grito—. Sigues queriendo demasiado.

El temblor había vuelto y el dolor era cada vez mayor. Mantuve los ojos abiertos esta vez. Si los cerraba me sentía sola junto al dolor. El agua fría me había adormecido la pierna, pero el efecto había pasado.

—Lo siento —dije entonces—. Lo siento. No debí haber sido madre. Yo...

—¿Por qué te fuiste?

—Tenía que hacerlo.

—¿Por qué no me llevaste contigo?

—No podía cuidarte. —Estaba cansada, tan cansada que deseaba morir—. No podía.

—Las mismas preguntas, las mismas respuestas, una y otra vez.

El dolor surgió dentro de mí y dije en voz baja:

—No me arrepiento de haberme ido. Tuve que hacerlo. Te quería y deseaba quedarme, pero no podía.

Sus palabras caían como copos de nieve en un día de invierno.

—Te odio.

—Muy bien —repliqué suavemente—. Lo entiendo.

—Tal vez Zuhuy-kak tuviera razón. Ella y yo teníamos mucho en común. Ambas habíamos hecho sacrificios inaceptables, y habíamos fracasado.

Cerré los ojos y comencé a regresar hacia ese lugar lejano donde ya no sentía el dolor.

—¿Madre? —El grito me hizo volver.

—Estoy aquí.

—¿Qué son las sombras que me siguen?

—Sombras del pasado. —Musité a la oscuridad. Traté de incorporarme sobre un codo, pero el movimiento gatillo un nuevo dolor por mi pierna y me hundí una vez más, dejando que la mejilla descansara sobre la piedra fresca y áspera.

—Ya te acostumbrarás a ellas.

Quería decirle algo más, pero no lograba recordar qué. Parecía lejana, más lejana que nunca. Cerré los ojos y me alejé.

«Cuando uno persigue al hombre como yo lo he hecho, aun a hombres muertos y a sus ruinas, sube hacia lo alto de las montañas donde acaso los seres humanos hayan huido y construido algún reducto final, como el Machu Picchu, o desciende hacia profundos arroyos donde tal vez sus huesos se asomen de los muros o sus mandíbulas petrificadas se abran en las bocas de ripio. O uno se interna en cavernas y con suene logra salir, aunque no necesariamente con tesoros.»

LOREN EISELY,  
All the Strange Hours

Mi madre yacía herida al fondo del muro de piedra caliza y yo no conocía la salida de la caverna. No respondía cuando la llamaba.

—¿Liz? ¿Madre? Maldita sea, no puedes dejarme aquí. Debes ayudarme. ¿Liz?

La cueva me devolvió el eco de mis palabras y la oscuridad se llenó de imprecaciones.

—Despierta. Levántate. ¡Levántate! —Las palabras rodaban como el trueno de pared en pared, estrellándose, repitiéndose. Arrojé el haz de luz sobre su cuerpo magullado.

—Muy bien. Por mí puedes morirte. Me da igual. ¡Puedes morirte!

Luego las palabras me abandonaron y me encontré aullando de ira, en un grito que comenzó siendo un débil gemido y se convirtió en un chillido que me hería los oídos y formaba eco tras eco tras eco. Traté de detener el sonido, pero no podía contenerme; salía de mí como el agua que desborda un dique. Golpeé las manos abiertas contra el borde rugoso del peñasco, sintiendo el dolor y dejando que alimentara mis aullidos. Tenía el rostro húmedo y caliente, y no podía dejar de gritar. Era culpa de mi madre. Todo: la ira, el aullido, la sangre de mis manos, y el terrible dolor. Casi todo el dolor.

A través de las lágrimas, vi que una sombra se movía por el límite del haz de luz. La anciana estaba de pie, mirándome. Tanteé el suelo para dar con alguna roca suelta que arrojarle, no hallé nada, y con un rápido movimiento me quité las sandalias y se las lancé; primero la derecha, luego la izquierda. Se desvaneció en la oscuridad y me eché a reír, con una risa semejante a mis chillidos.

Mi madre yacía herida al pie del peñasco. No recuperaría la conciencia. Quería dejarme sola allí, en la oscuridad. Pero no se lo permitiría. Debía levantarse y hablarme. Busqué algo que arrojarle para que despertara, pero no tenía nada. Las sandalias se habían perdido en la oscuridad, detrás, y no deseaba arrojarle la linterna. Estudié el risco de piedra caliza y decidí bajar trepando por la pared para no dejar que me abandonara una vez más.

La superficie era irregular y tenía salientes y restos fósiles. Introduje la linterna en el bolsillo trasero de mis pantalones y descendí cautelosamente por la pared, buscando sostén con los pies. Respiraba entrecortadamente, como jadea un perro después de mucho correr. Los bordes rugosos de la piedra caliza dejaban nuevas marcas sobre la piel de mis pies y me cortajeaban las manos. La luz de la linterna se movía con mis caderas, y el haz perseguía sombras sobre el techo de la caverna.

A mitad del descenso perdí el equilibrio y quedé balanceando los brazos, buscando en qué apoyarme. Un poco más abajo, una roca se aflojó en mi mano y me adherí a la superficie desigual, tanteando con la mano áspera y sangrienta. Hallé una roca que sobresalía. La sometí a prueba empujándola suavemente, y después con más intensidad. Luego, descansé el peso sobre ella y seguí bajando.

Al llegar al fondo, los brazos y las piernas me dolían. Respiraba con dificultad y las lágrimas me empañaban la visión. Me puse de pie al lado de mi madre y la observé. Yacía de espaldas, con un brazo cruzado sobre el pecho y otro extendido sobre la pierna herida.

El rostro estaba muy pálido a la luz de la linterna. Me acuclillé a su lado y posé la mano sobre su frente. La piel era húmeda y fría al tacto.

—No es tan fácil —musité—. No vas a salir de esto tan fácilmente. No te lo permitiré. — Hablaba para mis adentros, en una corriente constante de insultos y maldiciones. Sabía que hablaba para mí misma, pero había decidido que era lo correcto. Nadie me oiría. En ese instante yo no era yo—. Mierda, no me dejarás aquí. No dejaré que te mueras.

No recordaba qué había que hacer con víctimas de conmoción: ¿elevar las piernas, la cabeza, o ambas cosas? La dejé tal como estaba. Gimió suavemente y trató de hacerse a un lado cuando desgarré la tela de sus pantalones con mi navaja de bolsillo para examinarle la pierna. La carne era de color púrpura y se hinchaba alrededor de un bulto en mitad de la pantorrilla. Gimió otra vez cuando tiré del tobillo para extenderle la pierna. No tenía con qué entablillarla salvo una regla plegable de metal que había en su bolsillo. Hice jirones las perneras del pantalón y con el lienzo sujeté la regla a la pierna. Las manos me temblaban, pero no reparaba en ello. Me llevó tres intentos anudar el último jirón de tela. Y mientras tanto, me escurría el sudor de los ojos y maldecía sin cesar.

Su rostro era sereno e inmóvil. La camisa húmeda se le adhería al cuerpo y veía lo delgada que estaba: frágil, de huesos pequeños y débil. La insulté mientras yacía sobre el suelo de piedra caliza; le decía que esta vez no podría huir de mí, que no podría salir de esto tan fácilmente.

Las bandas de tela que sujetaban la tablilla tenían manchas oscuras: mis manos y pies estaban sangrando. Con el agua fría del estanque me lavé las heridas. Al principio el agua me produjo dolor, pero luego pareció adormecer los cortes. Me lavé el rostro y salpiqué el agua por los brazos.

Apagué la linterna por un instante y me senté en la oscuridad, oyendo la respiración de mi madre. Superficial y agitada, pero constante. Aún no iría a ningún sitio. Escuché un sonido de alas y arrojé la luz contra el techo justo a tiempo para enfocar un murciélago que pasaba. Apagué la linterna otra vez y volví a oír el sonido: otro murciélago que se dirigía a un sitio desconocido.

La oscuridad no me importaba tanto. Era tranquilizador estar sentada al lado de mi madre. Sostuve su mano para serenarme y oí los murciélagos. Me había acostumbrado a la oscuridad cuando llegaron las luces. Eran débiles puntos vacilantes, amarillos y anaranjados a lo lejos. Se movían erráticamente como luciérnagas o puntos titilando ante mis ojos. Me puse de pie y atisé en dirección a ellas. No provenían del peñasco por el que yo había descendido sino de un lugar más profundo de la caverna, de un túnel que no había advertido. Las luces subían y bajaban hacia nosotras, cada vez más grandes y brillantes.

—¡Por aquí! —grité—. Estamos aquí.

La cueva reverberó mi voz, y luego se hizo el silencio. No hubo respuesta. Las luces no aceleraron su marcha. Encendí la linterna y la moví hacia ellas, pero prosiguieron su curso lento, avanzando de forma constante.

Aguardé a que se acercaran. Eran antorchas, docenas de antorchas que ardían con una llama naranja y dorada que vacilaba con el movimiento de quien la transportaba. La luz se reflejaba por las paredes, atrapada en las incrustaciones de las conchas.

Las sombras marchaban por los muros de la caverna. Enormes y distorsionadas como espectros de jorobados, gigantes y animales fantásticos bailando y meciéndose con el bamboleo de las antorchas. Los que las portaban, quedaba empuerados por las sombras.

La luz quedaba capturada en unos mantos de pluma que la reflejaban intermitente. Los tocados de plumas se agitaban rítmicamente. La luz de las antorchas brillaba sobre los dientes afilados: una cabeza de zorro de fauces abiertas contemplaba el techo desde el tocado de un hombre ataviado de pieles. Bajo la cabeza del zorro, los ojos del hombre estaban inyectados en sangre. Al bailar mecía una cola de zorro entre las piernas. Otros

animales danzaban a su lado: una mujer vestía la piel tersa de un ciervo; un hombre, las garras de un jaguar.

Ahora sí los oía. El son del tambor repicaba por las paredes y cada golpe se multiplicaba infinitas veces, y cada nota aguda se repetía más y más. Las sonajas se sacudían a la par del tambor, en un constante susurro como el oleaje del mar. Los cánticos se sobreponían al tambor y a las sonajas: eran voces humanas que oscilaban en palabras que no alcanzaba a comprender. Voces salvajes, apasionadas, imperiosas. Cada tanto, un aullido, como el de un animal atormentado acompañaba el cántico. Parecía extenderse por la procesión a medida que distintas voces se apropiaban de él, y que las cabezas bestiales se inclinaban hacia el techo ahumado, clamando a los dioses.

La mujer que los conducía no caminaba; bailaba, se agachaba, se enroscaba y giraba bajo la luz de las antorchas. Su sombra primero era una joroba, luego, un gigante. Llevaba una túnica azul confeccionada con una delgada tela que dejaba pasar la luz de las antorchas, y revelaba la sombra del cuerpo cimbreado. Tendría mi edad, no más. Era joven y ágil. Su piel brillaba de sudor, pero bailaba como si acabara de empezar, sacudiendo la cabeza para que las plumas entrelazadas en su cabello se agitaran y revolotearan.

Se acercaba a nosotras. Me agaché al lado de mi madre, apagando la linterna y estrechándome contra ella. Pasé un brazo bajo sus hombros. Así pude verla con más claridad. Una de sus mejillas estaba marcada con espirales oscuras, y la delicada piel estaba pintada por debajo de los ojos con rayas rojas que se abrían hacia afuera como los rayos de un sol dibujado por un niño. El cabello negro lo llevaba recogido atrás con una tirilla de cuero trenzado, y entre las trenzas había plumas de quetzal. De la correa de cuero que llevaba a la cintura pendía un objeto negro que parecía ser la cabeza de un mono. De la oreja derecha colgaba una piedra de jade sostenida a una anilla de cuero.

Entonces la reconocí. Era la mujer de la cabeza de piedra. Más joven, más graciosa, y llena de vida.

Danzaba en un amplio espacio al otro lado del agua. Los demás formaban un círculo a su alrededor. Era una respetuosa congregación de oscuros rostros tatuados y cuerpos brillantes. El aire pesaba por el aroma de incienso y humo. El son de los cánticos y del tambor colmó la caverna hasta que el temblor de mis manos pareció responder al sonido. Cuando la mujer que bailaba arrojó la cabeza hacia atrás y gritó, apreté los puños y gemí del súbito dolor que partió de mis cortes y heridas.

Sostenía algo en la cabeza. La luz de la antorcha refulgió sobre él: un cuchillo de obsidiana. Por primera vez reparé en la formación rocosa en torno a la cual danzaba. Era una plataforma elevada que formaba un altar natural. El grito animal comenzó por detrás de la multitud y se propagó como una ola por el mar, cobrando más fuerza hasta que la piedra caliza pareció sacudirse con él. El grupo se mecía al son que la mujer bailaba, y las luces de las antorchas parpadeaban sobre los brillantes murales que adornaban las paredes.

Al principio no vi a la niña que había a un lado del altar. Yo miraba a la mujer que danzaba, mientras aplicaba el filo de la hoja contra las muñecas y producía cortes que sangraban profusamente. Ungió el altar con la sangre y dejó oscuras manchas que brillaban bajo la luz.

La niña estaba vestida de azul, y su rostro y sus manos también lucían marcas azules. La pequeña observaba a la mujer, con ojos grandes y fascinados. Su rostro había sido pintado de azul destellante, del color que adquiere el cielo cuando avanza la tarde. La pintura había sido aplicada con esmero; sólo los labios y los oscuros ojos marrones quedaban libres de ella. Las manos, también azules, se unían bajo el mentón. La niña se movía al ritmo de la mujer que danzaba, hacia atrás y hacia delante. A su alrededor, la letanía de las voces era grave y honda como el zumbido de la tierra.

Mientras observaba, la mujer que bailaba cogió un cuenco de calabaza de un joven y lo acercó a la niña. La mujer se inclinó, levantó las manos de la pequeña para que sostuviera el recipiente y guió el movimiento hacia sus labios. La niña bebió la pócima y toda la multitud estalló en un nuevo aullido. El sonido sobresaltó a la pequeña, que terminó de beber y sin soltar el cuenco miró a su alrededor. La mujer de azul le hizo cosquillas en las manos con una de las plumas y la niña dejó caer el cuenco, distraída. La mujer tocó suavemente la cabeza de la pequeña, la tomó entre sus brazos y la llevó consigo mientras bailaba.

Ahora el repique del tambor era más rápido, y la mujer se zarandeaba con la niña. Ésta reía y extendía la mano hacia las brillantes plumas del tocado de la mujer. Una mano triunfal aferró el trofeo ansiado. La mujer bailaba más deprisa, girando, con los ojos ardientes bajo la luz de las antorchas.

La danzarina apoyó a la niña sobre el altar de piedra. La tendió de espaldas, con los brazos extendidos a ambos lados como una niña sobre la hierba en un día estival. Estaba manchada con la sangre de las muñecas de la mujer, y en una mano aferraba la pluma azul. La bailarina le desató el cinturón y tiernamente dobló el manto azul. Vi que la pequeña echaba a reír cuando la mujer rozaba su mentón con otra pluma, pero no pude oír el sonido, por los cánticos. Los ojos de la niña estaban entrecerrados, y parecía estar a punto de dormir.

Cuatro hombres en taparrabos blancos avanzaron desde el círculo y cada uno tomó uno de los miembros de la niña. La pequeña sonrió a la danzarina, aguardando a que comenzara el juego siguiente. La mujer alzó el cuchillo de obsidiana, vaciló un instante y luego hundió la hoja en el pecho de la criatura. El aullido de la multitud ahogó cualquier ruido que se pudiera haber producido.

Grité y cerré los ojos, y debí haber apretado la mano de mi madre porque se estremeció, y tiró débilmente de la mía. Dijo algo que no alcancé a oír a causa de las sonajas y los tambores. Me acerqué a ella y observé sus labios. Se esforzaba por recuperar la conciencia pero sus intentos eran vanos. Yacía inmóvil, con la mano muerta sobre la mía.

El altar estaba empapado de sangre; los cuatro hombres tenían salpicaduras oscuras. La bailarina sostenía algo negro y pequeño sobre su cabeza. El golpeteo del tambor prosiguió, pero su danza era más débil. Vi otra vacilación en sus pasos; el son del tambor cesó y los cánticos perdieron vigor.

Vi correr a una sombra antes de que la multitud lo notara. Una sola antorcha se dirigía tumbando hacia ellos, y se hacía cada vez mayor. Vi primero que daba grandes zancadas, y luego distinguí un hombre; un joven sin más atavío que un taparrabos. En la mano izquierda llevaba una antorcha, el brazo derecho sangraba de una herida en el hombro. Tambaleó al llegar hasta la multitud, y debió de haber gritado porque uno de los hombres le miró y corrió a ayudarlo.

La letanía se apagó. El tambor prosiguió, pero la gente se agolpó alrededor del joven, casi apretándose contra él. El tambor no se oyó más. Ahora advertí, viendo la congregación en torno al joven, que los hombres de la multitud eran marchitos, de cabellos grises, sin dientes.

El cántico se había convertido en un murmullo de voces. El poder se había extinguido. El tambor había cesado su golpeteo. Las sonajas detuvieron su murmullo. La gente dio la vuelta, cogió las antorchas en alto y se retiró por donde había venido, llevando al joven consigo.

La mujer, la danzarina, permaneció en su lugar. Había levantado la cabeza para oír el clamor, pero no se fue con los demás. A su lado ardía una sola antorcha, incrustada en una grieta del muro. El eco de las voces se alejaba.

La mujer se acuclilló al lado del altar. Su expresión se había endurecido. Levantó la pluma azul que yacía sobre el suelo de la caverna allí donde la niña la había dejado caer

y la acarició entre sus dedos. Entonces, deprisa, como alguien que sale de su aturdimiento, extendió la mano y acarició la mejilla de la pequeña. Una sombra de duda cruzó su rostro. Luego, estrechó el cuerpecito contra ella y hundió su rostro en la tela azul del manto.

El tormentoso poder de los cánticos y del tambor se habían quedado conmigo. Observando a la mujer, sentí que la afligía algo más que la muerte de la niña. Me pregunté qué noticias había traído el joven. En cierta forma, parecía que éstas habían cambiado el valor de la muerte de la pequeña. La caverna estaba a oscuras; el templo había caído.

Permaneció un tiempo así. La contemplaba, sin saber si compadecerla o temerle. La cabeza me ardía y el corazón seguía latiendo al ritmo del tambor. Desde una cierta distancia, oí el llanto de una mujer. Fui hacia ella, con la cabeza hecha una llamarada. Levantó la vista, con la mirada vaga y sin enfocar bajo la luz de la antorcha, y creo que me vio.

Cuando se puso de pie regresé al lado de mi madre. Mientras la mujer arreglaba el manto azul alrededor del cuerpo de su hija, yo comprobé la tablilla de mi madre. Era inadecuada, mas no hallaba forma de mejorarla. Usé otra banda de tela para anudarle las manos.

Poniéndome de rodillas, me introduje por el círculo que dejaban sus brazos y la cargué a la espalda, inclinándome hacia delante para que su cuerpo cayera sobre el mío. Al ponerme de pie casi me fui de bruces, pero logré detenerme antes de caer. La mujer levantaba el cuerpo de la niña, vacilando un poco bajo el peso. Tendió el peso sobre su hombro, de tal forma que el rostro de la pequeña, aún pintado de azul y manchado de sangre, me miraba. En la otra mano, la mujer llevaba la antorcha. Seguí su reflejo, que subía y bajaba mientras ella se alejaba del estanque.

Caminaba lentamente, deteniéndose para ajustar el peso, para descansar, y para aferrar mejor la antorcha. La luz vacilante de la llama me señalaba el camino. A ratos, algún murciélago volaba sobre nuestras cabezas: un aleteo sonoro y un agudo chillido. Oía nuestros pasos, el tintineo musical y distante del agua que caía, la respiración entrecortada de mi madre. Cada vez me pesaba más, pero la mujer se detenía con frecuencia, y cada vez que lo hacía aprovechaba para descansar, reclinándose contra la pared de la caverna. Los ojos muertos de la niña me observaban desde el hombro de la mujer.

El aire seguía cargado de olor a incienso. El sudor me corría por la espalda y los pantalones se me adherían húmedos a las piernas. La piedra sobre la que andábamos era suave, erosionada por tantos pasos y pasos. Una vez resbalé y estrellé la rodilla contra el suelo. Al dolor de mis manos y pies debía agregar uno más ahora. ¿Era éste el segundo o el tercer recinto lleno de estalactitas? ¿Hacía horas, días, semanas o años que deambulaba por la oscuridad? No importaba. La respiración de mi madre me rasgaba los oídos y aún podía caminar. Era lo único que importaba.

Mi madre pesaba mucho. Pensé en tenderla en el suelo y descansar a su lado un instante, pero la antorcha se distanciaba de mí. No me detuve. Mis pasos seguían el ritmo del tambor: un firme latido que acompañaba mi corazón y los tenues suspiros de mi madre que entraban y salían.

Las barreras estaban bajas. La ira que había surgido de mi interior y que me había hecho gritarle a mi madre y estrellar las manos sangrientas contra las rocas aún seguía conmigo, pero era distinta. Al principio me había hecho gritar; ahora sentía una corriente fuerte y constante, más parecida al movimiento de la marea que al romper de una ola, o tal vez al río lento e inmenso, fuerte, suave y sinuoso como una serpiente. Me arrastraba, como un bote sobre la corriente. Las aguas eran oscuras y turbias, y no podía ver bajo la superficie. Pero debía flotar en el agua, no podía resistirme.

El río inmenso me bañaba, me limpiaba de todo pecado, me conducía en la sangre de mis propias heridas, me arrastraba por túneles oscuros y cavernas hacia un camino sin salida. Entonces, la antorcha se extinguió. La mujer había desaparecido. Era el final.

Deposité a mi madre en el suelo y me senté a su lado. Sus manos estaban oscuras e hinchadas allí donde las ataduras le habían parado la circulación. Aflojé las bandas y froté las manos para que la sangre fluyera y se entibiaran. Cerré los ojos, feliz de poder descansar.

Oí el vuelo de un murciélago sobre mi cabeza, pero sin reparar en ello. Oía el suave ulular de una lechuza en algún lugar, de la oscuridad que se cernía en el exterior de la caverna. Podía detectar el olor seco y fresco del monte nocturno.

El foco de mi linterna halló la abertura: una estrecha grieta sobre mi cabeza, en el muro de la caverna. Dejé a mi madre en el suelo y comencé a trepar. La pared era resbaladiza y los salientes estaban cubiertos por los excrementos de generaciones enteras de murciélagos. Trepé casi dos metros, lancé un brazo sobre una cornisa y me impulsé por la estrecha abertura.

El monte estaba a oscuras, pero no tanto como la cueva. Me tendí de espaldas y escuché los sonidos: el roce de los animales y extraños trinos de aves. Ahora todo iría bien. De algún modo podía sacar a mi madre de allí. La lechuza ululaba a lo lejos y eché a reír a gritos.

## 25 - ELIZABETH

«¿Este camino tiene corazón? Si es así, el camino es bueno; si no, es inútil. Ninguno de los dos senderos conduce a sitio alguno; pero uno tiene corazón, y el otro no. Uno elige la senda del regocijo y, en tanto la siga, será uno con ella; la otra lo hará maldecir su vida. Una nos hace poderosos, la otra nos debilita.»

CARLOS CASTANEDA,  
Las enseñanzas de Don Juan

Desperté de los sueños en que caía. Estaba sola, en la habitación de un hospital mexicano, con un yeso en la pierna, un tubo en el brazo y un absurdo camisón de hospital envuelto alrededor de mi cuerpo magullado. Llamé a la enfermera, y le pregunté qué día era. Me dijo que era domingo, y calculé que era Ahau, primer día del año nuevo.

Al cabo de un rato dejaron que Barbara entrara a hablar conmigo. Parece que mi hija me arrastró fuera de la caverna con una soga que encontró en un refugio construido para comodidad de los trabajadores de la hacienda. Ésta no quedaba lejos de la boca de la caverna. Los lugareños la conocían, pero, como sucede con muchas cavernas del Yucatán, jamás había sido totalmente explorada.

Mi hija me había llevado hasta el camino y había detenido un coche conducido por un restaurador mexicano, quien lanzó una mirada a mi hija y otra a mí, y nos llevó urgentemente al Hospital Juárez. Diane fue ingresada por los cortes y las heridas múltiples, ninguno de gravedad. Una vez que la dieron de alta se puso en contacto con Barbara, aguardó a que yo me repusiera de la gravedad, y se marchó a Estados Unidos. Barbara me miraba curiosa al contarme todo esto. No creo que me estuviera diciendo todo lo que mi hija le debía de haber contado, y quise saber más. Barbara se encogió de hombros. No tenía fuerzas para insistirle, y supongo que si mi hija quería mantener un secreto, se había ganado el derecho a hacerlo.

Volví a dormir, y cuando desperté Zuhuy-kak ocupaba el lugar de Barbara. Aquí era insustancial, un tenue indicio de mujer maya sentada en una silla tapizada de tela plastificada. A través de su imagen veía la cinta aislante que alguien había empleado para remendar un roto en el asiento mullido.

—¿Todo ha concluido? —le pregunté.

No se movió.

—Aún hay cosas que quiero saber —dije—. Todavía pienso ir a desenterrar tus huesos y a dar otra ojeada a esa vasija.

Se encogió de hombros.

—Aquí no puedo hablarte —le dije irritada—. No me permiten tener cigarrillos. Creo que esa maldita propaganda norteamericana contra el hábito de fumar ha llegado hasta aquí.

Se desvaneció cuando la enfermera abrió la puerta y sólo entonces comprendí que había estado hablando todo el tiempo en inglés.

Regresé una semana después de Tony. El viajó en una caja; yo, con muletas. Me pidieron que hablara en el funeral, pero aduje razones de salud y pedí que me excusaran. El titular del departamento pronunció una correcta elegía impersonal que pintaba a Tony de un tinte rosado, sin tacha e irreal como los querubines que flanqueaban el altar.

Regresé a mi apartamento en Berkeley llevando mis apuntes conmigo. Le envié una nota a Diane, donde le decía que nos pusiéramos en contacto cuando ella lo deseara. No sabía qué más decirle.

La pierna no sanó del todo. Me quedó una ligera cojera, especialmente los días de humedad, y caminaba apoyada en un bastón que Barbara me había comprado en el mercado de Mérida. La universidad me dio la bienvenida para el semestre de otoño. Teniendo en cuenta la publicidad que se había dado a los hallazgos de Dzibilchaltún, tres empresas editoriales competían por los derechos de publicación de mi libro aún inconcluso, Ciudad de las Piedras. Ya había elaborado planes para regresar a Dzibilchaltún a completar la excavación de la tumba y del centro ceremonial. Barbara me ayudaría con el proyecto. Seguía viendo las sombras del pasado, pero ninguna me dirigía la palabra.

Un día nublado me detuve sobre un puente de madera que cruza el arroyo de la universidad para contemplar a una mujer india que tejía una cesta de juncos humedecidos en el agua. Alguien se inclinó sobre la baranda a mi lado, y levanté la vista, esperando encontrar a alguno de mis alumnos.

Diane contemplaba el riachuelo. Durante un instante no me miró. Pero cuando lo hizo, había algo distinto en ella. Una nueva confianza, una seguridad de la que antes había carecido.

—He llegado a la conclusión de que yo también estoy loca —anunció. Su voz era firme; no parecía particularmente afligida—. Me costó tiempo, pero ahora me he acostumbrado, y ya no me importa.

Hizo una pausa, y oí la canción que estaba entonando la mujer india; era una melodía sinuosa, basada en una escala que no me era familiar.

—Barbara me ha dicho que planeas otra expedición a Dzibilchaltún —comentó—. Quisiera ir.

Observé a la mujer que tejía la cesta, entrelazando con cuidado los juncos para formar un intrincado motivo de claros y oscuros.

—No sé qué encontraremos allí —dije.

—Uno nunca sabe qué encontrará cuando hurga en el pasado —sentenció.

—Es cierto —repliqué.

—¿Podré ir contigo?

—Creo que lo podremos arreglar —dijo.

Me aparté del puente y Diane me ofreció su brazo. Vacilé un instante y luego me apoyé en él.

Me dijo:

—Háblame de las sombras del pasado...

**FIN**